

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Antigua



**LA PREFIGURACIÓN DE LA ROMA ANTIGUA EN LA
IDEOLOGÍA DEL ROMANTICISMO (1770- 1848)**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

María Diana García de Quevedo Rama

Bajo la dirección del Doctor:

Gonzalo Bravo Castañeda

Madrid, 2002

ISBN: 84-669-1978-3

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA ANTIGUA

**LA PREFIGURACIÓN DE LA
ROMA ANTIGUA EN LA IDEOLOGÍA
DEL ROMANTICISMO (1770-1848)**

(TESIS DOCTORAL)

MARÍA DIANA GARCÍA DE QUEVEDO RAMA

INVESTIGACIÓN DIRIGIDA POR:
DR. D. GONZALO BRAVO CASTAÑEDA

MADRID, 2002

A MIS PADRES.
AL DOCTOR D. GONZALO BRAVO CASTAÑEDA,
POR SU ALIENTO Y CONSTANTE INFORMACIÓN.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

CRONOLOGÍA 17

PARTE I: ALEMANIA 22

1. PAUTAS PRELIMINARES 24

2. ASPECTOS HISTORIOGRÁFICOS Y PRIMERAS CUESTIONES 30

3. “STURM UND DRANG” Y PREFIGURACIÓN 41

**4. ROMA: FILOSOFÍA E IDEOLOGÍA POLÍTICA EN UNA ERA DE
REVOLUCIÓN 47**

4.1. Historias de la libertad 48

4.2. Kant 52

4.3. Hegel y contra Hegel 55

4.4. Herder: Roma en la educación del hombre 67

4.5. El Estado universal 74

4.6. De Federico II de Prusia a Luis II de Baviera: el Estado nacional 78

**5. GÉNESIS Y DESARROLLO DE LA HISTORIA ANTIGUA EN LAS
UNIVERSIDADES ALEMANAS 83**

**6. ROMA, DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LA “AUFKLÄRUNG” AL “STURM UND
DRANG” 88**

6.1. El mito de los antiguos germanos 89

6.2. Cristianismo y transmisión 96

6.3. Niebuhr 101

6.4. Ranke 112

6.5. Hacia la superación del modelo hegeliano: Droysen 117

6.6. El siglo de Mommsen 121

6.7. La manipulación del mundo antiguo 132

7. LA LITERATURA Y LA POPULARIZACIÓN DE LA IDEA VITAL DE MUNDO “GRECOLATINO”	136
7.1. Roma entra en sociedad. Oriente y Occidente	137
7.2. De Hoffmann a Heine: historias de la fantasía	143
7.3. Hölderlin: el modelo grecolatino como fórmula vital	150
8. LOS VIAJES LITERARIOS: PEREGRINAJE A ROMA, VIAJE INTERIOR	157
8.1. Herder	158
8.2. Goethe	160
9. LOS MUNDOS ROMANOS EN LA MÚSICA DEL S. XIX	177
9.1. Mozart y José II	178
9.2. Beethoven y el manifiesto del siglo	185
9.3. Wagner: hacia la radicalización de los conceptos de romanidad y germanismo	192
PARTE II: INGLATERRA	204
1. ASPECTOS HISTORIOGRÁFICOS Y PRIMERAS CUESTIONES	206
2. LA ROMA ANTIGUA Y LA IDEOLOGÍA BURGUESA	209
2.1. Ilustración y Reforma	210
2.2. Antigüedad y capitalismo	218
3. LA HISTORIOGRAFÍA DE ROMA EN LAS UNIVERSIDADES BRITÁNICAS	222
3.1. Inglaterra y Escocia	223
3.2. Irlanda	227
4. LA IMPRONTA DE GIBBON	229
5. EL UNIVERSO ROMANO EN LA LITERATURA ROMÁNTICA INGLESA	240
5.1. De Walter Scott a Pater	241
5.2. Los poetas	246
5.3. La influencia en Estados Unidos	251
6. HÄNDEL: LA ARCADIA MUSICAL	254

PARTE III: LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA	262
1. ASPECTOS HISTORIOGRÁFICOS Y PRIMERAS CUESTIONES	264
2. NACIMIENTO Y DESARROLLO DEL ESTUDIO DE LA ANTIGÜEDAD EN LOS ESTADOS UNIDOS	267
3. ROMA Y LA IDEOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN AMERICANA	274
3.1. La nación de los pioneros: una idea de pureza	275
3.2. George Washington: el ideal cosmopolita y el ideal rural	280
3.3. Washington, D.C., la ciudad ideal	288
4. THOMAS JEFFERSON	291
4.1. El “heroísmo legislativo”	292
4.2. Roma antigua, cristianismo e ideología de la esclavitud en América	295
4.3. La dictadura romana y Napoleón, “el antihéroe”	300
4.4. Filosofía antigua y república americana	304
4.5. La educación en los clásicos	310
5. STUART MILL: UTILITARISMO Y CONSTITUCIÓN	314
6. FORMAS ROMANAS DE LA PRESIDENCIA AMERICANA	318
APÉNDICE: ROMA EN LOS PAÍSES LATINOS	324
1. FRANCIA	325
2. ITALIA	330
3. ESPAÑA	334
CONCLUSIONES	341
FUENTES ANTIGUAS	361
FUENTES LITERARIAS MODERNAS	365

BIBLIOGRAFÍA SELECTA POR PAÍSES 370

Alemania **371**

Inglaterra **384**

Estados Unidos **390**

Los países latinos **396**

INTRODUCCIÓN

El presente estudio intenta adentrarse en el terreno de las ideas acerca de Roma; de la forma en que unas sociedades occidentales, en un margen de tiempo determinado, han comprendido, a través de sus medios, la República y el Imperio romanos, de qué manera lo han moldeado en torno a su realidad política, social y artística y en qué estado resultante han transmitido esa idea al futuro. Esencial para lo que pretendemos, es asumir que estos hombre no sólo adaptaron realidades romanas a su forma de ver las cosas sino que el vector, por llamarlo de alguna forma, tuvo doble dirección; es decir, también proyectaron sobre el mundo antiguo las necesidades, realidades e ilusiones de su momento histórico, dotando a Roma y, a menudo, también a Grecia de unas características que, en realidad, no existían en la antigüedad sino que provenían de su propio universo cultural y que quedarían unidas --a veces para siempre-- a la idea de Roma. A este fenómeno lo hemos llamado “prefiguración”.

Las naciones de occidente elegidas para esta investigación han sido Alemania, por cuanto en ella se produce el magma filosófico y artístico de donde irradia el Romanticismo a buena parte de Europa; Inglaterra, por su indiscutible vinculación, incluso a nivel popular, a una fórmula vital inmersa en la consideración de Grecia y de Roma como patrón de educación y vehículo cultural de primer orden y Estados Unidos, porque en su surgimiento como nueva nación, alumbraron a nivel ideológico una forma de nueva Roma de occidente.

El ámbito de tiempo que hemos acotado son los años entre 1770 y 1848, que abarcan desde el final de la Ilustración europea y la “Aufklärung” (Ilustración alemana), con el nacimiento del “Sturm und Drang”, hasta la revolución burguesa de 1848, albergando en este espacio a todo el Romanticismo. Nuestra fecha de inicio de 1770 es también, en gran medida, simbólica. Es inmediatamente previa a la primera gran revolución, la norteamericana, y es el año de nacimiento de tres de los grandes símbolos de la cultura romántica: Hegel, Beethoven y Hölderlin. Cuando ha sido necesario, sin embargo --como en el caso del fenómeno wagneriano y de la manipulación totalitaria del

mundo antiguo--, hemos sobrepasado estos referentes temporales para dar cabida a ideas y movimientos que escapan de este periodo pero que tienen su gestación en él.

La metodología esencial para llevar adelante este estudio ha sido ir analizando aquellos aspectos de la sociedad generalmente menos tratados --a veces completamente olvidados-- en la historiografía al uso. Conociendo que la historiografía de los siglos XVIII y XIX sobre el mundo romano y también la arqueología han sido los grandes temas de los especialistas, aquí los hemos tratado sólo en cuanto era necesario por su influencia en el mundo político o burgués de sus sociedades. Por cuanto pensamos que fueron, por un lado, las necesidades políticas y, por otro, los gustos populares --entendiendo por populares siempre la media y alta burguesía-- los que consolidaron la idea de Roma de mayor relevancia en su momento y de más influencia futura y no los elitistas círculos de los filólogos e historiadores, pensamos, asimismo, que fueron estos estudiosos los que se vieron determinados por las modas y las ideas de sus sociedades acerca de Roma y no al revés aunque, también, por supuesto, existiese una mayor o menor influencia por parte de ellos, ya que sus libros eran leídos por algunos de los grandes artistas y literatos “prefiguradores” de Roma, con frecuencia en vísperas de un peregrinaje espiritual a los lugares clásicos. La forma en que los especialistas transmitieron su idea de Roma fue, principalmente, a través de las universidades y en este ámbito docente les damos cabida en nuestra investigación. A veces, también desempeñaron un papel preponderante cerca de los políticos y de los reyes pero más frecuentemente fueron ellos quienes se vieron inmersos, a veces a su pesar, en el clima de los literatos, los filósofos y los artistas como forjadores de ideas y fueron las de éstos las preponderantes en la sociedad, hasta el punto de que los mismos alumnos de los eruditos las encontraban más seductoras como manifiesto de vida. Por cuanto no cabe la menor duda de que era mucha más gente la que accedía a ver grabados o moldes, a escuchar las óperas de Händel, Mozart o Wagner, a leer los libros de Byron o el *Viaje a Italia* de Goethe que la que manejaba los libros de Mommsen, Niebuhr o Gibbon, la influencia de este universo literario y musical, unido a las vibrantes exigencias políticas de una época especialmente revuelta y creativa es

mucho mayor de lo que se ha venido reconociendo en la idea que de Roma y del mundo clásico hemos recibido, y a esta construcción no han escapado los mismos estudiosos.

Centrándonos en bastantes aspectos con frecuencia considerados accesorios cuando no ignorados pero, esencialmente, en el mundo político, literario y musical, hemos buscado las posibles fuentes antiguas en que pueden basarse las ideas y, a menudo, fantásticas nociones sobre Roma que los estadistas trataban de utilizar para la construcción democrática o colonial, según los casos. Hemos visto qué aspectos de los textos antiguos han interesado más a poetas, educadores y compositores y qué obras filosóficas, literarias y musicales les han sido más útiles que éstos mismos. Si les interesaba destacar su vinculación vital al mundo de los griegos y romanos o, por el contrario, acceder a su propia antigüedad nacional. Si Roma era objeto de veneración o ejemplo de tiranía y ruina de la que era mejor alejarse. Hemos visto que, frecuentemente, mientras los diputados y revolucionarios trataban de construir sus sociedades como antiguos romanos republicanos, sus ciudadanos, lo que anhelaban era ser antiguos griegos y educaban a sus hijos como a tales. Hemos observado también la enorme confusión que existía entre los conceptos de República, príncipe e Imperio y en torno a las figuras de César y de Augusto. En sociedades en donde los monarcas trataban de ser como los emperadores oficialmente “buenos” del mundo romano y en donde los republicanos podían caer en la tentación de apoyar a una especie de “princeps” republicano --casi siempre de procedencia militar-- para ir después hacia el llamado cesarismo, la famosa reacción de Beethoven tachando, furiosamente, la dedicatoria a Napoleón de su tercera sinfonía “Heroica” en cuanto se proclamó emperador sólo es un símbolo melodramático de la confusión y maremágnum de ideas apasionadas sobre el mundo antiguo, que campaban por el universo europeo de la eclosión romántica. Para acabar de agitar el ambiente, en los países tratados, a excepción de Austria mayoritariamente protestantes, la desconfianza sobre la forma en que el cristianismo --después ya la Iglesia de Roma-- había transmitido su visión de la Roma pagana, fue condimento principal de cualquier discurso erudito o literario sobre el mundo clásico. En definitiva, para acotar y aclarar mejor la finalidad y el ámbito de este estudio, podemos recordar que contempla a Roma menos como el objeto de investigación histórica y científica que suele ser y más como un agente social de los

países y la época que hemos seleccionado y que se centra menos en lo que los hombres de finales del S. XVIII y de la primera mitad del XIX sabían realmente sobre Roma y mucho más en lo que creían saber, sentían e inventaban sobre ella. Creemos que esta segunda visión es la que terminaba formando parte de sus creaciones literarias y artísticas y de sus realidades sociales y políticas y que, por tanto, su poder de transmisión y permanencia ha sido enorme.

En primer lugar, veremos cómo la República y el Imperio romanos fueron objeto de atención primordial de los filósofos alemanes, especialmente de aquellos que centraron su sistema filosófico en la comprensión y prevención de la historia, Kant y Hegel. Para otros, como Herder, Roma y el mundo clásico constituyeron, antes que nada, un universo vital y un sistema de educación. Ellos influyeron y reflejaron tanto las ansias de imperio y universalidad de Alemania, como su necesidad de unidad nacional. Historiadores como Ranke, en el terreno del nacionalismo y Niebuhr, Droysen y Mommsen en el de la historia antigua no escaparon a este clima político y filosófico y lo impulsaron.

Existía, además, una oposición espiritual entre mundo griego, como quintaesencia de lo sublime a que podía aspirar el género humano, frente a una Roma, en cierta medida, destructora de este universo. Sin embargo, al mismo tiempo, ambos mundos se unían en una suerte de idea grecolatina, objeto de veneración. Los principales creadores de esta dicotomía y, al tiempo, fusión fueron los poetas alemanes, sobre todo Hölderlin y los escritores y “humanistas” de la Aufklärung y el “Sturm und Drang” que visitaron Grecia e Italia, fundamentalmente Goethe.

Mozart, Beethoven y, en última instancia Wagner reflejaron de forma patente la atracción del universalismo que Roma había hecho posible y, al tiempo, la necesidad de una identidad nacional que fuese rastreada hasta la antigüedad histórica y la antigüedad mítica del germanismo.

Después de este primer bloque sobre Alemania, veremos cómo en Inglaterra, la investigación arqueológica y el pensamiento en torno a Roma están unidos a Oxford y a Cambridge, a la docencia más que a la filosofía y, en lo político, más a un imperio en expansión, profundamente imbuido de Reforma y de capitalismo, más que a la necesidad de una identidad nacional, hacía mucho tiempo establecida. La figura de Edward Gibbon

fue fundamental para la idea de Roma en Inglaterra y su transmisión al resto de Europa. Los escritores y los poetas, de Pater a Byron, presentaron una Roma más intensamente romantizada que en parte alguna de occidente. Su influencia en Estados Unidos fue muy grande y estuvo unida a los conceptos de revolución y de universalidad. Por el contrario, en el siglo XVIII inglés, la música reflejó un drama clásico aún enclavado en la serenidad del siglo ilustrado y en los presupuestos de la ópera italiana, que no dio el salto al Romanticismo, entre otras causas, por la falta de una o dos generaciones de grandes compositores durante el siglo XIX, como los hubo en Alemania.

Finalmente, en la tercera parte de la investigación, contemplaremos una serie de cuestiones, en nuestra opinión particularmente novedosas, en torno a Roma en el surgimiento de los Estados Unidos.

Veremos cómo la idea acerca de la antigua Roma republicana, fundamentada en las nociones de virtud, austeridad y comunidad sirvieron a los planteamientos ideológicos de la nueva nación. George Washington resumió en su persona estas ideas, sin sustraerse a la creciente necesidad cosmopolita y universalista de este país, nacido casi como una nueva Roma en libertad. Jefferson otorgó una creciente importancia a la educación en los clásicos y fue consciente del surgimiento de una nueva clase de héroe del estado, el héroe legislador, figura retórica que no fue ajena a la propaganda augústea.

En Estados Unidos, el miedo a la dictadura, a las figuras cesaristas y a la ausencia de armas constitucionales que pudieran impedirlos llevó a una particular interpretación de las luchas civiles de la última etapa republicana romana, del Imperio y, al tiempo, de la revolución francesa y la figura de Napoleón. Por último, la permanencia de la esclavitud en las colonias del sur creó toda suerte de argumentos de comparación con Roma para hacerla admisible por la sociedad cristiana de la nación.

El estudio concluye con un apéndice sobre la situación paralela en los países latinos: España, Francia e Italia. Este apéndice pretende ser sólo una guía de cuestiones particulares y de bibliografía por cuanto el estudio de estos tres países constituye otra gran unidad en sí misma, que merecería otra tesis doctoral, cuando menos. Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos forman, a nuestro parecer, y a pesar de sus grandes diferencias una continuidad cultural separable de Francia, España e Italia y por eso se ha

abordado de forma independiente su investigación en esta tesis. Bien es cierto que el caso particular de Francia plantea problemas, por cuanto el hecho universal de la revolución francesa y la etapa napoleónica extiende por todo occidente una influencia a la que nada puede sustraerse, actuando como auténtico puente ideológico y social entre el norte y el sur. Conscientes de este hecho, cuando ha sido necesario, se ha tratado la etapa napoleónica y la figura de Napoleón. Para unos fue paradigma de la recuperación de la unidad europea que sólo existió en el seno del Imperio romano; para otros, representó el resurgimiento de cesarismo y del imperialismo romanos que, sin mezcla de nada de lo bueno, volvía a cabalgar sobre Europa.

Las citas y notas del presente estudio obedecen a tres criterios: el primer tipo proviene de fuentes antiguas y se ha buscado, principalmente, el criterio de apoyo y comparación entre fuentes; el segundo tipo son fuentes literarias del siglo XVIII y XIX; su finalidad es más bien ilustrativa y demostrativa en sí misma de un estado de espíritu y de sociedad; de las fórmulas que la prefiguración y la idealización estaban adquiriendo. El tercer tipo de notas corresponde a los estudios y artículos de la investigación moderna. Existe un cuarto tipo de notas diferentes: amplias reseñas críticas e informativas, de tipo bibliográfico, en torno a cada personaje o autor, que sirvan de elemento de consulta, de forma más ordenada y rápida que en la bibliografía, por cuanto se recoge y se amplía lo específico sobre el autor o tema que comienza a tratarse.

Será una verdadera satisfacción si hemos cubierto, aunque sea parcialmente, las metas propuestas al iniciar esta investigación y que constituyen la principal finalidad del estudio: mostrar, a través de un planteamiento interdisciplinar, que puede abordar con especial ventaja el historiador del mundo antiguo, cómo las ideas que buena parte de Europa ha recibido sobre Roma antigua y otros temas de la antigüedad no provienen exclusivamente, en ocasiones ni siquiera principalmente, del ambiente erudito y universitario. Cómo a nivel de la generalidad de la sociedad, Roma es una rica amalgama de interpretaciones sesgadas, de necesidades y utilidades políticas, de anhelos artísticos, de mistificaciones literarias y musicales de extraordinaria calidad, tan

sugestivas en sí mismas como para mediatizar a lo largo del tiempo, incluso a nivel de los mismos estudiosos, el concepto, la opinión y la historia misma de Roma. Un fenómeno que no es originario del Romanticismo por cuanto los mismos romanos fueron los primeros en interpretarse a sí mismos tal y como se necesitaban en cada momento de su largo periplo histórico y, como todos sabemos, estas primeras mistificaciones es a lo que llamamos fuentes, constituyendo el principal cometido de filólogos e historiadores el desentrañar hasta qué punto lo son, en busca de una inefable verdad histórica tan escurridiza para ellos como para nosotros.

CRONOLOGÍA

- 1761.** Tercer pacto de familia (España, Francia, Austria).
- 1763.** Paz de Hubertsburgo entre Prusia, Austria y Sajonia.
- 1764.** Winckelmann publica su *Historia del arte de la Antigüedad*.
- 1768.** Muere Winckelmann.
- 1770.** Nace Hegel. Nacen Beethoven y Hölderlin.
- 1772.** “Werther” de Goethe. Se advierte la ruptura del modelo de vida neoclásico.
- 1773.** En Boston, los amotinados americanos arrojan los cargamentos de té de Inglaterra al mar.
- 1775.** Declaración de derechos de Filadelfia. Batalla de Bunker Hill.
- 1776.** El 4 de julio, Estados Unidos declara su independencia de la corona británica.
Vencen a los ingleses en Trenton, Princeton y en Saratoga.
Se publica el primer volumen de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, de Edward Gibbon. La obra completa se editará en 1788.
- 1777.** Francia y España apoyan a los insurgentes, debido a su rivalidad marítima con Gran Bretaña.
Declaración de los derechos del hombre.
- 1781.** Batalla de Yorktown.
Bergman avanza en sus investigaciones sobre el acero.
- 1783.** Paz de Versalles entre Inglaterra y Estados Unidos.
Depuración del hierro de su contenido en carbono.
- 1786.** *Crítica de la razón práctica* de Kant.
Goethe parte para su largo periplo por Italia.
- 1787.** Promulgación de la Constitución de los Estados Unidos de América.
- 1789.** Inicio de la Revolución Francesa.
Hegel estudia filosofía en Tubinga.
Viaje por Europa de Herder.

- 1791.** “La flauta mágica” de Mozart.
- 1792.** Rige Francia la Asamblea Legislativa. Declaración de guerra de 20 de abril.
Primera coalición (Inglaterra, Austria, Prusia, España, Holanda, Cerdeña y Rusia).
Conquista de Bélgica.
- 1794.** Muere Gibbon.
- 1795.** Directorio. Comienza la ofensiva en Alemania. Primera campaña de Bonaparte en Italia. El ejército francés en Egipto.
Nace Leopold von Ranke, en Wiehe (Turingia), el 20 de diciembre.
- 1797.** Tratado de Campo-Formio, con Austria. Segunda coalición (Inglaterra, Italia, Turquía y Cerdeña).
- 1799.** Consulado. Segunda campaña en Italia de Bonaparte. Campaña de Alemania.
Tratados de Luneville con Austria y de Amiens con Inglaterra.
- 1804.** Napoleón se corona emperador. Se constituye en modelo político para Hegel.
Transposición del concepto antiguo del héroe como motor de la historia. Tercera sinfonía de Beethoven.
Muere Kant.
- 1807.** Se publica la *Fenomenología del espíritu*.
Quinta sinfonía de Beethoven.
Cobra importancia la penetración de las teorías evolucionistas, tanto en el ámbito científico, como en el político, social y económico.
- 1808.** Guerra de independencia española.
- 1809.** Nace, en Somersby, Alfred Lord Tennyson (1809-1892).
- 1811.** *Römische Geschichte* de Niebuhr.
- 1813.** Napoleón es derrotado en Leipzig.
Nace Richard Wagner (1813-1883).
- 1814.** Congreso de Viena. El absolutismo, como sistema político y vital, se legitima a sí mismo en una época de descomposición de los autoritarismos.
- 1815.** Waterloo.
- 1817.** Nace Mommsen, en Garding (Schleswig), el 30 de noviembre.

- 1818.** Nace Karl Marx.
- 1820.** Auge de Prusia como paradigma de los estados alemanes.
Hegel contribuye a las bases propagandísticas del “Estado ideal”.
Se empieza la obra *Monumenta Germaniae Historica*, que se recopilará durante medio siglo.
- 1821.** Paralelamente a las demás revoluciones nacionales contra España, México consigue su independencia (28 de septiembre).
- 1824.** Poder político de las “Trade Unions” en Inglaterra.
Muerte de Byron en Grecia.
- 1827.** Independencia de Grecia.
Muere Franz Schubert.
- 1828.** Muerte de Beethoven.
- 1830.** Revolución de julio en Francia, de índole esencialmente capitalista. Se consolida, con Luis Felipe, la época de la alta burguesía.
Independencia de Bélgica.
Hegel es nombrado rector de la universidad de Berlín.
- 1831.** Muerte de Hegel, víctima del cólera.
Darwin se embarca en el “Beagle” e inicia sus viajes por América del sur y las islas del Pacífico.
- 1834.** Unión aduanera “Zollverein”. Federico Guillermo IV, esperanza de la unificación de Alemania.
- 1836.** Primeras láminas de acero galvanizado.
- 1845.** “Tannhäuser” de Wagner.
- 1847.** *Historia de la esclavitud en la antigüedad* de Henry Wallon, obra en conexión con los movimientos abolicionistas de EEUU y Francia, que empiezan a ganar importancia política.
- 1848.** Revolución liberal. Barricadas. Proclamación de la República en Francia, tras la caída de Luis Felipe.
Nuevo liberalismo alemán.

Manifiesto comunista de Marx y Engels.

1850. Wagner estrena “Lohengrin”.

1859. Se publica el *Origen de las especies* de Darwin.

PARTE I

ALEMANIA

*“ Was ist es, das
an die alten seligen Küsten
mich fesselt, dass ich mehr noch
sie liebe, als mein Vaterland?”*

FRIEDRICH HÖLDERLIN: “Der Einzige”.

*(“¿Qué es esto, que
me empuja hacia las sagradas
costas de la Antigüedad, y me hace
amarlas más que a mi patria?”).*

1. PAUTAS PRELIMINARES

En los años postreros de la Ilustración alemana, la Aufklärung, y en parte como reacción a ella, surge un movimiento de rebeldía y de búsqueda de la libertad formal, esencial, artística y política que será clave para el desarrollo --también primeramente en Alemania-- del Romanticismo europeo. Este movimiento germinal fue conocido universalmente como “Sturm und Drang” (Empuje y tempestad) y tuvo en su centro a figuras de las que hablaremos bastante, como Goethe, Schiller, Herder, Hölderlin, Mozart y Beethoven; pensadores y artistas de gran relevancia a la hora de comprender las ideas sobre la antigüedad que fueron transmitidas a la sociedad por ellos mismos y por historiadores y filólogos contemporáneos e inmediatamente posteriores como, por ejemplo, Niebuhr, Droysen o Mommsen. Lo que hizo el Romanticismo fue desarrollar y fijar las ideas sobre Roma y el mundo antiguo que habían surgido en esta breve época de ruptura con el ideal de razón y de progreso ilimitado de la Aufklärung.

Los literatos que reciben la influencia de los “Naturphilosophen” son los primeros que introducen en sus obras, a manera de manifiesto vital, elementos dionisiacos extraídos de la idea que tienen de ciertos cultos místicos del periodo medio y bajoimperial.

Las plantas, los animales, las piedras, todos los elementos adquieren una fuerza adivinatoria y milagrosa que se incorpora a la literatura.

Goethe y Schiller, a quienes llaman los “Dioscuros”, en cambio, se encuentran más influenciados por el aspecto político del concepto de Roma. Su concepción de Roma como el más exitoso ejemplo de estado universalista se infiltra en toda su obra.

Schiller, profundamente conmovido por el destino de los héroes homéricos en su triunfo destructor, que después se reflejará en las concepciones wagnerianas, configura un mundo mítico transido del valor de la potencia constructora de las llamas.¹

¹Brion 1970, 11.

Es especialmente interesante conocer los dos capítulos de introducción de este libro para todo lo que se refiere al ambiente en el cual se desarrolló el romanticismo musical alemán. Puede compararse esta obra con la también clásica de Botticher, *R. Schumann. Einführung in Persönlichkeit und Werke*, Berlín, 1942.

Wackenroder sueña con una civilización fusora de los diversos espíritus nacionales; una sociedad en la que el estado consiga, en su interior, una hermandad completa de la poesía, la música y la pintura. Muy influido todavía por las ideas de la “Aufklärung”, idealiza el mundo clásico y no se opone a él con la pasión que lo hacen algunos de sus contemporáneos.

El mundo de la antigüedad germana toma carta de naturaleza. Los nibelungos, las antiguas culturas metalúrgicas se convierten en paradigma de la rebelión contra la idea de sistematización romana y, al tiempo, la transmutan. Se descubre y empieza a utilizar ideológicamente el mundo indoeuropeo. Novalis, que ha compuesto el misterioso “Lied der Bergen”, se presenta a los maestros del reino interior, los metales, que representan el orden de los mundos.

Mathias Claudius recupera la poesía natural e instintiva, el “canto puro popular y recibe la intensa influencia del Virgilio de las Églogas. De forma muy parecida, trabaja el idílico Voss que, en las “pastorales”, sustituye a las grandes damas del Rococó por la campesina burguesa y anuncia el “advenimiento de una elevación sentimental” del Estado burgués que Goethe ha de glorificar, por su lado, en “Herman y Dorotea”.²

Miller, autor de “Sigwart”, figurador de los conventos góticos-románticos, reacciona contra el clasicismo como civilización superior y se vuelca hacia la defensa de la Edad Media alemana y del barbarismo nórdico.

²Brion 1970, 14.

Para plantear las ideas literarias a finales del S. XVIII y de qué forma influyeron en el nacimiento del “Sturm und Drang”, especialmente en Goethe, nada mejor que acudir al mismo autor y comparar sus poemas de antes de 1800, particularmente los contenidos en “Diván” con --por ejemplo-- las tres últimas elegías, conocidas como “Elegías de Mannheim”, en las cuales un especial clasicismo cristiano vuelve a abrirse camino. De ambas obras existen múltiples ediciones y traducciones; la de ediciones RIO, por ser bilingüe, es muy útil.

En la misma línea, Leopold von Stolberg, que compartió la juventud de Goethe y muchos desahogos del nacimiento del “Sturm und Drang”, como el rito de bañarse desnudos bajo las cascadas del deshielo, clamará toda su vida por la expulsión de las tiranías y la recuperación de la santa libertad.

La idea de que el genio debe sustituir al príncipe en la rectoría de la sociedad o, en todo caso, fundirse con él, idealiza la época de Adriano que, curiosamente, también fue ensalzada por los representantes de la “Aufklärung”, como ejemplo de estado ilustrado. Marco Aurelio sufre un tratamiento semejante y es apropiado por ambas corrientes.

Una Italia irreal, en un mundo en que muy pocos tienen la oportunidad de viajar, es la que nos ofrece Heinse. En ella se mezclan elementos imaginarios, aspectos sacados del creciente estudio del arte clásico y aportaciones estrictamente renacentistas que son tenidas por antiguas.

El joven Goethe viaja por Italia prolongadamente y escribe una detallada crónica interior de su encuentro con el mundo romano. Es aún la época de su definición personal del “Sturm und Drang”. Escribe “Goetz von Berlichingen”, “Ganímedes” y “Prometeo”; en Italia acabará “Ifigenia” y, por fin, se dedicará a “Werther” que, en su aniquilación, parece sustituir al poeta a quien la ideología subyacente del movimiento hubiera exigido morir joven. El romanticismo primigenio sobrevive en él, transformado en un peculiar clasicismo que los jóvenes le reprocharán como una apostasía.

Crea “Wilhelm Meister”, emblema de este nuevo estado interior. Goethe llega a definir el clasicismo como lo que es sano y el romanticismo como lo enfermo. En Weimar, trata de conjugar las fuerzas opuestas de su interior hacia la síntesis de romanticismo y clasicismo.

Jean Paul se rebela contra la magnificencia y el triunfalismo de la arquitectura capitalista, que se alza con grandes pretensiones romano-imperiales. Recupera el mundo rural como escenario de sus obras y redime como valiosa, a través de sus

personajes, la mediocridad y la vida sin brillo. Se decanta por la nobleza de los antihéroes y se mofa de las manías grecolatinas de legisladores, historiadores y príncipes, tanto durante la Ilustración como en la época de las aspiraciones de ennoblecimiento de la burguesía.

Los auténticos románticos, que presumen de un sentido muy dionisíaco de la vida en contraposición a lo que consideran el mundo apolíneo de sus padres, constituyen una generación que muere joven y se va perdiendo en el agotamiento rápido de sus energías; son los “Frühvollendeten” de la historiografía alemana.

“Sólo quiero alabar a aquel que, en vida, aspire a morir en el fuego”.³ También el sacrificio de Empédocles, en el drama de Hölderlin, es un acto religioso y una mitificación de la filosofía de la Magna Grecia, referencia ideal para muchos románticos.

Hölderlin escribe “El Archipiélago”, y multitud de poemas en que genera un mundo griego y un ambiente romano a su medida y a la de su tiempo. Se mistifica el sacrificio de Antinoo y su relación con Adriano.

Kleist, antes de cumplir los treinta y cinco, se resiste a acceder al Hades en solitario y se suicida en compañía de una muchacha: “La mortal flecha te hiere; las Parcas te hacen una señal y tú, en silencio, te diriges a la tumba”.⁴

Se configura, en toda su expresión, el mito de Bruto, que recoge Beethoven en su tercera y novena sinfonías. La leyenda de Bruto sobrepasa, incluso, a la de César entre los

³Goethe: “Diván”.

La obra de Korf, *Humanismus und Romantik*, publicada en Leipzig en 1924, nos ofrece una visión original y aún no demasiado lejana a los hechos, de cómo se entendía en Alemania la relación entre el ideal universal humanista y el S. XIX, a través de la experiencia ilustrada del setecientos.

⁴Brion 1970, 15.

fantasmas romanos de los intelectuales más liberales. Se encuentra en directa relación con la interpretación del auge y caída de Napoleón.

El Bruto heroico e idealizado procede de la figuración que del personaje hace Shakespeare en “Julio César” y trasciende a un romanticismo inglés (Byron, Shelley, Tennyson) y alemán para el que Shakespeare es un referente esencial.

En Francia, Héctor Berlioz, que adora a Shakespeare y a la revolución francesa hasta la hiperestesia, también fomenta este mito republicano.

2. ASPECTOS HISTORIOGRÁFICOS Y PRIMERAS CUESTIONES

Niebuhr, en los inicios del siglo XIX, plantea en su obra historiográfica, a veces conscientemente, en otras ocasiones de forma implícita, el paralelismo entre Roma y el siglo XVIII alemán. Esta idea informará la historiografía del S. XIX e influirá notablemente en la imagen que los románticos alemanes recibirán de la antigüedad latina. Al tiempo, los románticos ajenos al campo historiográfico plantearán una forma de entender Roma, producto de sus inquietudes vitales y políticas y de sus obras de arte, a cuyo influjo no escaparán fácilmente los historiadores y los filósofos de la época.

Coincidiendo con la etapa de Federico Guillermo III (1770-1840), el mundo feudal se disuelve de forma irreparable; no tanto por la revolución francesa en sí --cuya comprensión es muy particular en Prusia-- como por el inevitable ascenso de las estructuras capitalistas.

El sistema de servidumbre de la tierra, en Alemania, va dejando paso al acceso paulatino de los trabajadores agrarios a alguna forma de posesión de la tierra.

De inmediato, Niebuhr encuentra un paralelismo notable entre la disolución del *ager publicus* de época de los Graco, que pasa a convertirse en *possessio* y lo que sucedía en Prusia.⁵ Al mismo tiempo, Niebuhr postula sus teorías de que la historia primitiva romana estaba contenida en baladas a la manera en que la edad media alemana pone en boca de “Minnesänger” la arcaica historia germana. En una época, al final del “Sturm und Drang”, en que los alemanes vuelven los ojos hacia su propia antigüedad y empiezan a valorar e incluso sobrevalorar sus cantos medievales, la extrapolación y la búsqueda de antecedentes en la edad antigua se convierte en una constante cultural.

La “Römische Geschichte” de Niebuhr sale de la imprenta a mediados de 1811, en pleno auge de las campañas napoleónicas y cuando el emperador se encuentra

⁵Plácido 1993, 157-9.

obsesionado con la aventura rusa.

Niebuhr plantea, contemplando su entorno, lo que ahora nos parece algo evidente y que entonces no lo era tanto: la crítica de las fuentes; el principio de que todo relator de unos acontecimientos no puede, aunque lo quiera, mantenerse ajeno al universo ideológico y político de su época. Así, mientras nos sugiere que ellos, los hombres de comienzos de XIX, no son imparciales, afirma que tampoco lo eran Tácito ni Tito Livio, mediatizado éste último por su status social y por la idea patricia de la realidad y ciego al conflicto que amenazaba a Roma desde el mundo campesino.

La historia de la Antigüedad recibe, en esta época, las aportaciones de otras fuentes ya no estrictamente provenientes del ámbito de la filología clásica. Así, Eckhel en la numismática; Borhesi, en la epigrafía y Savigny en el derecho, son nombres cuyos estudios se añaden al cúmulo de erudición del que nacen las obras de Niebuhr y de Droysen.²

A Droysen se deben las primeras críticas a la idea de "decadencia" heredada del Renacimiento y consolidada por la "Aufklärung".

El Bajo Imperio supondría la descomposición y decadencia del mundo romano, al igual que el Helenismo era --paradójicamente y a pesar del Imperio de Alejandro-- el epígono de la Grecia de Pericles. Esta idea, asentada profundamente en el ámbito estético proveniente de los patrones de clasicismo plástico vigentes en el Renacimiento y el Neoclasicismo, empieza a tambalearse en los estudios de Droysen sobre Alejandro (1883) y el helenismo.

²Plácido 1993, 156.

Para profundizar en la historiografía del S. XVIII y primer romanticismo y, aunque no se refiera estrictamente al ámbito alemán, es insustituible la obra de Clarke, *Greek studies in England 1700-1830*, editada por la universidad de Cambridge en 1945. Igualmente notable es el estudio sobre el S. XVIII, que nos ofrece G. Giarrizzo en *E. Gibbon e la cultura europea del settecento*, Nápoles, 1954.

Libros escritos en pleno romanticismo, extraen su principio de duda sobre la supuesta decadencia del mundo griego de su entorno cultural y político.

No es por casualidad el que coincidan con el establecimiento de la unión aduanera (“Zollverein”, 1834), del reinado de Federico Guillermo IV (1795-1861).

Prusia se ha convertido, en estos momentos en la esperanza de la unificación alemana. La idea de un estado absoluto, suavizado por la herencia de la monarquía ilustrada; un estado que unifique a los territorios procedentes de la estructura feudal, igual que Alejandro unifica a la “polis” en una estructura centralizada que será el germen del desarrollo del cristianismo, es patente en las obras en que Droysen se ocupa del mundo helénico y que se convierten así, en manifiesto y propaganda política de su época.

La figura de Roma, como estado invasor, en cierto modo “bárbaro” y a través del cual llega la idea de decadencia griega como excusa del sojuzgamiento de Grecia, está presente en la obra de Droysen en el seno de una nación, como Prusia, que se ha opuesto y ha sobrevivido a otro imperio invasor: el representado por Napoleón.

Cuando Mommsen produce la mayor parte de su obra histórica, el siglo ya no es el mismo: se han producido las revoluciones de 1830-33 y sobre todo la de 1848. Un nuevo liberalismo, que comienza a tener incluso un ala proletaria se ha infiltrado en Alemania. La unificación sigue siendo la meta y parece fuera de duda que Prusia sea el estado que la llevará a cabo, pero las bases ideológicas sobre las que deberá consolidarse la institución monárquica ya no son iguales. El absolutismo, como principio providencial, agoniza y la ingenuidad práctica de la monarquía ilustrada está obsoleta. Es necesario que los conceptos, ya indiscutibles, de libertad individual, de desarrollo capitalista personal y de Imperio se conjuguen y esto no es sencillo.

Cuando Mommsen habla en sus obras sobre política romana, sobre diarquía como síntesis entre libertad de la nación (Senado) y poder personal (Príncipe), la necesidad de encontrar una solución para su propia patria no está lejana de su pensamiento.

Esta situación tiene que ver con lo que el S. XIX entiende por historia. Se plantea, a últimos del XVIII y prácticamente por vez primera, la historia como ciencia y como medio en que se desarrolla la actividad humana. Nada hay que no sea histórico es una de

las bases ideológicas que parten del S. XIX. Se construye la conciencia de que “el hombre no es sino lo que ha sido”, que decía Ortega.

Si desde la Antigüedad se puede observar, probablemente, algún tipo de conflicto entre estado universal y estado nacional, es entre el último tercio del S. XVIII y la primera mitad del XIX, cuando se toma conciencia social y política de esta constante.

Alemania es una de las nacionalidades que con más fuerza trata de remontar hasta la antigüedad su derecho a la personalidad nacional: ese “carácter de las naciones”, que reivindica Herder.

Esta personalidad germana se apoya en elementos tan dispares como Sócrates, el Cristianismo primitivo y la supuesta unidad racial de las invasiones germanas.

Para los “Sturm-und-Dränger” y los románticos alemanes, la historia no es solamente el “campo de ruinas” de que hablaría después Dilthey. Se busca apasionadamente la identidad y la libertad y, al mismo tiempo, se rechaza la soledad. Hay universales de aspiración que se reinterpretan y permanecen. Se intenta desesperadamente rescatar culturalmente, no estar aislados, tener padres. Todo esto sucede en una época en que la burguesía y la revolución industrial toman fuerza y Alemania, en gran medida, se opone a ellas. Marx y los movimientos obreros no están lejos; el psicoanálisis de Freud y las curiosas teorías del inconsciente colectivo tampoco.

La revolución del 48 no aportó soluciones claras a la dicotomía entre campesinos y burguesía existente en Alemania. Las dudas de los estadistas e historiadores del momento y sus deseos de encontrar un término medio se van resolviendo, impulsados por las circunstancias, en favor de la seguridad de un estado fuerte que impregnen y lo dirija todo. El desarrollo de las ciencias positivas y de las teorías evolucionistas será clave para la consolidación de este nuevo absolutismo, al que apoya un capitalismo creciente que parece querer regirse por las leyes de Darwin.

La historia pretende adquirir elementos científicos y justificarse por ellos. Es el momento de la erudición, de las leyes explicativas y cíclicas, de la acumulación de datos; un momento en que Mommsen recopila su *Corpus Inscriptionum Latinarum* con la precisión y el orden de un químico o un matemático.

En el ámbito germánico (Mommsen, Kuhn), a mediados del S. XIX, cuando comienza a perfilarse la aspiración política a un imperio germano unificado bajo el dominio de Prusia, se atiende a relatar los aspectos de la historia romana que ponen de relieve la fusión del elemento helénico y romano. El mito de Roma como imperio universalizador en una constante del momento.

Personajes como Bruto, de enorme fuerza mítica durante el “Sturm und Drang” y el primer romanticismo, empiezan a perder “prestigio” en esta época de contrarrevolución. César se reviste de la aureola que tuvo durante la Ilustración y el auge napoleónico y se transfieren a él, a nivel popular, las características deseadas en el monarca unificador alemán. César y su tiempo se contemplan, incluso entre los historiadores, como una genial fusión del elemento helénico y el latino. Desde época de César, se potencia en Roma el auge de la ciudad y la urbe se reviste de magnificencia: el Imperio llegó a establecer --según la opinión que se tiene en Alemania desde el esplendor de la “Aufklärung”-- la unión de elementos civilizadores más perfecta conocida.

Esta visión está en directa relación con la preferencia ilustrada por el desarrollo urbano como paradigma de la monarquía del XVIII y no sólo en Alemania se da preferencia a la ciudad como manifestación y emblema ideológico de su tiempo. Washington, D.C., la capital federal de los Estados Unidos es, prácticamente, la única ciudad que puede afirmarse fue proyectada “ex novo”, sin núcleo previo y que surgió por entero de una idea política. Fue proyectada como la ciudad ideal; una especie de “utopía”, fusión de todos los elementos y estados y “Caput mundi” del imperio republicano de la razón. Obedeciendo a esta noción, fue edificada en “tierra de nadie” y continúa sin pertenecer a ninguno de los estados.³

³Horacio: “A Leuconoe”. “Coge la flor que nace hoy alegre, feliz; / ¿quién sabe si otra nacerá mañana?”.

El Romanticismo trajo consigo el principio vital del tiempo vivido para la persona, de la vida momento a momento, deprisa; transportó ese romanticismo a los autores de la Antigüedad que le eran caros y los tradujo de forma romántica incorporándolos a sus propios mitos.⁴

Su gusto por la huida y las raíces orientales puso de moda la cuestión de los orígenes indoeuropeos de las civilizaciones clásicas y de los mismos germanos. De empezar explicando los inicios de las civilizaciones, el Romanticismo se vio tentado a encontrar los orígenes de las razas en peligrosas intromisiones en campos todavía poco explorados --como el de la antropología física-- que serían aprovechados, con una orientación nefasta, por movimientos posteriores.

Sea como fuere, lo indoeuropeo es una constante de búsqueda en las fuentes durante todo el S.XIX. Se piensa que los latinos, de alguna forma, ya eran conscientes de estos orígenes o se interpreta que utilizaban esta herencia en su historiografía aun sin plena conciencia:

“Dumézil intende provare che ciò che si presenta come storia della monarchia in Livio e Dionigi no è altro che la conversione in pseudo-storia di una serie di miti indo-europei”⁵.

Hasta muy entrado el S. XX, los historiadores deben parte de su orientación a esta visión que es, al mismo tiempo, un descubrimiento y una limitación.

⁴Lucrecio: *De la naturaleza de las cosas*: “Invocación”. Versión de Alberto Lista. “Madre de los romanos, alma Venus(...)./De amor llenas las selvas: amor resuenan / las frondosas mansiones de las aves; / y así del ser la llama fugitiva / por tu divino influjo se propaga. / Inspira tú mi acento: tú que el mundo / y la naturaleza mandas (...)”.

⁵Momigliano, “Paul M. Mar...”, *Ott. contrib.*, 386.

Y es que la transmisión de los textos y, más que la transmisión, la interpretación heredada de los mismos es una de las causas principales de la historiografía que cada época construye.

Por ejemplo, la caracterización tan exitosa desde el S. XVIII de la etapa romano-tardía como una época de decadencia, proviene de los postulados humanistas y de su concepto de civilización, idea poderosamente influida por el renacimiento oficial de las formas estéticas del clasicismo. Por otra parte, los humanistas plantearon la historia como una repetición de ciclos de nacimiento, esplendor y caída que alimentaron un concepto mecanicista del proceso histórico.⁶

Es muy difícil saber, a través de las fuentes, qué grado de conciencia de esta llamada decadencia, tuvieron los protagonistas de ella.

Es cierto que encontramos una cierta visión pesimista del entorno en algunos autores del Bajo Imperio, pero estas quejas se encuentran también en autores de momentos anteriores, como ocurre en la abundante correspondencia de Cicerón.⁷

Incluso textos del siglo de Pericles, época pretendidamente no decadente, plantean un desánimo vital semejante al de algunos autores romano-tardíos. Parte de esta pretendida conciencia debería atribuirse a otros factores más personales, sin excluir lo que hoy llamamos el “conflicto generacional”, y no a una realidad diametralmente distinta para todos y sentida como tal en la época tardía.

Gibbon es uno de los primeros historiadores que plantea la consideración de causas internas como incidentes en la caída del Imperio romano. Si bien estas razones nos parecen hoy fundamentalmente lógicas, no lo fueron tanto para los que querían --sobre todo en el ámbito alemán e incluso en el S. XX (ver Kossina)-- que los bárbaros tuviesen un papel más destacado en la caída del imperio de occidente. por otra parte, la visión que se fraguó en las obras de Gibbon, si bien en históricamente más válida, tiene sus contrapartidas, ya que alentó hasta el exceso ese sentimiento de decadencia ruina interior y de conciencia de la misma de que hablábamos. Hoy día no podemos entender este

⁶Bravo 1976, 445.

⁷Cic., *Att.*. 2, 1; 8; *Att.* 11, 7; *Fam.* 4, 3, 2, *Cartas Políticas* (ed. J. Guillén Cabañero), Akal, Madrid, 1992.

proceso de agotamiento y evolución del imperio como resultado de uno, ni siquiera de varios factores, sino posiblemente de todos ellos, externos e internos, destructivos y meramente transformadores, actuando a la vez o primando según el momento.

Después del Romanticismo, la conciencia de causas económicas va desarrollándose en el ámbito historiográfico de forma patente. Es una línea que nos conduce hasta Max Weber, de tendencia distinta pero no opuesta, porque evolucionismo y economía están intrínsecamente unidos en el S.XIX al pensamiento de corte darwinista que conduce hasta Otto Seeck.⁸

Otro de los grandes problemas de la historiografía es el de la transmisión de las fuentes.

La selección y adaptación de muchas de ellas --sobre todo las filosóficas-- a través del cristianismo, ha influido notablemente durante las épocas en que los textos originales no se habían recuperado por completo, lo que abarca hasta bien entrado el siglo XIX.

Sin embargo, al no haber una alternativa o una explicación plenamente cristiana para los autores esencialmente históricos o políticos (Herodoto, Tucídides, Livio), se produce una intromisión que podríamos llamar menor de los transmisores.

El Renacimiento, que utiliza a estos autores para configurar parte de su teoría política y militar, recibe así una herencia pagana importante, que transmitirá a la Ilustración y que contribuirá a la dicotomía moderna entre Iglesia y Estado.

“No real Christian historiography founded upon the political experience of Herodotus, Thucydides, Livy and Tacitus was transmitted to the Middle Ages. This is already apparent in the sixth century when a military and political historian like Procopius was basically pagan in outlook and technique. Even in the fifteenth and sixteenth centuries the humanists rediscovered their Herodotus, Thucydides, Livy and Tacitus, they rediscovered something for which there was no plain

⁸Bravo 1976, 447.

Christian alternative. It is not for me to say whether an alternative was possible: whether an earlier *Tacitus christianus* would have been less foolish than the post-Reformation one. What I must point out is that the conditions which made Machiavelli and Guicciardini possible originated in the fourth century A.D. The models for political and military history remained irretrievably pagan. In the higher historiography there was nothing comparable with the easy Christianizing of the pagan *breviaria*.

Here again Eusebius was the decisive influence. How much he owed to predecessors, and especially to the shadowy Hegesippus, we shall never know, unless new evidence is discovered.

But it is fairly clear that Hegesippus wrote apologetic, not history. Apart from him, there is no other name that can seriously compete with Eusebius' for the invention or ecclesiastical history. He was not vainly boasting when he asserted that he was the *first to enter on the undertaking, as travellers do on some desolate and untrodden way*".⁹

Pese a esta importante tradición, no debemos creer que los textos escritos, fueran de índole pagana o procedentes de la historia eclesiástica, jugaron un papel decisivo en la historiografía hasta el S. XIX.

En el siglo XVIII, por ejemplo, el conocimiento de fuentes tan importantes como Diodoro o Tácito era muy poco preciso y, mucho menos, en lo que se refiere a las fuentes de estos historiadores antiguos o a sus personalidades. El descuido a la hora de apreciar el valor de la fuente escrita se debe, en gran medida, al entusiasmo que experimenta el S. XVIII ante descubrimientos arqueológicos de importancia y ante la erudición de las ciencias auxiliares, como la epigrafía y la numismática, frente a unas evidencias literarias que se consideraban --en esta época ideológicamente volcada hacia las ciencias positivas-- como meros restos de la tradición.¹⁰ La querrela entre historiadores ligados a la filología

⁹Berkhof, H., *Die Theologie Eusebius' von Caesarea*, Amsterdam, 1939 en Momigliano 1977, 115.

¹⁰Momigliano 1979, 84.

o a la filosofía y anticuarios, es una de las constantes del último tercio del S. XVIII hasta principios del XIX y adquiere especial relevancia en Inglaterra y Alemania.

Ambas formas de entender la manera de hacer historia estuvieron profundamente enfrentadas. Cuando los historiadores filósofos comenzaron a atacar a los eruditos, a pesar de la tendencia positivista del siglo, el prestigio de ambos se resintió.

Los eruditos no parecían entender la necesidad de su época de interpretar el pasado de forma tal que aportara respuestas a las preguntas de su tiempo. Ésta es la forma en que Montesquieu y Voltaire se habían planteado el problema de la historia: como una serie de preguntas acerca del presente.

En la única cosa en la que las tendencias estaban inconscientemente de acuerdo, era en dar primacía a las fuentes y a los objetos que denotaban la idea de perfección progresiva de la civilización o lo que ellos entendían por esto: las bases de un creciente etnocentrismo occidental se estaban asentando.

La idea de civilización se convirtió en el tema central de la historiografía y la historia política, centro hasta entonces, se subordinó a esta necesidad. Aspectos denotadores del grado de civilización, como el arte, la religión, las costumbres sociales que habían sido, hasta entonces, feudo de los anticuarios, comenzaron a ser objeto de estudio de los filósofos, aunque les darían una interpretación muy distinta.¹¹

¹¹Momigliano 1979, 95.

3. “STURM UND DRANG” Y PREFIGURACIÓN

Desde los últimos años de la Ilustración hasta mediados del XIX, la idea de Roma a nivel popular, intelectual e incluso erudito sufre los cambios y adaptaciones propios del momento en que se configura.

Según las necesidades vitales, políticas y culturales de la época la idea se modela y se adapta a ellas. De ahí que le llamemos prefiguración, en el sentido de una idea que se crea en un determinado momento histórico y se proyecta sobre la Antigüedad, más que en el sentido lógico: algo que se descubre y se inserta en el S. XIX. La prefiguración nace de la labor historiográfica en un momento político y social determinado pero también, y probablemente en mayor medida, de las manifestaciones culturales que alcanzan a un amplio ámbito de personas, incluidos intelectuales y dirigentes de la época. Estas manifestaciones son las artes plásticas, la filosofía, la literatura y, en el caso de Alemania, muy especialmente, la música.

Los hombres de estado norteamericanos del S. XIX no estaban, posiblemente, al tanto de las investigaciones de Gibbon o Droysen, pero se hallaban espiritualmente inmersos en la visión de Antigüedad transmitida por Tennyson o por Byron.

José II de Austria o Federico II de Prusia recibían sus referentes culturales esenciales de la filosofía y la literatura de su tiempo, tanto para la idea de imperio, como de monarca ilustrado y, en esto, no eran muy diferentes a gran parte de la incipiente burguesía a la que trataban de atraer a su campo.

El concepto de Roma, durante el “Sturm und Drang”, por más que las ciencias históricas se desarrollarán rápidamente, es más el producto de un ambiente, el hijo de una época y el resultado de una justificación histórica contemporánea a ellos que el fruto de una realidad de conocimiento del pasado. Responde más a un deseo de que las cosas “fueran” que a una realidad y de ahí su especial interés para nosotros.

Pongamos un ejemplo: Duruy. Su pensamiento nace de su época y, al mismo tiempo, entra en conflicto con algunos aspectos del personalismo romántico.

Para él, la República romana es el gobierno de una oligarquía y la caída de esta república era prácticamente inevitable. Siendo uno de los primeros historiadores que se rebela contra el mito de la democracia antigua y plantea la realidad de que los romanos no conocían un sistema representativo, cae, en cambio, en sugerir que la única solución factible a esta situación era la monarquía iluminada; un concepto muy ilustrado pero ajeno al principado antiguo, por mucho que se llegase a la divinización del emperador, hecho que nada tiene que ver con la idea de providencialidad contenida en la monarquía del XVIII.

Poniendo por ejemplo lo sucedido en la República romana, Duruy considera lógica la monarquía absoluta aunque la diferencia de su época en que los romanos no conocían la idea de libertad, mientras que en el absolutismo contemporáneo ilustrado se contempla cierto respeto, al menos teórico, de las libertades ciudadanas.

“Les mêmes mots désignent souvent des choses fort différentes. La république des Romains n’a rien de commun avec ce que nous appelons de ce nom ... L’idée de la liberté politique était si étrangère à l’esprit des romains (...)”¹.

Duruy mantenía la idea de Gibbon de que el periodo del Alto Imperio, hasta los Julio-Claudio, fue el más feliz que la humanidad había conocido.²

Cuando el absolutismo romano empieza a ahogar el crecimiento de la ciudad se

¹Duruy 1879, VII, 137. En esta página y las inmediatas de la obra de Duruy observamos que fue uno de los primeros historiadores en comentar la enorme distancia que separaba, en Roma, el concepto de ciudadanía de la noción de ciudadano surgida de las revoluciones burguesas pero ésta no era la tónica durante el romanticismo alemán, que tendía a comparar el absolutismo con el Imperio Romano, ni en el anglosajón, que exageraba el modelo demócrata griego incorporado por los romanos, lo que tampoco es exacto, ya que el modelo político romano no surge, ni siquiera en sus orígenes, estrictamente del griego.

²Momigliano 1979, 152-3.

produce la decadencia del Imperio, visión sospechosamente cercana a las ideas burguesas en auge. El fondo iluminista de Duruy le pone, por otra parte, en oposición a los sentimientos revolucionarios nacionalistas que comienzan a surgir del Romanticismo de modo que, durante el “Sturm und Drang”, la prefiguración ilustrada y la romántica se complementarán pero también entrarán en íntimo conflicto.

La idea de nacionalismo fue una de las componentes esenciales del primer Romanticismo. Los historiadores del momento, rastrearon huellas de las nacionalidades en la antigüedad germana, britana o gala frente al Imperio romano.³

En este contexto, el tiempo que se ponían de relieve las diferencias, se buscaba una explicación de cómo el Imperio pudo, durante siglos, conjurar estas fuerzas excéntricas hasta la historiografía moderna.

La obra política de Augusto, que hizo posible la formación del Imperio, se entendió como una labor de apaciguamiento de las diferencias entre Roma y las “naciones” y de ellas entre sí. En ello, habría tenido gran influencia la formación de una clase dirigente mixta, senatorial y ecuestre, abierta a la “burguesía” provincial. Esta clase dirigente elaboró una cultura aristocrática, hecha de elementos romanos y helenísticos en la que los aspectos nacionalistas se diluirían.⁴ Esto sería especialmente notable en el caso

³Plantearon, sin embargo, desde un principio la duda de que se pudiera hablar en la antigüedad, sobre todo en el Imperio Romano de nacionalismos en el sentido del siglo XIX. Las nacionalidades fueron planteadas, más bien, como una respuesta a la política de tributos del Imperio y el grado de nacionalismo fluctuó según la política fiscal de cada principado, una concepción que ya se encuentra presente en Dión Casio (D. C., *Epit.*, LXVII, 4, 6; *Epit.*, LXIX, 9, 5-6).

⁴Mazzarino 1983, II, 211; ver también pp. 53 y 199.

En el pensamiento helenístico empieza a patentizarse la dicotomía entre la idea de Occidente y la de Oriente, tema de discusión muy grato para el siglo XIX.

de Grecia. César mismo contempló su obra como una fusión de culturas de este tipo y él sería, para los románticos, según su tendencia universalista o nacionalista, el héroe o el “villano” de la historia romana.

Sobre este tema es interesante consultar la obra de H. I. Marrou, *¿Decadencia romana o antigüedad tardía siglos III-VI?*, Barcelona, 1980 y la de R. N. Stromberg, *Historia intelectual europea desde 1789*, Madrid, 1990, en sus apartados dedicados al cambio de siglo y la época napoleónica.

La visión de los románticos acerca de César, desde una u otra perspectiva, difiere de la de otro gran mito del S. XIX: Alejandro. La divergencia entre ellos sería un signo de los tiempos: la concepción griega del mundo heroico frente al pragmatismo romano. A diferencia del joven Alejandro, César es un héroe maduro y poco vistoso, sin una visión mítica de la vida y con una concepción racional de la historia. No contento con oponer razón y superstición, tendería a sustituir la antigua religión de los dioses por una mística propia: la del monarca-dios, oponiéndose con ellos al poder de los “optimates”, a los que siempre combatió.⁵

Viktor Pöschl puso de relieve la oposición existente entre las concepciones romana y moderna de la historia. La concepción moderna es la que ha creado el concepto de decadencia y ha aplicado este modelo a la Antigüedad trasmutando, al mismo tiempo, el ciclo de desarrollo, esplendor y decadencia aplicado al mundo romano para juzgar a cualquier otra civilización temporal y espacial.

Adriano Tigher, a su vez, en la década de los treinta, afirmaba que la conciencia histórica romana era esencialmente tradicionalista, mientras que la historiografía moderna, desde principios del XIX, manejaba una teoría progresiva de la historia.

Es posible que la concepción del ochocientos de la historia tenga más que ver con el Helenismo.

Según Mazzarino⁶, el pensamiento histórico helenístico se define, en una de sus más interesantes facetas, del modo siguiente: el concepto helenístico se extrae del pensamiento aristotélico, que contrapone los “pueblos más valerosos y menos reflexivos de Europa” a los “menos valerosos pero reflexivos” de Asia.

Esta tendencia se continúa en el pensamiento iluminista de finales del XVIII que opone los “pueblos jóvenes” a los “viejos”, y ofrece a los pueblos insurgentes de la “joven Europa”, en términos de Guglielmo Ferrero, una filiación en la Antigüedad.

⁵Mazzarino 1983, II, 199.

⁶Ibid., 53.

En cambio, uno de los aspectos romanos más utilizados durante el S. XIX, sobre todo en el surgimiento de los ordenamientos democráticos y constitucionales, es el derecho. Dejando aparte, la interpretación y utilización heredada y adaptada de leyes y principios concretos, el derecho en sí, como conjunto e idea, es otro de los grandes mitos del S.XIX. En contra de la idea que de él transmite el siglo romántico, resulta que todo el derecho humano y divino se mezclaba, sin ningún tipo de problema, en el mundo romano. La concepción moderna de separación de poderes y de laicismo del ordenamiento jurídico, no sólo no surge del mundo antiguo sino que es extraña a él, y apenas pueden rastrearse en el Bajo Imperio algunos indicios de separación de poderes civiles y militares, pero nunca del poder en sí mismo respecto al derecho divino o, posteriormente, al canónico. El laicismo del derecho y del gobierno surge, esencialmente, de las circunstancias capitalistas y no de una vinculación a la antigüedad latina o latina-germánica, concepto muy caro, sobre todo para los juristas alemanes.

Por último y antes de pasar a los aspectos concretos de este concepto que llamamos “prefiguración”, habría que observar que la prefiguración también tuvo su “abogado del diablo”, nacido precisamente del desarrollo de las colecciones y de la labor de los anticuarios: si su tendencia a la acumulación de datos, sin formular ideas ni explicaciones satisfactorias, dio pie a la crítica de filólogos y filósofos, por su parte ellos reprendieron constantemente a estos mismos filólogos e historiadores filósofos por su aproximación a la Antigüedad de un modo “apriorístico”.⁷

Este acercamiento estaba claramente heredado de su vinculación a la filosofía de Kant y Hegel y respondía perfectamente a sus necesidades de formular grandes sistemas históricos poseedores de reglas y funcionamiento propio.

⁷Momigliano 1979, “Ancient ...”, 100.

4. ROMA: FILOSOFÍA E IDEOLOGÍA POLÍTICA EN UNA ERA DE REVOLUCIÓN

4.1. HISTORIAS DE LA LIBERTAD

Según Dilthey,¹ el idealismo de la libertad es la principal creación del espíritu ateniense. La energía creadora y transformadora que en él reside genera una concepción del mundo que se concreta en Anaxágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles. El Helenismo transforma esa visión creadora en acción y consigue la configuración de un imperio que sólo morirá cuando abandone la idea de libertad de la que surgió.²

Esta imagen de Grecia, como creadora del concepto y la acción de la libertad, se plasma en la obra de Cicerón, que se siente íntimamente ligado a Sócrates; alienta en las “Meditaciones” de Marco Aurelio y enlaza con Kant y con Jacobi (1743-1819), el amigo de juventud de Goethe y uno de los filósofos que señala el paso del “Sturm und Drang” al Romanticismo. Tampoco escapan a su influjo Maine de Biran y los franceses de su escuela, hasta llegar a Bergson.³

El sistema evolucionista y naturalista, no acabará por completo con estos idealistas de la personalidad que encuentran el terreno abonado en las obras de Schelling y Schleiermacher y ven culminar sus ideas en la mistificación de la acción de Schopenhauer.

La libertad tiene muchas vertientes a finales del S. XVIII: la política, la social, la personal, la sensual. El mito de la libertad podría constituir la religión del “Sturm und

¹Dilthey 1988, 73.

²Polib., IV, “Elogio de Filipo” .

³Dilthey, *ibid.*

Drang”. Se configura no por la metafísica del Cristianismo, con la Ilustración ha pretendido, sino en ocasiones a pesar de él y contra él, sobre todo cuando se trata de la libertad personal que ha de erigirse por encima de las religiones.

Incluso durante las épocas de rígido dominio del sacerdocio oriental parecía existir, según los “Sturm-und-Dränger”, una filosofía sexual de la vida y ponían de relieve que, cuando se hablaba y estudiaba con mayor intensidad el epicureísmo, fue durante las épocas de mayor poder de la Iglesia Apostólica Romana.⁴ Las canciones de los trovadores, los poemas épicos franceses e ingleses, los ciclos alemanes, la leyenda de Tristán servían como cauce de salida de los sentimientos de libertad apagados por la Iglesia oficial. Para los “Sturm-und-Dränger”, la libertad existió siempre, pero los griegos la convirtieron en la norma de la civilización y en la creadora de la historia.

Los románticos idealizarán a Roma como transmisora de las formas de libertad estatales que los griegos hicieron surgir de los principios de libertad individual.

De la misma forma en que los literatos y artistas del XVIII y primeros años del XIX romantizan a Roma, los mismos romanos romantizaron a Grecia, desde la República,⁵ hasta culminar en la extrema “romantización” de época de Adriano.

Esta romantización de la idea de libertad, que a veces significa una idealización de Roma, otras veces un rechazo vital está íntimamente ligada al arte: a Miguel Ángel en el Renacimiento, a Beethoven en el “Sturm und Drang”, a Richard Wagner en la segunda mitad del S. XIX alemán.⁶

Schopenhauer llega incluso a rastrear en los autores de la antigüedad latina, no sólo las huellas de la libertad personal y estatal sino de la libertad de las cosas, que tienden a realizarse en su esencia en plenitud; es ese movimiento creador lo que él llama voluntad y los que sostiene el universo: “Este impulso de todas las cosas idéntico a nuestra voluntad,

⁴Dilthey 1988, 65.

⁵Polib., II, 16, 12-15; 41, 5-7; Cic., *Att.*, 13, 28, 2-3, *Cartas Políticas* (ed. J. Guillén Cabañero), Akal, Madrid, 1992.

⁶Dilthey 1988, 55.

lo reconoció San Agustín con instinto certero”.⁷

⁷San Agustín, *De Civitate Dei*, XI, 28, citado en Schopenhauer 1983, 110: *Si pecora essemus, carnalem vitam et quod secundum sensum ejusdem est amaremus, idque esset sufficiens bonum nostrum, et secundum hoc si esset nobis bene, nihil aliud quareremus. Item, si arbores essemus, nihil quidem sentientes motu amare possemus: verumtamen id quasi appetere videremur, quo feracius essemus, uberiorque fructuosae. Si essemus lapides, aut fluctus, aut ventus, aut flamma, vel quid ejusmodi, sine ullo quidem sensu atque vita, non tamen nobis deesset quasi quidam nostrorum locorum atque ordinis appetitus. nam velut amores corpotum momenta sunt ponderum, sive deorsum gravitate, sive sursum levitate nitantur: ita enim corpus pondere, sicut animus amore fertur quocumque fertur.*

El asentamiento de las ideas democráticas de finales del XVIII y comienzos del Romanticismo en una pretendida democracia exclusivamente occidental y nacida, paradójicamente, del ideal aristocrático griego, es una constante de estos periodos.^{8 9}

Curiosamente, los hombres que desde el campo de la política, el derecho o la literatura apoyaron más fuertemente los ideales democráticos --Madison, Jefferson, Byron, Whitman-- y también los nacionalistas, eran hombres de intensa formación clásica y muy amantes del mundo griego. Tal vez, a través de su visión, la sociedad del XIX recibió la idea de democracia griega, basada, a veces, en malas interpretaciones de los textos. Un ejemplo de ello es la acepción del vocablo “filantropía” como “humanistas” o, aún más cristianizándolo, cuando para los griegos poseía, fundamentalmente, sólo un sentido de ayuda entre ciudades-estado.

En Alemania, especialmente en Prusia, la idea de democracia estaba sumamente mediatizada por las tendencias imperiales y de unificación. Allí, encontramos menos

⁸Polib. II, 38, 6-8 (ed. Manuel Balasch Recort), Gredos, Madrid, 1981: “...Sería imposible encontrar un régimen de igualdad política y de libertad de palabra más puro que el que prefieren los aqueos. Entre los peloponesios hubo algunos que lo eligieron libremente, a muchos les atrajo su poder de persuasión y su racionalidad. Otros, en fin, se vieron obligados a adoptarlo, pero sus rasgos hicieron que éstos que se había vistos forzados lo aprobaran inmediatamente. No reserva ningún privilegio a los miembros antiguos, y otorga una igualdad absoluta a los que se van adhiriendo, con lo que se alcanzó rápidamente la finalidad propuesta; coadyuvaron a ello dos elementos muy poderosos, su equidad y su filantropía”.

⁹Polib. II, 41, 5-7 (ed. Manuel Balasch Recort), Gredos, Madrid, 1981: “Posteriormente los lacedemonios, molestos por los hijos del citado (Ogigo), quienes no gobernaron según las leyes, sino despóticamente, cambiaron su constitución en una democracia. Desde entonces, en las épocas siguientes, hasta la época de Alejandro y de Filipo, las cosas les iban bien o mal, según las circunstancias, pero, según ya hemos dicho, intentaron siempre mantener su federación en la democracia”.

afición al mundo griego que el los países anglosajones y una mayor fijación en el modelo imperial romano (Hegel, Goethe, Fichte). El modelo griego romántico queda algo al margen de la “intelectualidad oficial”, contenido en la obra de literatos un tanto excéntricos y rebeldes como Hölderlin o, más modernamente, Nietzsche.

Sin embargo, hasta qué punto se distinguía entre mundo griego, helenístico o romano es discutible. Lo que en general nos encontramos, a nivel incluso intelectual, es una especie de macrocosmos “grecolatino” al servicio, a veces de los ideales nacionalistas y constitucionales-democráticos, a veces de sentimientos etnocentristas e imperiales y casi siempre como proyección de ambas cosas a la vez. Puede decirse que en el mundo grecolatino de la “Aufklärung” y del “Sturm und Drang” hay ideales y materiales para todos los gustos.

Hasta qué punto eran conscientes americanos y franceses, por ejemplo, de la extraordinaria originalidad de sus concepciones constitucionales y hasta qué punto las creían apoyadas en el derecho y la tradición antiguas, sería objeto para un estudio por sí solo. Baste decir, de momento, que la historia, probablemente, no es el “campo de ruinas” irrepetibles que decía Dilthey (1988), pero que, de acuerdo con la dimensión historicista --ese historicismo criticado por Nietzsche en la segunda de sus “Intempestivas”--¹⁰ nada hay definitivo fuera de su contexto, y el hombre de cada época se encuentra mediatizado, casi determinado por su concepción del mundo (“Weltanschauung”) y por las necesidades de supervivencia, adaptación intelectual, e incluso felicidad que ésta plantea.

El hombre del S. XVIII, se ve en los distintos momentos de la historia y civilización romanas, lo que quiere y necesita ver, que no es lo que quiere y necesita el hombre del S. XIX aunque, especialmente, en el caso de Alemania, ambas visiones compartan más imágenes de lo que a menudo --en un intento por relatar la diferencia romántica-- se ha contemplado.

¹⁰Olmos 1995, 184.

4.2. KANT

La ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad”.¹¹

Cuando Kant¹² escribía estas palabras, en 1774, la “Aufklärung”, compartía ya el espacio vital y político con los hijos del movimiento del “Sturm und Drang”.

Su visión del Estado como la obra de un príncipe ilustrado¹³ en el sentido

¹¹Kant 1978, 25.

¹²La obra de Kant que nos interesa es E. Kant, *Filosofía de la historia*, F.C.E., México, 1978 y la mayor parte de la bibliografía que encontraremos sobre el problema de la historia, su entendimiento de la Antigüedad y la conexión entre Kant y Hegel es crítica y análisis de esta obra fundamental. Señalemos especialmente W. Galston, *Kant and the problem of history*, Chicago, 1975; Y. Yovel, *Kant and the philosophy of history*, Princeton, New Jersey, 1980; A. Philonenko, *La théorie kantienne de l'histoire*, Paris, 1986; I. Álvarez Domínguez, *La filosofía kantiana de la historia*, (tesis, Univ. Complutense de Madrid, 1985) y J. F. Lyotard, *El entusiasmo: crítica kantiana de la historia*, Barcelona, 1985, como libro desíntesis. Mención aparte merece M. Despland, *Kant on history and religion, with a translation of Kant's "On the failure of all attempted philosophical theodicies"*, Montreal, 1973 por tratarse de un estudio centrado exclusivamente en la historia y filosofía de las religiones y del cristianismo. Una investigación de interés sobre cómo el pensamiento kantiano y el análisis historiográfico influyen y reflejan poderosamente la política de los estados en épocas de tensión es R. Tuck, *The right of war and peace: political thought and the international order from Grotius to Kant*, N. Y., 1999.

¹³Cic., *Ad Q. Fr.*, 1,1: X, 29, *Cartas Políticas* (ed. J. Guillén Cabañero), Akal, Madrid, 1992: “Y en verdad Platón, aquel príncipe del ingenio y de la ciencia, pensó que los Estados no serían felices más que cuando empezaran a regirlos los doctos y los sabios o cuando los que los gobernaban ponían toda su atención en la ciencia y en la filosofía. Creyó que esta unión del poder y de la sabiduría podía ser muy útil para la vida de los pueblos. Lo que

transmitido por los romanos, había tenido mucho tiempo de ensayarse pero, ligada a las estructuras feudales del Antiguo Régimen, estaba a punto de quebrar.

Junto a la concepción de Estado ilustrado en su conjunto, Kant sugiere ya una personalización de la educación; una individualización, que encontrará sus paradigmas en Schelling y Herder.

La palabra “culpable” de la cita inicial del capítulo, nos habla ya del mundo del Romanticismo, en el que el individuo empieza a sentirse responsable de su propio destino.

Sin embargo, estas sugerencias no deben hacernos olvidar el aspecto esencial de Kant en lo que se refiere al mundo romano: el de un acusado etnocentrismo occidental -- ignorando, en gran parte, el componente oriental de Grecia y Roma-- del cual la civilización alemana sería el culmen, al añadir el Cristianismo como crisol de perfecciones; esta visión está en la línea de pensamiento que perfeccionará Hegel, aunque choque con Kant en otros aspectos puramente especulativos.

quizás acontezca alguna vez en toda nuestra república”.

Dice Kant: "... Si partimos de la historia griega como aquella a través de la cual se nos conserva, o corrobora por lo menos, toda otra historia más antigua o coetánea; si perseguimos su influencia en la formación y desintegración en la formación y desintegración del cuerpo político del pueblo romano, que absorbió al Estado griego, y el influjo de este pueblo sobre los bárbaros (...), se descubrirá un curso regular de mejoramiento de la constitución estatal es esta nuestra parte del mundo (que, verosímilmente, algún día dará leyes a las otras)".¹⁴

La primera página de Tucídides --dice Hume-- es el único comienzo auténtico de toda verdadera historia.¹⁵

¹⁴Kant 1978, 62.

¹⁵“Tucídides el ateniense compuso la historia de la guerra de los peloponesios y los atenienses, tal como la llevaron a cabo unos contra otros, empezándola nada más estallar y en la confianza de que sería importante y la mayor de las habidas, deduciéndolo del hecho de que ambos iban a ella en la plenitud de sus fuerzas con un equipamiento completo y por ver que el resto del mundo griego se iba alineando con uno u otro bando, unos de modo inmediato, otros abrigando esa intención.

Esa conmoción fue la más importante que se dio entre los griegos, en buena parte de los bárbaros y, valga la expresión, en la mayor parte de la humanidad. Los hechos anteriores a ella y los más antiguos aún eran imposibles de investigar por la magnitud del tiempo transcurrido; sin embargo, a partir de los indicios en que puedo confiar cuando dirijo mi examen a lo más remoto, considero que no fueron importantes ni por lo que hace a las guerras ni por lo

demás.

Parece que la que actualmente se denomina Grecia no fue habitada de modo permanente desde antiguo, sino que con anterioridad hubo migraciones y cada pueblo abandonaba fácilmente su territorio obligado por grupos cada vez más numerosos.

Al no haber comercio porque ni siquiera se relacionaban entre sí por tierra o por mar sin riesgo, así como explotar cada pueblo su territorio lo suficiente sólo para sobrevivir y no tener excedentes de riqueza ni cultivar la tierra --ante la inseguridad de que alguno les invadiera y se lo arrebatará por carecer de murallas-- aparte de considerar que en cualquier parte obtendrían el alimento necesario para cada día, emigraban sin esfuerzo, y por ello no eran fuertes en lo que hace al tamaño de sus ciudades (...).

Eran sobre todo las tierras mejores las que sufrían las migraciones de sus habitantes, (...) Tesalia, Beocia, la mayor parte del Peloponeso excepto Arcadia (...).

Gracias a la fertilidad de la tierra se acrecentaba el poderío de algunos y ello provocaba perturbaciones en las que perecían, a más de estar más expuestos a las asechanzas de otros pueblos.

(...) El Ática, por la pobreza de su tierra, fue habitada siempre por los mismos hombres sin ser afectada por perturbaciones” (Tuc., I, 1-2, ed. Francisco Romero Cruz, Cátedra, Madrid, 1988).

Los filósofos de finales del XVIII, apartándose en gran medida de la historia hecha por el estudio de los datos arqueológicos, que se desarrolla ya en su época, buscan un apoyo básico en las fuentes escritas, que actuarían a modo de arma educativa a través de las generaciones. Sólo un público ilustrado y educado en aquellos textos, perdurando desde el momento en que fueron escritos hasta sus días, podía autorizar la historia antigua y, en cierto modo, justificar la contemporánea. Asistimos así, a través de los filósofos de la “Aufklärung” a una creciente elitización de la educación clásica y de la cultura; una elitización semejante a la del mundo político alemán, de nuevo en contraposición con lo que se producía en el mundo anglosajón e, incluso, en el francés.

4.3. HEGEL Y CONTRA HEGEL

Según Hegel,¹⁶ existen tres etapas esenciales en la historia: la primera estaría definida por el elemento asiático y caracterizada por la monarquía absoluta; la segunda sería la grecorromana clásica --de nuevo advertimos la ausencia de distinción entre Grecia y Roma-- que se definió por la libertad del individuo. A ésta le seguiría la germánico-europea, que unió las dos civilizaciones anteriores en la síntesis de la libertad, aunque en el contexto de un estado fuerte.

¹⁶La obra fundamental de Hegel, en que expone su pensamiento sobre la historia es G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Akal, Madrid, 1989, aunque parte de sus planteamientos sobre el mundo antiguo se encuentran en *Lecciones sobre la estética*, Akal, Madrid, 1989. La principal biografía del filósofo sigue siendo, probablemente, K. Rosencranz, *Georg Wilhelm Friedrich Hegel Leben*, Darsmstadt, 1977. Estudios de crítica sobre esta concepción de la historia son muy abundantes en castellano o traducidos. Destacaremos: T. W. Adorno, *La ideología como lenguaje*, Taurus, Madrid, 1971 y *Tres estudios sobre Hegel*, Taurus, Madrid, 1991; J. A. Marín Casanova, *La circularidad de la historia en Hegel*, Sevilla, 1989; E. Cruz Vergara, *La concepción del conocimiento histórico en Hegel: ensayo sobre su influencia y actualidad*, Puerto Rico, 1997 y J. L. Villacañas Berlanga, *La filosofía del idealismo alemán, vol. II: La hegemonía del pensamiento de Hegel*, Madrid, 2001. En idioma alemán, es notable el de M. Wolf-Dieter, *Gegenwart Christi in der Gesellschaft: eine Studie zu Hegels Dialektik*, München, 1965 y el de E. Angehrn, *Freiheit und System bei Hegel*, Berlin, 1977. El libro de M. C. Casalla, *América en el pensamiento de Hegel: admiración y rechazo*, Buenos Aires, 1992, nos lleva a la mirada de Hegel hacia América, por lo que es de para la tercera parte de nuestro estudio. Un tema específico en conexión con los problemas de la historiografía a partir de Hegel se trata en F. Tessitore, "Storicismo hegeliano e storicismo crociano", *Incidenza di Hegel*, Napoli, 1970 y, finalmente, destacaremos especialmente el libro de G. Bonacina, *Hegel, el mundo romano, e la Storiografia: rapporti agrai, diritto, Cristianesimo, e tardo antico*, Firenze, 1991, en donde se incide en la concepción y transmisión de Roma y su historiografía en Hegel y a través de él.

F. C. Baur, discípulo de Hegel, aplicó la dialéctica a sus estudios sobre el Nuevo Testamento sin ser muy consciente --no podía serlo en el sentido actual-- de las múltiples contradicciones del pensamiento histórico hegeliano.

Baur asignó la “tesis” al nacionalismo judío, la “antítesis” al universalismo de San Pablo y extrajo la “síntesis”: la Iglesia en plenitud, que se desarrolló a partir del S.II.

El deseo de que toda esta arquitectura se ensamblase perfectamente y se apropiase de los hechos históricos sin roces, hizo que Baur admitiera algunos errores graves. “En sus estudios es posible evaluar cuan estimulante y peligrosa podía resultar la fórmula hegeliana”¹⁷

Ortega y Gasset reprochaba a Hegel que llegaba a lo histórico de forma autoritaria, no con intención de explicarla, sino para averiguar si la historia se había “portado bien”, es decir, si se ajustaba a la verdad que su filosofía sistematizaba.¹⁸

Los pueblos que, como los extremo-orientales, poseían una forma de Estado inaprensible para occidente o aquellas civilizaciones que no se organizaban en estados, para Hegel, simplemente estaban fuera de la historia: no formaban parte de ella y no se encontraban comprendidos en el designio de perfección trazado por Dios. Las consecuencias ideológicas de este acusado etnocentrismo eran imprevisibles para su época y fácilmente detectables para nosotros.

En el espíritu objetivo del mundo, que sigue al subjetivo o descubrimiento por parte del individuo de sí mismo, se sitúa la historia: es la realización práctica de la

¹⁷Ver Stromberg 1990, 127.

¹⁸Ortega y Gasset 1983, 419.

Es de suma utilidad para comprender la especial influencia del pensamiento de Hegel en la historiografía del S. XIX, leer los capítulos dedicados a la estética antigua de la obra fundamental de Hegel, *Lecciones sobre la estética*, Madrid, 1989.

realidad, la sucesión de una serie de momentos, auges y caídas que, necesariamente, conducen hacia la consecución del Espíritu absoluto (la plenitud de la Providencia Divina, la superación de toda contradicción, la cumbre de la historia).¹⁹

¹⁹Oros., V, 2, 1-8; V, 22, 5; V, 24, 9.

La historia, en este enorme designio de Dios, es sólo el paso de lo parcial a la totalidad.²⁰ Se concreta por medio de la superación de una serie de oposiciones, sacrificios y accidentes, en los cuales el mal está providencialmente incluido y no tiene vuelta atrás: la historia es dialéctica y tiene final feliz²¹. Por cuanto todo tiene una finalidad establecida, es racional y puede justificarse --de ahí su manipulación-- cualquier hecho acontecimiento histórico como necesario. La eticidad del acontecimiento es completamente secundaria. El hecho de que Roma se impusiera --según Orosio, de forma amoral-- sobre el mundo mediterráneo a costa de otros estados²²; el que mantuviera en su seno aspectos socialmente injustos, no es esencial, por cuanto era necesaria en una historia dirigida teleológicamente.²³ Los seguidores de Hegel, tanto desde la izquierda como desde la derecha, apoyados en estas justificaciones del imperialismo griego y romano, pudieron fácilmente justificar en parecidos términos el imperialismo napoleónico o los estados de Hitler y Stalin.²⁴ Pasar del plan de Dios sobre la tierra al plan de la nación propia sobre la tierra es sólo una cuestión de manipulación interesada o de simple acomodación temporal.²⁵

Si una nación usurpa el derecho a la libertad de otra, su acción está justificada por ser un momento de la dialéctica del mundo, un instante en la manifestación del “Weltgeist”, espíritu universal.

Cada nación tiene su momento en la historia; cada una se impone sobre las demás

²⁰García-Mauriño, Fernández 1992, 29.

²¹Oros., VII, 43, 16-18.

²²Oros., V, 1, 14-16.

²³Este principio entronca con la noción polibiana del Imperio Romano como insuperable en los ciclos históricos y con la idea de constitución como base de supervivencia nacional (Polib., I, 2, 7; III, 118, 8-9). También está relacionado con la idea de designio divino y de historia teleológica en la fundación de Roma que impregna la Eneida como obra propagandística esencial de la época de Augusto. Ver Verg., *Aen.*, II, 680-789.

²⁴García-Mauriño, Fernández 1992, 28 y 32.

²⁵De hecho, la práctica de ver los ciclos históricos como inevitables y de considerar siempre a la propia época y a la propia patria en la cumbre de su ciclo de dominio, que por derecho le pertenece, es una idea que Roma publicitó extensamente y que recibió, en la forma en que la utilizó, no sólo de los historiadores griegos que trabajaban en y para Roma sino de la historiografía de las ciudades griegas que manejaron con maestría la misma noción, como refleja Tuc., I, 76 y VI, 82-83.

en una determinada época y esto es lo teleológicamente justo. Ni que decir tiene que Hegel piensa que la nación germana, situada como culmen de la evolución estatal, vive su momento y debe consolidarse necesariamente como principal motor histórico de su época.

Frente a un mundo asiático al que sólo considera como infancia y a una Grecia en que el individuo no nace para el estado sino a la inversa, Roma representa el ensayo de la civilidad en que el individuo es nuevamente sometido al estado y en el que los otros estados más imperfectos reciben el empuje de Roma y se mueven hacia el fin último universal. Roma es un héroe estatalizado, un motor esencial; pero aún queda un último paso: sólo los pueblos germánicos, desde el cristianismo, han llegado a conjugar la conciencia del hombre libre como hombre y, a su vez, libremente sometido al estado; por eso, con el momento histórico más perfecto.

Al introducir el concepto de Providencia en el proceso histórico, Hegel, frente a Kant, parece sugerirnos que Dios es plenamente cognoscible:

“Lo único que puede reconciliar al espíritu con la historia universal y la realidad es el conocimiento de que cuanto ha sucedido y sucede todos los días no sólo proviene de Dios y no sólo sucede sin Dios, sino que es esencialmente la obra de Dios mismo”.²⁶

De esta forma, puede decirse que el mal sobre la tierra es un mal menor y que Dios se conoce día a día. Sería lo contrario de nuestro escepticismo actual, esa especie de sentimiento de que “Dios siempre guarda alguna carta en la manga” (Stephen Hopkins).

Quizá una de las cosas que más nos chocan ahora de Hegel, aparte de su etnocentrismo, es la forma casi malabarista en que se las ingenia para conjugar, en un

²⁶Hegel 1989, *Lecciones...*, 701.

Para clarificar la especial relación de Hegel con el idealismo kantiano, en lo que se refiere a la construcción histórica destaca, por su importancia y brevedad, el ensayo *Filosofía de la historia*, de Kant, traducido en México en 1978.

todo perfecto, la libertad individual con la soberanía del Estado.

Según él, durante la época en que predominaba Oriente, había una absoluta ausencia de libertad; sólo un hombre, el déspota, era libre en apariencia.

Durante el predominio de Grecia, sugiere que el individuo se sentía como libre y concebía al estado como servidor de sí mismo, lo cual es históricamente muy poco sólido. En época romana, el Estado volvió a asumir el papel dirigente pero a costa de la libertad individual; sólo unos cuantos hombres se sentían libres, por cuanto la magnitud del estado esclavista no le permite a Hegel demasiada idealización en este sentido. Sólo las naciones cristianas germánicas llegaron a superar las contradicciones propias del proceso dialéctico y a conjugar Estado e individuo, de forma que el individuo sólo puede ser libre como servidor de ese Estado que, irónicamente, logra situar muy cerca del estado absoluto, oligárquico de Prusia.

Le atribuye, además, caracteres a caballo entre la constitucionalidad y las ideas del Congreso de Viena, que tienen muchos más puntos en común con ese estado romano de lo que él supone, sobre todo con el alto-imperial; aunque, en el fondo, intuye el débito mejor que la supuesta superación de las imperfecciones romanas.

Así se colige cuando nos habla de que todo gran pueblo histórico, especialmente Roma, como fusión de energías nacionales y universalización de la idea de superestado, va perfeccionando su mundo real, hecho de ideas, arte y política. El pueblo en sí desaparece, pero su experiencia se transfiere a otro pueblo --léase la nación germánica-- que deberá madurarla. El espíritu pasa de un pueblo a otro;²⁷ el ideal se realiza necesariamente y sólo aquello que es conforme a la idea tiene realidad. Dios tiene razón siempre.²⁸

Aquí deberíamos detenernos otra vez a reflexionar sobre la apreciación de Ortega. Sólo aquello que es conforme a la idea es real: los pueblos, las situaciones, los acontecimientos que no se adecuan a la idea no son historia; no está muy claro lo que son pero no son reales.

Si en esta idea de individuo en función del Estado es individuo en sí se siente libre

²⁷García Mauriño-Fernández 1992, 34.

²⁸Hegel 1989, 78.

es lo de menos. Debe sentirse libre; de lo contrario, es que el Estado aún no es perfecto, porque no asegura la libertad personal del individuo, la felicidad privada, único ámbito en el que, según Hegel, es posible.

¿Cómo se consigue esta lucha de contrarios hacia la realización de lo providencial?. A partir de los intereses individuales, de la acción personal y pasional de los hombres: “No hay nada sin pasión”, diría Hegel, y esto nos suena ya a Wagner y al superhombre de Nietzsche.

Los grandes personajes históricos, los héroes por excelencia, cuyos máximos ejemplos se encuentran en el mundo grecorromano (Alejandro, César) por cuanto en aquella época convulsa y aún imperfecta el motor de sus contradicciones y de su voluntad era especialmente necesario, se convierten en los instrumentos del fin universal. Ni Alejandro, ni César ni Napoleón, en el que Hegel ve un trasunto de esa voluntad de imperio universal del mundo romano, sabían lo que hacían pero, al cumplir sus destinos, estaban realizando el plan general.

La forma de organización política más racional es la monarquía constitucional. Qué entiende Hegel por monarquía constitucional sería tema de un libro de por sí. En todo caso, Hegel considera como cumbre de esta evolución el estado prusiano en el que vive. No pretende que su constitución sea extrapolable, ya que cada pueblo --muy en la línea con los románticos nacionalistas-- tiene su propio espíritu, pero desde luego Prusia, al menos por el momento, es el “mejor de los mundos posibles” y sus afirmaciones no contienen la aguda ironía de la frase de Voltaire.

Las relaciones entre los estados deben ser pacíficas y establecerse por medio de la diplomacia pero la guerra es el último árbitro y el derecho a la guerra forma parte del derecho del Estado, ya que la nación prima sobre cualquier otro orden supranacional. Desde esta línea del derecho inalienable de la nación a defender sus intereses vitales por encima del arbitraje de las organizaciones o tratados supranacionales, para algunos teóricos no fue difícil justificar, como intrínsecas a la cultura alemana y al orden natural,

las exigencias de espacio vital del nacionalsocialismo: Alemania, según ellos, estaba viviendo su momento histórico, su encarnación temporal del espíritu de la historia.

En la guerra, por otra parte, se despliegan según el concepto heroico de esta dialéctica, las mejores cualidades humanas y la historia, libre de la lentitud habitual, da un paso de gigante al tiempo que la nación mantiene viva su salud moral.²⁹

Resulta irónico que todo nos suene tan familiar. Probablemente sea porque constituimos las generaciones que más han estudiado este estado de las ideologías de la primera mitad del XIX y también las que con mayor dedicación las hemos sacado del terreno de la especulación al de la acción, tanto en la guerra como en la paz.

Sobre aspectos concretos de la historia romana, Hegel ofrece también su particular visión de la realidad.

Emplea principalmente a Plutarco para configurar una idea primitiva de Roma hasta la llegada del cristianismo.

Nos hace evocar a Anibal derribando de la tribuna a un orador, al encontrar vergonzosas sus explicaciones; a Mario, vencedor, sentado sobre las ruinas de Cartago; a César, caminando de noche en soledad a la orilla del Rubicón y sopesando el destino de Roma.³⁰ César, en el contexto de perfeccionamiento providencial creado por Hegel, representaría la reducción a unidad de la enorme división reinante en la República y supondría un eficaz paralelo a cualquier estadista que fuera capaz de unificar a los divididos estados alemanes.

No sólo el Estado, sino también la familia, tiene para Hegel un sello de violencia en los orígenes de Roma, que sólo será superado por el cristianismo. Para ensamblar estos

²⁹Ver García-Mauriño, Fernández, op. cit., p. 36 y Polib., I, 59, 6.

³⁰Hegel 1989, 535.

principios, no duda en dar al mito un crédito mayor que el que le concedían, ya por entonces --estamos entre 1822 y 1837-- los estudiosos de la Antigüedad:

“La vida griega, aunque tampoco había nacido de una organización patriarcal, conocía el amor y el lazo familiar desde sus orígenes; y el fin pacífico de la convivencia tenía por condición el exterminio de los piratas y bandoleros. Por el contrario, los fundadores de Roma, Rómulo y Remo, eran ellos mismos bandoleros; no conocían la vida familiar, estaban expulsados de la familia y no habían crecido en el amor familiar. Los primeros romanos adquirieron sus mujeres sin el sentimiento de lo naturalmente ético (...).

Esta dureza (...) Sirve de base al matrimonio romano posterior”.³¹

Su relación de cómo se encontraba el Imperio en la época en que toma contacto con el Cristianismo es filosóficamente especulativa y, en el aspecto historiográfico, ya plenamente romántica. El Bajo Imperio era un mundo anárquico en el que reinaba la descomposición y la arbitrariedad.

La propiedad --valor tan primordial para el mundo capitalista de mediados del XIX-- estaba amenazada en Roma; las herencias por captación o sorpresa eran elemento común y “el amor a la familia no tenía ningún influjo, porque no lo había; y donde este amor falta, no hay eticidad”.³²

El individuo se encontraba desamparado y buscaba consuelo en cultos extraños o en la filosofía, según su status intelectual. Pero la filosofía, que volvía al pensamiento sobre su propio estudio, sin objeto ni capacidad de acción sobre la realidad, dejaba al hombre vacío de sentido. Es en este periodo cuando el Imperio entra en contacto con los bárbaros germanos, el pueblo que, según Hegel, está “destinado a sustituirle”.

³¹Hegel 1989, *Lecciones...*, 507.

³²Hegel 1989, 542.

La caída de Roma³³ que, probablemente, sea el tema que con mayor fuerza movió a la investigación y también a la imaginación del S. XIX, tenía tres causas principales en el edificio hegeliano.

En primer lugar, se encontraría la crisis ética del Imperio,³⁴ el cual se había convertido en un “orden que no es más que orden” y en una “dominación que no es más que dominación, sin contenido ético”.³⁵ Todos en este mundo, salvo el príncipe, serían individuos abstractos, ligados únicamente por las relaciones jurídicas y el interés privado se habría convertido en el dios de la sociedad.

La segunda causa es la respuesta que el cristianismo ofrece en esta época de angustia.³⁶ El cristianismo, junto con una serie de amalgamas filosóficas de corte neoplatónico, no exactamente contrarias a él, constituirían un elemento revolucionario del Estado en descomposición.³⁷

La tercera causa, por fin, es la invasión de los pueblos orientales y, sobre todo, de

³³La caída de Roma es un mito que hunde sus raíces en la historiografía y la literatura de la misma Roma. Lo consideraban como algo inevitable, que los mismos griegos intuyeron referido al poder de Atenas “pues de un modo natural todo tiende a decaer” (Tuc., II, 64, ed. Francisco Romero Cruz, Cátedra, Madrid, 1988). Esta caída de Roma tendría su exponente exterior principal en la figura de Anibal y el interior en el enfrentamiento entre ciudadanos romanos. Ver Liv., XXV, XII, 3-6 y XXV, XVII, 4-7 en ocasión de los funerales de Graco para la idea de un Anibal, noble enemigo, que sólo podía ser vencido por Escipión. Para la consideración de los Escipiones como salvadores de la patria, en los inicios del culto a la personalidad en la república, ver la arenga de Marcio sobre los Escipiones muertos en Liv., XXV, XXXVIII, 1-10. Cf. Cic., *Cat., Orat. Quarta*, X, 2; *Orat. Tertia*, IV, 9 y VIII, 19 y *Orat. Quarta*, IX, 19. La idea de pacificación y moderación romana, va unida, desde la ejemplaridad de los Escipiones hasta Augusto, a la noción de la *temperantia* del general, el magistrado o el príncipe: *Hispaniae ipsos lugebant desiderabantque duces, Cnaeum magis, quod diutius praefuerat iis, priorque et favorem occupaverat et specimen iustitiae temperantiaeque Romanae primus dederat* (Liv., XXV, XXXVI, 16, ed. Áurea María Martín Tordesillas, Gredos, Madrid, 1977). Así, el mismo mito bipolar, por un lado la posible ruina de Roma por obra de Cartago y, por otro, la destrucción interna, son una constante de la literatura del principado de Augusto y sirven a los fines propagandísticos de Augusto como salvador y pacificador. Ver Verg., *Aen.*, I, 12-22 y Hor., *Carm., Liber Primus*, II, 25-26: *Quem vocet divum populus ruentis / imperi rebus? (...); XXXV, 33-37: Eheu, cicatricum et sceleris pudet / fratrumque. Quid nos dura refugimus / aetas? Quid intactum nefasti / liquimus?* y *Liber Tertius*, V, 38-40: (...) *O pudor, / o magna Carthago, probrosis / altior Italiae ruinis!* (ed. Jaume Juan, Bosch, Barcelona, 1987. Cf. D. C., LXII, 18, 1. Ver. *Liber Primus*, XXXVII para el mismo mito de Roma amenazada desde dentro unido a la figura de Cleopatra, corruptora de los mejores hombres de Roma y, al mismo tiempo, objeto de admiración. Cf. D.C., L, 4, 3-4; Flor., II, XXI, 11, 1-3. La doble idea pasa a la historiografía cristiana, acentuándose el aspecto de la ruina por las guerras civiles y la corrupción interna: Oros., V, 8, 1-2; V, 17, 1.

³⁴Oros., V, 1, 14-16; V, 2, 1-8.

³⁵Hegel 1989, 542.

³⁶Oros., V, 1-8; V, 22, 5; V, 24, 9.

³⁷Hegel, *ibid.*

los nórdicos que serían capaces de servirse del estado romano para realizar su particular síntesis de renovación y cristianismo.

En la versión hegeliana, César abrió la parte real de un mundo nuevo, universalista, que sería la base de la difusión del cristianismo. Augusto lo articuló en sus mínimos detalles, lo organizó, dio a lo que en César era una especie de visión heroica, la existencia real.

En su concepción ciertamente personalista de la historia, César y Augusto son dos formas del sentido heroico de la vida, dos instrumentos inconscientes de la voluntad del mundo por llegar a ser lo que es: esa misma voluntad que en Hegel es la Providencia de Dios y en Schopenhauer se convierte en una voluntad interna de las mismas cosas, de cada materia por alcanzar su plenitud.

“El mundo romano, tal como ha sido descrito, en su desorientación y en el dolor de estar abandonado por Dios, trajo la ruptura con la realidad y el común anhelo de una satisfacción, que sólo puede alcanzarse interiormente en el espíritu; y así preparó el terreno a un mundo espiritual superior. Fue el destino que aplastó a los dioses y la vida serena y alegre, dedicada a su servicio; fue el poder que purificó el espíritu humano de toda particularidad. Su estado todo semeja, pues, el momento del parto; su dolor semeja los dolores del parto de otro espíritu superior, que se reveló con la *religión cristiana*. Este espíritu superior encierra la reconciliación y la liberación del espíritu”.³⁸

Por esta concepción providencialista hegeliana de la historia, es fácil encontrar justificación al auge colonialista europeo, a sus pretensiones civilizadoras, sin atender demasiado al principio explotador evidente en cualquier forma de imperialismo. En un momento en que Prusia buscaba la unificación alemana y un espacio vital más allá de sus fronteras, el providencialismo era la mejor forma de revestir de misión los ideales de la

³⁸Hegel 1989, 543.

burguesía triunfante. De esta manera, se anatimizaba como contrario al plan de Dios -- aunque fuera inconscientemente contrario-- a cualquier elemento que se opusiera a este dominio de la nación elegida como cabeza del momento histórico: una idea que ya Polibio insinuaba antes del año 146 a.d.C., fecha comúnmente aceptada para la composición de sus quince primeros libros:

“A las acciones mencionadas habría de añadirse un juicio sobre la conducta posterior de los vencedores, sobre cómo gobernaron el mundo, la aceptación y opinión que de su liderazgo tenían los demás pueblos (...).³⁹

Es indiscutible que por este estudio nuestros contemporáneos verán si se debe rehuir la dominación romana o, por el contrario, se debe buscar, y nuestros descendientes comprenderán si el poder romano es digno de elogio y de emulación, o si merece reproches”.⁴⁰

Por otra parte, en torno a 1800, se dio un auge sin precedentes de la filosofía y el pensamiento histórico y de las distintas concepciones del mismo. Wolf y Schleiermacher - éste último muy dedicado a la elaboración de la Enciclopedia-- destacan en sus escritos y correspondencia esta efervescencia filosófica que les rodeaba. En aquel momento, la nueva filosofía, se estaba afirmando y enfrentándose como método de conocimiento, a la filosofía especulativa y, en concreto, al apriorismo hegeliano que se configuraba y al las fuentes de pensamiento de donde nacía.⁴¹

Por otra parte, la filología pierde contacto no sólo con la filosofía sino también con la historia, todavía muy ligada a los movimientos filosóficos. La filología se establece como conocimiento independiente y se mantendrá así, de forma desligada, a veces enfrentada al saber historiográfico.

³⁹Sobre el concepto de lo que es, para Roma, guerra justa o no, ver R. G., XXVI. Cf. Tac, *Ann.*, I, 3 y Suet., *Aug.*, 21, 2.

⁴⁰Polib., III, 4: 6-8.

⁴¹Momigliano 1979, “Note marginale...”, 384.

En su ensayo sobre la Filosofía de la Historia (1798), Schelling negó la posibilidad de una historia “a priori” y, en realidad, de cualquier filosofía de la historia.

Para él, todo evento que responda a unas leyes determinadas y se repita de forma fija, no es objeto de estudio de la historia: “Was a priori zu berechnen ist, was nach notwendigen Gesetzen geschieht, ist nicht Objekt der Geschichte”.⁴²

El historiador no se encuentra alejado del poeta, sino que debe ser en cierta manera poeta (“Dichter”). Dado que el sistema del idealismo trascendental, “System des transcendentalen Idealismus” (1800) afirma que “die Wilkur ist ... die Göttin der Geschichte”, (“la arbitrariedad es la diosa de la historia”); lo que es necesario no puede ser, de ninguna manera, histórico.

Paulatinamente, se va ampliando la ruptura existente entre los defensores de una historiografía pragmática y aquellos que se dedican a la configuración de una historia universal, que atienda a lo que ellos consideran el objeto real de la vida humana: “Das allmähliche Entstehen der weltbürgerlichen Verfassung”.⁴³

⁴²Schelling citado en Momigliano 1979, “Creuzer...”, 243.

⁴³Momigliano, *ibid.*

4.4. HERDER: ROMA EN LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE

Roma é uno stato guerriero: e tutta la virtù romana ha la sua base nel rigore della vita costituzionale. I magistrati annuali fanno la guerre rapide; l'educazione della classe dominante é virile".⁴⁴

Desde Montesquieu hasta Herder,⁴⁵ Roma se concibió como un modelo de

⁴⁴ Momigliano 1979, "La moderna...", 144.

⁴⁵ Las obras de Herder en donde se refleja su concepción del mundo romano y de la educación clásica para la formación del individuo y de las sociedades son J. G. Herder, *Diario de mi viaje del año 1769*, Alfaguara, Madrid, 1982 y *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad*, Alfaguara, Madrid, 1982. Una edición alemana crítica de su obra es J. G. Herder, *Werke. Herder und die Anthropologie der Aufklärung* (Hrsg. W. Pross), München, 1987. Una de las pocas biografías accesibles de Herder es la clásica de R. T. Clark, *Herder: his life and thought*, Los Ángeles, 1955. Herder como educador es el tema del libro de documentación editado por W. Koepke (ed.), *Johann Gottfried Herder: academic disciplines and the pursuit of knowledge*, Columbia, S. C., 1996. Herder como filósofo de la historia está tratado en J. M. Alonso Núñez, *El pensamiento historiográfico alemán en el siglo XVIII: investigaciones sobre Herder y los orígenes de la Filosofía de la Historia*, Madrid, 1971 y en I. Berlin, *Vico y Herder: dos estudios en la historia de las ideas*, Madrid, 2000, en torno a un tema muy concreto: su relación con Vico. Para establecer una línea de unión entre la historiografía romana y Herder es muy interesante la investigación de D. R. Kelley, *Faces of history: historical inquiry from Herodotus to Herder*, London, 1998.

educación. Mientras Grecia se entiende como modelo de educación del individuo, Roma es el paradigma que penetra en Alemania como referente de civilización social, de educación del hombre como elemento cívico.

Los valores de constitución política y educación viril⁴⁶ al servicio de la sociedad, reciben una alta atención en unos estados especialmente orientados hacia la estabilidad y la expansión exterior.

⁴⁶El tema del militarismo en la educación de los jóvenes, la educación viril, como gustan los románticos alemanes de llamarlo, atiende a un sentido más amplio que el estrictamente militar de las nociones de valor y disciplina. Incluye múltiples virtudes cívicas y privadas y con ello pretenden aproximarse al concepto de *virtus* romana. Lo remontan a su amada Atenas, especialmente al siglo de Pericles (Tuc., I, 84 y II, 43 ; recorre, como una espina dorsal, todo cuanto Roma aportó de grande y honorable y pasará intacto a la Inglaterra victoriana. El *Dulce et decorum est pro patria mori* (Hor., *Carm., Liber Tertius*, II, 13), es un eco constante, unido siempre a la educación en los clásicos y así lo contempla, como veremos en este capítulo, Herder, uno de los primeros y máximos exponentes de la pedagogía alemana, que recogerá el “Sturm und Drang”.

En el aspecto filosófico, la “Weltgeschichte” encuentra su fundamento tanto en la monadología leibniziana como en la aspiración reciente a la educación del género humano.⁴⁷

La cultura se entiende como una cadena hacia la excelencia y, en esta línea, tanto encuentran apoyo aquellos que entienden que la universalidad del Estado es lo esencial para la creciente perfección de las instituciones, como los románticos nacionalistas que tratan de obtener constituciones nacionales y se oponen a la idea de centralización. Es notable el hecho de que precisamente ahora comiencen a rastrearse las divisiones “nacionalistas” en el seno del imperio romano y a resaltarlas, incluso en exceso, como causas de la caída del mundo romano.

El mito de Roma civilizadora y no dominadora⁴⁸ se agudiza en Alemania, en Francia, en Inglaterra al compás del crecimiento de sus pretensiones coloniales:

“En épocas pretéritas resultaba no difícil, sino prácticamente imposible una descripción ajustada a la realidad de las regiones citadas (...).

⁴⁷Momigliano 1979, “La moderna...”, 143-44. “Ein und dasselbe Gesetz also erstreckt sich von der Sonne und von allen Sonnen bis zur kleinsten menschlichen Handlung: was alle Wesen und ihre Systeme erhält ist nur Eins: Verhältniss ihrer Kräfte zur periodischen Ruhe und Ordnung”.

⁴⁸Se asienta sobre todo en la ideología que coloca a Roma como transmisora esencial de lo griego. El mito romántico gusta de las fuentes en que Roma aparece compasiva ante la belleza y la excelencia. Ver el episodio de las lágrimas de Marcelo ante la ciudad de Agradina en Liv., XXV, XXIV, 11 o la indignación del mismo Livio al relatar la muerte errónea de Arquímedes y los honores que le tributó Marcelo, Liv., XXV, XXXI, 9-10. Precisamente Marcelo --y así lo consideraron especialmente los románticos alemanes-- se nos presenta en la misma fuente como uno de los primeros iniciadores del gusto romano por lo griego: (...) *Marcellus, captis Syracusis, (...) Ornamenta urbis, signa tabulasque quibus abundabant Syracusa, Romam devexit (...) Ceterum inde primum initium mirandi Graecorum artium opera (...)* (Liv., XXV, XL, 1-2, ed. Áurea María Martín Tordesillas, Gredos, Madrid, 1977).

Pero en la nuestra, en Asia por el imperio de Alejandro y en las demás regiones por el dominio de los romanos se puede viajar y navegar casi por todas partes. Los hombres emprendedores se han visto libres por fin de la preocupaciones que representan las acciones guerreras y políticas, y esto les ha proporcionado muchas ocasiones de investigar y de instruirse en el estudio...”.⁴⁹

Mientras tanto, Herder muestra, ya en el diario de 1796, la conjunción de educación personal y aspiración social y política que es esencial para la comprensión del “Sturm und Drang”:

⁴⁹Polib., III, 59: 1-5.

“Con este fin, leeré permanentemente los escritos de la humanidad, cuyo periodo empieza ahora en Alemania, mientras que el de Francia, que es todo convención y artificio, ha pasado ya”.⁵⁰

Herder, que entiende el conocimiento de la historia como el mejor método de educación de las personas y de las naciones, posee una visión de ella en directa conexión con las ideas hegelianas y el ambiente del último periodo de “Aufklärung” en que se producen. La historia es una sucesión de auges y caídas, de esplendor y decadencia en el centro de cuyos ciclos siempre habrá una nación o una civilización que destaque y sirva de guía y de crisol. En el optimismo de los inicios del pangermanismo, Herder, que por otra parte se nos muestra mucho menos etnocentrista que la mayoría de los filósofos de su siglo, coloca en este centro a la naciente nación germana que él entiende más como una fraternidad o federación de naciones independientes que como un superestado centralizado.

En esta línea de análisis histórico, Herder concibe la caída de Roma como un enorme cataclismo que, si bien pudo tener causas de lento desarrollo, tomó al mundo mediterráneo casi por sorpresa y creó un vacío de tales proporciones que no podía llenarse con un estado de similares características que, ni existía ni podía improvisarse. El resultado de semejante trauma fue el forzado surgimiento de una civilización síntesis de Roma y de sí misma que él llama, en sentido amplio, “el norte” o lo “nórdico”. La quintaesencia de este mundo, transcurridos los siglos, es “lo germano” que en el último tercio del XVIII empieza a tomar la dirección de la historia.

⁵⁰Herder, *Diario de mi viaje del año 1769*, Madrid, 1982, p. 44.

“La constitución universal de Roma llegó igualmente a su fin (...) medio mundo quedó en ruinas (...). ¡Qué gran vacío! (...). Nada menos que un nuevo mundo hacía falta para reparar la rotura. Fue el norte (...). ¡Qué nuevo mundo nórdico-meridional!”⁵¹

Herder sitúa el surgimiento del conjunto de caracteres que configuran la civilización occidental en los estados griegos; pero éstos tenían un mundo político, ideológico y territorial de reducidas pretensiones; una especie de “provincianismo” del que fueron incapaces de librarse para comunicar todo su ser al resto de los pueblos; ésta fue la tarea de Roma en la cual el alma individual y colectiva se puso al servicio de la excelencia de los principios heredados de Grecia, en un estado de mayor madurez, capaz de tender hacia la universalización y sistematización de sus conceptos vitales y estatales. Así, Herder tiende a contemplar como posible y necesaria la idea de imperialismo territorial como el precio inevitable del imperio de la ilustración.

“Llegó la edad viril de las fuerzas y aspiraciones humanas, los romanos. Virgilio los caracterizó una vez, frente a los griegos, dejando a éstos las bellas artes y los ejercicios juveniles. *Tu regere imperio populus, Romane, memento* (Eneida, VI, 851), con lo cual definió su distintivo frente a los nórdicos; éstos les superaban en ruda valentía, pero *Tu regere imperio populus*. La bravura romana idealizada: ¡virtud romana!, ¡sentido romano!, ¡orgullo romano!. La generosa disposición del alma para prescindir de lo voluptuoso, de lo dulce (...) y actuar en favor de la patria (...); a no ser nunca temerario (...), a reflexionar, a preparar, a actuar. (...).

⁵¹Herder, *Otra filosofía de la historia*, Madrid, 1982, p. 307.

¡A qué altura se elevó el pueblo romano!, ¡qué gigantesco templo elevó sobre esa altura!. Su edificio estatal (...). ¿Podía cometerse una chiquillada en Roma sin que corriera la sangre en tres continentes? (...). Los modelos griegos, encerrados en un pequeño escenario (...), en una pequeña república, se convirtieron en actos admirados en todo el mundo”.⁵²

“Grecia era una verdadera república de las ciencias (...). En Roma era la aristocracia, en ella sólo escribieron algunos personajes distinguidos y su virtud era la moderación. De pronto entró el despotismo bajo el gobierno papal”.⁵³

Durante el Renacimiento, es esta especie de explicación evolutiva de los gobiernos predominantes en Occidente llegaría, según Herder, el imperio de otra forma de actuación: la monarquía aristocrática, durante la cual era un honor imitar a los antiguos y Roma imperial constituía el referente de las leyes y del senado. Roma era, para los renacentistas, lo que Grecia había sido para los mismos romanos, pero la vinculación entre la cultura renacentista y Roma sería aún más fuerte y persistente al compartir muchas costumbres heredadas de forma natural y una lengua muy semejante, el latín, entre las élites gobernantes.

⁵²Herder 1982, *Otra filosofía...*, 293-4.

⁵³Herder 1982, *Diario...*, 89.

En el siglo XVIII, surgiría el dominio de lo que Herder llama las “aristocracias democráticas” y aquí, ante términos tan opuestos armoniosamente conjuntados, cabría hacernos la inmediata pregunta de qué entienden Herder y sus contemporáneos por democracia cuando aún no se ha producido la revolución norteamericana ni la francesa. Uno de los artículos menos discutidos en los inicios de la Constitución de los Estados Unidos, fue aquel que estipulaba la abolición del uso de cualquier título de aristocracia o nobleza en el territorio de la Unión, por considerarse tal institución incompatible con la supervivencia de la democracia ilustrada.⁵⁴

Herder es uno de los primeros literatos y filósofos alemanes en resaltar el carácter educativo del estudio del mundo romano. El latín, para él, debe formar parte de la educación del ser humano, que considera un paso insoslayable hacia el progreso de la humanidad. La educación se convierte en el centro de la evolución del espíritu y de la época; se escriben tratados enteros de “pedagogía” y ya no la historia, sino la historiografía de Roma, el conocimiento de la imagen que Roma tenía de sí misma, pasa a ocupar un primer plano.

“Estudiar latín (...), traducir (...), todo se siente, se ve Roma (...), un corazón antiguo (...). ¡Qué gimnasio! ¡Qué bella aurora en un mundo antiguo! ¡En qué joven romano se convertirá” (el muchacho educado en el latín).⁵⁵ “...Cuan

⁵⁴La idea de que la monarquía, como esencial para el dominio de la aristocracia, era incompatible con cualquier sistema filosófico y educacional que propugnara la razón como rectora de la sociedad y la libertad individual encontraba también, para ellos, su paradigma en Roma, en donde la expulsión de los filósofos estoicos por parte de Vespasiano se entendía, principalmente, por el supuesto ataque de estos educadores contra la idea de principado, de contenido ya fuertemente monárquico. Es una lectura de la cuestión que Dión Casio permite perfectamente (Ver D. C., *Epit.*, LXV, 11, 1).

⁵⁵Los románticos alemanes ponen sus más altas esperanzas en el joven educado en las obras latinas, lo mismo que pensaban los romanos las depositarían en el muchacho educado en las griegas, porque el mundo griego era el “mundo antiguo” de los latinos como Roma es el universo antiguo de los alemanes: (...) *cum tu coemptos undique nobilis / libros Panaeti Socraticam et domum / mutare lorcis Hiberis, / pollicitus meliora, tendis ?* (Hor., *Carm.*, *Liber Primus*, XXVIII, 13-16, ed. Jaume Juan, Bosch, Barcelona, 1987). Cf. Cic., *Arq.*, I, 1 y III, 5: *Erat Italia tum plena Graecarum artium ac disciplinarum studiaque haec et in Latio vehementius tum colebantur quam nunc isdem in oppidis et hic Romae propter tranquillitatem rei publicae non neglegebantur* (ed. Antonio Fontán Pérez, Gredos, Madrid, 1989).

desafortunado no explicar la historiografía antigua”.⁵⁶

Por otra parte, es refrescante encontrar en Herder un profundo relativismo cultural que no es habitual hasta el siglo XIX. La idiosincracia de las naciones es evidente y sus problemas les son propios. Nada hay digno de ser imitado por sí mismo sin adaptación a la personalidad de la época y de los pueblos, ni siquiera los admirados modelos griegos y romanos y Occidente no puede estar seguro de poseer la única verdad ni la única belleza.

⁵⁶Herder 1982, *Diario...*, 71.

“Que ni las cabezas legisladora de Inglaterra, de Francia, de Alemania, pueden legislar a Rusia. ¡Cuánto error en la imitación de Suecia!. Que no se pueden tomar Grecia y Roma como modelos. Que existen pueblos en Oriente de los que hay que aprender: Persia, Asiria, Egipto, China, Japón (...)”.⁵⁷

⁵⁷Herder 1982, *Diario...*, 79.

4.5. EL ESTADO UNIVERSAL

Durante el “Sturm und Drang” se contempla la figura de Napoleón como el último intento de una unificación europea total bajo un signo imperial, pretensión que se opone tanto a los intereses nacionalistas de los románticos como a los estados ilustrados del Antiguo Régimen, apoyados en la nobleza.

Si observamos de qué forma se conduce el pensamiento político europeo desde el Renacimiento hasta el siglo XIX, se aprecia que se rige, en gran medida, tanto por la oposición de estado nacional frente a federación o unificación de estados como por la segunda oposición de monarquía frente a república.

Durante el “Sturm und Drang” y las subsiguientes guerras napoleónicas, estas dicotomías adquirieron una dramática actualidad. Los historiadores alemanes de mediados del XIX, se encontraban aún fuertemente mediatizados por la evidencia de estas divisiones.

La influencia de dichas convulsiones incide sobre la idea que desarrollan sobre el Sacro Imperio y los sucesos de época romana que más excitaban la imaginación romántica, como las guerras de segundo triunvirato o el asesinato de César:

“Este suceso histórico sólo puede ser certeramente comprendido viéndolo como el resultado de un conflicto objetivo entre los grandes intereses.

La idea republicana, arraigada en la historia del pasado, trataba de cerrar el paso por todos los medios a la idea monárquica, cuyo alumbramiento se preparaba y que era la que respondía a las exigencias del presente”.⁵⁸

⁵⁸Ranke 1966, *Historia Universal I*, 59.

Constantino supondría el primer firme intento de asentar el Imperio aceptando el Cristianismo como patrón unificador, al existir una comunidad de intereses con la nueva religión o, al menos, unos enemigos comunes.

“En esto reside la grandeza de su posición. Constantino ambicionaba el Imperio (...) Pero aspiraba (...) A reformarlo para ponerlo en consonancia con el cristianismo. (...) No puede afirmarse que quisiera valerse de los cristianos para realizar su ambición, del mismo modo que no hay razones para sostener que éstos le apoyaran (...). El César proponíase derribar los poderes que estorbaban su camino hacia el Imperio; los cristianos, por su parte, tenían interés en verse desembarazados de ellos”.⁵⁹

Los “Sturm-und-Dränger” advirtieron, en general, un elemento germánico nacionalista durante el reinado de Carlomagno y pusieron especialmente de relieve, para justificarlos, los roces del emperador con el Papa y el hecho de que Carlomagno ciñera la diadema imperial a su hijo, siguiendo la tradición de Constantinopla y sin consultar a Roma. Este aspecto aparece también en Ranke,⁶⁰ aunque inmediatamente se apresura a explicar que “bajo Carlomagno, apenas se hablaba para nada de la nacionalidad germánica o latina”.⁶¹

El emperador se limitó a unificar los grupos de pueblos pero sin atender a sus peculiaridades; no como tales pueblos, sino en la idea de un poder extensivo que mantuviese unidos a todos los estamentos con relación a una institución ideológica superior. En esta situación, los hombres de principios del XIX vieron, de forma clara, que

⁵⁹Ranke 1966, *Historia Universal* II, 68

⁶⁰Ranke 1966, *Historia Universal* III, 78.

⁶¹Ranke 1966, *Historia Universal* III, 79.

las divergencias de carácter nacional habrían de producir a la fuerza conflictos sobre todo en los momentos en que el control de la institución imperial sobre las fronteras se debilitara.

La idea de una continuidad de la nación germana desde la Antigüedad hasta el siglo XIX, tenía que apoyarse forzosamente en un contraste perpetuo con Roma; con la Roma pagana en principio, y con el Papado después. Se trataba de una tensión constante entre el protestantismo alemán y el catolicismo romano que, a finales del XVIII, se concretó en Alemania en una oposición creciente hacia Francia que se encontraba en la agonía de sus instituciones feudales.⁶²

En esta versión, los ilustrados alemanes cargaron bastante las tintas sobre el despotismo y la anarquía reinante a finales del Imperio. Al advertir de que no era útil repetir los errores de Roma alimentaban, especialmente, la exitosa teoría de la decadencia pagana y las sucesiones de crisis como causa principal de la caída de Roma.

Como dice Demant, la idea más extendida entre estos ilustrados consistía en que la caída de Roma era una sencilla historia de corrupción, extravagancia y esclavitud, con el despotismo como cáncer interno:

⁶²Demant 1984, 169: "Die Idee einer germanischen Kontinuität schloss diejenige eines fortwährenden Gegensatzes zu Rom ein. Er bestätigte sich in der Spannung zwischen protestantischer Deutschheit und katholischen Romanentum, in der politischen und kulturellen Abwehrhaltung gegenüber dem napoleonischen Frankreich und in der Ablehnung von Despotismus, Militarismus und Intoleranz, wie man das im spätrömischen Reiche wahrnahm. Kulturell waren die Römer nun blosse Nachbeter des Griechentums, das mit der Antike schlechthin gleichgesetzt wurde. Wir haben wieder das bekante Zangenmodell: gegen die letzte, diesmal römische Phase, bedient man sich der vorletzten, hierder griechischen. Da Rom die griechische Welt unterworfen hatte, schien sein eigener Zusammenbruch gerechtfertigt, weder rätselhaft noch bedauerlich, vorausgesetzt, man war bereit, aus Roms Fehlern zu lernen. Und diese Mahnung steht, ausgesprochen oder nicht, hinter allen Utergangstheorien der Aufklärung"

“Der Verfall Roms sei eine *simple Geschichte*: Parteigeist, Üppigkeit und Sklaverei hätten die Kultur verdorben, deren schlimmstes Übel der Despotismus war. *Über das Alles lässt sich nichts sagen als: Fluch auf die Tyrannen!*”⁶³

⁶³Demant 1984, 152.

La idea de un nuevo esplendor, un esplendor cristiano, protestante, alemán, que se impondrá sobre la corrupción heredada de Roma, y extraerá de ella aquello que admiran: principalmente la plenitud de las formas, el helenismo --porque Roma deja de ser interesante cuando pierde su clasicismo-- es todavía una aspiración entre los “Sturm-und-Dränger”, en los que se aprecia claramente la contradicción de la búsqueda del espíritu nacional frente a la antigüedad latina y, al tiempo, el apego a la idea de estado universal y de imperio. Esta relación, que podríamos llamar de amor-odio, es una de las constantes que conducirán al romanticismo alemán.⁶⁴

⁶⁴Herder a Goethe, 27 de diciembre de 1788: “Wen ich könnte, würde ich eine neue Irruption germanischer Völker in dies Land, zumal nach Rom, veranlassen”.

4.6. DE FEDERICO II DE PRUSIA A LUIS II DE BAVIERA: EL ESTADO NACIONAL

Federico II de Prusia (1712-1786) es uno de los últimos ejemplos de monarca ilustrado que tiende a la comprensión de la política como arma del nacionalismo prusiano.⁶⁵

Creador, casi, del sentido propagandístico de la aspiración a la unificación,⁶⁶ quiso que, en cualquier circunstancia, ésta se realizase bajo la égida de Prusia, provocando grandes roces, que se agudizarían durante el S. XIX, con el otro gran estado alemán: la católica Baviera.

Baviera, cuyos gobernantes siempre fueron conscientes de la imposibilidad de la unificación bajo su corona, aspiración, al menos, a mantenerse fuera del futuro imperio y

⁶⁵Por otra parte, en esta amalgama de ideas que se da sobre todo en las cortes ilustradas y nacionalistas alemanas, tiene todavía fundamental importancia, la noción del derecho divino de la monarquía absoluta, que proviene esencialmente de las fuentes cristianas y, sobre todo, de Orosio, quien vincula este derecho ya a la figura de Augusto, relatando que fue aclamado por el senado como “Augusto” en el 6 de Enero del 29 a.C., día de la Epifanía cristiana y vinculando este hecho a la fundación de la “monarquía” romana bajo la cual nacería Jesucristo: Oros., VI, 20, 2-4; VII, 2, 13-14. En realidad, como bien observa Sánchez Salor en su edición de Orosio (p. 150, Gredos, Madrid, 1982) era el título de *Imperator* y no su aclamación como *Augustus* --que no se produciría hasta el año 27-- lo que recibió Octavio en esa fecha.

⁶⁶Una aspiración que en Prusia --y después en la Baviera romántica-- estaba, en los aspectos propagandístico y sentimental de la corte ilustrada, muy ligada a los orígenes míticos de una supuesta unificación nacional del Ática por el rey Teseo (Tuc. II, 15), lo que abriría el camino a la unificación de toda la Hélade bajo la égida de Atenas y más tarde al imperio universal de Alejandro, dimanado del alma griega.

de ahí que, sobre todo en el XIX, estuvieran cercanos a caer bajo la esfera de otro estado hegemónico: el Imperio Austrohúngaro.

Federico II de Prusia se creó una vida literaria que apoyase su sentido ilustrado del Estado. Se rodeó de “aquellos hombres que la fama aclamaba como los primeros de su siglo (...). Empezó a asimilarse muchas de las obras más importantes de la literatura antigua y moderna (...)”.⁶⁷

La idea de “princeps” del Alto Imperio, adquiere en su corte las connotaciones de servicio a la nación por la educación y de hegemonía por un ejército fuerte pero civilizado, de que sus ministros y él mismo quieren dotarla. La influencia de los clásicos franceses en la configuración del mito imperial romano de la corte de Federico es esencial:

“Lo que más impresionaba (al rey) era la escena del cuarto acto del *Británico* (de Racine) en que Burro hace ver al joven Nerón, su educando, que *el mundo podría ser dichoso gracias a los beneficios del príncipe* y que éste, por su parte, se sentiría feliz si pudiera decirse: todos me aman y me bendicen”.⁶⁸

El mito de un Séneca educador del príncipe, en un sentido dieciochesco del término; un Séneca modelo de virtudes estoicas y casi cristiano, abatido por la insolencia de la ignorancia, nace del mundo de los clásicos franceses y se asienta en el modelo intelectual de la corte prusiana de forma perdurable.

La concepción imperial de lo que Federico II cree corresponde al modelo de principado romano, nace posiblemente de sus lecturas clásicas, de las necesidades políticas de su propio reinado y también, en gran medida, de Maquiavelo.

⁶⁷Ranke 1966, *Nuev. Libr.*, 250-1.

⁶⁸Ranke 1966, *Nuev. Libr.*, 254.

En uno de sus cuadernos, Federico II anota:

“De la misma forma que Newton jamás habría podido crear su sistema de acuerdo con Leibniz y Descartes, no es posible crear y afirmar un sistema político si no se crea sobre una sola cabeza, la cual por fuerza ha de ser la del príncipe. Minerva ha de brotar, necesariamente, de la cabeza de Júpiter. Conducido más por sus propios pensamientos que por la opinión de los demás, el príncipe pondrá todo su fuego inspirador en alcanzar un fin que reclama y exige su amor propio. La hacienda, la política y lo militar no pueden separarse. No se trata de regir bien una u otra de las ramas, sino todas ellas en conjunto. Tienen que marchar acordes, como en los juegos olímpicos los caballos de la cuadriga que tiran de ella, vuelan con igual furia sobre la pista, para que su auriga conquiste el premio”.⁶⁹

Al mismo tiempo que la figura del príncipe parece centrar la idea de mundo romano en el surgimiento del nacionalismo de los estados alemanes y la época imperial, sobre todo de Augusto a los Flavios, recibe una especial atención en estados fuertes como Prusia y Baviera, la etapa republicana va perdiendo importancia en su concepción del mundo romano. Todo lo anterior a César queda limitado a los estudios de los eruditos o a los recuerdos de algunos nacionalistas, fuera del sistema y opositores a la monarquía. Los filósofos le dan menor importancia que al Imperio, como si sólo fuera una preparación, en cierto modo anárquica e imperfecta, del periodo de esplendor.

A la sombra proyectada por el emperador romano, todas las otras instituciones latinas palidecen. Figuras como el tribuno de la plebe se consideran, desde el mundo de ideas en torno al poder establecido, como subversivas y de épocas de convulsión. Prácticamente hasta Max Weber,⁷⁰ las grandes figuras alemanas, no estrictamente historiadores del mundo antiguo, no tienen una idea que pudiéramos llamar moderna, o no exhiben idea alguna sobre la figura del tribuno de la plebe --que se encuentra en la base

⁶⁹Ranke 1966, 259.

⁷⁰Weber 1944, II, 1003 ss.

ideológica de casi todas las formas de defensor del pueblo contemporáneo-- ni sobre las importantes leyes agrarias y los conflictos de patricios y plebeyos de la República.

La centralización del Estado que propugnan el modelo monárquico ilustrado, idealiza especialmente la “koiné” helenística, una federación que respete las autonomías municipales. En el S. XIX, llega a darse en Alemania, al menos en concepto, el extraño caso de una especie de monarquía federal. Pero mientras los nacionalistas románticos más radicales piensan, en buena lógica, que la federación sólo es posible en un estado republicano, la realidad les da la razón y de la utópica “koiné” de los ilustrados del XVIII, se tiende cada vez más a una centralización de poderes y una superestructuración del Estado en torno al Reich, a la figura imperial y sus instituciones próximas; una situación que Federico II -- a despecho de su adhesión a la “Aufklärung”-- ya veía perfectamente clara.

No hay que olvidar, por otra parte, lo que de preservación del Antiguo Régimen y, al mismo tiempo, sujeción de la nobleza de origen feudal al emperador contiene la misma “Aufklärung”. Beloch, nos da una perfecta definición del sentido de centralización helenística, que curiosamente adaptaron a sus intereses tanto los últimos ilustrados como los pocos republicanos nacionalistas alemanes del Romanticismo:

“Erst die Hellenistische Zeit hat diese Fesseln gesprengt; erst damall ist es gelungen, die einzelnen Stadtgemeinden unter Wahrung der Gemeindeautonomie und der Gleichberechtigung aller zu grösseren Staatsverbänden zu einigen, zu “koiná”, wie die Griechen sagten, zentralisierten Bundesstaaten im modernen Sinne des Wortes”.⁷¹

A medida que la oposición entre Prusia y Baviera crece, Baviera va volcándose en una glorificación de lo pangermano frente al modelo latino, influido fundamentalmente por el neoclasicismo francés. Este vuelco hacia el componente germano se aprecia tanto

⁷¹Beloch citado en Christ 1970, *Der Verfall...*, 85.

en el orden arquitectónico y literario, como en el musical y propagandístico.

En primer lugar, apreciamos un cierto abandono de las referencias latinas, para centrarse en el mundo griego. Se trata de occidentalizar al máximo el referente griego, despojándolo de sus componentes orientales que se encontrarían en relación con el temido enemigo turco. Aún no hace demasiado que se ha tenido que enfrentar a los turcos el Imperio Austrohúngaro, a cuya esfera se encuentra Baviera más cercana que a Prusia.

De esta forma, Luis I Wittelsbach (1825-1848), glorifica la revolución independentista griega, en defensa de una Grecia occidental y enteramente unida a los intereses de Occidente (durante un periodo de tiempo se dota a Grecia de un rey de la dinastía bávara).

Se defiende el mito indoeuropeo y los orígenes griegos y germanos comunes. En Munich, la hermosa capital bávara, se edifica un complejo de construcciones siguiendo los modelos de los templos griegos, fundamentalmente el del Partenón: son los Propileos, cuyo proyecto data de 1829 y que se verán acabados en 1853.

Leo von Klencze (Hannover 1784 - Munich 1864), discípulo de F. Gilly, será el encargado de edificar este sueño griego-germánico por orden de Luis I. En el centro ideológico de este proyecto monumental pangermánico, se alzarán el “Walhalla”, el reino de Wotan y morada de los dioses nórdicos antiguos. Su diseño se basa también en templos griegos y romanos.

Con la llegada al trono de Luis II (1864-1886), el elemento clásico desaparecerá de la mayor parte de las estructuras que él ordena construir. Es la época de los castillos románticos: lo germánico se repliega sobre sí mismo, se independiza y busca sus raíces en las antiguas culturas metalúrgicas, en las leyendas alemanas, en la edad media y, cuando no encuentra referentes, en la fantasía. Luis II invita a Munich a Richard Wagner y éste estrenará en Baviera su Tetralogía, la extensa saga de la mitología germana, mientras se construye el teatro de Bayreuth, exclusivo tributo a la gloria de la “nación” wagneriana. Para este teatro, compondrá Wagner su “Parsifal”, en donde la fusión de la antigüedad germánica y el Cristianismo adquiere tintes a la vez místicos y paganos.

5. GÉNESIS Y DESARROLLO DE LA HISTORIA ANTIGUA EN LAS UNIVERSIDADES ALEMANAS

En el S. XVI, se crearon en Alemania las condiciones idóneas para el despertar de la historia como parte integrante de la educación. Un sentido crítico que no se dio en Italia o Francia estaba invadiendo los centros de estudio y las ciudades universitarias, y la educación comenzaba a buscar caminos apartados del imperio de la Iglesia Romana. Es lógico que la importancia de la historia como parte de la educación coincida con las primeras reacciones del nacionalismo alemán frente al Papado.¹

La obra *Monumenta Germaniae Paedagogica*, pensada principalmente para la educación de los príncipes, demuestra la creciente radicalización de la enseñanza hacia el ámbito nacionalista. La reforma protestante ha de incluirse en este ambiente de aspiración hacia un mundo que va despegando económicamente de forma distinta a los países mediterráneos y que necesita unas condiciones ideológicas divergentes de las de ellos para el progresivo desarrollo de su burguesía.

A medida que la Reforma se consolidaba, las universidades se fueron multiplicando en Alemania y los filósofos historiadores empezaron a desempeñar un importante papel en ellas como desveladores del pasado alemán y soportes del nuevo “status” político.

La historia romana ocupó, desde el principio, un destacado papel en las universidades. Los retóricos y traductores comenzaron a servir a los estudiantes las traducciones de los historiadores latinos. En la universidad de Mainz, Bernhard Scöfferlin, fue el primero en traducir a Livio y ofrecer una “lectura histórica” de las

¹Momigliano 1987, “The introduction...”, 165.

fuentes clásicas.²

Nicolaus Karbach, en 1513, enseñó latín a través de los textos históricos en la misma universidad.

²Ver Just 1957, *Die Alte Universität...*

Para definir la idea teleológica que se fue introduciendo en las universidades protestantes desde la Reforma hasta Hegel, ellos se fundaron esencialmente en las fuentes antiguas, especialmente en Livio y en ciertos pasajes de Polibio, por ejemplo Polib. I, 4, 1. De todas formas, los estudios sobre este tema son sustanciosos y bastante abundantes. Baste citar referencias como Ascbach, J., *Die Wiener Universität und ihre Humanisten*, Wien, 1877; Bonjour, E., “Die Universität Basel”, *Schweiz Zeitschrift für Geschichte*, 10, Basel, 1960, pp. 288-9 y Bertalot, L. *Studien zum italienischen und deutschen Humanismus*, herausgegeben von Paul Oskar Kristeller, 2 vols., Roma, 1975.

La historia germana antigua y medieval constituyó un importante apoyo para el nuevo orden de cosas y el círculo de Conrad Celtis, en Viena, contribuyó a establecer la historia como enseñanza reglada, y a dar especial relevancia a los estudios germánicos: *Hinc gentes patrias inquiram pectore docto et quidquid gessit Teutonis ora, dabo.*³

Mientras la *Germania* de Tácito es introducida en la universidad por el círculo de Celtis, asistimos a los primeros signos de interés por el orientalismo y los orígenes asiáticos de las culturas mediterráneas. Hacia los años veinte del S. XVI, coincidiendo con la publicación de la obra de Annius, Nicolaus Marschalk y Johann Crusse introducen la historia de Babilonia en sus disertaciones en la universidad de Rostock.

Se empieza a configurar el edificio de la historia en un ámbito reformado pero providencialista, en el cual el devenir, desde la Antigüedad, ha sido encaminado necesariamente hacia un fin que es la instauración de los estados cristianos alemanes.

Esta idea, que es la base del pensamiento histórico hegeliano y de las controversias de los filósofos alemanes, se configura a expensas de la Reforma: de Melachton, de Zwinglio y de Lutero y, desde las fuentes⁴ hasta el humanismo de Erasmo, se infiltra en el pensamiento reformado.

Las cátedras de historia como saber independiente no fueron, sin embargo, lo propio del S. XVI. En la universidad protestante de Marburg, sólo existía una cátedra conjunta de poesía, historia y retórica. Hasta 1568, en Freiburg, no contemplamos la existencia duradera de una cátedra de historia independiente; ni siquiera existía un acuerdo sobre los límites del campo histórico o su sujeto de estudio. En general, por

³Celtis citado en Momigliano 1987, 173.

⁴Polib., I, 4, 1 (ed. Manuel Balasch Recort), Gredos, Madrid, 1981: "...La maravilla de nuestra época consiste en esto: según la Fortuna ha hecho inclinar a una sola parte prácticamente todos los sucesos del mundo, y obligó a que tendieran a un sólo y único fin".

herencia humanista, se tendía a considerar como sujeto de la historia únicamente la historia antigua.

Es durante el S. XVI, cuando se amplió su campo hacia una historia realmente europea y la historia eclesiástica comenzó a cobrar importancia. Como enseñanza, se asienta y se desarrolla, de forma patente, la historia nacional alemana después de la Antigüedad. Bajo la inspiración de David Chytraens, discípulo de Melachton, se estudia la historia de Sajonia.

En Heidelberg, la historia y el derecho tratan de conjugarse. Se intenta lo mismo con la historia de la Iglesia y la historia política, a través de la labor de Johann Jacob Grynaeus y Janus Gruterus.⁵

Hermann Conrig enseñó historia, esencialmente germana, en Helmstedt durante el dilatado periodo de 1635 a 1681 y, a la llegada del S. XVIII, Jena emergió como centro principal de los estudios históricos en el ámbito alemán. A finales del S. XVIII, sería la universidad de Göttingen la que marcaría la pauta para el modelo de estudios históricos que adoptaría el S. XIX.

En gran medida, las universidades protestantes tuvieron que suplir a la Iglesia Católica como depositarias de la tradición y de la cultura; de ahí su gran auge en Alemania, pero no hay que olvidar que eran universidades de pequeños estados independientes y puestas al servicio de la aristocracia de esos estados. Las universidades reformadas estaban, en cierto modo, mal pertrechadas para enfrentarse al S. XIX, tanto a los movimientos nacionalistas de origen no aristocrático, como a las aspiraciones unificadoras de la burguesía. Por ello, las universidades, mientras recogían en su seno a una juventud a veces muy interesada en el cambio, constituyeron, como institución, durante la mayor parte del S. XIX, el santuario de las tradiciones y del inmovilismo. Se encontraban poco dispuestas a admitir ciertas clases de evidencia como el evolucionismo o la importancia de la economía como ciencia; evidencias que, sin embargo, fueron infiltrándose en su estructura de pensamiento y determinan, en gran medida, el periodo de

⁵Ver Momigliano 1987, 175-6.

contradicciones que conocen las universidades alemanas durante el S.XIX.

Por otra parte, retornando a la historia antigua, el S.XIX será testigo de la tensión existente entre los historiadores en lo que se refiere al método de análisis de la historia clásica. Frente a las grandes líneas de interpretación universalista, de raigambre esencialmente filosófica y política, el estudio se va tecnificando y muchas voces claman por la comprobación de los hechos antes de establecer el discurso y por el análisis minucioso de las fuentes. Está naciendo un tipo de historia que es menos providencialista y también menos utilitaria. Una parte de la comunidad intelectual quiere volverse científica, incluso en exceso, y estudiar a Roma, más para el conocimiento particular de la Antigüedad que para generalizar conceptos que puedan ser útiles a la comprensión del ser humano y a la edificación de la sociedad contemporánea; la visión ilustrada de la historia de Roma se está resquebrajando a lo largo de toda la primera mitad del siglo XIX.

**6. ROMA, DE LA HISTORIOGRAFÍA
DE LA “AUFKLÄRUNG” AL
“STURM UND DRANG”**

6.1. EL MITO DE LOS ANTIGUOS GERMANOS

F. A. Wolf; B. G. Niebuhr; F. Creuzer; A. Boeckh; C. O. Müller; K. Lachman; J. G. Droysen; F. C. Savigny; Grote. Todos ellos historiadores del ámbito alemán, de principios del S. XIX, trataron en algún momento de su vida y su obra la problemática de los antiguos germanos y sólo a través de su aspiración por definirlos puede entenderse por completo su visión de la misma Roma.

¿Quiénes eran los pueblos germanos?; ¿de dónde procedían?; ¿qué grupos lingüísticos y raciales los formaban?; ¿qué nivel de estructura social y política poseían?; ¿en qué grado contribuyó su irrupción en el Imperio al final de éste?; ¿cuál fue la actitud de los dirigentes bárbaros, una vez en el seno del Imperio, hacia él?.

He aquí algunas de las preguntas que se hicieron los alemanes del S. XIX acerca de ellos mismos o de lo que creían su pasado. Muchas de estas preguntas hoy día permanecen sin respuesta, dado lo exiguo y poco particular de las fuentes. En su momento, tanto la Ilustración como el “Sturm und Drang”, trataron de aportar explicaciones que arrojan más luz sobre su propio tiempo que sobre la antigüedad germana y sus relaciones con Roma.

La Ilustración valoró el contacto de los pueblos bárbaros con Roma, esencialmente, como una obra de civilización. Al no estar desarrollado el estudio de la economía como parte principal del devenir histórico, los ilustrados alemanes no fueron capaces de valorar o no quisieron hacerlo profundamente el hilo conductor de explotación de los recursos de las conquistas romanas.

Por otra parte, las fuentes romanas, desde que empieza a aparecer en ellas en tema de la expansión, presentan a Roma como civilizadora y a los bárbaros como pueblos inferiores, si no en valor, sí en estructuras y en honor;¹ pueblos a los que es necesario

¹Caes., *B. G.*, XXXI.

liberar de aquella “culpable barbarie” de la que todavía hablan los ilustrados y los “Sturm-und-Dränger” cuando se refieren a los pueblos colonizables de su propia época.

Otra de las constantes de la historiografía del XIX, que empieza a forjarse a principios del Romanticismo y que influye notablemente hasta nuestros días, es la idea de que los germanos abandonaron sus territorios y cruzaron al otro lado del Rin, hacia la Galia, huyendo del hambre. Si consideramos germanos al variopinto conglomerado de pueblos que hoy día sabemos formaban las confederaciones, habremos de convenir en que no se puede dar una única causa para explicar la movilización de tan extenso mosaico y no olvidar que la cultura de la guerra formaba parte irrenunciable de su civilización como también era parte de la de Roma. Si pensamos en los inicios de los asentamientos en la Galia y consideramos germanos, como César hace,² sólo a los pueblos que habitaban al otro lado del Rin, próximos a su cuenca y en lo que ahora es la gran llanura húngara, es difícil afirmar que aquellas tierras fueran pobres ni para labor ni para ganadería. No lo son ahora y probablemente tampoco lo eran entonces. El mito de la emigración por hambre presenta muchos fallos en la actualidad pero, durante el S. XIX, se configuró de forma firme apoyado en la convicción de que los germanos carecían de cultura agrícola -- afirmación que hoy creemos falsa-- y en que las fuentes nos presentan esta explicación como cierta.

²Caes., *B. G.*, I, XXVIII, 3-4.,(ed. René du Pontet), Oxford Univ. Press, N. Y.,1989.

*(...) Allobrogibus imperavit ut iis frumenti copiam facerent; ipsos oppida vicosque quos incederant restituere iussit. Id ea maxime ratione fecit, quod noluit eum locum unde Helvetii discesserant vacare, ne propter bonitatem agrorum Germani, qui trans Rhenum incolunt, e suis finibus in Helvetiorum fines transirent et finitimi Galliae provinciae Allobrogibusque essent.*³

César presenta a los germanos como pueblos belicosos guerreros que son contratados como mercenarios por las tribus belgas.

La “Guerra de las Galias” es una de las primeras fuentes que sugiere la idea de unas tribus germanas confederadas y resueltas a acercarse a Italia con intención de amenazar al poder de Roma. Configura, ya desde los inicios del problema, la imagen de una intencionalidad agresiva por parte de los germanos, paralela a la idea de una infiltración creciente en territorios que Roma intenta controlar para sí, como es la Galia.

Galliae totius factiones esse duas; harum alterius principatum tenere Haeduos, alterius Arvernos. Hi cum tantopere de potentatu inter se multos annos contendere, factum esse uti ab Arvernibus Sequanisque Germani mercede arcesserentur. Horum primo circiter milia XV Rhenum transisse: posteaquam agros et cultum et copias Gallorum homines feri ac barbari adamassent, traductos plures: nunc esse

³Ibid. “Ordenó a los alóbroges que les hicieran provisión de trigo; mandó que ellos mismos reedificaran las ciudades y aldeas que habían incendiado. Hizo esto principalmente por esta razón, porque no quiso que estuviera vacío aquel lugar del que los helvecios se habían ido, temiendo que, por la bondad de los campos, los germanos, que habitan al otro lado del Rin, pasaran de sus términos a los de los helvecios, y fueran vecinos a la provincia de la Galia y a los alóbroges”.

*in Gallia ad centum at XX milium numerum.*⁴

⁴Caes., *B. G.*, I, XXXI, 3-5 (ed. René du Pontet), Oxford Univ. Press, N. Y., 1989. “Eran dos las facciones de toda la Galia; los eduos tenían el mando de una de éstas, los avernos de la otra. Como éstos lucharon con mucho esfuerzo por la supremacía entre sí largo tiempo, sucedió que los germanos fueron llamados a sueldo por los avernos y secuanos. Primero quince millares de éstos aproximadamente habían pasado el Rin; después que estos hombres fieros y bárbaros se aficionaron a los campos, cultura y riqueza de los galos, pasaron más; ahora había en la Galia hasta ciento veinte millares”.

*Paulatim autem Germanos consuescere Rhenum transire et in Galliam magnam eorum multitudinem venire populo Romano periculosum videbat; neque sibi homines feroces ac barbaros temperaturos existimabat quin, cum omnem Galliam occupassent, ut ante Cimbrum Teutonum fecissent, in provinciam exirent atque in Italiam contenderent, praesertim cum Sequanos a provincia nostra Rhodanus divideret; quibus rebus quam maturime occurrendum putabat.*⁵

*(...) Reliquos comes Belgas in armis esse, Germanosque qui cis Rhenum incolant sese cum his coniunxisse (...). Plerosque Belgas esse orotus ab Germanis, Rhenumque antiquitus tractos, propter loci fertilitatem, ibi antiquitus tractos, propter loci fertilitatem, ibi consedis Gallosque qui ea loca incolerent expulisse, solosque esse qui patrum nostrorum memoria, omni Gallia vexata, Teutones Combrosque intra fines suos ingredi prohibuerint.*⁶

Cuando la historiografía romana se convierte en historiografía cristiana, los

⁵Caes., *B. G.*, I, XXXIII, 3-4 (ed. René du Pontet), Oxford Univ. Press, N. Y., 1989. “Por otra parte, veía peligroso (César) para el pueblo romano que los germanos se acostumbraran paulatinamente a cruzar el Rin y que gran cantidad de ellos acudieran a la Galia; y no pensaba que aquellos hombres fieros y bárbaros se abstuvieran, habiendo ocupado toda la Galia, de salir, como cimbrum y teutones habían hecho antes, a la provincia y se dirigieran a Italia, separando sólo el Ródano a los secuanos de nuestra provincia; a estas cosas creía que debía acudir a toda prisa”.

⁶Caes., *B. G.*, II, III, 4; IV, 1-2 (ed. René du Pontet), Oxford Univ. Press, N. Y., 1989. “...Todos los restantes belgas estaban en armas y los germanos que habitan a esta lado del Rin se habían unido con éstos (...). La mayor parte de los belgas habían salido de los germanos y, habiendo cruzado el Rin antiguamente, se asentaron allí a causa de la fertilidad del lugar, y expulsaron a los galos que habitaban aquellas tierras, y que eran los únicos, según memoria de nuestros padres, que habían impedido que teutones y cimbrum, una vez destruida toda la Galia, penetrasen en sus términos”.

germanos comienzan a representar un doble papel: por una parte, son el principio del mal absoluto, frente al cual se manifiesta la potencia de Dios; por otro lado, constituyen el instrumento divino que va a posibilitar la salvación del Imperio y la instauración de los reinos cristianos en una historia evolutiva que se desenvuelve desde el designio de Dios.

En el S. V, cuando Orosio relata los primeros encuentros del ejército de Marco Aurelio con los bárbaros, próxima ya a la llamada crisis del S. III, podemos observar este primer aspecto maniqueísta de la presencia germana:

“Que esta guerra fue dirigida providencialmente por Dios lo prueba clarísimamente, entre otros argumentos, sobre todo una carta de este prudente y honrado emperador (Marco Aurelio). Efectivamente, al sublevarse estos pueblos de crueldad bárbara y de cantidad innumerable, esto es, los marcomanos, los cuados, los vándalos, los sármatas, los suevos y casi toda Germania, y al peligrar el ejército, que había avanzado y había sido rodeado en territorio de los cuados, peligro que se debía más a la sed, ya que faltaba el agua, que al enemigo, se produjo, ante la invocación del nombre de Dios, invocación que de pronto hicieron públicamente unos cuantos soldados que se abandonaron a las preces con extraordinaria fe, se produjo, digo, una lluvia tan intensa que los romanos se vieron larga y justamente reconfortados, mientras que los bárbaros, asustados por la constante caída de rayos, y sobre todo porque muchos de ellos perdían la vida, se dieron a la fuga”.⁷

Obvio es que además de ser reducidísimo el número posible de cristianos en el ejército romano durante el reinado de Marco Aurelio, Orosio está recordando lo que sería, en esta época, la primera oleada de pueblos del norte contra el limes danubiano; oleada que aún no tenía la cohesión ni la determinación posterior para cruzar las fronteras. En realidad, no se produjo ningún enfrentamiento directo con las tropas romanas.

⁷Oros., VII, 15.

Poco después, el mismo Orosio nos presenta la segunda visión de los germanos en gran parte de la historiografía cristiana: la del instrumento divino, una a manera de cauterización del corrompido cuerpo romano, a través de la irrupción del elemento germano, una sociedad joven y arrogante que, sin embargo, se sujeta a la organización del Imperio y, con el tiempo, superando las herejías, conseguirá perpetuarlo con una mayor pureza cristiana: es el comienzo de la idea de reinos romano-germanos y de Sacro Imperio.

“Aunque él (Ataulfo) en un primer momento había deseado ardientemente que todo el Imperio Romano, borrado incluso el nombre de romano, fuese de hecho y de nombre sólo de los godos, y que, por hablar en lengua corriente, lo que antes fue Romania ahora fuese Gotia, y que lo que antes fue César Augusto, fuera ahora Ataulfo; pero que, cuando la experiencia probó que ni los godos, a causa de su desenfrenada barbarie, podían en absoluto ser sometidos a leyes, ni convenía abolir las leyes del Estado, sin las cuales un Estado no es Estado, prefirió buscar su gloria mediante la recuperación total y en engrandecimiento del Imperio Romano con la fuerza de los godos y ser considerado por la posteridad como el autor de la restauración de Roma, después de haber podido ser su sustituto”.⁸

Orosio, por otra parte, reconoce en algunos textos que la llamada invasión bárbara no supuso un trauma importante para la población.

Las destrucciones debieron ser mínimas y los pactos de asentamiento y cesión de tierras, especialmente en algunas zonas como Hispania, numerosos.⁹

Muchos asentamientos bárbaros sirvieron de defensa ante otras oleadas posteriores y tampoco hay que olvidar el alto número, en algunas zonas, de romanos que acompañaban a los bárbaros en la invasión. Casi todos ellos eran provinciales que huían de las

⁸Oros., VII, 43, 5-8.

⁹Oros., VII, 41, 5-4.

exacciones del sistema impositivo romano¹⁰ y para los cuales la implantación de los bárbaros suponía una nueva oportunidad.

A pesar de la evidente mezcla racial de las oleadas bárbaras, es curioso que, sobre todo en el ámbito alemán, se mantenga hasta el S. XX el mito de que los germanos que se volcaron sobre el Imperio eran racialmente puros.

Podemos comprender esta pretensión perfectamente dentro del ámbito de los historiadores nacionalsocialistas, pero no es allí donde nace, ni siquiera en el contexto del nacionalismo del S. XIX.

¹⁰Oros., VII, 41, 2.

Hacia 1200, el Cantar de los Nibelungos nos presenta un panorama en el cual las diversas tribus conviven pero conservan sus costumbres y leyes y no se mezclan entre ellas racialmente,¹¹ y ya en Tácito encontramos la misma pretensión.¹²

Por otro lado, tanto las fuentes cristianas como los historiadores de finales del XVIII especialmente, tendieron a destacar, más que el supuesto aspecto conquistador, la restauración romana que las invasiones germanas a partir de Ataulfo supusieron para el Imperio.

La consolidación de los reinos germanos representaba, para los ilustrados, la superación de la anarquía y el asentamiento de las bases reales e ideológicas precisas para el Imperio cristiano romano-germánico.

¹¹Nibelungos, XXII, 1338-9; XXII, 1345.

¹²Tac., *Germ.*, IV.

6.2. CRISTIANISMO Y TRANSMISIÓN

La transmisión de las fuentes está mediatizada no sólo por la progresiva selección del cristianismo sino por el deseo de conjugar el mundo romano y el cristiano. La idea de Imperio Cristiano y de Imperio Romano-germánico se asienta en gran medida sobre la concepción de un último imperio y de unos reinos germánicos subsiguientes, en los cuales la convivencia primero y la paulatina conversión de todos a la verdadera fe, no sólo era posible sino que constituía el ineludible designio divino y el príncipe era su instrumento.

Si nos remitimos nuevamente al Cantar de los Nibelungos, vemos que se alude en él a una mítica convivencia entre paganos y cristianos y se pone de manifiesto el papel pacificador del rey, sin ningún tipo de argumentos peyorativos hacia los bárbaros que seguían manteniendo su propia religión y costumbres:

“El señorío de Atila era acatado en dominios tan vastos, que en todo momento se podía hallar en su corte a los más bravos guerreros de que jamás se hubiera oído hablar entre cristianos y paganos; todos habían venido con él al encuentro de la reina.

En torno al rey convivían en todo tiempo --esto es difícil que se repita-- el credo de los cristianos y leyes religiosas de los paganos. Fuera cual fuera el modo de vida practicado por cada uno, la liberalidad del rey velaba para que las dádivas se prodigarán entre todos”.¹³

¹³Nib., XXI, 1334-5. Trad. E. Lorenzo Criado.

El matrimonio mixto es el modo común en el que la fusión de credos se realiza, y en el Cantar de los Nibelungos se opone, aunque sólo en un principio fácilmente superable, el cristianismo de Krimilda al paganismo de un Atila anacrónico, rey de los hunos.¹⁴

En las fuentes medievales germánicas, es frecuente, además, encontrar la idea de la patria mítica: el lugar de donde proceden los héroes y en donde se venera a los dioses paganos, una mitología que convive con el elemento cristiano y que se encuentra en toda la literatura alemana, desde la versión de los Nibelungos de hacia 1200¹⁵ hasta las realizaciones de Wagner y el mismo “Parsifal”: es una país mítico, a veces el de los Nibelungos, otras el mismo Walhalla, en ocasiones un lugar real perdido en las lejanías nórdicas, de donde provienen las riquezas, el oro y la fuerza de los héroes.

En el Renacimiento, la influencia más fuerte respecto a la recepción de las fuentes, parte de Italia y afecta sobre todo a la configuración política de los estados. Séneca aparece como una figura favorita en esta ámbito como en otros. Petrarca cita a Séneca y al Pseudo-Plutarco; en concreto tres pasajes de *Institutio Traiani*¹⁶ figuran en *Familiarum Rerum Libri* y John de Salisbury basa sus apreciaciones sobre filosofía latina en Séneca, aunque sus vías de recepción han sido ampliamente discutidas. El Dr. Liebeschütz afirmó tajantemente que varios pasajes de fuentes recibidos a través de John de Salisbury eran invención absoluta de éste, y Momigliano mantuvo, merced a un estudio comparado, entre John de Salisbury y Petrarca, prácticamente lo contrario.

La discusión acerca de la transmisión cristiana de las fuentes no es, por tanto, una cuestión de los primeros tiempos de la historiografía y ni siquiera en la actualidad parece

¹⁴Nib. XX.

¹⁵Ibid.

¹⁶*Inst. Tra.*, XI, 5, 4; XVIII, 16, 30; XXIV, 7, 10.

zanjada.

A finales del S. XVI, Justus Lipsius, un cristiano de raíz estoica, que fue acogido con respeto tanto por pensadores católicos como reformados, escribió *De Militia Romana*, una precisa teoría acerca de cómo debía funcionar el ejército de su tiempo; estaba basada en Polibio.

Apreciamos en este caso claramente, la importancia de la recepción de determinadas fuentes para la configuración del mundo político, militar e ideológico de los reinos europeos.

La amenaza turca que siempre estaba presente en Europa en el S. XVI, constituyó un poderoso estímulo para la obra de Lipsius, que fue utilizada como fundamento de principios militares por los príncipes alemanes de la casa de Nassau.

Maurice de Nassau, príncipe de Orange (1567-1625) fue educado por Justus Lipsius y Wilhelm Ludwig dispuso de una traducción bastante exacta del relato que hizo Polibio de la batalla de Cannas.¹⁷

Un tercer príncipe de esta casa, Johann von Nassau-Siegen (1561-1623), hizo publicar un libro de guerra basado en las experiencias romanas introducidas en la educación de la familia por Lipsius.¹⁸

La enorme popularidad de la obra de Lipsius “De Militia Romana” entre los gobernantes y militares profesionales alemanes, sólo fue rebasada posteriormente por las “*Considérations sur les causes de la grandeur et de la décadence des Romains*” (1734) y por “*L’Esprit des Lois*” (1748) de Montesquieu, quien teorizó metódicamente sobre la necesidad de la separación de poderes a la manera comentada por Polibio. La influencia de su lectura en el nacimiento de la Constitución de los Estados Unidos es un asunto poco

¹⁷Polib., III, 106-118.

¹⁸Ver Momigliano 1977, *Essays in...*: “The Historian’s skin”, 76-7.

tratado y que merecería una especial interés.

La publicación de Polibio en Alemania, durante el S. XVI, coincide con una época de pragmatismo en los estudios históricos que se mantiene hasta la Ilustración. El movimiento romántico, en cambio, no tenía demasiado que alabar en este historiador que huía de las actitudes personales rebeldes y que despreciaba a las civilizaciones que consideraba poco evolucionadas,¹⁹ manifestando un descarnado partidismo por el imperio de Roma y por la religión como forma de control de las sociedades. Polibio fue contemplado por muchos integrantes del “Sturm und Drang” y por los románticos como un bastión del Antiguo Régimen y, si bien es cierto, que esta tendencia se observa más entre los románticos ingleses que entre los germánicos, también lo es que la valoración de su importancia como uno de los más evolucionados historiadores de su época, no se ha recuperado por completo --tampoco en Alemania-- hasta el S. XX.

La Historia Augusta es otra de esas fuentes insustituibles, pero sobre cuya validez e intencionalidad se ha discutido hasta nuestros días.

Fue compilada en los últimos años del S. IV pero, posiblemente, la labor fue realizada por cronistas paganos y, posteriormente, los transmisores cristianos agudizaron su sentido crítico hacia la corrupción creciente de Roma, lo que constituía una obsesión del pensamiento cristiano primitivo.²⁰

La Historia Augusta se encuentra en el centro de la polémica sobre si existió, que amplitud tuvo la llamada crisis del S. III y si hubo una conciencia de esta crisis entre sus contemporáneos, como parece desprenderse de algunos pasajes de la “Historia Augusta”.

En realidad, más que una conciencia de crisis, como tal, lo que imprime un carácter pesimista a varias de las biografías compiladas, es el empeño por trazar oscuros retratos personales de algunos emperadores, a los que se clasifica de malos por haber tendido a la protección de intereses de los grupos sociales inferiores, mientras serían emperadores

¹⁹Momigliano 1977, 77.

²⁰Bravo 1993, “La otra...”, 154.

buenos los que mimaban los intereses de los grupos senatoriales.²¹

Pretender que existe en la *Historia Augusta* una plasmación auténtica de la conciencia social de los momentos que relata aparte de la semblanza puramente personal de los emperadores, parece cuando menos algo imaginativo. Sin embargo, esta conciencia de crisis de que hablamos era un concepto muy claro a los hombres de la primera mitad del XIX, en el contexto de una historia sentida como el drama de la vida en el sentido más literario posible.

²¹Bravo 1993, op. Cit., 154.

Por último, es interesante señalar que la concepción del elemento germano como factor de catarsis en un mundo romano que se desmorona y en el que la dicotomía cristiana de crimen y castigo llena las fuentes, no es un descubrimiento hegeliano ni que nazca del “Sturm und Drang”. Desde San Agustín a Orosio, la presencia bárbara se contempla, según los casos o al mismo tiempo, como elemento de caída pero también de redención.²²

²²Christ 1970, 9: “Gab Augustin auch im christlichen Bereich den stärksten geistigen Impuls, so lag schon bei *Orosius* eine im einzelnen divergierende Auffassung vor. Da in dessen christlicher Universalgeschichte Christus zum römischen Bürger wurde und der Ansatz zu einer *Augustustheologie* entfaltet worden war, wurde die *pax Romana* schon a limine positiv bewertet. Die Geschichte was eine Geschichte von Sünden und Strafen. Sah Orosius in Theodosius d. Gr. Sein christliches Herrscherideal verwirklicht, so zeigte er am Beispiel Athaulfs die zukunftsreichen Möglichkeiten der germanischen Elemente innerhalb des Römischen Reiches an. Überhaupt bezog Orosius die Germanen weit stärker als historischen Faktor in sein Geschichtsbild ein. Er setzte auf ihre Missionierung”.

6.3. NIEBUHR

Hacia 1800, el Romanticismo comenzaba a impregnar todos los ámbitos de la vida intelectual y los románticos no estaban aislados en sus campos. Músicos, filósofos y escritores se mantenían en contacto. En la casa del filósofo Mendelssohn, el niño prodigio de la música, crecía rodeado del ambiente de las tertulias románticas que acogía su abuelo y, quizá por rebeldía, comenzaba a mostrar en sus composiciones una especie de renovado clasicismo.

En 1797, Creuzer escribió su primer ensayo sobre Herodoto y Tucídides. Había sido discípulo de Schiller en Jena, seguía las ideas de Herder y estaba entusiasmado con el nuevo libro de Schlegel *Die Griechen und Römer*.

Durante la primera mitad del XIX, Niebuhr²³ se iba a destacar como el punto

²³El autor que de forma más directa se ha ocupado de la crítica en torno a Niebuhr es, una vez más, Momigliano y los artículos que nos interesan para nuestro capítulo son A. Momigliano, "G. C. Lewis, Niebuhr e la critica delle fonti", *Rivista Storica Italiana*, 64, 1952, pp. 208-21; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 249-62; "Perizonius, Niebuhr and the Character of Early Roman Tradition", *Essays in Ancient...*, Oxford, 1977, pp. 231-52 y "Recensione a A. Heuss, Barthold Georg Niebuhrs wissenschaftliche Anfänge, Abhandl. Akad. Wissenschaften, Göttingen, Phil-hist. Klasse III, 114, 1981", *Rivista Storica Italiana*, XCIV, fasc. 2, 1982, pp. 554-7; *Settimo contributo...*, pp. 167-70. Sus puntos de vista son, a menudo, coincidentes con los de K. Christ, que se ocupa de Niebuhr ampliamente en su estudio K. Christ, *Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft*, München, 1982. Una opinión interesante que ilustra la fuerte polémica en torno a la obra de Niebuhr entre sus coetáneos es la defensa que del historiador escribió J. C. Hare en 1829: J. C. Hare, *A Vindication of Niebuhr's History of Rome from the Charges of the Quarterly Review*, Cambridge, 1829. Por último, destacaremos, de entre la realmente escasa

referencial insustituible de su generación de historiadores.²⁴

Niebuhr no sólo realizó el obligado peregrinaje romántico a los lugares clásicos, sino que actuó como embajador prusiano ante la corte papal entre 1816 y 1823.

Durante esta época, la influencia de los estudios clásicos alemanes era notable entre los mismos italianos.

La transmisión de las ideas alemanas era constante a través de los estudiantes, escritores y artistas que se aposentaban en Italia durante variables periodos de tiempo. En 1828, se fundó en Roma el Instituto de Correspondencia Arqueológica, que funcionó como crisol de ideas y sobre todo de sentimientos.

A través de la labor de Eduard Gerhard, el instituto se impregnó de las ideas germanas y el romanticismo alemán penetró en Italia no sólo en lo que a estudios sobre el mundo antiguo se refiere, sino incluso como elemento vital. El descubrimiento de vasos griegos en Etruria, por la época de la fundación del centro, apasionó a los alemanes, amigos de cualquier prueba que sirviera para dar consistencia a sus construcciones universalistas y de fusión de culturas.

bibliografía biográfica en torno a Niebuhr, o que puede considerarse una biografía política, de la que existe traducción castellana: B. C. Witte, *Barthold Georg Niebuhr: una vida entre la política y la ciencia*, Barcelona, 1987.

²⁴Schlegel, A. W., 1846, II, 244: “Am Wasserfall in Tibur / da stand der grosse Niebuhr./ Schaut’ auf die sieben Hügel / und machte viel Geklügel;/ Er wollte Roms Geschichten / nach neuer Art berichten...”.

A pesar de ello, puede decirse que el romanticismo alemán no estuvo firmemente establecido en algunos presupuestos de los estudios clásicos italianos hasta la segunda mitad del S. XIX y perdura hasta la primera guerra mundial. En 1929, año en que Beloch muere, Giorgio Pascuali pensaba que Comparetti era todavía un romántico.²⁵ Curiosamente, en la segunda mitad del XIX es cuando Mommsen y, en general, los eruditos alemanes, coincidiendo con el crecimiento ideológico del Reich, reaccionan contra el Romanticismo que tiene sus raíces en el Sturm und Drang.

En lo que a Niebuhr se refiere, quizá nada tuvo mayor influencia en el ámbito alemán y nada se adaptaba mejor a las necesidades germanas, como las discutidas ideas que lanzó acerca de los supuestos poemas arcaicos romanos, los “carmina”, en donde se recogería la antigua tradición latina, a la manera en que los celtas y germanos se suponía habían transmitido su tradición, de forma oral y cantada. La admisión de estos poemas como reales, contribuiría a que los filósofos románticos plantearan una uniformidad primitiva de las culturas occidentales.

Niebuhr lanzó su teoría de los “carmina” en 1811. Igual que la saga de los Nibelungos representaría la elaboración medieval de los antiguos poemas tradicionales germanos en un pueblo que no se dedicó a escribir historia, Niebuhr pensaba que la tradición del poema sería anterior a la historiografía en todas las culturas.

Los “carmina” latinos se convirtieron, así, en un punto referencial insustituible para reconstruir la primitiva historia romana. Representarían la tradición plebeya mientras que los anales serían el punto de vista patricio.

Ya en el siglo XVII, por la época en que escribió sus *Animadversiones* (1685), Perizonius mantenía que la poesía siempre precede a la historiografía; que así fue en Grecia y que Roma debía haber seguido una evolución semejante. Niebuhr esbozó sus primeras teorías al margen de Perizonius, pero las concertó basándose en él posteriormen-

²⁵Momigliano 1977, 71.

te; en 1808, una misión política le llevó a Holanda y en la universidad de Leiden pudo conocer con profundidad la obra de Perizonius.

Niebuhr no pensaba exactamente en los poemas de banquetes a la manera griega, que representaban el sentido aristocrático de la vida; para el caso de Roma, esperaba encontrar el hilo de una tradición oral de origen plebeyo, semejante a la de las reuniones tribales nórdicas.

A. W. Schlegel, por el contrario, pensaba que la influencia griega en los orígenes de las leyendas romanas, especialmente de las fundacionales, era tan evidente que no podía ser discutida y Nitzsch alegaba, en contra de Niebuhr, que los héroes de la mayoría de las baladas que él mostraba como la voz de la plebe, eran patricios. Mommsen, en su reacción contra el elemento romántico en la historiografía, hizo que la teoría de Niebuhr se tornase impopular por el resto del siglo. No es que Mommsen careciese del sentido heroico de la historia; por el contrario, este sentido tan “romántico” a su pesar, se encuentra en toda su obra. Es que Mommsen se ve en el difícil contexto de conjugar la historia con el nacionalismo colonialista de la segunda mitad del XIX: su forma de entender el problema de los “carmina” nos muestra esta curiosa dicotomía de su pensamiento: negar el Romanticismo para tomar luego los elementos más originales de él: la individualidad como motor histórico de gran importancia y la nacionalidad llevada hasta la Antigüedad.

Para Mommsen, los latinos no debían haber tenido una importante producción poética antes de su historiografía, ya que eran un pueblo no poético por naturaleza. Sólo los griegos y alemanes poseían, para él, el don poético y en esto vemos la época del arte total de Wagner que predicaba a quienes quisieran oírle --y eran muchos-- que sólo el pueblo alemán poseía el don poético por excelencia.

Mommsen afirmaba, así mismo, que la leyenda de Coriolano, uno de los puntales de la teoría de Niebuhr era muy tardía y de clara influencia griega.

En realidad --como dice Momigliano--²⁶ dos párrafos de Cicerón, refiriéndose a Catón y otro incompleto de Varrón, en una cita de Nonius eran, prácticamente, todo lo

²⁶Momigliano 1977, *Ott. Contr.*, “Perizonius...”, 236-7.

que Niebuhr podía esgrimir para apoyar la teoría de la existencia de las baladas latinas:

*(...) Atque utinam extarent illa carmina, quae multis saeculis ante suam aetatem in epulis esse cantitata a singulis convivis de clarorum virorum laudibus in Originibus scriptum reliquit Cato?.*²⁷

*(...) Gravissimus auctor in Originibus dixit Cato morem apud maiores hunc epularum fuisse ut deinceps qui accubarent canerent ad tibiam clarorum virorum laudes atque virtutes.*²⁸

*(...) In conviviis pueri modesti ut cantarent carmina antiqua in quibus laudes erant maiorum et assa voce et cum tibicine.*²⁹

Tanto Catón como Varrón parecen indicar que los supuestos poemas eran cantados. Catón pensaba que los cantaban adultos y Varrón afirma que lo hacían adolescentes.

Valerio Máximo --que habló también de las baladas-- en realidad, se limitaba a seguir la idea de Catón, expuesta por Cicerón:

²⁷*Brutus*, 19, 75.

²⁸*Tuscul. Disp.*, 4, 2, 3.

²⁹*Varro de Vita Populi Romani* II, ap. Non. Marc. p. 77 M=p. 107 L.

*Maiores natu in conviviis ad tibias egregia superiorum opera carmine comprehensa pangebant, quo ad ea imitanda iuventutem alacriorem redderent.*³⁰

Puede entenderse, en cambio, como una opinión en contra de la verosimilitud de esta antigua tradición poética, la frase de Catón (“Carmen de moribus”) que recuerda Momigliano en el artículo anteriormente citado:

*Poeticae artis honos non erat. Si quis in ea re studebat aut sese ad convivia adplicabar, crassator vocabatur.*³¹

Durante todo el tiempo en que el tema de los “carmina” ha interesado, son muchos los que han intentado poner de acuerdo esta frase de Catón y las afirmaciones de Varrón. Otros han decidido que las pruebas son pocas y las contradicciones muy marcadas; luego las baladas, sencillamente, no han existido.

Por otra parte, parece lógico considerar que no son necesariamente contrarios los autores; simplemente, no disponemos de los datos para esclarecer en qué contexto fueron escritos los textos y a qué se referían realmente.

Sabemos que en Grecia se cantaban tradiciones orales en los banquetes de adultos y que en ellos también había cantos de niños y la tradición popular ha revestido la antigüedad latina de las mismas características. En “Julio César” de Shakespeare, Bruto se hace cantar por un niño y esta imagen ha trascendido a la cinematografía.

Prácticamente, no existe cultura que carezca de tradición oral y el canto o verso es la manera más sencilla de facilitar su transmisión. Que esta tradición correspondiera a un origen plebeyo o aristocrático ya es otra cuestión, pero lo que está claro es que la visión romántica de Niebuhr coincide, y no por casualidad, con la “iconografía” de las reuniones

³⁰Valer. Max., 2, I, 9.

³¹*Aul. Gell.*, N. A. II, 2, 5, citado en Momigliano 1977, 236.

familiares y de los banquetes en la tradición occidental sobre Roma.

La poesía era conocimiento para los románticos y no hay razón alguna para creer que las baladas latinas hubieran desaparecido en una época demasiado temprana para haber influido en la historiografía romana.

De hecho, muchos episodios de la tradición histórica latina tienen todo el aspecto de provenir de la poesía. Lo que sí es seguro es que esta tradición poética, si existió, había desaparecido en época de Catón y en el tiempo en que Cicerón habla de ella y que su importancia fue magnificada por Niebuhr en la creencia de que en ella estaría el punto de vista plebeyo de un historiografía secularmente dominada por patricios. Él construyó un modelo a su medida de plebe romana, a la que atribuyó los caracteres que él pensaba eran propios del campesinado de las sociedades nórdicas, en oposición al desordenado actuar de las masas urbanas francesas durante los movimientos revolucionarios de finales del XVIII y que iban a adquirir especial relevancia en los años treinta del S. XIX. De nuevo observamos que, al revés que los movimientos románticos americano, inglés o francés, de raíz mayoritariamente revolucionaria, el romanticismo alemán no es ideológicamente, en absoluto, revolucionario.

Para Niebuhr, los “carmina” eran auténtica expresión de las pasiones políticas y patrióticas de la Roma arcaica y como tales cobran para él una importancia que a lo largo del S. XIX irán perdiendo, cuando se comprende que las antiguas leyendas latinas están teñidas del mismo patriotismo convencional que se refleja en los anales y no parecen ser el mejor espejo para ilustrar las luchas entre patricios y plebeyos.³²

³²Momigliano 1977, 241.

Una importante fuente del S. XIX, que muestra la polémica de la época en torno a las ideas de Niebuhr, es el ensayo de J. C. Hare, *A vindication of Niebuhr's History of Rome from the Charges of the Quarterly Review*, Cambridge, 1829.

De hecho, las tradiciones poéticas cantadas casi nunca han sido vehículo de crítica de la élite dominante. En la tradición germánica, por ejemplo, encontramos que se reservaban penas bastante fuertes para el caso de que los trovadores compusieran baladas de índole satírica.³³

En la legislación medieval islandesa había provisiones para impedir la composición de poemas de largo desarrollo, aún en el caso de que no contuvieran sátiras y, de acuerdo de nuevo con Momigliano³⁴, debemos preguntarnos si, en el caso de haberse dado esta tradición poética arcaica entre los latinos, la legislación de los decenviros no habría tenido algo que ver en su declive y en la casi ausencia de huellas de su existencia.

La legislación y la orientación política cambian la recepción de la historia. De hecho, algunas de las leyendas de Roma provienen de la tradición de fuentes menos “oficiales”, a través de las cuales la historia de la Roma primitiva quizá habría sido distinta.

Algunos aspectos del control de Porsenna sobre Roma, tal como aparecen en los escritores imperiales, podrían provenir de los estudios de etruscología de Claudio; Teofrasto mencionó cierta expedición romana a Córcega de antes del 300 a. C.; huellas de los dioses de Cartago sobreviven en Macrobio, que podía haberlas tomado de Sereno Sammonico, y así multitud de casos.

El escepticismo de Mommsen acerca, no sólo de las baladas sino de ciertas fuentes alternativas nace, en definitiva, de principios muy semejantes a los que guiaban a los antiguos analistas. Igual que los escritores romanos estaban construyendo lo que podría llamarse una historia nacional, en la que sólo el punto de vista oficial --las gestas militares y la historia institucional-- tenía cabida, el mundo germánico del S. XIX estaba también construyendo su historia nacional; Mommsen ocupaba una posición oficial y, lógicamen-

³³Ver Steenstrup 1914, 237-51.

³⁴Momigliano 1977, 250.

te, pensaba que para el mundo antiguo igual que para el contemporáneo sólo la historia constitucional marcaba las épocas.

Pese al hecho de que la segunda mitad del S. XIX debería haber prestado mayor atención a los hallazgos de los románticos, a las teorías de Niebuhr en particular, no hay que olvidar tampoco lo escurridizo de sus aseveraciones y el hecho de que el “viento romántico” no carecía de motivaciones vitales y políticas capaces de deformar la realidad de manera extrema. Por lo que se refiere a la teoría de las baladas, algunos casos de “invención” moderna han sido a menudo comentados.

Müller --siempre bajo el influjo de Niebuhr-- no dudó en aceptar como válido un suplemento de Fulvio Orsini a Festus, que contribuyó a la fabricación de un supuesto *Carmen Saturnium*.³⁵

*(Item ali inter quos M.) Atilius bel(lo quod gestum est contra Poenos, ut scrip)tum est in car(mine Saturnio, quod quidem duces ipsi sunt co)nsueti (in tebellis publice ponere in quo no)minabantur (navali corona donati).*³⁶

En realidad, como muy bien hace notar Momigliano, el texto en sí, tal como aparece en la edición Teubner, p. 156 es:

..... *Atilius bel* _____
.....*tum est in car* _____
.....*onsuetudi* _____
.....*minabantur* _____

C. Cichorius completó este texto como *(Ut a Naevio narra)tum est in car(mine*

³⁵Ver Momigliano 1977, 238.

³⁶Festus, *Navali Corona*, p. 162 M. S. V.

belli Punici); aunque, sin duda, su versión es menos imaginativa que la de K.O. Müller de 1921, ambas se mueven en el terreno de la mera conjetura.

Incluso dos pasajes de Dionisio de Halicarnaso, que siempre se han considerado como una base más firme sobre la existencia de estos poemas son, en realidad, muy

dudosos:

αλλ' οίου αν τι αξιωσειε του
εκ βασιλειου τε γενου και απο δαιμονων
σπορα γενεσθαι νομιζομενου , ων εν
τοι πατριοι υμνοι υπο Ρωμαιοων
ετι και νυν αδαται.³⁷

ου γενοεν εξιτηλο η του ανδρο
μνημη, αλλ' αδετα και υμνεται
προ παντων ω ευσεβη και δικαιο
ανηρ.³⁸

El primer fragmento, aunque alude a la existencia de un “carmen”, no tenemos por qué entender que se refiere a un poema de Rómulo específicamente y, en realidad, sólo implica que los fundadores podrían ser citados en algunos himnos religiosos. El segundo párrafo parece aludir a que la memoria de Coriolano es celebrada por todos, pero es dudoso que Dionisio esté recordando la existencia de un poema concreto antiguo dedicado a Coriolano.³⁹ Es posible, sin embargo, que en la época de Cicerón a Augusto

³⁷D. H., I, 79, 10, sobre Rómulo y Remo.

³⁸D. H., VIII, 62, sobre Coriolano.

³⁹Momigliano 1977, 238.

existiera un intento por recuperar la poesía arcaica.⁴⁰

⁴⁰Timpanano 1947, 194-200.

El “Carmen Priami” sería, probablemente, una pieza posterior a Ennio pero anterior a Varrón; por tanto, una obra arcaica. Virgilio, en el “Laudes Herculis” del canto VIII de la *Eneida* está, entonces, construyendo una pieza de poesía arcaica e insinúa que los salios cantan un “carmen”: *Cum Salios iuniores aequis gressibus circulantes induceret.*⁴¹

Pero, al margen de las discutibles huellas de la existencia de estos arcaicos poemas, debemos tener en cuenta que, posiblemente, el principal determinante que llevó a Niebuhr a plantearse una historiografía latina precedida de una poesía épica, era el paralelismo que buscó entre los inicios de las culturas históricas nórdicas y Roma. Para él, se hacía prácticamente innecesario buscar las pruebas, aunque lo hiciera. Para los hombres nacidos del “Sturm und Drang” era evidente que la poesía precedía a la historiografía en la memoria ancestral de los pueblos y que todas las civilizaciones seguían unos estadios semejantes, postura que debe más a la Ilustración de lo que los románticos estuvieron dispuestos a admitir y que afectará no sólo a los historiadores sino a la etnología y a la antropología hasta bien entrado el S. XX.

De esta forma, el Romanticismo si bien, ciertamente, llamó la atención sobre la individualidad de las culturas, perpetuó los patrones de estadios evolutivos de las civilizaciones y de etnocentrismo occidental, siendo ésta una de las más notables de sus muchas contradicciones.

Por último, sería interesante volver a recordar que Niebuhr interpretó la mayoría de los problemas de la antigua Roma a la luz de sus circunstancias contemporáneas y de la interpretación que tenía de los asuntos sociales y políticos de su época. Un conflicto como el de patricios contra plebeyos, lo interpretó como una paulatina adaptación de distintos estratos étnicos.⁴²

⁴¹Momigliano, *ibid.*

⁴²Momigliano 1979, “Lewis...”, 249.

Las cuestiones raciales de Alemania y de Irlanda estaban presentes en su interpretación de este conflicto, así como la influencia de Burke y de Montesquieu. Roma, para él, sería un estado patricio de linajes, no aristocrático en el sentido de clase del término. Los senadores serían, en un principio, los herederos por línea familiar de los fundadores de la ciudad pero, por el sistema de las clientelas, Roma iría admitiendo en su seno a los extranjeros libres que, en calidad de plebe, irían creando el estado patricio-plebeyo.

6.4. RANKE

Ranke⁴³ es uno de los más importantes exponentes de la concepción historiográfica alemana de su tiempo. Una historiografía que, teniendo que aceptar la monarquía como centro del Estado, construye una idea de monarquía sublimada, en la que el concepto romántico de la historia heroica y la historia movida por el motor de la

⁴³Interesante para conocer las opiniones de Ranke, a menudo no explícitas en sus libros de historia, es L. von ranke, *Aus Werk und Nachlass. Bd. 1, Tagebücher* (herausgegeben von W. P. Fusch und Th. Schieder), Wien, 1964. Las obras que tratan de la figura de Ranke en su dimensión política son auténticos clásicos. Sin embargo, su lectura nos aporta ideas muy sugerentes acerca de esta faceta de la que, a menudo, se pierde noción en los estudios más recientes. Ver O. Diether, *Leopold von Ranke als Politiker*, Leipzig, 1911; E. Guglia, *Leopold von Rankes Leben und Werke*, Leipzig, 1893; H. F. Helmont, *Leopold von Rankes Leben und Wirken*, Leipzig, 1921; M. Hoffman, *Geschichtsbilder aus Rankes Werken*, München und Leipzig, 1911 y O. Bauer, *Leopold von Ranke, Auswahl aus seinem Werken*, Bielefeld, 1920. En 1864 y 1910, se editaron sendas obras de carácter bibliográfico, que recogían mucho de lo que los románticos habían escrito sobre Ranke y Roma, sobre todo respecto a los siglos de pleno imperio: H. Keferstein, *Historisch-bibliographische Charakter und Zeitbilder aus Rankes Werken*, Berlin, 1864 y H. R. Helmont, *Ranke-Bibliographie*, 1910. Existen estudios en que se resalta la influencia de su obra en la formación del imperio colonial alemán que son contemporáneos del proceso de unidad alemana: A. Winckler, *Leopold von Ranke, Lichtstrahlen aus seinen Werken*, Berlin, 1855; O. Lorenz, "Leopold von Ranke", *Die Geschichtswissenschaft*, II, Berlin, 1891 y M. Lenz, "Bismarck und Ranke", *Die Woche*, Aug. und Sept., 1901. Ranke, muchos años después, inspiró artículos y estudios de la calidad de A. Momigliano "A hundred years after Ranke", *Diogenes*, 7, 1954; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 367-73; P. Kirn, *Das Bild des Menschen in der Geschichtsschreibung von Polybio bis Ranke*, Göttingen, 1955 y J. Vogt, *El concepto de la historia de Ranke a Toynbee*, Madrid, 1974. Por último, señalaremos que, al igual que en el caso de Mommsen, nos será de suma utilidad la obra de conjunto de K. Christ, *Römische Geschichte un deutsche Geschichtswissenschaft*, München, 1982.

voluntad individual, juega un papel decisivo, tanto en la construcción de los imperios, como en el aliento nacionalista.

En el relato que de los primeros tiempos de la aventura romana realiza Ranke, tenemos amplios ejemplos de esta visión.

Ranke nos habla de un Escipión al que mueven unos motivos casi estrictamente personales. Es el hombre centro de una tradicional familia, de un clan al estilo nórdico, que se pone en campaña para vengar la muerte de su padre y de su tío en tierras de Hispania. Somete a las “naciones” que encuentra y consigue que sus habitantes pasen del culto de los dioses de Cartago a los de Roma.⁴⁴ De esta forma, es el motor de la motivación personal el que mantiene, en definitiva, no sólo la estructura física de Roma, sino la superestructura ideológica que afirma y exporta.

Escipión tiene algo de Alejandro Magno.⁴⁵ Se alza, como él, contra los sistemas despóticos orientales y afirma la voluntad de una cierta forma de ser de Occidente, de una manera de existir que, si bien tiene raíces orientales, se desgaja de ellas violentamente para instituir un principio monárquico basado en la universalidad y no en la diferencia: Roma contra Oriente; en última instancia y en Alemania, Europa contra el principio judío de la historia.

Entre Aníbal y Escipión existía una pugna que era representación de la rivalidad entre las grandes fuerzas de su momento. Si Aníbal hubiera resultado victorioso, en opinión de Ranke, esto habría supuesto la supervivencia y asentamiento de unas nacionalidades celtas e ibéricas que él consideraba formadas y conscientes de su diferencia.⁴⁶

El triunfo de Aníbal tal vez hubiera sido también determinante para que se consolidasen las nacionalidades itálicas, que ejercían una tendencia excéntrica frente a la constitución de Roma como estado dominante y defensor de otro tipo de nacionalidad: la

⁴⁴Ranke 1966, *H. Univ.*, I, 38.

Sobre Ranke, una obra clásica y en cierto modo aún unida a las tradiciones románticas acerca de Roma y Cartago es el libro de H. F. Helmont, *Leopold von Rankes Leben und Wirken*, Leipzig, 1921.

⁴⁵Ranke, *ibid.*

⁴⁶Ranke 1966, *H. Univ.*, I, 39.

unificadora italiana, la imperial expansiva:

“La victoria de los romanos fue el fruto de una expansión peculiarísima de poder de una comunidad guerrera surgida de sí misma. De allí habría de arrancar la cultura de Occidente. Y el gran mérito de haber sometido a España y al África, dando con ello a los romanos la supremacía en el Occidente, no se debe sino a Escipión”.⁴⁷

Es inevitable recordar, en este punto, que el concepto de Hegel del interés privado, de las motivaciones personales --un concepto prácticamente capitalista-- como motor del designio histórico, designio histórico de tintes divinos, está presente en la figuración del Escipión de Ranke. De Escipión, que acude a Hispania por razones familiares; de Anibal, que jura de niño odio eterno a Roma;⁴⁸ de Alejandro, que emprende la construcción de un imperio como plasmación de una idea más estética que ética y de todas las mistificaciones totales o parciales que impregnan la literatura sobre Roma, la escena y la música sobre Roma y también, en una medida sorpresivamente considerable, la obra historiográfica especializada del S. XIX alemán y anglosajón.

La especial importancia que Ranke da a la idea de libertad plebeya y de Constitución estatal, mientras otorga a Roma la posición de paradigma de esta visión, conjugada con la expansión exterior, no sólo sigue hablándonos de la omnipresencia de Hegel sino también de la transposición de elementos procedentes del universo ideológico de la monarquía ilustrada, al mundo antiguo. No es propiamente que el S. XIX se apoye en la estructura política romana sino que está transfiriendo a ésta los genuinos ensayos constitucionales de su tiempo. La noción de derechos civiles, en el sentido que tiene ya en el S XIX, de igualdad legal por razón esencial de igualdad ética evidente del nacimiento, es un concepto ajeno a Roma. Sin embargo, Ranke la utiliza cuando habla de las leyes

⁴⁷Ranke, *ibid.*

⁴⁸Polib., III, 11, 7.

agrarias republicanas.

Ranke explica así la actuación de los Graco como una forma de revolución de las leyes --en principio pensada como reforma más que como revolución en el sentido traumático del XIX-- hacia la consecución de los derechos civiles que salvaguardarán a los plebeyos, pero sin renunciar a la centralización del Estado ni a la expansión militar:

“En las ideas de Tiberio Graco, la preocupación por el poder exterior de Roma iba unida al anhelo de bienestar interior de sus ciudadanos, la meta de la dominación del mundo por los romanos, a que jamás renunció y, en estrecha relación con ella, el objetivo de la antigua libertad plebeya.

Estaba convencido de que la potencia militar sólo podía descansar sobre la base de una Constitución que asegurase los derechos civiles”.⁴⁹

¿Qué lugar ocupa Cristo en esta concepción occidentalista de la historia, que trata de separarse de la noción judía de diferencia establecida por Dios, de elección racial pero al mismo tiempo de preservación de la propia cultura y de imposibilidad del acceso de las demás naciones a su modelo histórico?.

Jesús supone la superación del concepto hebreo de la historia, porque ningún imperio puede ser tal bajo la Ley Mosaica y es una superación desde su seno. Jesús es el principio prístino de toda noción de universalidad y se sitúa sobre el Imperio Romano, resolviendo su principal fallo: el paganismo y la confusión de cultos que va disgregando la adscripción religiosa del poder. Un imperio que aspira a ser universal ha de ofrecer estructuras políticas consolidadas, una única ley, un ejército cohesionado y un sólo Dios, cuya Iglesia esté al servicio del Estado y actúe como factor de fusión:

“Jesús se coloca por encima de las ideas del Imperio, sobre las que descansaba el mundo de su tiempo, pero se sobrepone también a las ideas que dominaban el

⁴⁹Ranke 1966, *H. Univ.*, I, 41.

templo de Jerusalén y a las interpretaciones de los doctores de la Ley”.⁵⁰

La esencia del liderazgo forma parte de la necesidad histórica; el líder es el instrumento divino, sobre el cual se asienta la acción; es la piedra angular sobre la que todo bascula y su valor es prácticamente místico. Así fue desde Roma hasta el siglo XIX alemán, que cree conocer la más alta expresión de la concepción cristiana de Imperio:

⁵⁰Ranke 1966, *H. Univ.* II, 62.

“Es algo verdaderamente extraordinario la seguridad con que la mayoría de la gente de la época esperaban la salvación pública del retorno de Stein al poder. Niebuhr, el gran historiador, aplicó al ministro Stein las conocidas palabras de la Vulgata: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*”.⁵¹

⁵¹“Stein”, el apellido del ministro prusiano, significa “piedra” en alemán.

6.5. HACIA LA SUPERACIÓN DEL MODELO HEGELIANO: DROYSEN

Durante la época en que podemos afirmar que se mantiene plenamente el modelo vital romántico, se dan reacciones apasionadas contra el sistema hegeliano de filosofía de la historia en su faceta de método “a priori”.

Existen tres obras fundamentales en que se aprecia, al menos como meta consciente, la reacción a que nos referimos. Estas obras son: la *Geschichte Alexanders des Grossen* y la *Enzyklopädie und Methodologie der Philologischen Wissenschaften* de Droysen y una de las obras de Ranke, *Epochen der neueren Geschichte*.

La historiografía alemana comienza a fijar su atención, a partir de estos autores, en la posible existencia de unas ideas conductoras de la historia, lo que los anglosajones han dado en llamar “Leading Ideas” que suponen, tal vez, la primera sospecha de los arquetipos subyacentes en las culturas con los que Jung configuró su teoría del inconsciente colectivo.

Entendieron por “Leading Ideas” aquellos principios indiscutibles y generales de acuerdo a los cuales se fundaban los estados y se constituían las creencias religiosas. Los hombres actuaban de forma individual y en última instancia de acuerdo a ellas; son ideas como libertad, individualidad, honor, familia o redención.⁵²

Estas ideas daban continuidad al proceso histórico y eran aquellos principios que debían ser buscados por los historiadores en el trasfondo de las acciones.

⁵²Momigliano 1979, “A hundred...”, 367-8.

Humboldt, a principios de los años veinte del S. XIX, contribuyó a la infiltración de estas teorías que implicaron poderosamente a las jóvenes generaciones en unos momentos en que el apriorismo hegeliano estaba, en gran parte, desacreditado y en los que se buscaba el examen profundo de las fuentes antiguas y el descubrimiento de nuevas evidencias. En este contexto de búsqueda de unos universales que conduzcan las acciones personales, Droysen⁵³ y su *Alejandro* constituyen un auténtico hito.

La historia central del nacimiento de Occidente se inicia para Droysen con Alejandro y alcanza su culmen con Cristo.⁵⁴ La fórmula clave del nacimiento de Occidente es el espíritu griego que, nacido de formas orientales, se va liberando paulatinamente del vínculo con la polis y tiende hacia una forma de existencia y de vinculación universal.

Droysen se encontraba preocupado no sólo por la utilización política de su obra, sino por la conciencia de la influencia que su posición como hombre del S. XIX pudiera ejercer sobre sus escritos y por ello afirmó intentar no estar sujeto a las pasiones de la política contemporánea, problema que, en su opinión, era muy claro para historiadores de gran peso en su época como Grote y Mommsen:

“Die Politik der Tatsachen oder wie man sonst den richtigen Instinkt nennen will, der nicht wie Grote oder Mommsen die Athener und Römer auf die derzeitigen Phrasen und Tendenzen projiziert, sondern jede historische Vergangenheit als eine politische Gegenwart zu empfinden und zu fassen weiss, fehlt zu sehr”.⁵⁵

⁵³La bibliografía sobre la vida de Droysen es muy limitada. Líneas sintéticas sobre su vida y obra pueden encontrarse en V. H. White, *The content of the form: narrative discourse and historical representation*, London, 1987 y, más específicamente, en O. Hintze, “J. G. Droysen”, *Allgem. Deutsche Biographie*, 48 B, 1903. Quizá, lo mejor para entender a Droysen, aparte de su obra, sobre todo de la época más temprana, sea su correspondencia (J. G. Droysen, *Briefwechsel*, I-II, Berlin, 1929) y el personal libro de G. Droysen, *J. G. Droysen, I Teil, bis zum Beginn der Frankfurter Tätigkeit*, Berlin, 1910. En este estudio nos interesa especialmente su concepción de la figura de Alejandro, por cuanto Alejandro es un mito de la cultura, esencial no sólo en el mundo romano sino en toda la época romántica europea. A este respecto, véase J. G. Droysen, *Geschichte Alexanders des Grossen*, Hamburg, 1833 y A. Momigliano, “Per il centenario dell’ ‘Alessandro Magno’ di J. G. Droysen. Un contributo”, *Leonardo*, 4, 1933; pp. 510-16; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 263-74.

⁵⁴Momigliano 1979, “Per il centenario...”, 266.

⁵⁵Droysen, 20 de marzo de 1857, *Briefwechsel* II, 442.

Sin embargo, Droysen fue, en gran medida, un hombre político. En 1848 actuó como federalista y fue uno de los grandes defensores del federalismo en la asamblea de Franco-forte.

Defendió constantemente la idea de que los pequeños estados germanos debían unificarse en torno a Prusia para fundar la Gran Alemania y bastante de esta concepción se vertió en su interpretación de la figura y el tiempo de Alejandro. Pese a ello, siempre estableció una clara diferencia entre ambos imperios. El alemán se estaba formando como resultado de la afirmación del concepto de nacionalidad y el vínculo esencial para los alemanes de mediados del S. XIX era el de la raza. Por el contrario, el mundo de Alejandro sólo podía ser entendido, precisamente, como una superación del concepto de unidad racial e incluso del principio de nación. En esta superación radicaba la vía que condujo al helenismo, al Imperio Romano y consecuentemente al cristianismo. La figura de Alejandro y el imperio que se forjó en torno a él sería mostrada por Droysen no como el antecedente directo de Prusia, pero sí como la condición necesaria para el desarrollo de Roma.⁵⁶

La “Sehnsucht” romántica, la aspiración que conducía a los poetas y literatos nacidos del “Sturm und Drang” hacia Oriente, a las peregrinaciones espirituales a Persia o a la India es, para Droysen, una herencia sumergida en el fondo más remoto de las aspiraciones occidentales y es una cuestión que ya aparece en Herodoto. Oriente tiende a Occidente y Occidente busca a Oriente: de ahí surge el conflicto entre Europa y Asia; en palabras de Droysen, ese anhelo nunca plenamente colmado del pueblo de bienestar y encuentro espiritual motiva y crea una forma de “Romanticismo” intemporal que se desarrolla a lo largo de toda la historia: “Diese Sehnsucht der Völker ist ein verlorenes Paradies” (“esa aspiración de los pueblos es la de un paraíso perdido”).

⁵⁶Momigliano 1979, “Per il centenario...”, 273.

La búsqueda de un paraíso perdido, esta vez occidental, que se oponga a las intromisiones de Oriente y de la ideología judeo-cristiana, porque la aspiración, como todas las formas de amor a las cosas, contiene una gran dosis de rechazado para el romántico, subyace también bajo el deseo de la Gran Alemania, a despecho de sus motivaciones meramente políticas y económicas. En este sentido y a pesar de que Droysen intentaba que no fuese así, la utilización política de estas grandes construcciones historiográficas sobre la Antigüedad es constante y mayor a medida que la unificación se contempla como más posible. Hegel y sus seguidores, pero también estos románticos prácticos y dados a análisis de fuentes y restos, como Droysen, Boeckh y Grote son utilizados. El *Alejandro* de Droysen es una de las obras fundamentales del S. XIX, si se tiene en cuenta su influencia en la mentalidad literaria y política de Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, desde Burton a Yourcenar y desde Whitman a la cinematografía de Mankiewicz. Si atendemos a lo que refleja de su propia sociedad su importancia es también manifiesta. Con Grote sucede algo semejante respecto a su imbricación en ámbitos distintos al erudito y respecto a su instrumentalización: Theodor von Schön, ministro prusiano, aguardaba impaciente la aparición de cada nuevo volumen de la “Historia” de Grote⁵⁷ y lo citaba en sus cartas, comunicaciones y discursos. Incluso en el campos más democrático, líderes como Johann Jacobi, con un concepto agudamente heroico de la vida y de la aventura constitucional, utilizaban fragmentos de la obra de Grote como propaganda política.

⁵⁷Momigliano 1979, “George Grote...”, 225.

6.6. EL SIGLO DE MOMMSEN

Mommsen⁵⁸ simboliza mejor que ningún otro historiador alemán del S. XIX, la reacción contra el Romanticismo arrancado del “Sturm und Drang”. La segunda mitad del S. XIX es nacionalista de una forma distinta al Romanticismo. El primer nacionalismo nace, en gran medida, del descubrimiento del individualismo. El nacionalismo de la segunda mitad de siglo se asienta sobre una sociedad que niega la individualidad en el sentido romántico y aspira a la extensión de la propia nacionalidad fuera de las fronteras; a colmar el espacio vital y a colonizar a las culturas consideradas inferiores pero cuyos territorios rebosan de materias primas necesarias para la consolidación de una sociedad cada vez más dependiente del modelo capitalista.

Mommsen es prácticamente un historiador oficial dentro del contexto del liderazgo

⁵⁸La obra por excelencia de Mommsen es la *Historia de Roma*, de la que existe traducción castellana: Th. Mommsen, *Historia de Roma*, Ed. Turner, Madrid, 1983, 8 vols. Es también de gran utilidad la edición que de sus obras sobre derecho se ha realizado hace pocos años: Th. Mommsen, *Römisches Staatsrecht: Handbuch der römischen Altertümer von Joachim Marquardt und Theodor Mommsen*, Göttingen, 1998, 3 vols. Una biografía aún vigente de Mommsen es la de L. Wickert, *Theodor Mommsen: eine Biographie*, Frankfurt am Main, 1964. Fundamental para la crítica de Th. Mommsen es el libro de K. Christ, *Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft*, München, 1982 y la breve pero esclarecedora reseña que del mismo hace A. Momigliano en “Karl Christ, Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft, 1982”, *American Review*, 89, 1984, pp. 105-6; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 407-9. Ver también D. Frede (et al.), *Die Wissenschaftliche von Altertum am Ende des 2. Jahrtausends nach Chr.: 6. Vorträge gehalten auf der Tagung von der Mommsen-Gesellschaft 1995 in Marburg* (herausgegeben von E. R. Schwinge), Stuttgart, 1995 y L. Gossman, *Orpheus philologus: Bachofen versus Mommsen on the study of antiquity*, Philadelphia, 1983 y, sobre su transmisión del derecho, T. Masiello, *Mommsen e il diritto penale romano*, Bari, 1997.

prusiano; pese a ello, en su obra se debaten los elementos románticos, sobreviviendo y apuntalando una visión histórica ya cercana al S. XX.

Quizá los pasajes de su obra en que nos ofrece su visión de César --un personaje de importancia sin precedentes en la ideología occidental del S. XIX-- y de la formación de su poder al lado de los hombres y las circunstancias que coadyuvaron a él o se le opusieron, son los que mayor relevancia adquieren a la hora de analizar la superación y la pervivencia del elemento romántico en su obra; pero la idea del motor individual es perceptible también referida a otros personajes menos populares para el siglo.

En el 682 de la Fundación, Sertorio se encontraba en la Península Ibérica pero no se sentía lo bastante fuerte para llevar a cabo una obra de conquista semejante a la que había pretendido Aníbal. La “Landsturm” ibérica⁵⁹ se mantenía insegura y fugaz; eran tribus huidizas que se aliaban de pronto en ejércitos de más de 100.000 combatientes, disolviéndose después con el consiguiente desconcierto para las tropas romanas. El mismo ejército de Sertorio era, para Mommsen, un ejemplo de indisciplina, corrupción e intereses privados.⁶⁰ La caballería era extremadamente deficiente y sus problemas fueron decisivos para impedir el designio de grandeza que Mommsen atribuye a Sertorio.

En contra de la imagen negativa que ofrecen las fuentes romanas, él considera el asesinato de Sertorio como una de esas inexplicables paradas, incluso retrocesos, en el curso lógico de una historia, considerada como constante progreso.⁶¹

Cuando Sertorio muere, se produce, según las fuentes, especialmente realzadas en este aspecto por el Romanticismo, una mitificación del héroe.

Los elementos que aparecen en su muerte son prácticamente idénticos a los que acompañan al asesinato de César y pasan a ser una constante de la mitificación heroica

⁵⁹Mommsen 1983, VII, 52.

⁶⁰Ibid.

⁶¹Mommsen 1983, VII, 54: “Así concluyó uno de los más grandes hombres, si es que no el más grande, que produjo Roma. En mejores circunstancias hubiera sido seguramente el restaurador de la patria. Murió de un modo miserable por la traición de sus bandas de emigrados, que él estaba condenado a guiar en sus combates contra Roma. La historia que aborrece a los Coriolanos, no exceptúa ni aun a Sertorio, el hombre de más elevados sentimientos, el genio verdadero, el más digno de compasión”.

romántica, a través de la visión de Shakespeare. Estos elementos son : la conjura de los más allegados; la reacción desesperada de los soldados y el pueblo; la lectura del testamento y la recaída de la ignominia sobre el supuesto hijo o favorito asesino, que figura incluso en lugar preferente del testamento (Perperna en el caso de Sertorio, Bruto en el de César).

“Si se había murmurado contra Sertorio cuando aún vivía, muerto el héroe, entró inmediatamente en el disfrute de su derechos, y la irritación de los soldados se dio a conocer por medio de violentos clamores, cuando al leer públicamente su testamento, oyeron que estaba entre sus herederos el mismo Perperna”.⁶²

Es útil apuntar que el Romanticismo ve nacer, en lo que concierne a este tema, las primeras explicaciones del asesinato ritual de los héroes, unido al inicio del ciclo agrario y de la pervivencia de estos comportamientos colectivos, una vez desligado el sacrificio de su primera relación consciente.

Los tiempos de la agonía de la República son uno de los temas favoritos de la historiografía alemana desde el S. XVIII, pasando por el “Sturm und Drang”, el Romanticismo y la época del imperialismo burgués, y Mommsen los trata con especial apasionamiento y sin ahorrarse opiniones y calificativos personales en sus semblanzas, en la tradición de la gran narrativa del XIX.

Para él, el estado aristocrático --que está plenamente perfilado en la época en que Cicerón actúa como joven abogado en Roma-- se caracteriza fundamentalmente por el poder casi omnímodo de las grandes familias y sus clientelas. Todos los miembros de estas grandes familias se coaligaron en “heterias”, “como es costumbre entre bellacos bien educados”.⁶³ Las prácticas delictivas estaban a la orden del día, cuidadosamente llevadas

⁶²Mommsen, *ibid.*

⁶³Mommsen 1983, VII, 15.

a buen puerto por los abogados de las camarillas.

La situación en la que César surgirá es, pues, de una corrupción absoluta, en la que las coaliciones intrigantes habían sustituido por completo al juego de los partidos. En este ambiente, no sólo surgiría César en su momento, sino también personajes que Mommsen califica de “carácter equívoco”, como Publio Cetego, que en un principio trabajó para Mario y después se fugó al campo silano.⁶⁴

La exposición que Mommsen hace de esta época está definida, esencialmente, por las semblanzas biográficas y los juicios previos. Antes de empezar a hablar de un asunto determinado, Mommsen nos presenta a los personajes y nos da unos breves pero definitivos rasgos de su carácter que no son extraídos de los acontecimientos o situaciones relatadas sino que son completamente previos y predisponen al lector en un sentido o en otro hacia lo que se va a contar: es una de las constantes no sólo de Mommsen sino de casi todos los autores del siglo pasado.

“...Décimo Junio Bruto (cónsul en el año 677 ab urbe condita) y a Marco Emilio Lépido Liciniano (cónsul también en 677 a.u.c.): puras nulidades, que no tenían nada más que un nombre sonoro y aristocrático.

(...)

Catulo era, como su padre, un hombre cortés, un aristócrata honrado, pero sin gran talento militar. Metelo merecía personalmente estimación por su excelente carácter”.⁶⁵

Ellos nos han transmitido un relato histórico fuertemente personalista, razón por otra parte esencial para explicar el éxito popular de la historia de la Antigüedad en la mentalidad europea del XIX y aun en nuestros días. Incluso en la actualidad, tendrá una mayor aceptación y calará más hondo en la conciencia popular una biografía que un relato de causas y comportamientos colectivos, y éste es uno de los aspectos que mejor ilustran

⁶⁴Mommsen 1983, VII, 16.

⁶⁵Mommsen 1983, VII, 17.

la profunda relación, sobre todo hasta mediados de este siglo, entre la historiografía y la literatura.

Mommsen atribuye una especial importancia, posiblemente excesiva, a la época del tribunado, en torno a los treinta y cinco años de César. Es discutible que la plebe tuviese un poder tan grande pero el orden ecuestre se alzaba ante el Senado y, para Mommsen, esta situación era ilustrativa de una Europa que, en el S. XIX, veía el creciente asentarse de las fuerzas burguesas --situación que Mommsen deja translucir con cierto temor-- frente a un casi enterrado viejo orden cuyas estructuras, incluso en la ideología monárquica, estaban en profunda revisión.

“El Senado romano ‘temblaba ante el veredicto de los jurados del orden ecuestre, y ante los censores’⁶⁶ y el tribunado otorgaba a cualquier demagogo que se alzase la posibilidad de imponerse al régimen político, en el vacío dejado por la caída de la constitución silana.”⁶⁷

Pompeyo representaba la antítesis de César: lo vulgar, lo cotidiano frente a lo fulgurante y lo genial; el hijo de las circunstancias frente al hijo de la voluntad. En general, el S. XIX, suele sentirse menos impresionado por su figura que por la de Cayo Julio; para Mommsen “no rayaba su genio a la altura de su prodigiosa fortuna. En realidad, no era malvado ni incapaz, no era más que un hombre ordinario; la naturaleza le había creado para ser un buen subalterno: las circunstancias habían hecho de él un general

⁶⁶Mommsen 1983, VII, 140.

⁶⁷Ibid.

y un hombre político”.⁶⁸

⁶⁸Mommsen 1983, VII, 19.

Para los inicios del Principado y patentizar de qué forma las ideas sobre él están influidas, en una u otra medida, por la obra de Mommsen, es de interés la lectura del libro de M. Hammond, *The Augustan Principate*, publicado en Cambridge, Massachusetts, 1933.

El pesimismo de Mommsen frente a la naturaleza humana, en cierta manera, le separa del ideal de progreso constante del primer romanticismo, cuya ideología se fue disolviendo en el trágico balance de las guerras napoleónicas. Los hombres son seres débiles y no son dioses. Buscan su interés personal y sus ideas cambian al compás de sus conveniencias. Metelo había dado comienzo a la guerra civil luchando contra el principio democrático y contra Pompeyo en Creta; se perdieron innumerables vidas y el desorden se adueñó de la sociedad; pero ellos, dos años más tarde, se sentaban amistosamente y alternaban juntos en la Curia.⁶⁹

El derrotismo vital -- en contraposición a un progreso que encuentra su respuesta sólo en la economía y lo material-- es la constante de la segunda mitad del siglo y las formas ideológicas que se basan en la voluntad individual y en los principios de lucha y competitividad van tomando cuerpo en Alemania. Son ideas llegadas con los vientos del capitalismo emergente y del socialismo opositor, en medio de los “desagradables” descubrimientos de la psiquiatría acerca de la naturaleza individual, y cuando el arte comienza a plantear la descomposición de las formas plásticas y la ruptura del edificio armónico heredado de Bach: es un momento en que la “muerte de Dios” y el superhombre comienzan a sospecharse en las conciencias intelectuales alemanas, antes de ser formulados por Nietzsche.

La voluntad de pervivencia y de dominio se convierte en una forma de explicación de la historia y la violencia en una fórmula aceptable, puesto que es natural como la misma selección de las especies. Mommsen no consideraba a Mitrídates un genio de importancia pero le reconoce la “imponente virtud del odio, y este odio lo mantuvo con honor, aunque no con fortuna, durante medio siglo de una desigual lucha contra un enemigo inmensamente superior”.⁷⁰

Mitrídates y su supuesta obsesión por imponer a Oriente sobre Occidente,

⁶⁹Mommsen 1983, VII, 165.

⁷⁰Mommsen 1983, VII, 185.

Mitrídates nacionalista, es un mito caro al “Sturm und Drang” y cuyos parámetros pasan casi íntegros al S. XIX. Mozart compuso su ópera “Mitrídates, rey del Ponto” en su juventud, antes de la primera eclosión romántica, y en un ambiente aún plenamente ilustrado, pero la noción de esta lucha entre dos mundos está presente en ella, igual que el modelo de monarquía ilustrada, única solución para lograr una “concordia de los órdenes” casi tan cara al S. XVIII del Imperio Austrohúngaro, como lo fue para Cicerón. Esta aspiración ilustrada, se desarrolla también en otra de las grandes óperas de Mozart de ambiente romano: “La clemencia de Tito”. Ambas son dramas escritos aún en italiano pero con elementos masones y un tratamiento de los personajes que pertenece casi plenamente al final del XVIII alemán, todavía por llegar en el momento en que Mozart y sus libretistas escriben.

Mitrídates fue “centinela avanzado de la reacción nacional del Oriente contra el Occidente”, dice Mommsen medio siglo después, y acaba afirmando atrevidamente: “Comenzó de nuevo el duelo entre los dos mundos, y así los vencedores como los vencidos, presintieron a su caída que asistían al principio y no al fin del drama”.⁷¹ El fin del drama, posiblemente, aún está por llegar en la mentalidad del siglo de Mommsen.

En el seno del mundo judío, Mommsen resalta especialmente la helenización de las dinastías reales y la oposición entre poder temporal y poder sacerdotal. Utiliza, como casi siempre, la situación del mundo antiguo para compararla hábilmente con la historia germana, en este caso con la acción de los príncipes alemanes deseosos de separarse del dominio del Papado: “...Los reyes del Judea, hombres hábiles, que hacían frente al poder espiritual, como mil años después lo hacían los Hohenstouffern al Pontificado”.⁷²

Vuelve a utilizar la situación de las ciudades sirias de Antioquía que buscaban la protección de grandes personajes, amurallándose y aislándose, para extrapolarla a la medievalización de Alemania, con las ciudades que se amurallaban fuertemente y dependían, en gran medida, de los ejércitos de los señores:

⁷¹Mommsen 1983, VII, 185.

⁷²Mommsen 1983, VII, 188.

“La situación recuerda los triste interregnos de la Edad Media, en Alemania, cuando Nuremberg y Augsburgo, no teniendo el derecho ni la justicia del Rey de los Romanos para que los protegiese, se abrigaban, aislados, detrás de sus murallas”.⁷³

⁷³Mommsen 1983, VII, 189.

No en todo momento se muestra Mommsen como un escritor heroico. A menudo, cuando aflora su consciente rechazo hacia elemento romántico en la historiografía, pone de manifiesto la convicción de que tanto la grandeza como la caída de Roma no se deben a hombre superiores o funestos sino la agregación cívica.⁷⁴

La ciudad es la clave del movimiento histórico y su desarrollo la piedra angular del progreso. Por ello, los romanos, conscientes de este hecho, tomaron a su cargo la misión de colmar y aun ampliar los límites del imperio de Alejandro.⁷⁵

En este empeño, se dejaron infiltrar profundamente de helenismo y lo adoptaron como fórmula necesaria para favorecer ese manifiesto fin que era el progreso de la ciudad.⁷⁶

En la urbe, sin embargo, el desarrollo de las instituciones ejecutivas y de los mecanismos de partido había llegado a una macropresencia que se hacía incontrolable y, al mismo tiempo, ineficiente.

El Estado, en Roma, era la víctima de su propio hiperdesarrollo hacia el 688 de la Fundación, en las postrimerías de la República.

⁷⁴Mommsen 1983, VII, 125.

⁷⁵Mommsen 1983, VII, 203.

⁷⁶Ibid.

Los demagogos manejaban en su favor esta inmensa maquinaria incomprensible para el pueblo⁷⁷ que, sin embargo, tenía el poder de la votación, lo que para Mommsen ponía en peligro la Constitución romana debido al uso que se hacía de esta posibilidad de la revolución democrática. La proposición Mamilia era desagradable para todos los partidos e incluso para las camarillas aristocráticas; pese a ello, fue aprobada sin que los agitadores demócratas le hicieran oposición. La lucha entre el Senado y los populares era continua y, a veces, sus resultados era incontrolables para todas las partes. La votación de las leyes Gabinia y Manilia marcaría un hito hacia el final de las querellas entre ambos bandos, que se habían iniciado sesenta y siete años antes, con motivo de las Leyes Sempronias⁷⁸ pero la República, tal como había llegado a ser, se hacía materialmente insostenible.

Para explicar estos periodos, Mommsen utiliza una mezcla de ideas y términos inquietante. Él entiende que, durante la juventud de César, la aristocracia romana va retrocediendo frente a la democracia y se camina hacia el establecimiento de algo tan sorprendente para la mentalidad contemporánea como una dictadura militar democrática. Esta confusión de términos respecto a la época de Mario, sin una clarificación específica de conceptos, traería sin duda confusión a los lectores que vivían los resultados de las revoluciones burguesas, los ascensos imperialistas y el nacimiento del internacionalismo socialista.

A los partidarios de Catilina, Mommsen los califica de anarquistas, concepto que debía despertar ecos “espeluznantes” entre la burguesía del XIX, pero que difícilmente puede entenderse en el contexto del mundo romano. Catilina y Pisón, instrumentos de César y craso que, a su vez, se entendían en secreto, constituirían una unión de demócratas y anarquistas, lo que debía ser nada halagüeño para el concepto que de los demócratas pudieran ir formando los ciudadanos alemanes. La unión de democracia, o república con anarquismo es una constante del periodismo alemán del XIX y de los historiadores de la segunda mitad de siglo. No hay inocencia --aun coincidiendo cierto

⁷⁷Mommsen 1983, VII, 157.

⁷⁸Mommsen 1983, VII, 158.

nivel de inconsciencia a sus autores-- en estas uniones propagandísticas del S. XIX. Son sugerentes, manipuladoras y efectivas sobre las conciencias y la transposición de conceptos de la realidad del XIX a la antigüedad romana están iniciando un alto grado de utilización del mundo antiguo, a la vez que ilustran las agonías y anhelos del siglo burgués.

Cuando Mommsen habla directamente de nacionalismo en el mundo antiguo, lo que era quizás una tendencia ambiental de los tiempos se traduce en opinión y propaganda política intencionada. El mundo galo se convierte en el mundo francés y lo francés es algo despreciable e hiriente para el alemán, centrado en la expansión de Prusia.

Para Mommsen, Francia es el paradigma de la fragmentación ideológica y política que Alemania debe evitar. La idea nacional de los galos en época de César, constituía un fracaso por la división política existente entre ellos. Sólo se mantenía una aparente identificación colectiva por la centralización religiosa y teológica. Los druidas abrazaban en un lazo de nacionalidad a toda la Galia, a las Islas Británicas y, posiblemente, a otros territorios celtas⁷⁹ pero, en esencia, carecían de la identificación política necesaria para perdurar y eran, como los franceses del S. XIX, modelo de todo lo que ancestralmente se oponía a la nación alemana y competía con ella por el dominio de Europa:

“Tales eran los galos del siglo de César; no tenían ni poderos organización militar, ni disciplina política; no pudieron alcanzarla ni hubieran podido soportarla. En todos los tiempos y lugares, los veréis siempre los mismos, políticos, movedizos como la arena, veleidosos de sentimiento profundo, ávidos de novedades y crédulos, amables e inteligentes, pero desprovistos de genio político: sus destinos no variaron jamás: tales fueron en los tiempos primitivos, así son en nuestros días”.⁸⁰

Y si hablamos de falta de inocencia en la historiografía alemana del XIX, sírvanos

⁷⁹Mommsen 1983, VII, 312-3.

⁸⁰Mommsen 1983, VII, 398.

para cerrar este capítulo la opinión de Mommsen acerca del imperialismo creciente de sus tiempos, en este caso del imperialismo británico, justificable como una ley del universo. En este juicio comienza a infiltrarse, inevitablemente, el concepto de superioridad aria, que Hitler --no lo olvidemos-- también concedía a los anglosajones:

“En virtud de la ley que exige que todo pueblo políticamente constituido absorba un día los inmediatos que han quedado en el estado de minoría social, y que toda nación civilizada se asimile las que intelectualmente están colocadas bajo ella, en virtud de una ley universal y casi física como lo es la de la gravedad (...). Los italianos (...) Estaban llamados a sujetar a todos los Estados Griegos orientales y a rechazar por sus colonos y emigrantes todas las tribus incultas del Oeste, Libios, Iberos, Celtas y Germanos. Del mismo modo y con derecho análogo ha avasallado en Asia Inglaterra una civilización hermana, pero políticamente impotente: de este mismo modo ha marcado y ennoblecido en América y en Australia inmensas regiones con el sello de su nacionalidad y prosigue marcándolas y ennobleciéndolas continuamente”.⁸¹

⁸¹Mommsen 1983, VII, 291.

6.7. LA MANIPULACIÓN DEL MUNDO ANTIGUO.

La utilización más llamativa de la idea de Roma y de antigüedad germánica se da, por supuesto, durante los últimos años de la República de Weimar y a lo largo del periodo nacionalsocialista pero los presupuestos que utilizaron se desarrollan --como hemos visto-- a lo largo de un periodo amplio de tiempo que se desenvuelve desde los últimos años de una “Aufklärung” fuertemente occidentalista y con ideología de misión, hasta el “Sturm und Drang”, el Romanticismo, con sus presupuestos a favor y en contra de la óptica hegeliana, y la eclosión burguesa e imperialista de la segunda mitad de siglo, que llega hasta el principio del siglo XX y la adopción de la estética germana y mistificadora del wagnerismo.

La historiografía nacionalsocialista, propiamente dicha, atiende a dos supuestos principales: demostrar la pureza racial de los germanos desde la Antigüedad hasta el S. XX, atribuyéndoles la misión de la preservación del mundo clásico⁸² y extraer la figura de Cristo del contexto judío, haciéndola lo más aria posible.

Sobre esta importante dicotomía del mundo nazi que --al menos en sus principios-- trata de apropiarse el elemento cristiano al mismo tiempo que niega su procedencia judía, el libro de Losemann *Nationalsozialismus und Antike* de 1977 es, quizás, el más agudo.

Durante la República de Weimar, los historiadores, en general, eran muy conservadores y seguían, en gran medida, a la historiografía del XIX. A estos hombres (Kornemann, Gelzer, Münzer, Kahrstedt), los historiadores que después trabajaron en el

⁸²En este ambiente encuentra su eco, también, la idea de Alemania civilizadora y protectora de occidente frente a la barbarie marxista, de la misma forma en que Atenas protegió a la Hélade del peligro persa. En torno a este sentimiento gira el discurso del ateniense Eufemo en Tuc., VI, 82-83: “ (...) Que es normal que tengamos un imperio por haber acabado solos con el medo...” (ed. Francisco Romero Cruz), Catedra, Madrid, 1988.

contexto del Nacionalsocialismo, les parecían sencillamente unos osados pero, a nivel popular, la influencia de estos últimos empezaba a alcanzar un nivel propagandístico mientras se comenzaba a contemplar a la antigua escuela como a un club de viejos eruditos.

Futuros nazis, como F. Altheim, H. Berve, W. Weber y F. Schachermayr, estaban ya dando algún fundamento, que a los inmersos en aquellas circunstancias les parecía plausible, a su mezcla de racismo y misticismo que tanto contribuiría a las bases de la futura dictadura.

Ni que decir tiene, por otra parte, que el triunfo del nacionalsocialismo constituyó la peor de las catástrofes para muchos historiadores del mundo antiguo y moderno que ocupaban, incluso, cátedras universitarias y cuyos orígenes eran judíos.

Una cierta escuela de historiografía judía y conversa estaba establecida desde el S. XIX con nombres como J. Rubino (1799-1864) y Max Büdinger (1828-1902), hijo del célebre pedagogo judío Moses Mordechai Büdinger.

No sólo la fructífera tendencia de la historiografía judía fue materialmente desmantelada por el régimen nazi. Otros célebre historiadores del mundo antiguo, que hasta entonces habían tenido una importante presencia en el panorama intelectual y académico alemán, fueron completamente imposibilitados para continuar con sus actividades y desapareció con ellos la posibilidad de crítica y contrapeso a la historiografía dominante. baste recordar nombres como F. Münzer, A. Stein, E. Groag, H. G. Pflaum, E. Täubler, R. Laqueur, A. Rosenberg; E. Stein, E. Bickerman y F. M. Heichelheim.⁸³

Casos espectaculares de manipulación nazi fueron, por ejemplo, las opiniones de que los germanos --a quienes ellos tranquilamente calificaban de alemanes-- se habían mantenido puros como raza en la Antigüedad, juicios que prácticamente no tenían más apoyo que una única cita de Tácito:

⁸³Christ citado en Momigliano 1987, "Karl Christ...", 408-9.

*Ipse eorum opinionibus accedo, qui Germaniae populos nullis aliis aliarum nationem conubiis infectos propriam et sinceram et tantum sui similem gentem extitisse arbitrantur.*⁸⁴

Otro ejemplo es el de Kossina, historiador que trastocó las dataciones arqueológicas de multitud de yacimientos europeos a fin de demostrar que la totalidad de la cultura occidental tenía un origen indoeuropeo. Estas manipulaciones se llevaron a cabo entre 1928 y 1931, mientras Hitler subió al poder en 1933.

Ideas como “valor” y “honor”, en un figurado sentido latino, fueron transplantadas a la mitología nazi y ascendidas al rango de principios de desarrollo histórico, amén de toda la simbología transplantada al Partido, como los estandartes y fascas, la svástica, la mística del fuego y la antorcha, la formación militar en centuria cuadrada o el brazo en alto.

Fueron llevadas hasta el mundo antiguo ideas del insurgismo fascista⁸⁵ tanto en Italia como en Alemania y la influencia de esta visión se advierte incluso en historiadores al margen del nazismo, como Ronald Syme que, en su “Roman Revolution”⁸⁶, deja latir la

⁸⁴Tac., *Ger.*, IV.

Tac., *Ger.*, 2, 1: “Estoy casi convencido de que los germanos son indígenas y que de ningún modo están mezclados con otros pueblos” y 4, 2-3: “ (...) Han logrado mantener una raza peculiar, pura, semejante sólo a sí misma (...): ojos fieros y azules, cabellos rubios, cuerpos grandes (...)” (ed. J. M. Requejo, Gredos, Madrid, 1999).

⁸⁵Zanker 1992, 13-14.

⁸⁶Zanker 1992, 14.

pregunta de si la revolución de Augusto fue o no una revolución fascista.⁸⁷

La historiografía marxista y los intelectuales de los países comunistas desmitificaron el concepto de historia heroica, teóricamente heredado de la historiografía antigua y utilizado al máximo por los regímenes fascistas; pero era una desmitificación sólo aparente y que no afectaba a los comportamientos profundos del pueblo ni de la élite dominante. baste recordar el culto a la personalidad de época de Lenin y de Stalin en la Unión Soviética, los grandiosos desfiles del Partido Comunista o las inmensas alfombras de flores que constituían el retrato de Mao durante la Revolución Cultural china, para reconocer la futilidad de los esfuerzos marxistas para desvincular la historia de la noción de liderazgo y de la utilización de esta idea.

No sólo en los regímenes totalitarios sino en los países democráticos, persiste esta noción en el seno de instituciones como las realezas europeas o la presidencia norteamericana.

La supuesta unión de dichas instituciones con el mundo antiguo y, específicamente, con la transmisión de la cultura política romana ha servido fielmente tanto a totalitarios como de demócratas.

En el edificio democrático que pudiera sospecharse más alejado del contacto continuado con el S. XVIII y XIX europeo, los Estados Unidos, hallamos la pervivencia de esta persistente hermandad, tanto si miramos a las formas iconográficas de la democracia americana como a su contenido. En los papeles públicos y escritos privados de los presidentes curiosamente menos conservadores y más cercanos al espíritu de la Socialdemocracia (Theodore Roosevelt, Wilson, Franklin Roosevelt, Kennedy), encontramos innumerables citas latinas, utilizadas con un sentido más ideológico que erudito y más libre que exacto.

⁸⁷Ver la interpretación de Ronald Syme en Momigliano 1979, "A hundred...", 372.

Roma tiene buena prensa en Occidente --al margen de las ideologías-- igual que Cartago, como encarnación de lo oriental a superar, la sigue teniendo mala y ésta es sólo uno de los más inocentes aspectos de siglos de interpretación conveniente, afectiva y a veces manipuladora de la historia antigua.

**7. LA LITERATURA Y LA POPULARIZACIÓN
DE LA IDEA VITAL DE MUNDO
“GRECOLATINO”**

7.1. ROMA ENTRA EN SOCIEDAD. ORIENTE Y OCCIDENTE

El romanticismo literario alemán se hallaba en una importante disyuntiva: por un lado, trataba de asimilar como suya una herencia clásica de poderosa influencia --sobre todo estética-- sobre su forma de vida y su obra. Esta inclinación estaba ligada a la fascinación por Oriente y a las peregrinaciones juveniles a Roma, Grecia y Asia. Por otra parte, reaccionan apasionadamente ante Grecia y Roma, en un intento por dejar “solos” a los griegos y los romanos y asumir la cultura germana como eje vital. El resultado es, según los autores, una inclinación hacia uno u otro extremo o, en la mayoría de los casos, una original cultura, mezcla de elementos de ambos universos que es, esencialmente, el romanticismo alemán.

De acuerdo con Berchet,¹ lo que los alemanes habían aprendido de los griegos era, precisamente, a evitar la imitación de los griegos.

Los románticos tratan de extraer del acercamiento al mundo antiguo, un mensaje de modernidad. Sin embargo, les es prácticamente imposible renunciar a la identificación --aunque sea mistificada de acuerdo a su universo existencial-- con ese mundo un tanto inseparable que constituye al clasicismo grecorromano, ya que su idea y su imagen se han infiltrado en todos los ámbitos de la vida y en el S. XIX forma ya parte, no sólo del mundo erudito y literario sino del arte y de la cultura popular.

El contacto con el imperio napoleónico ha dejado en Alemania un importante poso de neoclasicismo francés. Los alemanes se han vestido al estilo imperio, se han acostumbrado a su mobiliario y las ciudades alemanas se han ornado con monumentos de sabor napoleónico.

Los “Sturm-und-Dränger” han viajado a Roma, han escrito, han dibujado y pintado

¹Momigliano 1987, “German...”, 61.

hasta la saciedad y se han comunicado con los románticos ingleses que hacen los propio, especialmente en Grecia. Alemania se llena de sus obras en el primer cuarto de siglo. Lo griego, lo oriental, lo latino y también lo italiano se convierten en paradigma de moda, de arte y de amor galante. Paralelamente, los mismos autores exploran el universo de la mitología germana y de la vida popular alemana: el sustrato más hondo del pueblo. Parecen actividades opuestas pero, en realidad, constituyen las dos caras de una misma sociedad.

Alemania presenta un caso especial de relación. La intimidad entre derecho alemán y derecho romano, entre poesía latina y poesía germana y entre mitología alemana y antigüedad romana, es algo que no se produce, por ejemplo, en Italia a pesar de su cercanía al mundo clásico.² En Italia puede haber una reminiscencia romana en los escritores pero no existe esta mezcla de asimilación y rechazo que se produce en Alemania. En Italia reina la Iglesia Católica y la mística aproximación a los dioses paganos antiguos de un Hölderlin, por ejemplo, está muy lejos del ambiente italiano. Incluso, muchas esculturas paganas son mantenidas fuera de los museos para no ofender al clero.

A menudo, los eruditos italianos encuentran a un dios o una tradición pagana detrás del culto de un santo católico, pero no se produce una infiltración del universo pagano en la sociedad y los griegos no se ponen “de moda” en los salones italianos, como sucede en Alemania y también en Inglaterra. Epicuro --no precisamente un campeón del mundo olímpico-- es el filósofo antiguo más estudiado en Italia.

²Momigliano 1987, “German...”, 66-7.

Jacob Grimm es una de las autoridades más firmes en la ideología del primer romanticismo alemán. Él estudió todos los campos de la tradición alemana y se inspiró en Savigny para establecer sólidos contactos entre el derecho romano y las tradiciones primitivas germanas. Autores de gran importancia se encontraron profundamente influídos por su obra. Sus ideas del surgimiento de las poesías nacionales a partir de las tradiciones orales, se manifestaron en los estudios de Nieburh sobre los orígenes de la épica romana; la aproximación de Müller a los mitos paralelos entre épica griega y germana, que llevó a cabo Lachmann. Del discurso de Grimm y del de Savigny es posible extraer, con toda claridad, la tensión existente entre el reconocimiento y la admiración hacia la jurisprudencia romana y el clamor reinante en Alemania por independizar de Roma el espíritu de la ley nacional.³

En el mundo romántico, sobre todo a través de Schiller, se abrió camino la idea de que el Medievo, al tiempo que era el medio natural en que floreció el alma germana, había constituido, sin embargo, una etapa de profunda oscuridad a la hora de llevar esa expresión al terreno artístico y literario. La sujeción al Papado, había afectado negativamente tanto a la expresión del germanismo como a la propia pervivencia del modelo clásico, que la Roma medieval consideraba pagano. A la llegada del Renacimiento, con su carga de humanismo y Reforma, se produjo, de manera casi natural, la alianza de la libertad y de la cultura.⁴

Según el filósofo Schelling,⁵ Herder y Friedrich Schiller encabezan la reacción contra el apriorismo y asientan su peculiar visión literaria de la historia en los comienzos

³Momigliano, *ibid.*

⁴Demant 1984, 156: “Schillers Schwierigkeit lag darin, dass die Befreiung vom Despotismus Roms keinesweg sogleich als Fortschritt wirkte, sondern vielmehr eine *tausensjährige Nacht* über Europa hereinbrach. So wie die Denker der Renaissance huldigte Schiller der Idee vom *finsternen Mittelalter*, das der Krücke der Christentums bedurfte. Erst im 16. Jahrhundert sei die alte Höhe wieder erreicht worden, durch Humanismus und Reformation sei in Europa die Verbindung von Freiheit und Kultur gelungen, die sich sonst ausschlossen. Und dazu war sowohl das römische Reich als auch dessen Zerschlagung eine historische Vorbedingung”.

⁵Momigliano 1979, “Friedrich Creuzer...”, 242.

del S. XIX. Para Schiller, la historia es una de las formas de concepción del arte y el arte se erige en el principio de todo conocimiento y de toda forma de vida.

A través del arte y del poeta, la historia pasa a formar parte de la vida cotidiana; desciende del aislamiento solemne de la erudición y se transmite a los hombres: entra en sociedad.

En su ensayo sobre la filosofía de la historia, Schelling niega la posibilidad de todo apriorismo en el campo histórico, así como de toda posible filosofía de la historia. El campo de la historia se reserva a aquellos fenómenos que no tienen una repetición periódica y que no obedecen a ningún tipo de leyes necesarias: “Was a priori zu berechnen ist, was nach notwendigen Gesetzen geschieht, ist nicht Objekt der Geschichte”.⁶

El historiador es, para Schelling, esencialmente, un poeta, por cuanto hace comprensibles los mitos, que son los componentes esenciales de la vitalidad de los pueblos. Este “Dichter” del “Sturm und Drang” es el poeta de la fantasía, que aparece desde Hoffmann hasta Hölderlin; es el que busca lo bello y lo significativo, lo trágico más que lo exacto y uno de los grandes “prefiguradores” del mundo antiguo. Se separa, ideológicamente, de los caminos de Hegel porque le importa más su propia visión que extraer leyes fundamentales o hechos comprobados, por cuanto en lo imprevisible y en lo imaginado está la belleza, y por cuanto el sistema del idealismo transcendental del cambio de siglo, afirma que “die Willkür ist (...) Die Göttin der Geschichte”⁷ y esta noción es antihistórica para el poeta.

El poeta es, así mismo, el encargado de trasladar su visión al terreno político y hacerla accesible al pueblo; es el encargado de darle el nombre de revolución, de libertad, de imperio universal o de patria.

Schiller, uno de los autores alemanes más vinculados al cambio político y al anhelo social de sus días, lo hace así con la Edad Media alemana en “Guillermo Tell” y con el mundo antiguo en gran número de sus poemas: la “Oda a la Alegría”, que utilizará

⁶Momigliano 1979, “Friedrich Creuzer...”, 43.

⁷Momigliano, *ibid.* “La arbitrariedad es la diosa de la historia”.

Beethoven en su Novena Sinfonía o el menos popular poema de “La campana” que, cuando se nos ofrece en una traducción española del S. XIX, aún agudiza más unos románticos universales de libertad, pero dentro de un orden que abomina del sueño revolucionario:

“¡Preciosa emanación del Ser Divino,
salud de los mortales, orden santo!
Mi labio te bendiga.
La estirpe humana que a la tierra vino
en completa igualdad, por ti se liga
con vínculo feliz (...).
(...) Tú sólo fuiste
quien allá en la niñez de las edades
los cimientos echó de las ciudades;
tú hiciste al salvaje
dejar la vida montaraz y triste (...)
tú creaste ese ardor de tanto precio
ese sacrosanto AMOR DE LA PATRIA.
(...)
LA LIBERTAD, LA IGUALDAD
se proclama en grito agudo
y el tranquilo ciudadano
cierra el taller y el estudio
y échase encima las armas
(...)
¡Maldito quien en las manos del ciego puso la luz!
A él no le alumbra, y con ella
se puede abrasar el mundo.
(...)
Acudid en tropel, compañeros,
y según la costumbre cristiana,

bautizamos aquí la campana
que CONCORDIA por nombre tendrá.
Para amarnos vinimos al mundo,
y es la unión la ventana del hombre;
la campana, con su voz y su nombre
de esa unión pregonera será”.⁸

La imagen del Walhalla, residencia del sentido trágico y heroico de la vida, y la del Olimpo, patria de donde nace simbólicamente el conocimiento del poeta, hogar de algo perteneciente a la idea de inspiración, llena los poemas alemanes desde los últimos años del S. XVIII hasta el final del Romanticismo.⁹

La idea de la aventura poética, como experiencia de conocimiento casi místico y de transmisión al pueblo, se inició, para los alemanes, durante el “Sturm und Drang” y se arraigó tan profundamente que no ha desaparecido en la literatura del S. XX.

En una de las mejores novelas alemanas de nuestro siglo, *La muerte de Virgilio* de Hermann Broch, concebida en plena Segunda Guerra Mundial, encontramos aún el poeta latino, el poeta prefigurado por excelencia en la aventura de occidente, que también

⁸Schiller, “La campana”, vers. E. Hartsenbusch.

⁹Schiller, “Los dioses”, vers. F. Maristany: “Jamás los dioses solos aparecen. / Apenas llega el placentero Baco / llega el Amor también, niño risueño, / y el magnífico Febo al punto surge; / llegan uno por uno y los jardines / del mundo van poblándose de dioses. // ¿Qué puede hacer un hijo de la tierra / para honraros ¡oh dioses! Dignamente? / Vuestra vida inmortal dadme vosotros; / llevadme a vuestro Olimpo --pues que el goce / sólo vive en las salas del gran Júpiter-- / y ofredme en un vaso vuestro néctar. / Dad el vaso al poeta; humedecedle / los ojos con rocío de los cielos, / para que al Styx odiado, que pretende / ser uno de nosotros, no perciba. // Perlee y cante la celeste fuente, / y halle el pecho reposo, y las pupilas / se bañen en suaves claridades”.

acompañó a Dante por los laberintos del conocimiento, convertido una vez más en el paradigma del contacto místico con la aventura estética. En un esquema narrativo en donde la religión, el chamanismo, el Platón del “Trance extático de Er”,¹⁰ y el estoicismo encuentran una suerte de mixtura incomparable, Augusto inquiriere: “-- Entonces debo preguntarte una vez más, Virgilio, qué fin perseguías con tu poesía, si no debía ser el conocimiento de la vida”. Y Virgilio responde: “-- El conocimiento de la muerte”.¹¹

¹⁰Plat., *Rep.*, 614 B ss.

¹¹Broch 1994, 320.

7.2. DE HOFFMANN A HEINE: HISTORIAS DE LA FANTASÍA

E. T. A. Hoffman es uno de los primeros autores alemanes del XIX (las *Fantasías a la manera de Callot* fueron publicadas en 1814) en señalar la dicotomía romántica --que afectará especialmente al mundo musical-- entre lo dionisiaco y lo apolíneo, dos formas éticas y estéticas de prefigurar la Antigüedad: como armonía suprema o como reino de lo oscuro y, paralelamente, como lo mediterráneo y lo nórdico. Para Hoffmann, la música es lo que precede a lo literario y lo que lo determina; también lo que comunica el espíritu de las épocas.¹²

Hoffmann expresa, a través de la música, el paso del Neoclasicismo al Romanticismo como el tránsito de lo apolíneo a lo dionisiaco, o lo que es lo mismo, como la superación de lo grecolatino hacia la explosión de lo nórdico, lo germano.

¹²Hoffman 1986, “Kreiseriana”, 63: “La lira de Orfeo abrió las puertas del Orco. La música abre al hombre un reino desconocido, un mundo que no tiene nada en común con el mundo de los sentidos que le rodea y en el que deja tras de sí todas las sensaciones definidas para entregarse a un anhelo inexpresable”.

La lectura de la “Kreiseriana” es importante si se quiere comprender la visión romántica de la música y la poesía como fuente de conocimiento, visión que influirá poderosamente sobre la concepción del drama antiguo en el filólogo Nietzsche.

Las sinfonías de Haydn, paradigma del mundo previo al “Sturm und Drang”, transido del espíritu de Italia, son la más alta expresión de lo apolíneo, que Mozart -- precursor y espejo del “Sturm und Drang”-- se encarga de quebrar; pero es Beethoven ¹³ quien hace surgir plenamente el espíritu germano y el Romanticismo en sí. Sólo al final del siglo, Richard Wagner pretenderá realizar una síntesis de ambos mundos.

Este acercamiento a lo germano encuentra una expresión profunda y dilatada, a partir de 1820, en un autor de origen judío, Heinrich Heine.¹⁴ En sus poemas, la antigüedad germana se despoja de lo real, huye del contexto histórico y se refugia en un mundo estrictamente simbólico: el de la mitología. Lo circunscrito se hace intemporal y abarca un universo que va desde las primeras culturas metalúrgicas hasta la Edad Media y que el S. XIX sigue presentando prácticamente intacto.

Las corrientes de agua se llenan de ondinas que ejecutan danzas sagradas, reminiscencia de ritos tribales arcaicos.¹⁵ Las playas se pueblan de hadas nacidas de las olas a imagen de Venus y casi siempre unidas a las leyendas del rey Harald¹⁶ y los

¹³Hoffmann 1986, “Kreisleriana”, 63-4: “En las composiciones de Haydn (...) Sus sinfonías nos conducen a interminables florestas verdes, a una multitud alegre y multicolor de gentes felices. Jóvenes y muchachas pasan danzando en corros (...). Una vida llena de amor, de felicidad, como antes del pecado, de eterna juventud (...). Mozart nos conduce a las profundidades del reino del espíritu. El temor nos envuelve, pero sin el martirio es más bien el presentimiento del infinito.

(...) La música instrumental de Beethoven nos abre el reino de lo inmenso, de lo inconmensurable. (...) Intenta hacer estallar nuestro pecho con la consonancia plena de todas las pasiones, continuamos viviendo y somos entusiasmados visionarios.

(...)

La música de Beethoven apela al miedo, al estremecimiento, al espanto, al dolor y despierta precisamente ese eterno anhelo que es la esencia del Romanticismo”.

¹⁴Es muy escasa la bibliografía que profundiza en el universo de la mitología antigua germana en la obra de Heine y más aún la que se ocupa de él como figura de influencia política o social. Entre aquella que puede aportarnos algunas pistas, destacamos la propia obra de H. Heine, *Espíritus elementales*, Ed. Aguilar, Madrid, 1960; una amplia bibliografía que nos acerca temas concomitantes: E. von Wilamowitz-Moellendorff und G. Mühlpfordt, *Heine-Bibliography 1983-1995*, Stuttgart, 1998 y los estudios *Aufklärung und Skepsis: Internationaler Heine-Kongress 1997 zum 2000 Geburtstag* (Hrsg. J. A. Kruse, B. Witte und K. Füllner), Stuttgart, 1999 y D. Dehler und K. Hempel-Soos (Hrsg), “Dichter unbekannt”, *Heine lesen heute: Internationale Heine-Symposium*, Bonn, Mayo 1997, Bonn, 1998. Numerosos aspectos de la sociedad romántica literaria en Alemania, como agente de la mitificación del mundo germano y romano antiguo pueden encontrarse en M. Winkler, *Mythisches Denken zwischen Romantik und Realismus: Zur Erfahrung kultureller Fremdheit im Werk Heinrich Heines*, Tübingen, 1995. De entre los escritos sobre Heine y su relación con la figura de Napoleón, las revoluciones románticas y el concepto heroico de la historia, es todavía reseñable el clásico de P. Holzhausen, *Heinrich Heine und Napoleon I*, Frankfurt am Main, 1903.

¹⁵Heine 1960, “Intermezzo...”, 128.

¹⁶Heine 1960, *El Regreso*, XIII, 131; *Viajes...*, “El rey...”, 193.

bosques hierven de presencias encantadas basadas en los mitos griegos, cuyas figuras adaptan o se identifican con las ancestrales nórdicas.¹⁷

El tema mitológico es tan serio para el mundo figurativo romántico, que no sólo se piensa en él como objeto estético o simbólico, sino que --incluso desde el campo estrictamente literario-- se trata de hallar el hilo conductor y los orígenes de cada figura mitológica.

¹⁷Heine 1960, *Viajes...*, “Las ondinas”, 191; *Espíritus...*, 325.

Para Heine, los silfos, que “si no fuesen inmortales por su naturaleza los hubiera hecho inmortales Shakespeare”,¹⁸ constituyen una creencia de origen celta antes que escandinavo.

Afirma haber recogido más leyendas sobre ellos en el Norte occidental que en la zona oriental. Hay de ellos un eco en las leyendas bretonas, como el “Oberon” de Wieland y, para los alemanes, los silfos o albos son los engendros de las brujas con el Maligno,¹⁹ con lo cual la primitiva leyenda pagana se ha cristianizado.

Aparecen en una u otra forma en Provenza, en la “Canción del conde Lanval”, que posee también reminiscencias orientales y en los ciclos artúricos pero, esencialmente, su origen es irlandés, lo que no impide que su iconografía coincida, para los alemanes, con la de otros personajes clásicos del equilibrio natural y la vida en los bosques.²⁰

En el desarrollo mitológico germano, que Heine muestra, se ha producido una fusión de elementos clásicos y germánicos especialmente queridos para el Romanticismo. Heine nos da múltiples ejemplos de esta especial simbiosis que el “Sturm und Drang” perpetúa y desarrolla.

Uno de los más bellos poemas de Goethe, “La desposada de Corinto”, leyenda también transmitida en Francia por Madame de Staël, tiene sus orígenes en las leyendas tesalias; Eliano habla de ella y también Filóstrato, en la vida de Apolonio de Rodas. Se trata de la historia de las bodas en que la desposada es una lamia.²¹

De la fusión y la controversia entre paganismo y cristianismo, surgió una rica mitología posterior a Roma, mezcla de sus elementos, de los antiguos cultos germánicos y de las aportaciones y deformaciones cristianas.

Cuando las tribus, habituadas a cultos naturalistas, experimentaban, aun dentro del

¹⁸Heine 1960, *Espíritus...*, 352.

¹⁹Ibid.

²⁰Heine 1960, *Espíritus...*, 327-8, vers. J. Medem Sanjuán: “En el bosque, al claro de luna, / he visto cabalgar a los silfos; / he oído sonar sus cuernos / y el tintineo de sus cascabeles. // Sus caballitos blancos llevaban / doradas astas de ciervo y volaban, / rápidos, como bandadas de cisnes, / cruzando veloces el aire. // Sonriente me miró la reina; / sonriente al pasar galopando. / ¿Se refería a mi amor nuevo, / o era la señal de la muerte?”.

²¹Heine 1960, *Espíritus...*, 332.

Cristianismo, veneración por antiguos lugares sagrados, allí se instauraba una tradición cristiana o de asentaba al Maligno.

Las fuentes se convierten en lugares milagrosos utilizados por los sacerdotes cristianos; los robles sagrados germánicos pasaron a ser lugares bajo los cuales “hacían los diablos sus apariciones nocturnas y se entregaban las brujas a sus prácticas infernales”;²² pero a las alturas del S. XIX el roble seguía siendo el símbolo de la nacionalidad alemana.

Heine explora las leyes antiguas alemanas para encontrar múltiples prohibiciones muy significativas: no se puede orar junto a ríos, árboles y piedras porque persiste la creencia de que en estos lugares habitan divinidades paganas. Carlomagno, en sus “Capitulares”, ordena que no se realicen sacrificios a las piedras, árboles y ríos y que no se escondan junto a ellos cirios consagrados.²³ Piedras, árboles y ríos son fundamentales en los primitivos cultos germánicos.

Heine clasifica a los espíritus elementales como seres que viven en las piedras -- enanos--, seres que habitan en los árboles --silfos-- y seres que pueblan el agua, las ondinas. Se admitirían una cuarta clase de espíritus elementales de tono menos para el fuego: las salamandras.²⁴ Los hombres de fuego que caminan por las noches no son espíritus elementales, sino espíritus de humanos que fueron usureros, autoridades despiadadas y malhechores o personas que han desplazado una piedra divisoria.²⁵

Heine, junto con Hölderlin, es uno de los románticos que idealiza el mundo antiguo

²²Heine 1960, *Espíritus...*, 357.

²³Heine 1960, *Espíritus...*, 358.

²⁴Heine, *ibid.*

²⁵Heine 1960, 359.

y se rebela --en cierta medida-- contra la superposición del cristianismo que ve como oscuro y prosaico.

El triunfo del cristianismo sobre el paganismo implicó la destrucción del antiguo ideal de belleza y de estética vital. Los primeros cristianos destruyeron las estatuas y los antiguos templos, “pues en ellos vivía aún aquella vieja alegría griega, aquel afán de vida, que a los cristianos les parecía diabólico”.²⁶

La cuestión, para el Romanticismo, se reduce a si debía pervivir el helenismo o el judaísmo:

“La cuestión era si había de dominar en el mundo el judaísmo de los nazarenos, judaísmo triste, escuálido, enemigo de los sentidos, o la alegría, el amor a la belleza y el florido afán de vida de los griegos (...).

Ya nadie creía en moradores del Olimpo (...) Pero las gentes se divertían en sus templos, en sus fiestas y misterios; adornaban la casa con flores (...) cuando no en goces más dulces aún”.²⁷

La prefiguración romántica del ideal helenístico es enormemente fuerte como fórmula vital en los literatos y músicos alemanes de la primera mitad de siglo; literatos y compositores que, como Heine, como Medelssohn, muy a menudo pertenecen a la élite intelectual de origen judío pero, para los cuales, el semitismo ejerce poca influencia comparado con la fuerza de esta mezcla espiritual de germanismo con mundo clásico que, partiendo de la necesidad de una identidad nacional, llega a convertirse en una forma de comprender la propia vida y la obra personal.

Roma, una mezcla, como ellos mismos, es una fuente romántica de primera magnitud.

²⁶Heine 1960, 375.

²⁷Heine 1960, *Espíritus...*, 377.

Heine, para quien el espíritu de las cosas es algo más real que un mero hallazgo literario, nos lo hace sentir constantemente.

En los antiguos templos siguen habitando, para el pueblo alemán, las divinidades griegas y latinas y esa es la razón de existir de casi todas las leyendas mixtas. Las divinidades han perdido su poder, tras la victoria de Cristo, y se manifiestan ahora como demonios, no exentos de la atracción de la antigua plenitud. Por las noches salen de sus moradas, con figura seductora, para atraer a los cristianos.

Muchos poetas contemporáneos de Heine han extraído de este acerbo sus más significativas narraciones.²⁸

El lugar de la acción suele ser Italia; la víctima, un joven caballero alemán en su peregrinaje a Roma. En un hermoso día otoñal pasean y se detiene frente a una estatua femenina de singular belleza ante la cual, el “corazón del joven bárbaro es presa secreta del encanto antiguo”.²⁹ Ya no puede dejar de acudir a aquel lugar hasta que en un atardecer se pierde y se encuentra, de pronto, ante una villa romana en la que le invitan a entrar guardias con antorchas.

Allí, se encuentra con una hermosa mujer cuyas facciones semejan en todo a las de la adorada estatua. Frescos representan, por doquier, todo tipo de escenas amorosas paganas (Paris y Helena, Calipso y Ulises, Diana y Endimión). El caballero, arrobado por el vino y por la noche de amor que pasa en compañía de la extraña joven, se queda dormido en el pecho de la hermosa y es atrapado por horribles sueños en los cuales ella se convierte en un espantoso demonio. Poseído de tremendo terror, el germano saca su espada y decapita al monstruo. Entonces despierta y, en vez de la magnífica villa, ve que ha pasado la noche entre las conocidas ruinas romanas y que la bellísima estatua que tanto admiraba ha caído de su pedestal y su cabeza, separada del tronco, yace a sus pies.³⁰

Por último, no olvidemos señalar, en este repaso, a través de Heine, de las leyendas

²⁸Heine, *ibid.*

²⁹Heine 1960, *Espíritus...*, 378.

³⁰Heine 1960, *Espíritus...*, 377-81.

que reúnen tradición germánica y visión del mundo clásico, las de Parsifal y Tannhäuser por lo que suponen para la configuración del wagnerismo.

Ambas nos presentan un tipo de personaje que reúne en sumo grado las virtudes cristianas y aún que representa un ideal de pureza ascética; sin embargo, ambos son tentados por el paganismo, por las seductoras formas del mundo pagano nórdico o del ideal helénico, para que sus propósitos se corrompan. Parsifal, a punto de caer en el jardín de las muchachas flor en plena búsqueda del Grial o Tannhäuser en brazos de Venus, simbolizan, con mayor plenitud que ninguna otra leyenda, la pugna de dos mundos ideológicos y estéticos que el Romanticismo alemán ha tratado de reunir en sus presupuestos, a menudo sin conseguirlo.

La configuración definitiva de los mitos de Parsifal y de Tannhäuser, tal como se presentan al S. XX, corresponde, sin lugar a dudas, a Richard Wagner. La versión de Wagner lo llena y lo influye todo, pero, por supuesto, su nacimiento es muy anterior. Parsifal aparece en las leyendas bretonas y en los ciclos artúricos, siempre ligado al ideal de pureza y de gobierno perfecto que, finalmente, es traicionado desde dentro.

Tannhäuser es el protagonista de una de las sagas más perfectas del mundo alemán. La versión del *Mons Veneris* de Kornmann, que influye poderosamente en la revisión que del mito hace Heine,³¹ procede, a su vez, del *Blockberg* de Praetorius, de donde lo tomaron, también, los editores del *Wunderhorn*; pero Heine le reconoce multitud de versiones, algunas aún de tradición oral en el S. XIX.

Su origen está, para Heine,³² en la creencia alemana, de transmisión oral, de que la diosa Venus, al ser destruido su templo, se refugió en una montaña escondida, en donde se dedicó a una vida de placeres en compañía de espíritus aéreos, de ninfas del bosque y de las aguas y de algunos héroes célebres, que desaparecieron súbitamente de la tierra y, entre los cuales, el más famoso sería Tannhäuser.

³¹Heine 1960, 386.

³²Ibid.

7.3. HÖLDERLIN: EL MODELO “GRECOLATINO” COMO FÓRMULA VITAL

Friedrich Hölderlin³³ realizó, en su obra, una de las más perfectas síntesis que conoce el “Sturm und Drang” de lo que para ellos era el mundo latino y el mundo griego como fórmula estética y ética.

Situó esta acabada prefiguración en la Magna Grecia y el drama de “La muerte de Empédocles” es su más brillante manifiesto.

A través de una concepción muy personal de la figura y las enseñanzas del filósofo

³³Aunque el universo clásico, muy idealizado y prefigurado, es casi el monotema central de la obra de Hölderlin, cobra especial relevancia para nosotros la tragedia de *Empédocles* que es, prácticamente, una declaración de principios de lo que Grecia, y después Roma, debía de ser para los “Sturm-und-Dränger”. Existe edición castellana con una buena traducción, aunque sin aparato crítico: F. Hölderlin, *La muerte de Empédocles*, Ed. Hiperión, Madrid, 1983. La obra poética de Hölderlin y su correspondencia contribuyen a enriquecer la percepción: F. Hölderlin, *Obra poética completa* (ed. bilingüe), Ed. RIO, Barcelona, 1986, 2 vols. y *Correspondencia completa* (ed. H. Cortés Gabaudan y A. Leyte Coello), Madrid, 1990. La crítica sobre el drama de *Empédocles* nos la aportan E. Mögels, *Natur als Revolution: Hölderlins Empedokles-Tragödie*, Weimar, 1994 y R. B. Harrison, *Hölderlin and Greek literature*, Oxford, 1975. Su vinculación con el pensamiento hegeliano es el tema de D. Goldoni, *Filosofía e paradosso: il pensiero de Hölderlin e il problema del linguaggio da Herder a Hegel*, Napoli, 1990 y F. Martín Mazoa, *Hölderlin y la lógica hegeliana*, Madrid, 1995, y H. Cortés Gabaudan, *Claves para una lectura de Hiperión: filosofía, política, ética y estética en Hölderlin*, Madrid, 1996 nos ofrece una perspectiva de conjunto acerca de esta percepción del mundo antiguo y, sobre todo, del magma político y artístico en que ésta se produce, en torno a figuras como Friedrich Hölderlin.

de Agrigento, Hölderlin proporciona una visión completa de los dramas más profundos de su época: el orden y la ruptura de las formas artísticas; el clasicismo y el germanismo; el misticismo y la filosofía de la naturaleza³⁴; la revolución, el liderazgo y la sexualidad.

Sin embargo y aunque Empédocles puede considerarse, al lado del *Werther* de Goethe, como el manifiesto del cambio de espíritu en Alemania, a través de toda la obra poética de Hölderlin se aprecia, paso a paso, el acercamiento a esta postura que mantendrá aún en su época de locura y la imposibilidad --característica de todo el Romanticismo-- de poder conjugar, finalmente, el carácter y forma de sus “prefiguraciones” con la totalidad de la historia de su momento.

Por esta causa, ellos se consideran, en ocasiones, como hombres históricos pero al margen de la historia o en íntimo conflicto con ella: he aquí una de las claves para comprender el lado trágico, el plano oscuro y a menudo motivo de rechifla, del Romanticismo.

³⁴D. S., V, 5, 1. Diodoro Sículo reproduce un poema de Carcinus sobre los mitos de muerte y renacimiento ligados al volcán Etna que se haya, con toda probabilidad, en correlación con la filosofía de la naturaleza contenida en el extenso poema *La muerte de Empédocles*, en el cual Hölderlin pretende, sobre todo, adaptar la figura de Empédocles a la filosofía natural, de fuerte carga panteísta, del “Sturm und Drang” y convertirle en un símbolo de ella.

La prefiguración, en autores como Hölderlin, no es totalmente inconsciente. Es más, es fácil hallar en toda su poesía una cierta desconfianza, un sentimiento de que no se cree realmente lo que está diciendo pero, al mismo tiempo --haya sido real o no la fórmula vital que él patentiza-- no concibe que pueda existir su aventura estética de otra forma que no sea de acuerdo a ella.³⁵

El factor de la educación clásica, en el sentido de Herder, es una importante componente de los hombres del siglo por los que aboga Hölderlin. Es en la juventud y, manifiestamente, en la pedagogía donde la fórmula está llamada a enriquecer al hombre, que obtendrá sólo una visión gozosa de importancia de lo que le ha ofrecido, en la edad adulta, cuando se enfrente a su labor:

“Seliges Griechenland! du Haus der Himmlischen alle,
Also ist wahr, was eins wir in der Jugend gehört?
Festlicher Saal! der Boden ist Meer! und Tische die Berge,
Wahrlich zu einzigem Brauche vor alters gebaut!
(...)
Unempfunden lommen sie erst, es streben entgegen
Ihnen die Kinder, zu hell kommet, zu blendend das Glück, (...)
So sit der Mensch; wenn da ist das Gut, und es sorget
Selber ein Gott für ihn, kennet und sieht er es nicht.
Tragen muss er, zuvor; nun aber nennt er sein Liebstes,
Nun, nun müssen dafür Worte, wie Blumen entstehn.
Und nun denkt er zu ehren in Ernst die seligen Götter

³⁵Hölderlin 1986, “Der Einzige...”, 130-6.

Wirklich und wahrhaft muss alles verkünden ihr Lob”.³⁶

En el sentido que pronto será la base del pensamiento histórico de Hegel, el mundo germánico es también una suerte de nación elegida,³⁷ de final de una cadena que se inició con el mundo griego aún antes, en la explosión de lo indoeuropeo:

³⁶Hölderlin 1986, “Brot und Wein”, II, 64-7.

“¡Oh dichosa Grecia! ¡Morada de todos los celestiales!
¿Es cierto entonces lo que nos enseñaron en la juventud?
¡Sala de fiestas cuyo piso es el mar y tus mesas, los montes;
desde antiguo trazada para tales solemnidades!

(...)

Al principio llegan sin ser percibidos.

Sus hijos se rebelan contra ellos: demasiado luminosa
y deslumbrante les parece la felicidad (...).

Pero así es el hombre: cuando la dicha está a su alcance
y un dios en persona se la trae, no lo reconoce.

Pero desde que sufre, entonces sabe expresar lo que quiere,
y entonces las palabras justas se abren como flores.

Y entonces decide honrar seriamente a los dioses;

necesario es que todo proclame la verdad, su alabanza”

(“Pan y Vino”, trad. Federico Gorbea, op. Cit.).

³⁷Hölderlin 1986, “Gesang des Deutschen”, II, 223-9.

“Des Ganges Ufer hörten des Freundengotts
Trumph, als allerobernd vom Indus her
Der junge Bacchus kam, mit heiligem
Weine vom Schläfe die Völker weckend”.³⁸

El concepto de misión alienta, en Hölderlin, un nacionalismo alemán muy específico, que ya prevé el universalismo imperialista de la segunda mitad del siglo XIX:

“Die Priesterin, die stillste Tochter Gottes,
Sie, die zu gern in tiefer Einfalt schweigt,
(...)
Drum sandten sie den Boten, der, sie schnell erkennend,
Denkt lächelnd so: Dich, unzerbrechliche, muss
Ein ander Wort erprüfen und ruft es laut,
Der Jugendliche, nach Germania schauend:
Du bist es, auserwählt
Alliebend und ein schweres Glück
Bist du zu tragen stark geworden.
(...)
Bei deinen Feiertagen
Germania, wo du Priesterin bist
Und wehrlos Rat gibst rings

³⁸Hölderlin 1986, “Dichterberuf”, II, 242-3.

“Las riberas del Ganges oyeron el triunfo
del dios de la alegría, del joven Baco, cuando
desde el Indus vino conquistándolo todo,
trayendo el sagrado vino, despertando a todos los pueblos de su adormecimiento”.
 (“Vocación del Poeta”, trad. Federico Gorbea, op. Cit.).

Den Königen und den Völkern”.³⁹

³⁹Hölderlin 1986, “Germanien”, II, 122-31.

“Busca la más dulce de todas las hijas divinas,
la más taciturna,
la que prefiere guardar silencio
en su profunda simplicidad,
(...)

Por eso, bajó hasta ella un mensajero
que al reconocerla de inmediato, pensó sonriendo:

*Tú, a quien nada quebranta,
una palabra muy distinta requieres de prueba.*

Y el efebo, mirando hacia Germania,
proclamó en voz alta:

Tú eres la elegida, plena de amor a todos.

*Para soportar una pesada dicha
has crecido con tantas fuerzas.*

(...).

(...) Participan

con gusto en tus días de fiesta,
que tampoco nada precisan --¡oh Germania!,
Fiestas en que tú eres la sacerdotisa,
y brindas, desarmada, tus consejos
en torno a reyes y pueblos”.

(“La Germania”, trad. Federico Gorbea, op. Cit.).

Mientras aguarda el momento de Alemania --que posiblemente aún no ha llegado-- y liga toda la simbología de la Antigüedad clásica y germana, como las fiestas báquicas, las reuniones tribales y los robles sagrados⁴⁰ a los anhelos del naciente Romanticismo, Hölderlin ve concretarse ese deseo de nacionalidad y expansión europea en la figura de Napoleón y, como casi todos los incipientes románticos, ve sobrepasados sus prejuicios antifranceses y la real posibilidad de ser invadidos por el impetuoso simbolismo de este nuevo Alejandro dispuesto a unificar Europa.

No deja de ser llamativo pero lógico que los más encendidos poemas literarios o musicales en torno a la figura de Napoleón surjan, no del ámbito francés sino del alemán:

“Heilige Gefässe sind die Dichter,
worin des Lebens Wein, der Geist
Der Helden sich aufbewahrt,

Aber der Geist dieses Jünglings,
Der schnelle müsst er es nicht zersprengen
Wo es ihn fassen wollte, das Gefäss.

Der Dichter lass ihn unberührt
Wie den Geist der Natur,
An solchem Stoffe wird zum Knaben der Meister.

Er kann im Gedichte
Nicht leben und bleiben,

⁴⁰Hölderlin 1986, “Die Eichbäume”, I, 60-1.

Er lebt und bleist in der Welt”.⁴¹

⁴¹Hölderlin 1986, “Buonaparte”, I, 118-121. Este poema data del periodo de madurez del poeta, entre 1798 y 1800.

“Los poetas son ánforas sagradas
que guardan el vino de la vida,
el alma de los héroes.

Pero el alma impetuosa
de este joven, ¿no romperá el ánfora
que quiera contenerla?

Déjelo intacto el poeta
como al espíritu de la Naturaleza:
en semejante tema
el maestro es tan sólo un aprendiz.

Él no vive ni perdura en el poema:
vive y dura en el mundo”.

(“Bonaparte”, trad. Federico Gorbea, op. Cit.).

**8. LOS VIAJES LITERARIOS:
PEREGRINAJE A ROMA,
VIAJE INTERIOR**

8.1. HERDER

En el apartado cuarto del capítulo cuatro, tratábamos, con cierta extensión, de qué modo Herder¹ había contemplado el mundo antiguo y Roma en particular y qué papel otorgaba a los estudios romanos en la educación del hombre y del siglo y a este apartado, por tanto, nos remitimos.

Sin embargo, no parece oportuno seguir adelante sin recordar una vez más que Herder realizó lo que podría llamarse, probablemente, el primer gran peregrinaje romántico a Italia; ruta que después sería prácticamente obligada para todos los historiadores, literatos y músicos alemanes, desde Goethe a Niebuhr y desde Mendelssohn a Wagner.

El viaje de Herder se extendió a lo largo del año 1769 y abarcó los estados alemanes, parte de la Europa central e Italia.

De él, nos dejó un intenso diario que es más una obra filosófica que un libro de viaje.

En esta obra, planteó los principios de una universalidad de la cultura occidental que habría surgido en Grecia² para transmitirse a través de Roma que, paradójicamente, habría servido de cauce después de ser el instrumento de la agonía de Grecia.³

¹Ver nota bibliográfica sobre Herder al principio de dicho apartado (3.4. Herder: Roma en la educación del hombre).

²Herder 1982, *Diario...*, 89.

³Herder 1982, *Otra filosofía...*, 293-4.

Herder hereda, así mismo, el concepto ilustrado de la caída de Roma como cataclismo de Occidente, de cuyas ruinas sólo un imperio cristiano ha podido, siglo tras siglo, extraer un orden nuevo.⁴

Pese a ello, en Herder, una nueva concepción, que ya participa de la desconfianza romántica, comienza a abrirse paso entre las alabanzas al monumento latino. Esta desconfianza tiene que ver con la supuesta afición del Imperio Romano a aplastar las nacionalidades.

Roma, en Herder, no es sólo una ordenadora y constructora del mundo, sino también una destructora tenaz, que llevó la ruina a los pueblos que sojuzgó: así ocurrió en Italia, en Cartago, en Grecia, en la Galia y en Oriente.⁵

La fama de Roma como destructora de las nacionalidades, se asentará en Alemania durante el S. XIX con mayor fuerza cuanto más profundamente va calando el concepto de nacionalidad,⁶ mientras que en los países en que la idea de expansión exterior o de dominio marítimo --Inglaterra por ejemplo-- logra conjurar las luchas nacionalistas internas, la idea de Roma que perdurará durante el S. XIX será, más bien, la del imperio unificador y generador de ley y de paz, antes que la nación sojuzgadora de todas las demás.

⁴Herder 1982, *Otra filosofía...*, 307.

Compárese la idea de la caída de Roma como cataclismo con la concepción de Momigliano sobre Herder, poniendo de manifiesto el carácter destructor de nacionalidades del Imperio Romano en “La formazione della moderna storiografia suol’impero romano”, *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 142-150.

⁵Momigliano 1979, “La formazione...”, 145-6.

⁶Ibid.

8.2. GOETHE

*“Italia es mía, el sueño se hizo
carne, ya me puedo morir”.*

(GOETHE, Viaje a Italia).

El viaje a Italia de Goethe⁷ es, sin lugar a dudas, el peregrinaje literario que más

⁷Las obras de Goethe que nos interesan para este capítulo son, principalmente, J. W. Goethe, *Viajes italianos*, en *Obras completas*, vol. III, Ed. Aguilar, Madrid, 1992 y J. W. Goethe, *César*, Ed. Aguilar, Madrid, 1992. Complemento a ellas, son J. W. Goethe, *Poesía y verdad: De mi vida* (ed. Rosa Sala), Barcelona, 1999 y J. W. Goethe-F. Schiller, *Goethe-Schiller, correspondence 1794-1805* (ed. L. Herr), Paris, 1994. Biografías completas de Goethe son las clásicas de R. Cansinos-Assens, *Goethe: una biografía*, Madrid, 1999 y de R. Friedenthal, *Goethe: his life and times*, London, 1965 y un libro más moderno y especialmente atractivo sobre la figura de Goethe el de E. Beutler, *Essays um Goethe*, Leipzig, 1995. Disponemos también de un estudio sintético pero muy claro sobre la juventud del escritor: L. Franck, *Der junge Goethe in zwei Stunden*, Barcelona, 1958. A entender el estado de espíritu de los viajeros a Italia y Grecia durante el “Sturm und Drang” y el primer Romanticismo europeo nos ayuda no sólo la correspondencia del propio Goethe sino las cartas de Winckelmann (J. J. Winckelmann, *Winckelmanns Briefe am seine Freunde*, Dresde, 1777-80), la obra de J. P. Eckermann, *Conversaciones con Goethe*, Mexico, 1984 y algunos estudios muy clarificadores sobre el tema, entre ellos el de G. B. Parks, *The English Traveler to Italy*, Roma, 1954 y el de R. Eisener, *Travelers to an Antique Land. The History and Literature of Travel to Greece*, Univ.

profunda huella dejará en la generación de escritores, músicos y artistas plásticos del “Sturm und Drang”.

Michigan Press, 1991. El tema de la fuerte vinculación ideológica y vital de Goethe con el mundo romano y su rechazo del Medioevo se encuentra profundamente tratado en K. Maurer, *Goethe und die romanische Welt: Studien zur Goethezeit und ihrer europäischen Vorgeschichte*, Paderborn, Schöningh, 1997. Sobre su prefiguración de Roma, ver S. Blessin, *Goethe Romane Aufbruch in die Moderne*, Paderborn, Schöningh, 1996 y sobre su idea de Grecia, H. Trevelyan, *Goethe & the greeks*, Cambridge, 1981. Aspectos también muy interesantes de esta simbiosis entre arqueología, viajes literarios y últimos momentos de la Aufklärung se tratan en A. Momigliano, “Ancient History and the Antiquarian”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 13, 1950, pp. 285-315; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 67-106 y A. Schmidt, *Goethe herrlich leuchtende Natur: Philologische Studie zur deutschen Spätaufklärung*, Wien, 1984.

Constituye, al mismo tiempo, un viaje al clasicismo entendido ya en el revolucionario sentido romántico, una peregrinación al fondo del artista y de sí mismo y una vuelta a la filosofía de la naturaleza: “Los von allem Formellen, Gekünstelten und zurück zur Natur!”, diría Goethe.⁸

La filosofía de la naturaleza está íntimamente ligada a la romantización del mundo antiguo, a la armonía de sus formas y a la presencia de las ruinas entre la vegetación; una especie de “ecosistema” romántico que, en los últimos años del S. XVIII, era posible contemplar en todo su poder evocador. Un “ecosistema” que Goethe y Schiller llevarían al corazón del “Sturm und Drang”, que Beethoven y Schubert pondrían en música, Hölderlin en versos y Caspar David Friedrich en lienzos.

En su primera juventud, en Leipzig, causó a Goethe honda impresión, según él mismo cuenta,⁹ la contemplación de un fauno danzante y eso le llevó, tiempo después, a visitar la colección Mannheim de antigüedades.

Viajó, años más tarde, a Francfort, en donde estaban instalados numerosos talleres de vaciadores de yeso, que habían cruzado los Alpes llevando consigo, desde Italia, moldes de obras originales antiguas que se dedicaban a reproducir y vender en tierras alemanas.

Goethe compró en Francfort una cabeza de Laocoonte, una hija de Niobe, una figura de Safo y un pequeño busto. Utilizó estos objetos como una compensación

⁸Franck 1958, 22.

⁹Goethe 1992, 384.

Un pequeño pero interesante estudio sobre la juventud de Goethe y su vinculación con el movimiento del “Sturm und Drang” fue escrito por L. Franck y publicado en Barcelona en 1958, en alemán, como *Der Junge Goethe in zwei Stunden*.

Aspectos notables de la ideología de Goethe sobre la estética clásica y su influencia sobre todo en la música romántica aparecen en *Die Davidsbündler* de G. Jansen, publicado en Leipzig en 1883.

espiritual contra el amaneramiento que invadía el arte alemán.

Durante aquellos años previos al viaje, Goethe, no buscaba la historia de Roma, sino el mundo plástico de la Antigüedad transmitido por Roma y, a través del ansiado viaje, veía una forma de poseer a Roma: “Sentía yo íntimas desazones de un afán insatisfecho, que tiraba a lo desconocido, y que sofocado a menudo, volvía siempre a revivir con nuevos bríos. Grande fue, pues, el dolor cuando, al despedirme de Roma, hube de separarme también de lo finalmente conseguido, de lo con tantas ansias esperado”.¹⁰

En los meses anteriores al comienzo del viaje, Goethe se encontraba físicamente enfermo cada vez que algo le evocaba a Italia. No podía leer ni ver ningún autor latino sin sentirse violentamente emocionado, lo que atraía las burlas de sus amigos, entre ellos Herder.

“Todavía últimamente me hizo la mar de daño la versión de Wieland de las Sátiras;¹¹ apenas había leído dos cuando ya estaba loco (...). A tal madurez había llegado mi ansia por ver estas cosas con mis propios ojos. El conocimiento histórico no me aprovechaba. (...) Ahora tampoco tengo la impresión de ver las cosas por primera vez, sino de volver a verlas”.¹²

Goethe no buscaba historia, sino sensación y su forma de expresarse respecto al mundo antiguo se repetirá en los románticos alemanes y también en los británicos: esa especie de seguridad de ver un mundo no nuevo sino redescubierto, como si les hubiese pertenecido siempre es una constante romántica y la vemos también en relación con la búsqueda del padre, simbolismo que trasciende toda la “Tetralogía” wagneriana y que se

¹⁰Goethe, *ibid.*

¹¹Las “Sátiras” de Horacio, versión de Wieland, aparecidas en 1786.

¹²Goethe 1992, 76-7.

encarna, especialmente, en la figura de Wotan y del mundo antiguo que, finalmente, muere con él.

En 1786, Goethe emprende, por fin, su viaje a Italia. Ha conseguido convencer al gran duque Carlos Augusto y a su “corte intelectual” de Weimar, sobre todo a la señora von Stein de que prescindan de él por un año y de que patrocinen, en parte, el periplo que Goethe considera como esencial para completar la formación de su espíritu, que está en estos momentos buscando un nuevo camino literario.¹³ Tiene algo más de treinta años.

En septiembre de 1786, se encuentra ya en Torbole, llevando consigo el libro de Volkmann “Noticias histórico-críticas de Italia”, publicado en Leipzig en 1770 y 1771; un libro que le ha dado su amigo Knebel.

El 12 de septiembre, a orillas del lago que antiguamente se conocía como lago Benaco, Goethe encuentra la cita de Virgilio que anotó Volkmann: *Fluctibus et fremitu resonans Benace marino*.¹⁴

El 16 de septiembre se encuentra en Verona, en el anfiteatro que a duras penas puede imaginar de otra forma que no sea lleno del pueblo, riéndose de sí mismo, como en las antiguas comedias de Plauto:

“Anfiteatro (...) sino abarrotado de multitud, como en tiempos recientes se dispuso en honor de José I¹⁵ y de Pio VI. El emperador, que tenía costumbre de ver masas humanas, quedóse asombrado. Pero sólo en tiempos remotos hacía toda su impresión, pues aquel pueblo era más pueblo que el de ahora”.¹⁶

En el anfiteatro, una inscripción, que Goethe entendió como de tal Hieronymus

¹³Cansinos Assens, en Goethe 1992, 7.

¹⁴Goethe 1992, 92. “¡Oh Benaco, que resuenas con oleaje y estruendo marino!”.

¹⁵En realidad, fue en honor de José II.

¹⁶Goethe 1992, 36.

Maurigenus,¹⁷ recordaba las restauraciones y cuidados que este personaje dedicó al monumento.

¹⁷Goethe 1992, 37. La inscripción, que data de 1509, es en realidad como sigue: HIERONYMO MARMOREO V. C. CUIUS INCREDIBILE STUDIO, DUM URBI PRAEEST QUOD TEMPORIS INURIA HUIC AMPHITHEATRO PARIERAT, REDDI COEPTUM EST VERONENSES. P. P. MDLXIX.

Las bóvedas inferiores del anfiteatro, en los tiempos en que Goethe lo visitó, estaban alquiladas a artesanos que realizaban reproducciones de obras escultóricas antiguas y en la galería del pórtico se comerciaba con verdaderas piezas de excavación. Allí, Goethe pudo ver muchas piezas que Maffei había catalogado con números, en la publicación *Verona Illustrata*, entre 1731 y 1732. Causaron especial impresión en el joven poeta alemán los relieves extraídos de los monumentos funerarios romanos: “Estas figuras no juntan las manos ni miran al cielo, sino que están aquí abajo, y son lo que fueron y lo que son”.¹⁸

Hay en toda la obra sobre Italia de Goethe un profundo afán de exaltación de la vida terrena, de continuidad del paganismo y un cierto rechazo a lo cristiano que anticipa el romanticismo de corte byroniano: “El viento que sopla aquí de los sepulcros de la antigüedad trae la misma fragancia que si viniera atravesando colinas de rosas. Son sepulcros cordiales y conmovedores y siempre restauran la vida”.¹⁹

Goethe, con su concepto humanista y universal de la cultura, se dedica, durante su viaje, a tomar notas sobre todo tipo de costumbres para buscarles paralelo en la Antigüedad, en un afán que podría encuadrarse en los inicios de la antropología. En Verona pasa horas enteras observando a los jóvenes de la localidad²⁰ practicar un juego de pelota con pala armada de púas que le parece prácticamente idéntico al que jugaría el luchador de Villa Borghese, de Agasias de Efeso, que Napoleón llevó a París y que se conserva en el Louvre.

El 19 de septiembre, Goethe se encuentra en Vicenza, en donde el teatro olímpico de Palladio (1518-1580), que se construyó según las directrices de Vitruvio y se acabó en 1584, muerto ya Palladio, le produce un especial desencanto: Palladio trataba de adecuar la grandeza del clasicismo al mundo burgués del S. XVI, y penetró toda la obra de la

¹⁸Goethe 1992, 38.

¹⁹Ibid.

²⁰Goethe 1992, 41.

pequeñez de su tiempo.

La reacción anticristiana de Goethe surge especialmente en Venecia, aunque algunas de sus invectivas son posteriores: de la época de redacción definitiva del manuscrito de los viajes.

En Venecia, a donde llega a principios de octubre de 1786, visita la ya entonces extensa colección de la Casa Farsetti. La visita a este museo junto a la que realizó a la vuelta de su viaje a Estrasburgo en Agosto de 1771, a la sala de los antiguos en Mannheim, es posiblemente la experiencia más perdurable de su juventud.

La contemplación de esta galería dejó profunda huella no sólo en Goethe, sino en todos los hombres de su tiempo y del S. XIX que la visitaron, y aún en los anteriores, cuando la Casa Farsetti todavía no disponía de demasiadas piezas. Jacob Böhme (1575-1624), autor de “Aurora oder die Morgenrötte im Aufgang”, se encontró en una especie de éxtasis viendo a Júpiter irradiando sobre todo el Universo, simplemente, después de contemplar una fuerte de estaño tras haber visitado los objetos antiguos.

En época de Goethe, existía en la colección un trozo de maderamen del templo de Antonio y Faustina en Roma que a él le recordó el capitel del Panteón que se guardaba en Mannheim.

“Esto es, en verdad algo muy distinto de nuestros santos, semejantes a mochuelos, hacinados unos sobre otros encima de modillones, del estilo gótico; algo distinto de nuestras columnatas, que parecen pipas de fumar; de nuestras buidas torrecillas y floridos carámbanos; de todo eso, gracias a Dios, estoy ya libre para siempre”.²¹

El Goethe que escribió esto, desde luego, no se parece al poeta que redactaba desde la torre en construcción de la catedral de Estrasburgo. Sin embargo, como antes

²¹Goethe 1992, 70.

recordábamos, sus mayores ataques contra el gótico datan de la época de redacción definitiva --1814--, tiempo en el que el “Sturm und Drang” estaba ya lejos de su espíritu, la época napoleónica se encontraba a punto de agonizar y la búsqueda de Goethe de un pausado clasicismo, cada vez más desnudo del exceso romántico, le traía las críticas de la joven generación.

Pese a ello, su oposición a la torturada iconografía cristiana alemana comenzaba a dibujarse ya en el año italiano, en Venecia y en Bolonia, a donde llegó el 19 de octubre de 1786, con su *Ifigenia* a medio terminar.

La iconografía italiana, a pesar de su cristianismo, siempre le pareció más cercana al mundo antiguo, al universo de la luz y la sensualidad frente al universo de la oscuridad y el pecado del Medievo nórdico.

Contemplando un cuadro de Santa Ágata en el palacio Ramuzzi de Bolonia, Goethe anotó en su cuaderno de viaje: “...Una sana, segura doncella, pero sin frigidez ni zafiedad. (...) Le leeré mentalmente mi *Ifigenia* y no le haré decir a mi heroína nada que esta santa no pudiera decir”.²²

En Spoleto y Terni, vuelve a establecer la comparación entre la antigua pureza que, curiosamente, no va a buscar al mundo griego sino al sincretismo romano, y el amaneramiento que encuentra no sólo en el Rococó, sino también en el Neoclasicismo y en la imitación del estilo antiguo por los renacentistas.

En los acueductos romanos encuentra esa simplicidad que él llama el “gran sentido”, mientras que después de ellos, lo único que halla es el afán de perpetuación burguesa:

“Una segunda naturaleza que atiende a fines burgueses (...). Con cuanta razón detesto toda arbitrariedad, como, por ejemplo, el caserón de invierno de Weissenstein, bagatela sobre bagatela, una enorme tarta, y así otros miles de cosas.

²²Goethe 1992, 83.

Todo eso nace ya muerto, pues aquello que no tiene una verdadera vida íntima no tiene vida ninguna y no puede ser ni llegar a ser grande”.²³

Goethe llegó a Roma el 10 de noviembre de 1786. La pintoresca y sucia Roma de finales del S. XVIII no logró desencantarle y, pasando por alto la vida común y aún miserable de la mayoría de los romanos de su época, su primera impresión fue de lo que andaba buscando: grandeza del espíritu y desnudez de las formas: “Quien aquí esparce con seriedad la ista y tiene ojos para ver, ha de volverse sólido, ha de formarse una idea de solidez que nunca se le presentó tan viva. Témlase el espíritu para la entereza...”.²⁴

Apenas instalado, el 11 de noviembre, comenzó las visitas. Se dirigió a ver la Ninfa Egeria, luego lo que él llama el hipódromo de Caracala²⁵ y el mausoleo de Metella.²⁶

Más tarde, al gran acueducto, con las filas de arcadas del Acqua Marcia y Claudia, que se ven desde la Via Appia y a la gruta de Egeria, la inspiradora de Numa Pompilio, de la que realizó un dibujo en su cuaderno de notas.

Otro de los libros que Goethe llevaba para su viaje, era el volumen de Winckelmann, *Briefe an seine Freunde*, publicado en Dresde entre 1770 y 1780. La idea de educación personal que Goethe traía consigo coincidía con la visión de Winckelmann,

²³Goethe 1992, 92.

²⁴Goethe 1992, 101.

²⁵Ibid. Circo de Majencio, del 311 d. C., al lado de la Via Appia.

²⁶Esposa de Craso el Menor, de época del principado de Augusto.

más literaria que exacta o histórica.

Goethe cita una de las cartas que Winckelmann escribió a su amigo, el bibliófilo Francke: “Roma, tal creo, es la alta escuela para todo el mundo, y yo también me depuro y contrasto”.²⁷ Y Goethe añade: “...Fuera de Roma no se tiene la menor idea de cómo nos educamos aquí. (...) El hombre más vulgar llega a ser algo aquí”.²⁸

La Roma que interesaba a Goethe y a Winckelmann no era la ciudad multicolor y llena de contrastes del barroco y el S. XVIII, ni tampoco la sede cristiana del poder papal con sus tesoros de arte católico, sino la Roma crisol de la Antigüedad, la que para ellos era ya inmutable y símbolo de la historia universal; esa Roma que se diferenciaba del resto del mundo por cuanto “la historia léese de fuera adentro; aquí (...) De dentro afuera; todo está acampado a nuestro alrededor y todo vuelve a salir de nosotros. Y no reza esto sólo son la historia de Roma, sino también con toda la historia universal”.²⁹

En enero de 1787, tras vivir durante dos meses en Roma, Goethe acaba allí su “Ifigenia”. Nada más terminarla, el poeta esboza las primeras ideas para una nueva Ifigenia futura a la que llamará *Ifigenia en Delfos*, jugando con los términos de Delfos y Delos en sus notas, lo que nos vuelve a sugerir que, más que un conocimiento histórico, lingüístico o mitológico exacto es la sensación interior, la empatía, el estado de ánimo lo que Goethe busca en su contacto con Roma.

Mientras iniciaba su próxima obra, Goethe pensaba ya en abandonar Roma por un tiempo para trasladarse a Nápoles y ver las ruinas de Pompeya y Herculano.

²⁷Goethe 1992, 111.

²⁸Ibid.

²⁹Goethe 1992, 115.

En mayo se dirigió a Nápoles, en donde la venta de vasos etruscos a los viajeros constituía un lucrativo negocio. La deseada excursión a Pompeya la realizó en compañía de unos amigos: el matrimonio Venutti y el grabador Hackert. Comieron en una hostería, en Torre Annunziata. Vieron las villas y se sorprendieron ante la estrechez de las calles y las casas sin ventanas. Se extasiaron ante las pinturas de las villas excavadas no hacía mucho, entre 1771 y 1774, gracias al impulso que había dado al descubrimiento de antigüedades Carlos de Borbón, rey de Las Dos Sicilias (1734-1759), que sería después Carlos III de España (1759-1788). Especial impresión les causó la puerta de Herculano, el templo de Isis y la villa de Diomedes.

En Segesta, vieron el templo alzado de nuevo sobre sus columnas en 1781.

En compañía del pintor Kniep, que llevaría al centro de Europa gran cantidad de apuntes de las ruinas visitadas, se acercó al templo de la Concordia en Girgenti, al de Júpiter, al de Hércules, al de Esculapio y al llamado sepulcro de Theron, todos en la misma localidad.

Ante la influencia griega de la mayor parte de estas construcciones, Goethe comenzó a escribir acerca de la infiltración del espíritu griego en Roma, que comenzó, según él, a través del espíritu de Sócrates transmitido por Platón, como paradigma del modelo de educación del hombre: “Sócrates, el heroico espíritu filosófico, el ansia de extirpar toda suerte de patrañas y vicios, sobre todo aquellos que no lo parecen”.³⁰

Sócrates, para él, era un maestro de hombres, de vocación divina y, por ello, recibió la animadversión de la masa, de lo que Goethe llama los “filisteos”;³¹ término éste de “filisteísmo” que consagrado, después, por los escritos de Robert Schumann bajo los seudónimos de “Eusebius” y “Florestán” serviría, durante todo el Romanticismo alemán, para designar lo zafio, conservador y amanerado, la hipocresía burguesa y, en general, todo cuanto se opusiera al impulso romántico.

El ideal literario para Goethe y prácticamente durante todo el “Sturm und Drang” los constituye, en gran medida, lo homérico. Homero responde perfectamente a las

³⁰Goethe 1992, *Sócrates*, 1926.

³¹Goethe, *ibid.*

necesidades heroicas, de épica popular y de filosofía natural que ellos buscan. Sobre Homero escribe Goethe:

“Hasta los episodios fantásticos (...) muestran una naturalidad que nunca sentí sino en la vecindad de los objetos descritos (...): representan la existencia, en tanto nosotros (...) el efecto; describen lo terrible en tanto nosotros describimos terriblemente; exponen lo agradable (...), nosotros buscamos agradar. De ahí que el todo (lo nuestro) resulte de una falsa gracia”.³²

Acabar con el artificio heredado del Rococó y buscar un regreso a la naturaleza, en la vida como en el arte, es el reto que lanza Goethe a su generación y la idea que Schiller puso de manifiesto en Leipzig a su círculo de amigos en *Über naive und sentimentale Dichtung*: “Ellos (los antiguos) sentían naturalmente; nosotros sentimos lo natural”.

Goethe rastrea esta filosofía de lo natural, tan cara a los alemanes, no sólo en el epicureísmo y las filosofías orientales sino en el mundo de los cínicos, que el Romanticismo recupera de la mala imagen que le ha rodeado por causa de la visión cristiana.

Para vincular a los cínicos con la fórmula vital que les preocupa a ellos, Goethe cita a von Paw:

“Respecto a los filósofos cínicos no nos formamos, cree él (von Paw)³³ el concepto más justo del mísero estado de aquellos hombres; su máxima de privarse de todo

³²Goethe 1992, 150-1.

³³El holandés Cornelius von Paw (1739-1799) escribió una obra de gran importancia en el “Sturm und Drang” alemán, “Recherches sur les Grecs”, de la cual, precisamente, se hizo una edición en Berlín en 1787, por lo que Goethe estaba al tanto de sus ideas en la época en que realizaba su periplo. Goethe, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1992, p. 238.

venía a hallarse favorecida por un clima que todo lo da. Un hombre pobre y en apariencia miserable puede en esas tierras no sólo satisfacer las más apremiantes e inmediatas necesidades, sino gozar, además, en la más bella forma de la vida...”³⁴

³⁴Goethe 1992, 239.

Campania, tal como la describe Plinio en el capítulo quinto de su *Historia Natural*, tierra feraz y feliz, es la Arcadia de Goethe y de los jóvenes que beberán el primer romanticismo de sus libros: *Longa sit huic aetas dominae que potentia terrae sitque sub hac oriens occiduus que dies.*³⁵

En junio de 1787, Goethe regresó a Roma para una segunda estancia, que se prolongaría hasta mediados de abril del año 1788.

Durante el verano del 87, asistió a las luchas de animales que, tradicionalmente, se celebraban en aquella época en el Mausoleo de Augusto.³⁶

Mientras se dedicaba a estas curiosidades etnológicas seguía trabajando. Cerca del otoño concluyó su *Egmont* que, aunque ambientado en el ámbito flamenco, durante la lucha contra España, posee profundas reminiscencias de lo que Goethe entendía por tragedia y destino griego y por mundo heroico antiguo.

Así lo entendió Beethoven cuando puso en música la famosa obra de Goethe. Para la música y el ritmo, compañeros inseparables de la tragedia antigua, pensó Goethe su *Egmont*, como lo demuestran sus gestiones cerca del compositor Kayser para que lo musicalizara, pero fue Beethoven quien, espontáneamente, lo hizo y envió la música al autor. Al parecer, Goethe, que ya empezaba entonces a dudar de la polvareda que él mismo había contribuido a levantar, encontró la obra de Beethoven excesivamente “romántica”, oscura y desordenada.

Goethe visitaba a los estudiosos que estaban en Italia y se carteaba desde Roma con todos cuantos entonces estaban interesados, en Alemania, en las antigüedades y en el mundo grecolatino como modelo de educación. El poeta Moritz estaba apasionado con la posibilidad de sacar el mundo clásico del ámbito erudito y llevarlo al terreno popular y a las aulas no especializadas: “Moritz estudia ahora las antigüedades y piensa humanizarlas

³⁵Ovid., *Fast.*, “Plegaria de Rómulo”, en Goethe 1992, 247.
“Séale deparada larga vida y el poder de señora del mundo
y esténle sometidos el naciente y el poniente sol”.
(Trad. Cansinos Assens, op. cit.).

³⁶En la Via de Pontefici, sobre el antiguo Campo de Marte.

y limpiarlas de toda la polilla libresca y polvo escolar para uso de los jóvenes y de cuantos piensan”.³⁷

³⁷Goethe 1992, 271.

Por su parte, Goethe, como era de esperar, cayó en la tentación de ampliar su exigua colección de antigüedades y reproducciones ante tanta mercadería romana como había en la ciudad. Mandó hacer vaciados en yeso de relieves del obelisco de Sesostris, en el Campus Martius, de época de Augusto³⁸ y adquirió una colección de doscientas reproducciones de camafeos antiguos, algunos de los cuales no estaba muy claro a qué original copiaban o si existió alguna vez tal original. Muchos de ellos, en cambio, eran reproducción en azufre de la colección de camafeos de Christian Dehn, que falleció en Roma en 1770.

Además de adquirir piezas, Goethe dibujó intensamente, en la calle y en los palacios, en las plazas y en los museos y colecciones privadas. Una de las impresiones que más perdurarían en su memoria, fue la que le causó el haber dibujado el Apolo del Belvedere. También modeló en barro, interminablemente, gran cantidad de pieza antiguas, según sus propias palabras “para asimilármelas bien”.³⁹

Se unió a las numerosas excursiones que visitaban los museos, como el Pio Clementino, en el Vaticano, o el del Capitolio, que guardaba el Laocoonte y varios Apolos.

Penetraban en ellos a la luz de antorchas, utilizadas para dar a la visita una mayor concentración dramática, lo que escandalizó a Goethe, consciente del daño que podía causarse a las piezas y sobre todo de lo contrario que, según él, era al espíritu antiguo una escenografía abigarrada y gótica.⁴⁰

En la concepción que los alemanes tenían de la construcción romana era esencial la influencia de Aloys Hirt (1759-1837), arqueólogo, del principado de Fürstenberg y nacido en el pueblo de Behla que después se integró en el ducado de Baden. Hirt vivió en

³⁸Obelisco situado en Piazza di Monte Citorio.

³⁹Goethe 1992, 278.

⁴⁰Goethe 1992, 309.

Italia entre 1782 y 1796 y murió en Berlín, enseñando arte y cultura antiguas, desde su cátedra en la universidad. Hirt fue uno de los primeros que sistematizó la influencia griega y la utilización de sus elementos en el mundo latino, dando a la ideología de la continuidad cultural una notable consistencia. También fue pionero en derivar la arquitectura grecorromana de las arcaicas fábricas en madera.

En Roma tomó forma definitiva uno de los más bellos personajes de la literatura de Goethe: Mignon, un ser indefinible, con capacidad de hada y aspecto femenino, en el cual simbolizó Goethe la original fusión entre el mágico norte y el anhelado sur clásico. De este deseo de fusión, nacería uno de los más célebres de entre sus poemas, precisamente el que lleva por título “Mignon”.⁴¹

Mignon aparece, ya en el libro de viaje de Goethe, como portadora de la nostalgia por la Antigüedad, una añoranza que, alimentada por las cartas del poeta, se transmite al círculo de amigos y protectores, los cuales irán siguiendo, en grupos o de forma independiente, uno tras otro, las huellas de Goethe en Italia.

“Era ciertamente tradicional en aquel círculo de personas y amantes del arte de nuestra duquesa Amalia el reputar siempre a Italia cual la nueva Jerusalén de los individuos verdaderamente cultos, y sentir su nostalgia de un modo tan vivo, que sólo Mignon habría podido expresarla y llevarla siempre en el corazón y la cabeza. (...) La duquesa Amalia con su séquito, de una parte, y Herder y el joven Dalberg,⁴² de otra, apercibíanse con toda seriedad a trasponer los Alpes”.

⁴¹Goethe, “Mignon”, trad. F. Maristany, *Las mil mejores poesías de la literatura universal*, vol. I, Valladolid: “¿Conoces el país donde los limoneros florecen y hay naranjas de oro entre el follaje? / Un viento suave emana de un cielo muy azul; / los mirtos duermen y álzanse los lauros arrogantes; dí, ¿lo conoces bien? Allí, allí, / contigo, amado mío, anhelo ir. // ¿Conoces el palacio de espléndidas columnas? / Las cámaras relucen y las paredes brillan; / las estatuas de mármol contéplanme al pasar... / --; Oh, cuéntanos tus penas, me dicen, pobre niña!-- / Dí, ¿lo conoces bien? Allí, allí, / contigo, dueño amado, anhelo ir. // ¿Conoces la quebrada y sus gigantes nubes? / Entre la niebla busca la senda la alimaña; / los antiguos endriagos habitan en las cuevas; / los montes se despeñan y en ellos las cascadas... / Dí, ¿lo conoces bien? Allí, allí, nuestro amor va. / Déjanos, padre, ir”.

⁴²Johann Friedrich Hugo von Dalberg nació en 1752 y murió en 1812. Era hermano del gobernador de Erfurt, que se convertiría en príncipe palatino de Maguncia.

Von Dalberg, que era canónigo, se reputaba como un apasionado conocedor de las artes y el mundo antiguo

y pertenecía al círculo de admiradores de Goethe. Goethe, *Obras Completas*, Madrid, 1992, p. 334.

El 4 de enero de 1787, Goethe fue recibido por una curiosa sociedad de Roma, la llamada “Sociedad de los Arcades” que quería rememorar la idea de música y poesía al aire libre, suavizando la naturaleza y fundiéndose con ella, de que Polibio nos habla cuando se refiere a los antiguos habitantes de la Arcadia.⁴³

La Sociedad de los Arcades que recibió a Goethe, fue fundada en 1690 con el propósito directo de preservar a la poesía italiana de la invasión de barbarismos y galicismos. En época de Goethe contaba con más de seis mil miembros. Se reunían en las villas romanas y renacentistas arruinadas, al aire libre, rodeados de los restos arquitectónicos y la vegetación que los iba ganando. Allí, leían poesía y se vanagloriaban, tanto de la lírica y épica romanas como de la escuela toscana de Dante y de Petrarca. Un guardián, al que llamaban “custos”, dirigía las reuniones.

En los tiempos en que Goethe participó en sus excursiones, pertenecían a ella bastantes eclesiásticos que, desde dentro, trataban de suavizar su carácter pagano y se empeñaban en eliminar los recitales de autores sensuales como Catulo, Tibulo o

⁴³Polib., IV, 21, 3-4. Cf. Tac., *Dial. de Orat.*, 12, 3-4 (ed. J.M. Requejo), Gredos, Madrid, 1999: “Aquel afortunado siglo, y para hablar a nuestro estilo, aquel tiempo áureo, desprovisto de oradores y acusaciones, era abundante en poetas y vates para cantar los hechos gloriosos, no para defender las acciones nefastas. Nadie tenía una mayor gloria o un puesto de privilegio más elevado que ellos; primeramente, ante los dioses, cuyas respuestas, se decía, interpretaban, y también asistían a sus banquetes”. El tema de la Arcadia está, para Goethe, también, directamente heredado de la ética y la estética del *Beatus Ille* tan difundida por los poetas de época augústea. Ver Hor., *Carm.*, *Liber Primus*, I, 11-15 (ed. Jaume Juan, Bosch, Barcelona, 1987) para el mito de la Arcadia, unido a la figura de Mecenas y al siglo de Augusto; *Liber Primus*, XVII, como paradigma del mundo privado enfrentado al mundo público y *Liber Primus*, VI, 14-20 para la figura de Agripa, como conciliador de ambas esferas; XII, 49-57 para el traspaso del mito de la Arcadia al terreno político, es decir a un Imperio idealizado, con afán de universalidad, a través de la paz de Augusto: (...) *reget aequos orbem*; cf. *Liber Primus*, XXXVII y *Liber Alter*, VI.

Propertio, el “amor del romano triunvirato”,⁴⁴ lo que producía la burla de los poetas lacios y del mismo Goethe, quien opinaba que los religiosos no debían ingresar en semejante sociedad por ser incompatibles, de principio, con ella.⁴⁵

⁴⁴Goethe 1992, 335.

⁴⁵Goethe, *ibid.*

El arte era, para Goethe, el distintivo de las épocas y el medio absoluto de conocimiento de las civilizaciones. El mundo antiguo constituía el universo de lo natural, en el cual el hombre se hallaba en armonía con la naturaleza y no en lucha con ella. El efecto categórico de toda obra de arte, era trasladar al espectador a la época y a los individuos que la hicieron como expresión de sí mismos. Entendía la obra de arte como una llamada a la posteridad. Rodeado de estatuas antiguas, se sentía inmerso en lo natural y era capaz de recordar al hombre en su más puro estado, gracias al cual, el individuo, en estado de contemplación, llega también a la mayor perfección posible como ser humano.⁴⁶

Llevado por lo que podríamos llamar su especial ética de la estética, Goethe pasó sus últimos meses en Roma escribiendo sin pausa y tratando de ordenar sobre el papel su experiencia --un tanto caótica-- en un cosmos sobre el que edificar su obra posterior.

A mediados de abril de 1788, se decidió, no sin pena, a partir hacia el norte. Visitó de nuevo las tiendas de antigüedades y admiró especialmente una cabeza original griega anterior a Augusto, probablemente de época de Hieron II de Siracusa (269-215 a.C.). Pese a ello, continuó escribiendo diatribas contra el negocio a costa de los originales antiguos y burlándose de muchos eruditos que se habían lanzado al más lucrativo negocio de la excavación para la venta, provocando con ello la animadversión de los que, tradicionalmente, se dedicaban a las antigüedades.⁴⁷

Por fin, el 14 de abril, abandonó Roma y cerró sus apuntes con una elegía de Ovidio sobre el mismo tema de la partida de Roma. Se confesó incapaz de escribir algo semejante, debido a la emoción que le embargaba.

*Cum subit illius tristissima noctis imago,
Quae mihi supremum tempus in Urbe fuit;
Cum respecto noctem, qua tot mihi cara reliqui;*

⁴⁶Goethe 1992, 378.

⁴⁷Goethe 1992, 383.

*Labitur ex oculi nunc quoque gutta meis.
Iamque quiescebant voces hominumque canumque;
Lunaque nocturnos alta regebat equos.
Hanc ego suspiciens, et ab hac Capitolia cernens,
Quae nostro frustra iuncta fuere Lari.⁴⁸*

⁴⁸Ovidio, “Cum respecto noctem”, citado en Goethe 1992, 385-6.

“Cuando me asalta la imagen de aquella tristísima noche
postrera que en la Urbe pasar me fue dado en Roma;
cuando evoco esa noche en que tantas cosas queridas dejara,
todavía de mis ojos brotan y fluyen las lágrimas.
Aquietáronse ya por completo de hombres y perros las voces;
alta en el cielo, la luna regía los nocturnos corceles;
y yo al contemplarla y a su claro fulgor vislumbrando
el Capitolio, del cual nuestros lares fueran en vano vecinos...” (Trad. Cansinos Assens, op. cit.).

9. LOS MUNDOS ROMANOS EN LA MÚSICA DEL SIGLO XIX

9.1. MOZART Y JOSÉ II

Antes de la penetración de la corriente individualista del “Sturm und Drang” en el ámbito musical, eran pocos los compositores alemanes que se sentían atraídos por la idea nacionalista y, excepto Mozart,¹ no eran los principales músicos de la época.

Los compositores estaban ligados más que cualquier otro profesional del arte a las cortes alemanas. Eran maestros de capilla o compositores de corte o del teatro de ópera de la corte y la corte, en lo que a música se refiere, dependía casi por completo de Italia. Lo alemán era el dominio de lo popular o de la Iglesia Luterana, de la coral y el Oficio protestante, pero no tenía apenas cabida en las cortes; es más, se contemplaba a la música alemana con desconfianza, por lo que los compositores tuvieron que abrazar el Romanticismo y separarse en gran medida de la tutela de los príncipes para escribir música alemana, pero esto ocurrió después de 1800 en casi todos los casos.

¹Las principal biografía de W. A. Mozart, traducida al castellano, es B. Paumgartner, *Mozart*, Alianza, Ed., Madrid, 1991. También es magnífica, por su extensión y la importancia que presta al trasfondo social y político de la Viena de Mozart, la biografía de M. Solomón, *Mozart: a life*, N. Y., 1996, accesible en la edición norteamericana. Un libro de original perspectiva es el de J. V. Hocquard, *Mozart: una biografía musical (1791/1991)*, Alianza Ed., Madrid, 1991, que no traza una biografía como tal sino una historia de la consideración de la figura y la obra de Mozart en el pensamiento y en las sociedades europeas, desde el momento de la muerte del compositor hasta los años noventa del S. XX. Si queremos acceder a un extenso testimonio de primera mano --la fuente por excelencia-- de un contemporáneo de Mozart, acudiremos a las memorias de Lorenzo da Ponte, amigo del músico y libretista de gran parte de sus óperas. La edición más fácil de encontrar es la traducción inglesa: *Memoirs of Lorenzo da Ponte* (ed. Arthur Livingston), N. Y. , 1959. Por último, destacaremos que la mejor guía para profundizar, no sólo en las óperas de tema romano o mitológico, sino en todos sus dramas, es la detallada obra de Ch. Osborne, *The complete operas of Mozart: a critical guide*, London, 1997.

Durante el Romanticismo, la llamada nacionalista se agudizó. Karl María von Weber escribió “Der Freischutz” (El cazador furtivo), cuyos coros masculinos traían a la escena los temas nacionalistas y unificadores pero, hasta Wagner, no hubo un empeño consciente y profundo de relatar lo germano e independizarlo, si bien Mozart fue tanto un compositor universalista como nacionalista en su intento por obtener una ópera alemana. Sin embargo, su empeño no era ideológico, no era político. Se apoyaba en opiniones estrictamente estéticas: él era demasiado innovador para ajustarse a los cánones seculares de la música italiana, aunque produjo dos obras principales de tema romano, en italiano: *Mitrídate, re dil Ponto* y, sobre todo, *La clemenza di Tito*, obra maestra de su género. En cambio, la ópera alemana era un mundo por crear, por lo que el nacionalismo de Mozart parte más que de una concepción intencional de tal nacionalismo, de una noción propia de lo que quería hacer en drama musical, que él adscribió a lo alemán.

De todas formas y tal como hemos visto en otros campos, el Romanticismo no supuso solamente en música un rechazo de lo clásico y lo latino para extraer estrictamente la esencia alemana. Fue algo más que todo eso y algo mucho más confuso.

En música, como en historiografía y en literatura, se volvió a los temas de la Antigüedad y se los reinterpreto.

Quizá no haya existido una época que haya rechazado y, al mismo tiempo, amado tanto a la Antigüedad como el Romanticismo y esto vale también para la música.

Como no era posible tener un conocimiento exacto de la técnica musical de los griegos y romanos, los románticos se dedicaron a imaginarla. Las obras alemanas, a partir de 1800, se pueblan de escalas dóricas y frigias. Algunas de ellas proceden de la música oriental, especialmente de la árabe y la india, que los románticos estudian hasta la saciedad. La mayoría de las escalas provienen, sin embargo, de la tradición medieval y renacentista italiana y del gregoriano, en donde, supuestamente, se depositó el canto de la primera Iglesia cristiana que, a su vez, se habría construido inevitablemente sobre el canto de la liturgia pagana, ya que ningún sistema musical nace de la nada.

La época romántica, al tiempo que afirma el mundo melódico y temático germano y el alemán como idioma del canto, volverá a descubrir y reinterpretar el arte de

Palestrina, de Tallis, de Byrd, de Monteverdi, autores considerados arcaicos en el S.XVIII. Es el mismo impulso de reutilización que en Inglaterra condujo a la escuela pictórica de los prerrafaelistas y en Alemania a los “Nazarenos”, que peregrinaban a Roma, pintaban Madonnas y diseñaban catedrales góticas y palacios Tudor.²

Federico Guillermo IV de Prusia, protestante y sustentador de la idea de gran Alemania, envió, sin embargo, músicos luteranos a Roma para que estudiaran el estilo católico de la música sacramental, el auténtico estilo de Palestrina, y lo importasen a la corte prusiana.³ Al mismo tiempo, la tragedia griega se ponía en música en las obras de los compositores del S. XVIII y principios del XIX más cercanos al mundo estético grecorromano: Gluck, quien recreó más de una vez el mito de Ifigenia y Mendelssohn, cuya “Antígona” constituyó un signo de los tiempos.

Pese a los síntomas citados, las cortes, en general, se hallaban aferradas al estilo italiano del S. XVIII y más aún cuando se trataba de principados y obispados católicos.

No hay que olvidar, sin embargo, que en algunos de ellos se dio una lucha espectacular entre las tendencias alemanas y las italianas. Quizá el ejemplo que mejor nos sirva para ilustrar esta situación sea la corte católica de José II de Austria, cuyo reinado abarca de 1765 a 1790.

Dejando a un lado lo anecdótico de las conocidas enemistades entre Mozart y Salieri, magnificadas por el drama en verso de Pushkin “Mozart y Salieri” y por el cine, sí es cierto que la posición especial en lo político y en lo artístico de la corte de José II y la personalidad del monarca contribuyeron en gran medida a hacer destacar una situación de lucha y, al mismo tiempo, fusión de elementos que se estaba dando, en realidad, en muchos principados alemanes.

²Einstein 1991, 56.

³Ibid.

Austria no sólo disputaba a Prusia la hegemonía en el territorio centroeuropeo sino que se encontraba en constante peligro de disgregación, debido a las fuerzas excéntricas del separatismo húngaro. El imperio iba cediendo imperceptiblemente a la autonomía de los territorios del este y caminaba hacia la desaparición de su sistema, pero en el terreno ideológico, no sólo no se admitía esta situación sino que la ficción de un imperio austrohúngaro fuertemente consolidado, bajo la égida ilustrada de la monarquía austriaca, era omnipresente. José II poseía una concepción del imperio extremadamente romana, en su sentido de nacionalismo austriaco que debía imponerse como principio civilizador a todo el imperio, sin consideraciones hacia otros nacionalismos.⁴ De entre todos sus títulos, prefería utilizar el de Augusto⁵ y mantuvo a ultranza las instituciones católicas como factor de poder.

En este ambiente, la ópera italiana dominaba en la corte, igual que era indiscutible el predominio de la música sacra romana en su capilla pero José II fue capaz de entender la necesidad de dar cabida a la música de raíz alemana, tanto por una cuestión de nacionalismo austriaco unificador como por el principio ilustrado de mantener el arte del pueblo no del todo desterrado del contacto con los regidores del Estado. En este sentido, José II, a principios de los ochenta, comenzó a admitir la idea de que Austria no podía seguir dependiendo musicalmente por completo de sus maestros italianos y concibió planes para la creación de una ópera nacional alemana. La influencia de Mozart fue

⁴Ranke 1966, *Pot. Alem.*, II, 265-7.

⁵ No sólo el título sino los atributos que se suponía habían sido clave de la propaganda del “princeps” romano como institución unificadora del Imperio se cuidaban especialmente y constituían la esencia de la figura del monarca ilustrado: (...) [*et clu]peus [aureu]s in [c]uria Iulia posi[tus] quem mihi senatum pop[ulum]que Rom[an]um dare uirtutis cle[ment]ia[que] e[st] iustitiae et pieta[tis] cau[sa] testatu[m] est p[er] e[us] clupei/ [ins]c[ription]em. (R. G., XXXIV, ed. Juan Manuel Cortés, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994). De entre estos atributos, la idea de la *clementia* del César era un tema muy caro a la música de la corte imperial. Estaba tan extendido entre las ideas ilustradas que Mozart, en su juventud, antes de dedicarse de lleno al drama nacional, ya le había prestado atención con una ópera en italiano, *La clemenza di Tito*. La figura de Tito sería para el monarca ilustrado la culminación de una larga tradición de las fuentes, que se iniciaría con la figura de César, en la agonía de la República, y que pasaría por la estudiada ideología de la propaganda de Augusto. Ver Cic., *Lig.*, I, 1; II, 6; III, 6; X, 29-30; XII, 35; XII, 37. La clemencia --como la virtud más humanista-- y la razón serían la base ideológica del hombre de estado y la historia constituiría la escuela del gobernante. Esta amalgama de principios, tendría, para José II, un idéntico origen y transmisión: *Sed pleni sunt omnes libri, plenae sapientium voces, plena exemplorum vetustas; quae iacerent in tenebris omnia, nisi litterarum lumen accederet. Quam multas nobis imagines non solum ad intuendum, verum etiam ad imitandum fortissimorum virorum expressas scriptores et Graeci et Latini reliquerunt. Quas ego mihi semper in administranda re publica proponens animum et mentem meam ipsa cogitatione hominum excellentium conformabam.* (Cic., *Arq.*, VI, 14, ed. Antonio Fontán Pérez, Gredos, Madrid, 1989).*

importante en esta determinación real aunque el gusto musical del monarca siempre dio bandazos de un lado a otro de los partidos que se formaron entre los músicos de su corte.

En 1781, la idea de la ópera alemana ya estaba firmemente establecida en el ánimo de José II, como parte de su programa de nación ilustrada y de cierta libertad intelectual de sus súbditos. Por aquella época, escribía José II al arzobispo de Salzburgo, casualmente patrón de Mozart y que trataba de mantenerlo en su corte:

“Un reino que yo gobierno debe ser regido según mis principios, se deben reprimir los prejuicios, el fanatismo, el partidismo y la esclavitud del espíritu, y cada uno de mis súbditos debe establecerse en el disfrute de sus libertades innatas”.⁶

El 7 de diciembre de 1787, José II nombró a Wolfgang Amadeus Mozart, real e imperial compositor de cámara, concediéndole un sueldo anual de ochocientos gulden. Su nombramiento estaba en relación con el interés de Mozart por la composición de ópera alemana y con sus ideas acerca del “Singspiel” y constituyó, sin duda, una decisión audaz por parte de José II e incomprensible por sus compositores de corte, de influencia claramente italiana o, como Salieri, plenamente italianos de nacionalidad.

El “Singspiel” alemán había sido incorporado, por orden del emperador, a su Burgtheater ya a finales de la década de los setenta pero hacia 1782 su situación como género nacional era deplorable.

Aprovechando su carácter cómico, trabajos de escasísima calidad se representaban sin tregua y desaparecían tras pocas semanas, habiendo espantado al público, para regocijo de los amigos de lo italiano, que volvían una y otra vez a conquistar el gusto del emperador para su causa: “Aquí se ha despedido a la ópera alemana”, escribía, dolido, Ludwig Schröder en octubre de 1782.⁷ Mozart tuvo que abandonar, por el momento, sus

⁶José II al arzobispo de Salzburgo, Febr. 1781, citado en Paumgartner 1991, 283.

⁷Paumgartner 1991, 349.

planes aunque se separó de la ópera en italiano y sobre todo de la ópera de tema romano o mitológico y escribió, principalmente, música sinfónica y de cámara.

Desde que, durante el Renacimiento, la dinastía Habsburgo había accedido plenamente al trono imperial, los artistas de todas las épocas afluyeron a Viena sin pausa. Una parte de Italia era dominio de los Habsburgo y el profundo catolicismo de la monarquía protegió, tanto el ideal de Ilustración cristiana como la noción de Roma como transmisora de cristianismo y cabeza de Occidente.

El Vaticano constituía un firme apoyo de su política dinástica frente a las pretensiones independentistas de los territorios italianos bajo dominio. La revolución francesa conmovería este bien ordenado mundo católico y afectaría también a la música.

José II fue informado de que Mozart preparaba una ópera sobre la obra de Beaumarchais “La mariage de Figaro ou la folle journée”, cuya representación en prosa había prohibido expresamente el emperador por su supuesto contenido revolucionario. José II llamó a Mozart y, finalmente, con gran escándalo por parte de los músicos italianos, la obra de Mozart se representó. José II no se resignaba a seguir dependiendo por completo del concepto latino de arte y buscaba la reafirmación de la escena alemana por medio de compositores alemanes, a pesar del fracaso del “Singspiel” en la corte.

De hecho, aparte del “Singspiel” oficial, existía una enorme profusión de música alemana al margen de la corte. Los teatros populares estaban llenos de óperas bufas, cuyo contenido y temática escapaba a menudo al control de la corte y podía ser germen de revueltas. José II trató de controlar y canalizar esta exuberancia compositiva de nuevo en 1786, año en que otorgó a Schikaneder, empresario teatral, amigo y libretista de Mozart, el derecho a construir un teatro exclusivamente para la ópera alemana en alemán pero el llamado “Theater an den Wien” no llegó a alzarse hasta 1810 aunque Schikaneder siguió produciendo ópera nacional en su teatro de las afueras de Viena. Para él escribió Mozart la obra que sería el punto de partida de toda la ópera alemana y aun de la música romántica en general, “Die Zauberflöte” (La flauta mágica).

Cuando José II murió en 1790, se malograron casi todos los tímidos esfuerzos por sacar adelante unas reformas que ya parecían formar parte del S. XIX.

Su sucesor, Leopoldo II, era un hombre culto y moderado pero su ideología estaba

plenamente enclavada en el ideal de gobierno ilustrado de época de María Teresa. En principio, miró con simpatía a la revolución francesa mientras ésta se mantuvo en unos cauces de civilidad y ni siquiera ante la exacerbación que alcanzó después llegó Leopoldo II a sentirse amenazado en sus derechos dinásticos: era algo que escapaba por completo a su capacidad de comprensión política. Su ideal puede resumirse en una mezcla de progreso moderado y de conservadurismo, que parecía funcionar correctamente en Viena. Compositores de carácter revolucionario como Beethoven eran considerados, básicamente, como extranjeros excéntricos y se los recibía con ciertas sonrisas.⁸ Su ámbito de influencia estaba bastante alejado de la corte.

En ella, la pugna entre música italiana, recreadora de ambientes clásicos y mitológicos y música alemana, que había sido virulenta en época de Mozart y José II, se resolvió a favor de la tendencia italiana y los teatros austriacos volvieron a llenarse de diosas, héroes y emperadores romanos y Franz Joseph Haydn (1732-1809) volvió a constituirse en el símbolo del clasicismo vienés.

En la arquitectura, se produjo algo semejante: una vuelta a las desnudas formas del dórico y al estilo neoático de época de Adriano, que primó en las residencias privadas.

En la Josephplatz de Viena, junto al monumento del emperador en actitud romana, representante de un ideal de Estado que nunca perdió en Austria ese sabor a universalidad ordenada que ellos atribuían a las dinastías Julia y Flavia, se alzó el Palais Pallavicini y el palacio Hohenberg en estas postrimerías del S. XVIII.

Los jardines volvieron a recortarse cuidadosamente y el cierto aire a romanticismo que soplaba por Europa quedó, en Austria, postergado y nunca definido por completo ni siquiera durante el S. XIX.

En las construcciones, la música y los jardines del Imperio Austrohúngaro se estableció un orden inestable y estético que no correspondía a la realidad de su época ni a las interioridades del Imperio y la ópera de tema antiguo volvió a ocupar su lugar de siempre, como símbolo de lo que era digno, nunca excesivo y eternamente grandioso,

⁸Paumgartner 1991, 437.

como correspondía a un imperio católico, heredero de Roma.

9.2. BEETHOVEN Y EL MANIFIESTO DEL SIGLO

El final del “Sturm und Drang” está inevitablemente condicionado por la figura de Napoleón y por las guerras de su época, hasta tal punto que todo cuanto se dio en política, historia, literatura o arte se alinea a favor o en contra de lo que la época napoleónica supuso y no hay duda de que se le podría otorgar el calificativo de manifiesto de su siglo.

Napoleón supuso un nuevo orden de Imperio y, al mismo tiempo, una resurrección del concepto antiguo del héroe en la mentalidad de Occidente.

Napoleón partió de una situación revolucionaria, en la agonía de un régimen incapaz y, a través de una visión nacionalista y centrista, impuso su modelo a una Europa que podría unificarse y convertirse en un estado universalista y múltiple bajo la égida de Francia. El Imperio Romano, en el concepto de principios del S. XIX, también surgió y se extendió así y tuvo pretensiones semejantes. También fue parecido el Imperio de Alejandro. De esta forma, Napoleón fue comparado alternativamente con César, con Augusto, con Alejandro y, en el ámbito inglés, en donde un continente fuerte interesaba muy poco, con Satanás.

Aunque Napoleón fue tema inagotable de todo tipo de creadores, quizá en ningún arte como en el de la música se aprecia su huella con más fuerza. Porque la música era el lugar en donde se asentaba el mundo de lo irracional para el romántico y porque, a fin de cuentas, en los sentimientos controvertidos hacia Napoleón había mucho de irracional, fue la música la que expresó específicamente el frenesí de la época napoleónica y sus consecuencias y, dentro de la música, Beethoven⁹ ocupó un lugar preferente en la difusión

⁹Dos libros fundamentales para la época que va desde la plena creación de Mozart hasta el auge romántico son: Alfred Einstein, *La música en la época romántica*, Alianza Ed., Madrid, 1991 y P. Le Huray and J. Day (eds.), *Music and Aesthetics in the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries*, Cambridge, 1981. Las biografías más completas y analíticas de Ludwig van Beethoven son: J. y B. Massin, *Beethoven*, Turner, Madrid, 1987 y M. Solomón, *Beethoven*, Barcelona, 1985, ambas traducidas. Obra fundamentalmente de textos y documentación es la de S. Burnham and M. P. Steinberg (eds.), *Beethoven and his world*, Princeton, New Jersey, 2000. Otra recopilación más extensa de textos contemporáneos a Beethoven es la de O. G. Sonneck (ed), *Beethoven: impressions by his*

del mito universalista de la era napoleónica. Este mito se expresa en obras como *La batalla de Vitoria*, la tercera sinfonía, llamada “Heroica” y, mucho más tarde, cuando el mismo Beethoven creía haberse librado de él, en la novena sinfonía.

En la música de los grandes compositores de finales del XVIII --Haydn, Mozart, Beethoven-- se aprecia no sólo la sabida influencia italiana de que hablábamos antes sino un determinado afán de universalidad que sería conscientemente contrapesado por los músicos nacionalistas del XIX.

Haydn se hubiera sorprendido ante la controversia que un día surgiría en torno al problema de dilucidar si era un compositor “croata” o “alemán”.¹⁰

Cuando Haydn escribía, no pensaba en defender ningún tipo de música en concreto sino su propio estilo o, en todo caso, el estilo que era aceptado por la corte y que incluía una variada gama de procedencias, siempre y cuando no se les quisiera dar un matiz político.

contemporaries, N. Y., 1967 y no podemos olvidar las completas ediciones que de los diarios y cuadernos de conversación del mismo Beethoven se han realizado: *Beethoven, letters, journals and conversations* (ed. M. Hamburger), London, 1951 y L. Magnani, *Beethovens Konversationshefte*, München, 1967. Mención especial merece un documento único para comprender la figura de Beethoven para el movimiento romántico en sus aspiraciones de pureza artística y de libertad y en sus vinculaciones con la prefiguración romántica del universo “grecolatino”. Este documento es la semblanza que de su héroe trazó el también compositor y símbolo romántico Héctor Berlioz: H. Berlioz, *Beethoven*, Madrid, 1968. La extraordinaria escasez de ediciones de este libro hace que sea interesante para nosotros la edición castellana de 1968, aunque su finalidad no es crítica. Un estudio convincente sobre la personalidad y las ideas directrices en la obra beethoveniana es B. Cooper, *Beethoven and the creative process*, Oxford, 1992 y, por último, es muy destacable el libro de D. B. Dennis, *Beethoven in German politics, 1870-1989*, London, 1996, aunque se refiere a un periodo histórico amplio y posterior al que nos ocupa, por cuanto de resumen y consecuencia contiene respecto a la centralidad política de la figura de Beethoven en Alemania.

¹⁰Einstein 1991, 62.

En sus tríos para piano, Joseph Haydn incluyó tanto un “Rondo all’ongarese” como un “Rondo alla tedesca”; sus sinfonías tienen una marcada influencia del “concerto grosso” italiano de época de Vivaldi y Albinoni y, por otra parte, Haydn escribió oratorios como “La Creación” o “Las estaciones”, completamente alemanes, en la tradición de Juan Sebastián Bach.

La intención de Haydn no era defender cualquier tipo de idea sino llegar a la mayor cantidad posible de público cultivado con la mayor perfección imaginable: esa puede considerarse la esencia del clasicismo vienés.

Aunque Mozart fue un gran defensor de la ópera alemana, esto no se debía a razones nacionalistas, por más que se ha tratado de mostrar así. Mozart prefería la música alemana porque se encontraba más a gusto en este estilo, porque su formación armónica partía en gran medida de Bach y porque sentía aversión hacia la pedantería, pomposidad y profusión de adornos que caracterizaban a la ópera de los maestros italianos en Viena. Las “divas” del canto gobernaban las composiciones y hacían escribir a los músicos arias con florituras sin fin para su exclusivo lucimiento, lo que redundaba en una bajísima calidad del drama. Mozart pretendía, seguramente, más que devolver a la ópera al terreno de lo alemán, devolverla al terreno de los buenos compositores, en última instancia a sí mismo pero, como por fuerza tenía que contar con los cantantes de la corte, esa pretensión pasaba por apoyar y convencer a José II de la necesidad de un drama distinto, alemán.

Pese a ello, Mozart, como Haydn, poseía una concepción del arte y de la cultura universal, debido a su pertenencia a la francmasonería. “La flauta mágica” es un testimonio de la lucha contra lo tenebroso y contra las limitaciones, es una apoteosis de la humanidad¹¹ en el sentido en que lo es la novena sinfonía de Beethoven pero también es un viaje iniciático en el aspecto representado por la mitología clásica en torno al héroe. Su aventura es semejante a la del mito indoeuropeo del laberinto y el carácter universalizador de su héroe llama a la era napoleónica.

Cuenta la leyenda --y seguramente es tal-- que cuando Napoleón bombardeó Viena ordenó que no se dirigiese el fuego hacia el barrio en donde era sabido que vivía Joseph

¹¹Einstein 1991, 63.

Haydn. Quizá esta historia no tenga un gran contenido histórico pero ilustra en cierta manera la actitud de Napoleón hacia la música: no gustaba de ella especialmente pero era consciente de la fuerza de su carácter propagandístico, sobre todo cuando era capaz de trascender el ámbito nacionalista.

Beethoven actuó como un gran propagandista de Napoleón. Al igual que Hegel y que Goethe y aunque luego, como éste, se volvería en contra, Beethoven no se sintió herido ni ofendido cuando Napoleón invadió el territorio alemán sino todo lo contrario.

Para él, un siglo nuevo, una libertad reconquistada, el renacimiento del concepto heroico de la Antigüedad estaba soplando sobre Europa. No había en la mentalidad de Beethoven ni un solo atisbo de nacionalismo. También él, al igual que Haydn, se habría sorprendido mucho de saber que sería llamado con el tiempo el “Gigante del Bajo Rin” y de que tanto flamencos como alemanes le reivindicarían como el compositor clave de su nacionalismo.¹²

Beethoven siguió admirando a Napoleón mientras éste fue el héroe de la revolución francesa (que, por cierto, había expulsado del poder al patrón electoral del estado de Beethoven), un héroe republicano pero, cuando se hizo coronar emperador de los franceses, perdió para el compositor todo su atractivo. Ya no fue más el héroe de la libertad sino el hombre ambicioso que defendía sus propios intereses y que quería imponer al resto de Europa al patrón nacionalista francés.

Beethoven admiraba la Roma republicana como patria espiritual de la cual todas las libertades civiles habían surgido pero odiaba al Imperio Romano como universo impositivo y atmósfera en que estas mismas libertades se habían hundido.

La idea de Roma en Beethoven, como en Berlioz, como en Wagner, tiene raíces shakespearianas y retomó las mismas situaciones que interesaron al dramaturgo inglés. Recreó la historia de Coriolano en la obertura de tal título que, probablemente, era el inicio de un proyecto mayor, pero la Roma que amaba se sintetizó, esencialmente, en la figura de Bruto, un personaje especialmente idealizado por Shakespeare. A Beethoven le

¹²Einstein, *ibid.*

gustaba el retrato shakesperiano de Bruto y también había leído el “Marco Bruto” de Quevedo; escribió “Egmont”, en homenaje al concepto de libertad política y de resistencia a la tiranía; conservaba en su mesa de trabajo la reproducción de un busto romano que se reputaba de Bruto y odiaba la figura de César porque había pretendido el trono. Para él, Napoleón, en un principio héroe del pueblo, como también lo había sido César, se convirtió en el modelo redivivo del último Julio César, símbolo del imperialismo y ésta no fue una impresión personal de Beethoven sino una muestra de los sentimientos encontrados de su siglo, pero el predicamento de Beethoven en Viena y las leyendas en torno a sus numerosos arrebatos contra el cesarismo contribuyeron ampliamente a la propagación de estas emociones.

De hecho, para la cultura romántica, Beethoven iba a ocupar muy pronto el lugar de privilegio que antes había sido de Goethe y las anécdotas que se contaban de ambos ilustran claramente esta oposición y el papel del “príncipe” destronado: en una ocasión, caminaban Beethoven y Goethe juntos cuando se cruzaron con una figura particularmente relevante (algunos aderezaron la historia afirmando que era el mismo emperador) de la corte, quien iba en un coche, con su séquito. Goethe, que se disponía a cruzar la calle, aguardó en el bordillo y se quitó, respetuosamente, el sombrero pero Beethoven, sin descubrirse, irrumpió en la calzada, por delante del noble, haciendo que éste y sus acompañantes tuvieran que detenerse hasta que él llegó a la otra acera. Cuando Goethe le reprochó su mala educación, Beethoven le respondió: “Siempre ha habido y habrá personajes como él pero sólo hay un Goethe y sólo hay un Beethoven”. Esta anécdota ilustra claramente la oposición entre aquel orden social, que Goethe todavía acataba y el individualismo romántico, que Beethoven personificaba para las nuevas generaciones, porque Beethoven sólo empezó a ser llamado clásico cuando Wagner y Mahler comenzaban la ruptura total de la forma.

La consideración de la República romana y también de la figura de Napoleón es, en este contexto cultural, una de las claves de la oposición entre Goethe y Beethoven o, lo que es lo mismo, entre los “Sturm-und-Dränger” y los nuevos románticos que veían necesario ir todavía más allá en los conceptos de libertad artística y de revolución social y esto no ocurría sólo entre distintas generaciones, porque Beethoven y Goethe eran,

básicamente, de la misma generación sino entre quienes pretendían extraer las últimas consecuencias del “Sturm und Drang” y los que habiendo sido, a veces, como es el caso de Goethe, notables impulsores de la ruptura de la “Aufklärung”, estaban bastante arrepentidos de ello.

Mientras acabamos de ver de qué modo admiraba Beethoven la idea de República frente a la de Imperio y cómo consideraba la figura simbólica de Bruto, para Goethe, por el contrario, la idea republicana se derrumbó casi antes de formarse. El mito de Bruto significaba para él la anarquía y la subversión del orden. Napoleón, con su golpe de estado, representaba el orden frente al caos de la revolución y el nuevo emperador, cuando se hizo con el trono, era para Goethe tan grande como César. El gesto vindicativo de Bruto, aunque sincero, constituía el acto de un fanático, terrorismo revolucionario y parricidio; en sus propias palabras, “la acción de peor gusto que se haya cometido jamás”.¹³

La historia de Roma, igual que la contemporánea, se hacía a principios del S. XIX, no sólo en los libros de los especialistas sino en la corte, en las obras literarias, plásticas y musicales y, sobre todo, en los salones y tertulias, verdaderos centros de fermento espiritual de la época.

El movimiento romántico alemán se formó en los contactos sociales de sus inventores y allí se convirtió en la mezcla de genialidad e ingenuidad que lo caracterizó.

Historiadores como Droysen vivían en todos sus aspectos la atmósfera de las reuniones de los Medelssohn, en donde se interpretaba constantemente a Beethoven y en donde se hablaba de Hegel y uno podía encontrarse con Heine y con Boeckh. Este “fervor de vida y estudio” que escribía Droysen a Felix Mendelssohn-Bartholdy y a Friedrich Gottlieb Welcker, el filólogo,¹⁴ y las ideas que en este ambiente se suscitaban, son

¹³Cansinos Assens en Goethe 1992, 1925.

¹⁴Momigliano 1979, “Per il...”, 263.

esenciales para comprender que la historiografía del S. XIX alemán se desarrollara en el sentido en que lo hizo yes un aspecto que no debemos olvidar.

La historia fue llamada en 1800, en Alemania, “Poesie der Wahrheit” (poesía de la verdad).¹⁵ De la historiografía nación, para ellos, todo tipo de poesía auténtica, de arte y de música y éstos eran los elementos naturales de su manifestación. De Creuzer a Schelling, la común concepción del arte es el instrumento por el cual la historia empírica es posible y se hace evidente.¹⁶

¹⁵Momigliano 1979, “Creuzer...”, 244.

¹⁶Ibid.

9.3. WAGNER: HACIA LA RADICALIZACIÓN DE LOS CONCEPTOS DE ROMANIDAD Y GERMANISMO

Richard Wagner¹⁷ encabeza una reacción germánica frente al clasicismo que cree ver en la escuela de viejos artistas y literatos. Ante un modelo que supone herencia de la ideología griega, tamizada a través del espíritu romano, presenta una obra de fuerte contenido ideológico que penetra en la antigüedad germana y proclama las ventajas del barbarismo y la sensualidad, sin asumir plenamente cuánto de herencia epicúrea hay en sus manifestaciones. La abnegación, la renuncia y la redención se convierten en temas principales de una obra de arte total que represente el espíritu del germanismo. “Habría que situar a los alemanes ante la disyuntiva: o Goethe o Wagner, dado que es imposible

¹⁷El mismo Wagner fue especialmente fecundo a la hora de explicar y dar propaganda a sus ideas artísticas e históricas. La obra fundamental al respecto es R. Wagner, *Mein Leben*, München, 1963, de la que existe una magnífica traducción castellana en Ed. Turner., Madrid, 1989. Sobre sus tertulias y reuniones es inestimable el libro de su hijo Sigfried escrito, en gran parte, gracias a los recuerdos de su madre, ya que tenía trece años a la muerte del compositor: S. Wagner, *Erinnerungen*, Stuttgart, 1913. Sobre el mundo germano antiguo y su plasmación en la obra wagneriana, ver la correspondencia de Wagner (J. Kapp und E. Kastnet, eds., *Richard Wagners gesammelte Briefe*, Leipzig, 1914, 2 vols.), sobre todo la mantenida con su protector, el rey de Baviera, Luis II de Wittelsbach en *Wittelsbacher Ausgleichfonds und Winifred Wagner, König Ludwig II und Richard Wagner, Briefwechsel* (ed. Otto Strobel), Karlsruhe, 1936-1937 y la de su esposa, Cosima Wagner con Friedrich Nietzsche en *Die Briefe Cosima Wagners an Friedrich Nietzsche* (Thierbach, ed.), Weimar, 1940. Sobre la proximidad de Luis II y Nietzsche a Wagner y cómo todo este mundo fue utilizado por la propaganda nazi ver, además de la citada correspondencia, S. Röckl, *Ludwig II und Richard Wagner*, München, 1913-1920; W. Dahms, *Die Offenbarung der Musik. Eine Apotheose Friedrich Nietzsches*, Berlin, 1926; D. Fischer-Dieskau, *Wagner und Nietzsche. Der Mystagoge und seine Abtrünniger*, Stuttgart, 1974; A. Schering, *Musikalische Symbolkunde*, Leipzig, 1935 y L. Stein, *The Racial Thinking of Richard Wagner*, N. Y., 1950. Una fuente contemporánea a Wagner, con una visión a menudo opuesta del mundo antiguo y el Romanticismo, es la del francés Héctor Berlioz (H. Berlioz, *Memorias*, Madrid, 1972). La mejor biografía de Richard Wagner continúa siendo la casi monumental y, en cierto modo, aún romántica obra de M. Gregor-Dellin, *Richard Wagner*, Alianza Ed. Madrid, 1983, 2 vols., traducida al castellano en Alianza Editorial Música. Sobre su concepción del drama total, desde la tragedia griega hasta su propia obra, ver M. Beaufils, *Par la musique vers l'obscur*, Paris, 1942; A. Elster, *Musik und Eros*, Berlin, 1925; J. Kerman, *Opera as drama*, N. Y., 1956; A. Liberman, *Wagner, el visitante del crepúsculo*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1990 y la inestimable correspondencia del escritor Thomas Mann sobre el fenómeno wagneriano, central en su vida, recogida como Th. Mann, *Wagner und unsere Zeit*, Frankfurt am Main, 1986 y traducida en parte al castellano, bajo el título de *Richard Wagner y la música*, Plaza & Janés Eds. Madrid, 1986. Por último, recordar una vez más, el magnífico estudio de Alfred Einstein, *La música en la época romántica*, Alianza Ed., Madrid, 1991, que nos aporta una certera visión de conjunto del Romanticismo alemán y su curso hacia el cromatismo y el concepto wagneriano.

estar de acuerdo con los dos”.¹⁸

La obra escénica wagneriana trata de englobar los aspectos griegos y romanos del gran espectáculo religioso. Cuando el coro danzaba en torno al altar de los sacrificios, el teatro era un templo, piensa Wagner. En Bayreuth, el teatro construido exclusivamente para su obra, se convierte en escenario del acto nacional y el oficio divino. En la cumbre de cuanto allí puede suceder, se encuentra “Parsifal”, una obra creada sólo para ese espacio casi sacro y que Wagner pretendía que no se representara en ningún otro lugar. “Parsifal” es un verdadero muestrario de elementos germánicos y latinos, bárbaros y cristianos perfectamente ensamblados.¹⁹

Su obra y cuantos elementos culturales, religiosos, históricos y mitológicos reúne, se encuentra fuertemente sometida a la fuerza de los movimientos nacionalistas alemanes de su época. Richard Wagner participó en la revolución del 48, de raíces más obreras que la del 30, pero no por comunidad de principios con los movimientos internacionalistas. Aunque, esencialmente, puede decirse que Wagner estaba perdido en el mundo de la

¹⁸Mann 1986, 9.

¹⁹Mann 1986, 21: “Simbolismo y ceremonial; un paso más, o apenas ese paso, y habremos situado la acción escénica en el punto en que se hace rito y acto sagrado, tendremos al teatro en la cúspide, a saber: en lo alto del monte Bayreuth, tendremos el *Parsifal*”.

En torno al tema wagneriano, la correspondencia de Thomas Mann con sus amigos acerca de lo que Wagner había representado en su vida y en el ser alemán, es sorprendente y de una clarividencia extraordinaria. En España, está traducida y recopilada bajo el título de *Richard Wagner y la música*, por Plaza y Janés, Barcelona, 1986.

Lieberman, A., *Wagner, el visitante del crepúsculo*, Barcelona, 1990 y el libro del gran barítono alemán Dietrich Fischer-Dieskau, *Wagner y Nietzsche. El mistagogo y el apóstata*, Madrid, 1982, son estudios accesibles en castellano, relativamente recientes y que ilustran perfectamente la vinculación del universo wagneriano con la antigüedad germánica, el mundo judeo-cristiano y la tragedia griega.

política, lo cierto es que trata de que su obra sea síntesis entre lo que los alemanes fueron y las fuerzas a que estuvieron sometidos y lo que son en su momento histórico.

En la Sociedad Patriótica de Dresde, en 1848, pronunció un encendido discurso en el que se confesaba partidario de la monarquía y enemigo de todo constitucionalismo. Asumió la filosofía hegeliana y la influencia de Schopenhauer hasta más allá de donde habían ido estos filósofos. Pedía a Alemania que enviara al diablo todos los “conceptos no alemanes”, es decir, la democracia occidental, según él, surgida del antiguo mundo mediterráneo y por lo tanto completamente extranjera. Hablaba de la restauración de la antigua relación germánica entre el rey absoluto y el pueblo libre y de que el arte, en sus épocas más florecientes era conservador y volvería a serlo. Mientras pronunciaba estas palabras estaba concluyendo “Lohengrin”, que sería el comienzo del final de cuanto de conservador quedaba en la música y la escena alemanas.

Algunas otras frases del discurso citado no deben pasarnos desapercibidas: “El alemán es conservador por naturaleza”. “El futuro no es imaginable más que condicionado al pasado”. “La democracia es en Alemania un ente perfectamente superado. Sólo existe en la prensa”, y favoreciendo la creación de colonias alemanas: “Nosotros lo haremos mejor que los españoles, para los que el Nuevo Mundo fue un matadero clericalista, y mejor que los ingleses, para los que fue un cajón de buhonero. ¡Nosotros lo haremos alemán y magnífico!”.²⁰

Aun con sus diatribas contra el mundo clásico, que se opone a la pureza del germanismo, Wagner cae a menudo en la fusión de ambos mundos. Intuye lo que de intrínseca connivencia hay entre los dos y todas sus manifestaciones y, en privado, no duda en manifestar el hechizo que le produce el hecho de que se haya creado tal amalgama. Mientras en público anatemizaba a Goethe, por haber abandonado el Romanticismo, por no haber comprendido a Beethoven --para él, el mayor genio que jamás produjo Occidente-- y por volver su feroz vitalismo de las primeras obras hacia la paz de un clasicismo, de una especie de nueva “Aufklärung” reencontrada, en privado

²⁰Wagner citado en Mann 1986, 44-6.

manifestaba la máxima veneración hacia él.

Escogió Venecia hacia el final de su vida como residencia y realizó en aquella época el iniciático viaje italiano que los ilustrados y los “Sturm-und-Dränger” solían hacer al principio.

En las noches venecianas, en las tertulias con sus admiradores y amigos, les sorprendía leyendo con veneración pasajes de *Fausto*, *Wilhelm Meister* y *Las afinidades electivas*. Admiraba especialmente “La noche clásica de Valpurgis” de *Fausto*, una perfecta fantasmagoría griega poblada de esfinges, grifos y sirenas frente a los dragones, gigantes y enanos de Wagner. De esta escena diría una de aquellas noches: “Es lo más original y artísticamente más completo que hizo Goethe. Una peculiarísima revitalización de la Antigüedad en la forma más libre, con ese humor magistral y esa vitalidad genial, con un lenguaje exquisito y artístico”.²¹

Alemania aparece, por tanto, así en la obra como en la ideología wagneriana, aunque le cueste admitirlo, como una fusión regeneradora de elementos: el norte bárbaro, puro, musical y cristiano, frente al sur esencialmente plástico: “Alemania como arrolladora efervescencia y Alemania como espíritu civilizador” de Mann. Es esa dicotomía alemana del siglo XIX, esa agonía entre sentirse original e independiente y aceptar al padre romano que todas las naciones llevan dentro: esa especie de complejo de Edipo de la civilizaciones y de los individuos que aparece, como iremos viendo, en la misma biografía de Wagner y que tiene su máxima expresión en la búsqueda del padre, el propio --era huérfano desde la infancia-- y el de Alemania, que supone la formidable figura de Wotan de la “Tetralogía”.

El mito se convierte para Wagner en el lenguaje del pueblo. Sólo a través de él se puede llegar a la configuración de la obra de arte total, que no puede ser elitista. Si no está

²¹Wagner citado en Mann 1986, 133.

dirigida al pueblo falla en su totalidad. Sólo a través del mito se puede llegar al pueblo.²²

La fusión de elementos grecolatinos y germánicos está presente en toda su obra. La erótica, la muerte de los dioses, la transgresión es la metáfora empleada para la aceptación de ambos mundos. La muerte es vivida como redentora. El anhelo titánico de lo dionisiaco, el reencuentro de los contrarios informa en toda su extensión una obra clave como es “Tristán e Isolda”.

²²Carta de Wagner a Karl Gaillard, Dresde, 30 de enero de 1844, en Mann 1986, 181-2: “Si la misión del poeta dramático de hoy es purificar e infundir contenido espiritual a los intereses materiales de nuestro tiempo encarándolos desde el punto de vista moral, incumbe al poeta y compositor de ópera evocar toda la sagrada poesía de las leyendas de la vida antigua con su propio aroma”.

Cuando Nietzsche escribe en *El nacimiento de la Tragedia*: “El arte es la alegre esperanza de que pueda romperse el sortilegio de la individuación, como presentimiento de una unidad restablecida”, está adelantando, en su época de gozosa amistad con Wagner, la muerte de amor de Tristán e Isolda: la unidad plenamente restablecida. La parábola de esos mundos antiguos que caminan como contrarios hasta que aceptan que sólo uno en el otro pueden encontrar su redención, redención y fusión única que sólo se realiza por la renuncia o por la acción heroica es ya un mito caro al helenismo. “¿Quién podría decirnos lo que pasó por la imaginación de Alejandro cuando hizo beber a Europa y Asia en la misma copa?”.²³

El concepto de lo dionisiaco era esencial, al menos en la primera parte de su obra, en el pensamiento escénico de Wagner y así lo definió Nietzsche en el libro dedicado a Wagner en 1872, *Die Geburt der Tragödie oder Griechentum und Pessimismus*.

La vivencia de “Tristán” permitió al joven Nietzsche conocer una moderna expresión de lo dionisiaco, de lo orgiástico y de lo embriagador que podía resultar el dolor; lo dionisiaco estaba, para los hombres del XIX, íntimamente ligado a la filosofía de la naturaleza, a la unión del individuo alienado con su cuna generatriz.

“La naturaleza sacude sus dones y las alimañas se acercan pacíficamente a las rocas y al desierto”, dice Nietzsche. “El canto de júbilo de Beethoven, el *canto de la alegría* (...) No pierde imaginación porque millones se hundan temerosos en el polvo: así es como uno puede aproximarse a lo dionisiaco (...) Cantando y bailando se manifiesta el hombre como miembro de una comunidad superior”.²⁴

²³Lieberman 1990, 118.

²⁴Fischer-Dieskau 1982, 74.

Y en recuerdo al poder integrador de las antiguas religiones místicas, recalca Nietzsche sobre la novena sinfonía de Beethoven: “Entre los golpes de cincel del artista universal dionisiaco resuena el clamor eleusino de los misterios”.²⁵

El carácter de la tragedia, que los antiguos habían revelado, lo veía Nietzsche vivo en Wagner,²⁶ ya que Beethoven lo apuntó magistralmente pero no había llegado a configurar el drama alemán, la obra de arte total.

Para Nietzsche, el cristianismo era una corrupción de las ideas socráticas. Por la moral no podía salvarse el mundo; era necesario superar la renuncia de Schopenhauer y la compasión cristiana. Por ello, cuando Wagner fue tendiendo a una fusión de elementos antiguos y cristianos cada vez más patente, hasta llegar a la sublimación de la compasión en “Parsifal”, Nietzsche fue sintiéndose cada vez más aislado y extraño a él pero en 1872, Nietzsche veía en Wagner la consumación de sus ideas por el genio y coincidía con él en el impulso de elevar lo dionisiaco al poder, idea central que utilizó el nacionalsocialismo para tomar a Wagner por abanderado y que pertenece mucho más a Nietzsche que a Wagner, para quien no constituyó más que una especie de juego intelectual.

Comprender y definir al genio, lo mismo que definir lo alemán, sí era parte esencial del universo ético de Wagner, y en ello es donde más se muestra la influencia de sus apasionadas lecturas de Schopenhauer: la genialidad sería, pues, la capacidad de

²⁵Ibid.

²⁶Fischer-Dieskau 1982, 75: “La revivificación de la música, naturalmente por el genio de Wagner, debía infundir nueva vida al mito trágico (...). La autosuficiencia y justicia propia de la tecnología serían, tal vez, vencidas, así como el dogmatismo de la fe, tal como se presentaba en el anticuado cristianismo”.

contemplar las ideas y no los fenómenos particulares.²⁷

²⁷Schopenhauer 1983, 153: “La genialidad no es otra cosa que la objetividad máxima, es decir, la dirección objetiva del espíritu en oposición a la dirección subjetiva encaminada hacia la propia persona, o sea hacia la voluntad”.

La idea de Schopenhauer va hacia Wagner y, a su vez, procede de la interpretación que hace Goethe de Platón: “Fijar en pensamientos eternos lo que se mueve vacilante en forma de fenómeno fugitivo”, y que cita el mismo Schopenhauer.²⁸ Hay, pues, una línea de unión claramente perceptible desde los inicios del “Sturm und Drang” hasta el final del S. XIX alemán y que fija los conceptos de arte, genialidad e historia en una original y propia interpretación de las ideas clásicas. A ellas, añaden la noción plenamente romántica de la locura genial, una suerte de locura sagrada:

“También en el Fedro dice el mismo Platón que sin un gramo de locura no puede haber un verdadero poeta, y que quien ve en las cosas perecederas las ideas eternas parece loco. Cicerón, por su parte: *Negat enim, sine furore, Democritus, quemquam poetam magnum esse posse; quod idem dicit Plato* (De divin. I, 37). Y finalmente, Pope: *Great wits to madness sure are near allied, --And thin partitions do their bound divide.*

Rico en enseñanza en este respecto es el *Torcuato Tasso*, de Goethe, que nos pone ante los ojos, no ya la pasión, ese martirologio del genio, sino su constante transformación en locura”.²⁹

Pasar de la contemplación a la pasión, de la narrativa a la acción y poner en la pasión el mayor énfasis, será la gran aportación de Wagner a la idea de genialidad heredada del “Sturm und Drang”, igual que poner el énfasis en lo teutónico, transformando en teutónico incluso lo puramente clásico será su obsesión en el terreno del drama.

La radicalización de los conceptos de romanidad o, en un sentido más amplio, de latinidad y germanismo se ha ido produciendo en todos los terrenos pero, sobre todo, en el musical, a lo largo del siglo XIX y Wagner no hace sino precipitar la consolidación

²⁸Ibid.

²⁹Schopenhauer 1983, 157.

nacionalista de unas ideas que han flotado en el ambiente durante todo el siglo.

La polémica entre ópera italiana y alemana, que estaba servida desde época de Mozart, se convierte en agudísima en torno a Wagner y Verdi.³⁰

Wagner está construyendo dramas musicales que ni siquiera pueden considerarse ya óperas y está rompiendo todas las formas técnicas y armónicas del clasicismo. Verdi se convierte, incluso, en objeto de exaltación política entre los venecianos que al grito de VIVA VERDI! (Viva Vittorio Emmanuel Re D'Italia) recorren las calles de Venecia y de todo el norte italiano, cantando el coro de esclavos de Nabucco y gritando consignas contra la dominación austriaca.

Si nos aproximamos a la ópera italiana de corte más tradicionalista que la de Verdi, el panorama es desolador: la baja calidad de las obras es incapaz de hacer frente a la música alemana y al drama de Wagner, que va ganando, muy lentamente pero de forma apasionada, a la intelectualidad europea para su causa. La mitología griega y romana es sustituida por la síntesis de tragedia antigua y poemas nórdicos que Wagner realiza en sus libretos.³¹ Las temáticas antiguas son objeto de burla entre los que se llaman a sí mismos

³⁰Acerca de la polémica entre partidarios de Wagner y de Verdi, existen numerosas alusiones en toda la bibliografía sobre ambos, pero quizá nada lo ilustre de forma más viva y bella que la magnífica novela de Franz Werfel titulada "La novela de la ópera", de la que existen varias ediciones castellanas.

³¹Muy útil para quien sienta curiosidad sería acceder a los libretos de los principales dramas de Wagner, que se encuentran en relación con el concepto de lo dionisiaco o de lo cristiano y, por supuesto, escuchar su música; estas obras son, principalmente, "Lohengrin", "Tristán e Isolda", la tetralogía "El anillo del nibelungo", compuesta de "El oro del Rin", "Siegfrido", "La walkyria" y "El ocaso de los dioses" y su último drama, "Parsifal".

Existen numerosas versiones; las de Bayreuth tienen ese sabor especial insustituible de los festivales Wagner, sobre todo si se trata de representaciones antiguas; son especialmente notables las versiones de los festivales de los años cincuenta, si se encuentran, aunque no tengan la calidad técnica actual en la grabación. De toda

“los artistas del futuro”. Aunque las diatribas de Wagner se dirigen primordialmente a la ópera, se deja adivinar su ironía en lo que al ballet y a cualquier otra escenografía se refiere cuando se trata de temática romana:

“En presencia del público más distinguido y animado que desearse pueda, fue representada en el descomunal teatro (della Scala) una mamarrachada operística increíblemente infame de un nuevo compositor, cuyo nombre he olvidado. Mas en la misma velada llegué a saber que el público italiano, que pasa por tan apasionado por la música para el canto, también consideraba ya lo principal el *ballet*; pues evidentemente la aburrida ópera precedente servía sólo como preparación para una gran ejecución coreográfica, la cual tenía por asunto nada menos que *Antonio y Cleopatra*.

formas, de “Tristán e Isolda”, existe una inapreciable versión, con las ventajas de la remasterización digital, de H. Dernesch, J. Vickers, Christa Ludwig y Walter Berry, con la Filarmónica de Berlín, bajo la dirección de Herbert von Karajan, 1972, firma EMI.

Aquí vi incluso al frío político Octavio, que hasta ahora no se había extraviado en un ópera italiana, intrigando pantomímicamente sin perder ciertos aires de una diplomática dignidad. Pero lo más importante eran las exequias de Cleopatra, las cuales ofrecían a la descomunal formación del *ballet* ocasión para las más variadas evoluciones con trajes sumamente característicos”.³²

Wagner concebía la inmersión en la Antigüedad clásica a la manera de Herder y de Goethe: como una forma de educación imprescindible para el hombre y el artista.

Viajaría a Italia en varias ocasiones y aprovecharía los intensos veranos compositivos, en casa de varios amigos, para leer a los clásicos y las obras históricas del momento, por más que sus relaciones con algunos de ellos, a quienes conocía personalmente --Mommsen por ejemplo-- fuesen bastante indiferentes.

Sólo en la época en que iniciaba la composición de “Lohengrin” leyó *La Orestiada*, *Agamenón*, *Las Euménides* y casi todo Aristófanes. De Platón, “El Banquete” le causó especial impresión:

“...Obtuve una visión tan íntimamente familiar de la prodigiosa belleza de la vida griega, que con palpable realidad me sentí en Atenas más en mi hogar que en cualesquiera circunstancias de la vida del mundo moderno”.³³

En aquella época, además de las *Didascalias* de Droysen, que ya conocía, incorporó a su formación otras obras históricas esenciales del XIX y las utilizó para configurar paulatinamente su especial fusión de helenismo, latinidad y germanismo, a la hora de escribir sus propios libretos:

³²Wagner 1989, 529.

³³Wagner 1989, 317.

“Como yo perseguía mi en todo concreta meta formativa (...) Me alentaron especialmente la “Historia de Alejandro y del Helenismo”, de Droysen, así como Niebuhr y Gibbon, me orienté hacia la Antigüedad germana, a la que hizo volver ahora Jakob Grimm como un guía cada vez más familiar. Al tiempo que ahora intentaba dominar las leyendas heroicas alemanas con mayor profundidad a como había sido esto posible sólo con la lectura de “Los nibelungos” y del “Libro de gestas”, me cautivaron al fin plenamente las “Investigaciones” de Mone. La consciencia de la ancestral profundidad del sentimiento de este viejo mundo de leyendas, ya formándose en mí desde hacía largo tiempo, ganó así poco a poco la fuerza necesaria para la configuración plástica que guió mis trabajos posteriores. Todo esto me estimulaba y maduraba en mí mientras acababa, con una alegría verdaderamente transfigurada, la composición de los dos primeros actos del “Lohengrin”.³⁴

³⁴Wagner 1989, 317-8.

La mejor biografía de Wagner que he leído continúa siendo los dos volúmenes del libro de Martin Gregor Dellin, *Richard Wagner*, München, 1980, una obra no sólo extraordinariamente documentada sino verdaderamente hermosa. Existe una edición en castellano en Alianza, 1983.

Sin embargo, para comprender por completo el tema que nos ocupa hay que ir directamente al mismo Wagner y a las obras de su entorno: *Die Geburt der Tragödie oder Griechentum und Pessimismus*, en *Nietzsches Werke. Kritische Gesamtausgabe*, Berlín y New York, 1967; *El mundo como voluntad y representación*, de A. Schopenhauer, México, 1983, sobre todo los capítulos comprendidos bajo el título genérico de “El mundo como voluntad” y *Mein Leben*, de Richard Wagner, obra traducida --aunque no con completa exactitud-- en Turner, Madrid, 1989. La correspondencia entre Wagner y Ludwig II, es explicativa de los conceptos de arte wagneriano y también de Estado en la segunda mitad del S. XIX bávaro. Se recopiló a partir de los archivos de la familia Wagner y de los fondos de la dinastía Wittelsbach y fue publicada por Otto Strobel, en Karlsruhe, entre 1936 y 1937, bajo la reseña: *Wittelsbacher Ausgleichfonds und Winifred Wagner, König Ludwig II und Richard Wagner, Briefwechsel*; el libro del hijo de Wagner, Siegfried Wagner, *Erinnerungen*, Stuttgart, 1913, aporta también algunos datos y pistas sobre la vida de Wagner en Venecia y sus viajes por las zonas clásicas.

Wagner siempre se encontró entre la rebelión y la síntesis: entre el rechazo, sobre todo, del aspecto judeo-cristiano de la Antigüedad y su incorporación, a veces inconsciente. Eso dificultó, en gran medida, su deseo de definir lo auténticamente alemán, que no pudo separar, finalmente, ni en su obra dramática ni en sus intrincados escritos.

Durante años dio vueltas a las ideas de degeneración y regeneración, de judaísmo y germanidad. Sin cesar, daba cabida, entremezclados, a los elementos sociales, políticos y religiosos.³⁵

Él mismo, era consciente de su desconcierto y trató de poner orden en sus ideas, iniciando la redacción de una obra sobre la historia del ser alemán. Su primera entrega, “¿Qué es alemán?” fue publicada en 1878 por las *Bayreuther Blätter*, pero no tendría una continuación estructurada.

Paulatinamente, Wagner, fue identificando el ser alemán con la pujanza militar e imperial de Prusia, que comparaba, a menudo, con un estado espartano de la modernidad.³⁶

Lo que se hace evidente es que la ópera sobre temática antigua ya no podía ser igual a partir de Wagner. Su influencia se extendió, tanto técnica como estética e ideológicamente, a la segunda mitad del XIX ya todo el siglo XX. El espectáculo de estilo italiano, de tema mitológico, luminoso e incluso irónico del XVIII, desapareció y la pasión, oscuridad y sentimiento trágico del drama wagneriano se transfirió a todas las obras de temática antigua. Richard Strauss fue, tal vez, el compositor que con más fuerza incorpora la atmósfera wagneriana a sus dramas clásicos.

En 1901, Hugo von Hofmannsthal estaba escribiendo una nueva versión de la “Electra” de Sófocles. Se centró en una imagen de Grecia alejada de la “noble simplicidad y de la serena grandeza” que había caracterizado al clasicismo germano, que idealizó a la Antigüedad.³⁷

³⁵Gregor-Dellin 1983, II, 624.

³⁶Ibid.

³⁷Uekerman, 17.

Wagner y Nietzsche habían trastornado esta imagen de antigüedad y habían abierto la caja de Pandora. Lo oscuro, lo salvaje, lo instintivo se abrió paso en la imagen de Grecia y de Roma helenizada.

Sobre la obra de Hofmannsthal se construyó el drama musical de Strauss, una ópera que incorporaba la armonía cromática del “Tristán” de Wagner, una técnica que tenía algo de orgiástico. En “Elektra” de Strauss se pone de relieve lo que Hofmannsthal entendía como el “deseo de horror, la disposición griega para el pesimismo, el mito trágico, la imagen de todo lo que era terrible, malvado, enigmático, destructivo y fatal en el corazón de la naturaleza”.³⁸

Estas nociones, que Hofmannsthal atribuyó a los griegos, son también sentimientos claves del romanticismo alemán. La fusión dramática se ha producido y la “prefiguración” es tan completa que parece imposible separar los elementos que surgen del contexto del conocimiento de Grecia y Roma y aquellos que han sido transferidos, aunque no caprichosamente, desde el S. XIX.

La “Elektra” de Strauss se ha separado por completo del modelo de Sófocles y se ha convertido en una fábula cruel y desmesurada en la cual el autor rechaza cualquier cliché clásico.³⁹

También está muy lejos ya el modelo humanista y conciliador de la Antigüedad de “Ifigenia en Tauride” de Goethe. El “Sturm und Drang” ha sido asimilado, pero también completamente rebasado, a lo largo del S. XIX alemán.

³⁸Ibid.

³⁹Uekerman, ibid.

PARTE II

INGLATERRA

*“Tho’ much is taken, much abides; and tho’
We are not now that strength which in old days
Moved earth and heaven; that which we are, we are;
One equal temper of heroic hearts,
Made weak by time and fate, but strong in will
To strive, to seek, to find, and not to yield”.*
ALFRED LORD TENNYSON: “Ulysses”.

*(“Se ha perdido demasiado, pero mucho permanece;
y aunque ahora no poseemos aquella fuerza que en días antiguos
movió la tierra y el cielo, lo que somos, somos;
un ánimo igual en corazones heroicos,
debilitado por el tiempo y el destino pero fuerte en la voluntad
de luchar, buscar, encontrar y no rendirse”).*

1. ASPECTOS HISTORIOGRÁFICOS Y PRIMERAS CUESTIONES

Inglaterra constituye un caso aparte en la Ilustración, en el Romanticismo y en la visión del mundo clásico. Su experiencia, aun cuando participe de algunos de sus aspectos, no puede compararse con la de Alemania o Italia, como tampoco los Estados Unidos pueden ser analizados partiendo de las premisas utilizadas para el continente europeo o para Gran Bretaña.

La experiencia republicana de época de Cromwell (1649-58),¹ aun cuando no responda a los parámetros de las repúblicas parlamentarias contemporáneas y se encuentre también relativamente lejos del modelo de república romana alteró, no sólo la filosofía inglesa de los siglos XVII y XVIII, sino también la política y la herencia social de la Inglaterra moderna. La revolución industrial y la peculiar interpretación literaria del Romanticismo son, en gran parte, reflejo de la singularidad de Inglaterra respecto al continente y, específicamente, respecto a la fórmula francesa de romanticismo y revolución.

Gran Bretaña desarrolló durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX una pasión por el mundo clásico sin precedentes, profundamente imbricada en el utilitarismo y

¹Algunos románticos, especialmente Lord Byron y Shelley, alimentaron públicamente la idea de que, al admitir de nuevo la monarquía y los privilegios de los nobles, Inglaterra había perdido el legado de una libertad hacía mucho tiempo conquistada y echada a perder por las nuevas generaciones. Esta idea, muy cara a la historiografía romana, la encontramos ya en fuentes relativamente tempranas y referida a un periodo de la historia romana también relativamente alejado del Principado, finales del s. II a. C., en el ejemplo más explícito, Salustio, *Guerra de Jugurta*, XXXI, 17, (ed. Joaquín García Álvarez), Gredos, Madrid, 1980: “Vuestros antepasados, para asegurar el derecho y para restablecer su dignidad, ocuparon armados el Aventino dos veces por medio de la retirada; ¿ y vosotros por la libertad que recibisteis de ellos, acaso no os esforzaréis con el mayor esfuerzo? Y tanto más vivamente, cuanto mayor deshonra es perder los derechos adquiridos que no haberlos adquirido en absoluto”:

en las teorías sustentadoras del orden industrial y capitalista, aunque a menudo las contradiga y actúe, precisamente, de válvula de escape contra ellas. Esta especial pasión apoyó y también publicitó la idea de una monarquía imperial de fuerte matiz simbólico y propagandístico y de profunda significación religiosa y confesional. Mientras, en Estados Unidos se produjo una especial mixtura de los supuestos valores inherentes al modelo de república romana y de los aspectos de la mítica imperial, presentes en la figura presidencial, en Inglaterra, salvo excepciones, fue su visión del Imperio Romano, lo que influyó de manera importante en la interpretación de su momento contemporáneo.

Desde la generación de los historiadores J. Taylor, Heat y Dawes (1709-1766) hasta T. Burgess (1756-1837), pasando por R. Wood, W. Hamilton, W. Jones, Homer, Wakefield y tantos otros, Inglaterra conoce un auge sin discusión de los estudios clásicos e historiográficos sobre la Antigüedad. Las grandes universidades inglesas se vuelcan literalmente, más que en el conocimiento, en la interpretación de este pasado que, curiosamente, les es más ajeno que a cualquier país continental. En contra de lo que ocurre en la Alemania interesada en su unificación, el estudio de la antigüedad puramente indígena, propiamente insular, si se nos permite llamarla así, queda en muy segundo plano. Hasta qué punto esto se debe a que dicha realidad anterior, contemporánea y posterior a la escasa penetración latina, se encuentra especialmente conectada a las zonas y etnias tradicionalmente opuestas a la supremacía de la corona inglesa protestante, como Escocia, Gales e Irlanda es una interesante cuestión que procuraremos tener presente.

De forma marginal a lo que podríamos llamar la historiografía oficial inglesa, el mundo literario representó, sobre todo durante el siglo XIX, la reacción en contra del modelo pseudoimperial y al tiempo parlamentario de la sociedad inglesa. En el mundo figurativo de estos escritores es curioso constatar cómo la idealización de Grecia y el Helenismo constituye una manera de oponerse a lo llamado en general “romano” y, al tiempo, una forma de luchar contra la poderosamente cimentada sociedad británica de sus coetáneos.

2. LA ROMA ANTIGUA Y LA IDEOLOGÍA BURGUESA

2.1. ILUSTRACIÓN Y REFORMA

Para la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII Roma era, fundamentalmente, un estado guerrero. Su fuerza residía en el estricto cumplimiento de sus principios constitucionales y en la infiltración militar en todos los ámbitos de la vida. Los cónsules precisaban realmente de un enemigo para cumplir sus expectativas y éste fue Cartago² durante mucho tiempo. Hacían la guerra y ampliaban el dominio territorial de la República. Aseguraban así el orden y el libre comercio, conceptos que constituían una auténtica necesidad vital de la sociedad inglesa en los principios de su revolución industrial, la cual se adelantaba en tres generaciones a las de los países continentales.³

²Flor., I, XXXI, 5-7.

³Momigliano 1979, “La moderna...”, 144. Ver también el artículo “Esos horribles anglosajones”, publicado en la revista *Newsweek*, edición española, 29 de octubre de 1997.

Habría que tener en cuenta, efectivamente, uno de los aspectos más destacables para nuestro estudio y pocas veces mencionado, aspecto al que llamaremos la “necesidad del enemigo” en una sociedad esencialmente colonialista.

No sólo la revolución industrial y el requerimiento, frente a otras potencias, del dominio de materias primas impulsó la expansión territorial de Inglaterra, Estados Unidos y la misma Alemania, sino una arraigada convicción industrial de que las sociedades necesitan estar en alerta y en lucha constante por su espacio vital y para ello precisan de un enemigo que mantenga el concepto de patria, de pertenencia y la maquinaria militar e

ideológica bien engrasada. Este sentimiento es tan británico respecto a la India o a África, como alemán respecto a Francia y romano respecto a Cartago. Ese enemigo ha de ser constantemente sometido pero no conviene destruirlo del todo para que las estructuras de la propia nación se mantengan. Fuente explícita sobre la cuestión es, sin duda, Orosio, *Historias*, IV, 9 (ed. Eustaquio Sánchez Salor), Gredos, Madrid, 1982: “ (...) Mientras algunos romanos decidieron que se debía destruir Cartago en pro de la seguridad perpetua de Roma, otros pensaban, sin embargo, que se debía permitir a Cartago permanecer incólume en su estado en pro de la eterna preocupación por los valores romanos, que estaban siempre en función de la sospecha de rivalidad de otra ciudad, para que se esta forma, el vigor romano, alimentado siempre con las guerras, no se relajara con la tranquilidad y el ocio y cayera en una lánguida indolencia”. cf. Salustio, *Guerra de Jugurta*, XLI, 1-2.

Los ingleses habían recibido algunas ideas acerca del mundo romano a través de los ilustrados franceses, especialmente de Montesquieu,⁴ quien concedía una importancia primordial a los aspectos constitucionales y militares de la sociedad romana. La educación de la clase dominante romana era viril y castrense y los británicos mantuvieron hasta el siglo XX estos principios⁵ en sus célebres escuelas y universidades.

La guerra hizo que la ciudadanía romana se extendiese por toda la cuenca mediterránea pero también contribuyó a corromper el concepto prístino de dicha ciudadanía como privilegio. El enriquecimiento de los terratenientes y la afluencia a la península itálica de gran cantidad de bienes de consumo, gracias al orden romano y a las posibilidades del comercio estable, contribuyó a que se forjasen enormes fortunas al margen de la “clase fundadora” del Estado. El inestable equilibrio entre senado, caballeros y ciudadanos se fue deteriorando en favor de la clase rica emergente no patricia. Cuando el espíritu guerrero primigenio, intrínsecamente unido a la figura del soldado-ciudadano, se diluye por la creciente entrada de mercenarios y tropas auxiliares en el ejército romano, Roma se encuentra en las puertas de su decadencia institucional.⁶

⁴Es muy probable que Montesquieu ejerciera en el ámbito histórico e ideológico universitario una mayor influencia que Rousseau. El filohelenismo de la mayoría de los docentes estaba más cerca del fatalismo de gran parte de la historiografía griega sobre la naturaleza humana y su devenir histórico que de los postulados de Rousseau. Ver Tuc., III, 82 y III, 84.

⁵“Gracias a nuestra compostura somos hábiles en la guerra y atinados en nuestras decisiones; lo uno porque el honor es parte importantísima de la moderación y, a su vez, del honor el coraje; atinados en las decisiones porque tenemos una educación demasiado escasa como para despreciar las leyes y una disciplina asaz estricta para desobedecerlas; (...) Tampoco debemos pensar que una persona es muy diferente de otra, pero sí que es más fuerte quien está educado con los principios más rígidos” (Tuc., I, 84, ed. Francisco Romero Cruz, Cátedra, Madrid, 1988).

⁶Momigliano, *Ibid.* Tac., *Agr.* 15, 4; *Ger.* 7, 3-4.

De esta forma, Inglaterra concibe el orden constitucional y la sociedad militar como complementarias e inseparables.⁷ Al mismo tiempo, maneja la creencia de que la extensión del comercio y el imperio de una nación puede ser peligrosa para la misma supervivencia de dicha nación. El principio de exclusivismo de los privilegios inherentes al hecho de ser ciudadano inglés y la no extensión de dichos privilegios a las sociedades colonizadas será una de las fórmulas principales que utilizarán los británicos para conjurar este peligro, presente para ellos desde los primeros tiempos de su conocimiento e interpretación de la historia antigua.

⁷Sabedores de la necesidad de propagación ideológica de esta especial simbiosis, los educadores, poetas y políticos del siglo XIX británico volverán la vista constantemente al principado de Augusto y al de los primeros Antoninos, como perfecto equilibrio de este ideal. La época de Augusto ofrece a autores como Lord Tennyson y hombres públicos como Disraeli, material abundante en cuanto a propaganda literaria se refiere. Virgilio y Horacio son estudiados y profusamente imitados en su aspecto de transmisores de la ideología del principio del Imperio. Ver, especialmente, Hor., *Carm.*, *Liber Tertius*, XIII; XXV; *Liber Quartus*, II, 33-40 y V (ed. Jaume Juan, Bosch, Barcelona, 1987), como obras muy acabadas de propaganda augústea. Los orígenes de los atributos de Augusto como gobernante se buscan en la historiografía griega, estableciendo paralelos, sobre todo con la figura de Pericles como primer ciudadano (Tuc., II, 65) y Augusto, *Princeps* y primer ciudadano, "siglo de Augusto". Se tratará, incluso, de alejar lo más posible la figura de Augusto de la idea de monarquía (D.C., LIII, 16, 7-8). Sin embargo, Augusto acabará convirtiéndose, también, en el paradigma de monarca ideal incluso antes de salir del ámbito de la historiografía romana: es en época adrianea, cuando Arriano establece un retrato de Alejandro, que reúne la *clementia* y la *pietas* del *Princeps* romano (Arr., *Anáb.*, II, 12, 3-8; II, 24, 5; III, 30, 4-5) y resalta incluso acciones de Alejandro que coincidirían exactamente con otras de Augusto, como es la educación de los hijos pequeños de Darío frente a la educación de las hijas de Antonio -incluida la habida de Cleopatra-- por Augusto (Arr., *Anáb.*, III, 22, 5-6).

Durante todo el siglo XVIII, el mundo antiguo, entendido casi exclusivamente como mundo grecorromano, en una vasta generalidad que se va diferenciando con los años, forma parte de la sociedad inglesa en su sentido político, social y educativo. Las fuentes son utilizadas, más que como instrumento de conocimiento de la Antigüedad, como apoyo a sus expectativas vitales y nacionales. El mundo romano es idealizado y desprovisto de sus aspectos reales de cotidianeidad, de forma parecida a como los romanos idealizaron el mundo griego y helenístico en comparación con ellos mismos.⁸

⁸Cic., *Att.*, 2, 1, 8 (ed. José Guillén Cabañero), Akal, Madrid, 1992: "...Catón con la mejor voluntad y con sumo celo, perjudica a veces a la república, porque él procede y habla como si estuviera en la *república* ideal de Platón, no en la sentina de Rómulo." cf. Tácito, *Diálogo sobre los oradores*, 12, 3-5 (ed. J. M. Requejo), Gredos, Madrid, 1999.

El contacto con las fuentes estaba reservado en Inglaterra a las clases burguesas altas, a los eclesiásticos y a los nobles, en definitiva las capas dirigentes. La Sociedad de Aficionados al Estudio de la Antigüedad se componía principalmente de nobles y de pastores anglicanos. Allí se leía a Licofrón, se justificaba el tráfico de esclavos a través de las fuentes romanas y, por otra parte, se apoyaba sentimentalmente el abolicionismo con referencias a versos de Virgilio⁹. Mientras las traducciones se convertían en los *bestsellers* del siglo¹⁰, la Iglesia inglesa reformada utilizaba a Demóstenes¹¹ para formar en la oratoria a sus doctores y los autores de principios del S. XVIII comenzaban a dar a la historia romana una orientación que podríamos llamar “polibiana”, nunca completamente vencida por la interpretación o los descubrimientos posteriores: Roma, después de vencer a la barbarie y la incultura, representada por los cartagineses,¹² unificó bajo su dominio a un disperso y caótico mundo mediterráneo al que llevó los principios de la madurez política, de la virtud social y de la civilización, en una forma de Ilustración en la que veían el trasunto de su propia época.¹³

Por supuesto, este sentimiento no era generalizado. Lewis, como Ranke, desconfiaba de las interpretaciones providencialistas de la historia antigua y dejaba bien

⁹Momigliano 1979, “M. L. Clarke...”, 390-91.

¹⁰La escritora Elizabetha Carter consiguió la muy considerable suma para la época de mil libras esterlinas en derechos, exclusivamente con una versión inglesa de Epícteto.

¹¹Especialmente, las Filípicas influyeron no solo sobre la educación sino sobre el estilo parlamentario de la época al igual que los discursos privados sobre la oratoria de las múltiples celebraciones de las sociedades literarias y las reuniones intelectuales inglesas y norteamericanas.

Ediciones bilingües (griego-inglés) con un marcado carácter tradicional en sus traducciones son Demosthenes, *Olynthiacs, Philippics...* (ed. J. H. Vince M. A.), The Loeb Classical Library, London, 1930 y Demosthenes, *Private Orations* (ed. A. T. Murray), The Loeb Classical Library, London, 1939.

¹²Polib., I, 66-67.

¹³Polib., III, 4, 2-7 (ed. Manuel Balasch Recort), Gredos, Madrid, 1981: “...El progreso y el avance del imperio romano ya había culminado. Además, daba la impresión de que era notoria e ineludible para todos la sumisión a los romanos y la obediencia a sus órdenes. (...) A las acciones mencionadas habría que añadirse un juicio sobre la conducta posterior de los vencedores, sobre cómo gobernaron el mundo, la aceptación y opinión que de su liderazgo tenían los demás pueblos... (...)Es indiscutible que por este estudio nuestros contemporáneos verán si se debe rehuir la dominación romana o, por el contrario, si se debe buscar, y nuestros descendientes comprenderán si el poder romano es digno de elogio y de emulación, o si merece reproches.”

claro la imposibilidad de repetición de los hechos históricos¹⁴ y la variabilidad de los factores de cada sociedad y momento. Sus ideas iban a chocar indefectiblemente con la tendencia alemana mayoritaria, de raíz kantiana y hegeliana, a considerar la historia como una sucesión de estadios por los que cada sociedad se veían casi determinada a pasar.¹⁵

La sociedad inglesa protestante no sólo tuvo una visión unificadora entre su siglo XVIII y el mundo grecorromano antiguo, sino que prácticamente todo lo que había entremedias de estos dos épocas de esplendor era oscuridad. Lutero ya concibió la historia como decadencia a partir del mundo antiguo y Raleigh contribuyó a imbricar profundamente esta visión en la Reforma inglesa. Para Gibbon, en su *History of the Declin and Fall of the Roman Empire*, la barbarie y el cristianismo -- que en la conciencia de los estudiosos ingleses se une tempranamente al pernicioso dominio del Papado sobre la historia continental-- produjeron la decadencia del mundo antiguo, que había encontrado su brillo máximo en época de los Antoninos.

Durante el siglo XIX, la percepción inglesa del Imperio Romano se encuentra más vinculada al colonialismo británico que a los restos de la Ilustración del XVIII y se utiliza conscientemente cualquier indicio de helenización o romanización en los territorios árabes, negros o indios para justificar la presencia occidental y, por extensión, británica en esos lugares. Este discurso no es exclusivo de los grandes imperios coloniales del XIX, como Inglaterra o Francia. De hecho, Mussolini utilizaba referencias semejantes en sus discursos para reivindicar sus apetencias en África.

¹⁴Momigliano 1979, "Lewis...", 262.

¹⁵Posición filosófica que influyó poderosamente en Alemania sobre aspectos no generales o teóricos, sino muy concretos de la interpretación de Roma, como la teoría sustentada por Niebuhr acerca del nacimiento de la historiografía romana a partir del poema épico de tradición oral, al considerar este estudioso que todas las sociedades "primitivas" comenzaban así su trayectoria historiográfica, como comentábamos en las páginas de este trabajo dedicadas a Niebuhr en el bloque de Alemania.

La visión del mundo antiguo que se desarrolla en Inglaterra durante el siglo XVIII y buena parte del XIX es propia de esta nación e intransferible a otros modelos ilustrados o románticos. Por supuesto, los ingleses tuvieron contactos, a través de viajes o de comunicación universitaria, con los grandes estudiosos continentales de la Antigüedad pero no se encuentra una conexión continuada entre el pensamiento inglés y el alemán como sí la hay entre éste y el francés o de ambos con el italiano.¹⁶ Se dan, en cambio, conexiones esporádicas, muy determinadas, como la del platonista Thomas Taylor (1758-1835), autor admirado en los círculos exclusivistas de la universidad de Oxford, con Creuzer y también con las múltiples experiencias relatadas por el viajero D'Hancarville.

Parece claro que, si bien la interpretación británica de la Romanidad y del Helenismo está profundamente condicionada por el carácter protestante de su sociedad y la italiana, por ejemplo, por la secular influencia de la Iglesia Romana, no podemos dividir la Europa ilustrada en países católicos y países reformados porque nos encontraríamos con paradojas como la continuidad entre los presupuestos de países católicos como Francia y protestantes como Alemania y la separación muy evidente entre naciones reformadas como Alemania, Inglaterra y los Países Bajos.

El interés de autores holandeses como Hemsterhuys o Wyttenbach por los griegos que escribían en época imperial romana --Luciano y Plutarco, por citar los más conocidos-- es genuino de ellos y merecería mayor comentario que el que este estudio nos permite. Inglaterra ignoró durante su siglo XVIII y a lo largo de su peculiar Romanticismo a los prosistas griegos y más aún si vivieron en tiempos romanos. Todo su interés se centra en los grandes trágicos como Esquilo y Eurípides, largamente comentados por Parson, Markland y Musgrave. Winckelmann no tiene paralelo en Gran Bretaña y tampoco notable influencia; la cultura enciclopedista de Heyne o Wolf se encuentra muy alejada del universo inglés, más estético que histórico y más literario y social que científico.

¹⁶Momigliano 1979, "M. L. Clarke...", 391.

Inglaterra y más aún Estados Unidos, debido a que sus culturas políticas estaban profundamente volcadas sobre presupuestos constitucionalistas y parlamentarios, dedicaron especial atención al mundo griego anterior a la expansión romana y a la época republicana de Roma. Los británicos contemplaron el florecimiento del Imperio Romano pagano a modo de paradigma de su propia expansión colonial y desdeñaron el Imperio cristiano como símbolo de decadencia de los principios de libertad y constitución y de abuso del cesarismo. En última instancia, las guerras napoleónicas se encontraban detrás de este rechazo del modelo nacionalista, cesarista y vitalmente expansivo que abrazaba Francia y también Alemania¹⁷. Los ingleses, en términos generales, llegaron incluso a lo que podríamos llamar una “helenización” de Roma en su esfuerzo por desmarcarse del camino político del continente.

Momigliano afirmaba que en Gran Bretaña se desconocía casi por completo lo que se estaba haciendo en la universidad de Gottinga y que aquellos libros alemanes que estaban escritos en alemán en vez de en latín no tenían la menor oportunidad de ser leídos en las universidades inglesas.¹⁸ Asimismo, el carácter católico de algunos primeros estudiosos que sirvieron de punto de partida en Italia y Alemania para el conocimiento del mundo etrusco --nos referimos especialmente a Dempster, que enseñó en Italia en el siglo XVII y fue puesto de relieve por Filippo Buonarroti en 1723-- contribuyó al filohelenismo de los ingleses y a lo que antes llamábamos la “helenización” de Roma. Nunca estuvieron prestos a admitir los estudios de etruscología entre sus prioridades, en parte porque no tenían suficientes contactos anteriores con la disciplina y en parte porque la etruscología parecía sospechosamente católica.

¹⁷La interrelación que la cultura inglesa encontró entre el cesarismo del último Imperio romano, la inevitabilidad del proceso histórico planteada por Hegel y la figura de Napoleón Bonaparte se encuentra presente tanto en la historiografía de la primera mitad del S. XIX como en las figuras literarias más relevantes del Romanticismo inglés, como el “Childe Harold” de Byron, representación del aspecto diabólico del cesarismo. Los libros de historia romana franceses, herederos de la revolución y de la era napoleónica plantearon también su propia síntesis de los conceptos de Imperio cristiano y cesarismo moderno. Ver Michelet, *Histoire romaine*, vol. II, Paris, 1876; Boissier, “L’histoire romaine de Michelet”, *Revue de deux mondes*, CXLVI, 1898, 481 ss. y Gundolf, *Caesar in neunzehnten Jahrhundert*, Berlin, 1926.

¹⁸Momigliano 1979, “M. L. Clarke...”, 392.

Nunca debemos olvidar que la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII y buena parte del XIX puede definirse, en lo que a nuestro estudio concierne, como una nación dominada por dos grandes magmas ideológicos: el parlamentarismo y la Iglesia Anglicana y por una manifiesta realidad económica: la revolución industrial.

Las universidades estaban inmersas en un modelo educativo profundamente anglicano en el cual se otorgaba poca importancia al conocimiento de la historia a través de las ciencias y técnicas directas, como la epigrafía y la arqueología y el debate histórico --también los hechos históricos-- se subordinaban y se “retocaban” al servicio del debate religioso. En un mundo en donde el griego y no el latín, indefectiblemente unido a la Iglesia Romana, constituía la lengua culta por excelencia; en una nación en donde la clase dirigente conocía los secretos del griego a menudo con mayor precisión que los de su propia lengua, cualquier intento de desvinculación del mundo romano de sus orígenes “correctamente” paganos y griegos, constituía casi una herejía. La etruscología era una rareza y la Roma cristiana se estudiaba principalmente en el sentido de decadencia que apuntábamos no hace mucho.

Gran parte de los estudios de epigrafía o arqueología romana que se llevaron a cabo en Inglaterra fueron realizados fuera de las aulas de Oxford y de Cambridge. A veces eran las mismas figuras ligadas al ámbito universitario quienes se interesaban por estos métodos pero los estudiaban al margen de sus actividades académicas y habría que añadir que de forma casi clandestina. Gibbon compró por su cuenta los veinte volúmenes de las Memorias de la Academia de Inscripciones, porque era imposible encontrarlos en Oxford. La Sociedad de Aficionados, fundada en 1733 y la Sociedad de Anticuarios, que empezó a funcionar en 1755, constituyeron la reacción en contra de la atmósfera universitaria, enrarecida por la continuada polémica entre saber católico y saber anglicano.

2.2. ANTIGÜEDAD Y CAPITALISMO

Desde los últimos años del siglo XVIII hasta 1830, Inglaterra vive un amplio desarrollo de su monarquía parlamentaria que se adapta paulatinamente, tanto en su legislación como en sus presupuestos ideológicos democráticos, a la nueva situación económica. La banca, el comercio y las “Trade Unions” se convierten en los pilares básicos del crecimiento de la nación. El voto se amplía y se regulariza, de forma que acceden a él un mayor número de varones de diversa extracción social. El constitucionalismo alcanza a las colonias más privilegiadas del imperio y se redactan cartas magnas para Nueva Zelanda y los territorios protegidos del Canadá.

En el final de esta época es donde se enclava la obra de George Grote, un hombre de espíritu progresista, que presentó a su época la Grecia de Demóstenes como cuna de la democracia liberal que estaba llegando a su edad adulta en el capitalismo inglés. El pensamiento sofístico es para él principio del pensamiento político moderno y de la ordenación científica de Occidente. El libro paradigmático de este estado de ideas es su *Historia de Grecia*, escrita entre 1846 y 1856 pero no es el único.

Henry Wallon coincidía con Grote en subordinar toda la expansión política romana a sus orígenes griegos y sustentar la misma idea de Grecia como cuna de lo occidental en su más amplio sentido, aunque a él le interesaban especialmente los aspectos sociales de la herencia democrática¹⁹ y su *Historia de la esclavitud en la Antigüedad*, de 1847, es quizá uno de los pocos libros ingleses escritos acerca de la cuestión esclavista que escapa a la omnipresencia del factor capitalista y comercial británico para beber en las fuentes de la revolución francesa y, muy especialmente, de los movimientos abolicionistas norteamericanos.

¹⁹Cuando se empiezan a perfilar los derechos inalienables del hombre como ser individual a la vez que social, Grecia toma una fuerte importancia en aspectos como el derecho a la privacidad, a la inviolabilidad de la intimidad y del domicilio frente a Roma, a quien se atribuye una omnipresencia del Estado en todos los ámbitos de la vida privada, sobre todo a través de la figura del censor republicano. Ver D.H., XX, 13, 2-3.

Wallon encuentra una discutible relación y continuidad entre los principios abolicionistas norteamericanos y las causas, teóricamente morales, que condujeron al final de la esclavitud en el Imperio romano, cuando el Cristianismo se infiltró en todos los ámbitos de la vida romana.

El estudio de la historia antigua fue objeto de recelo cuando no de animadversión por parte de banqueros, capitalistas e industriales quienes, en general, se mostraban reacios a la sacralización social de la historia y a una creciente influencia católica en los estudios humanistas, debido a los contactos con los estudiosos y universidades de Escocia y de Irlanda, así como a la paulatina introducción de libros extranjeros, especialmente franceses, italianos y alemanes, de escritores católicos o no.

Autores como Lewis eran ampliamente criticados por la vinculación de su pensamiento a las escuelas alemanas y por su relación con historiadores como Niebuhr, considerado en Inglaterra como romántico a ultranza y completamente alejado del metodismo y la consistencia que debía tener un historiador.²⁰

Los defensores de la tecnología, así como los integrantes de movimientos políticos de tendencia socialista, en cuanto hicieron aparición, se mostraron también en contra de la tendencia dominante de alta valoración del mundo griego como inicio de la particularidad occidental, a través de la interpretación platonista del pensamiento.

²⁰Lewis, *Letters*, 1854, p. 228. Ver también Momigliano 1979, "Lewis...", 259-60.

El empirismo debía dominar el progreso humano por encima de la teoría. Inglaterra se había convertido en cuna del progreso material debido a la tecnología nativa de su civilización y en modo alguno a ninguna suerte de herencia griega o platonista. Macaulay hablaba apasionadamente sobre los frutos de la filosofía naturalista de Bacon frente a las inútiles elucubraciones de Platón: “Ningún platonista habría inventado jamás la máquina de vapor, la luz de gas, el telégrafo, el cloroformo o los cientos de cosas que componen la maquinaria del progreso”.²¹

Los llamados socialistas cristianos traspusieron a sus circunstancias tanto los principios de hermandad del cristianismo primigenio como los ideales democráticos de una Antigüedad soñada, en donde la síntesis entre paganismo y cristianismo se hubiese hecho posible.²² Thomas Arnold, entrenador de rugby entre 1827 y 1842, gozó de un considerable prestigio entre los escolares ingleses practicando una mezcla de deporte y predicación a fin de conseguir un verdadero “caballero cristiano de clase obrera”²³ que no olvidara los principios paganos de “mens sana in corpore sano”. Poco después, Hughes, de gran influencia en la pedagogía de su época, escribiría un libro titulado *The Manliness*

²¹Macaulay citado en Altick 1974, 107.

²²Mientras la mayoría de los escritores católicos italianos le reprochaban sus persecuciones contra los cristianos, para muchos de estos británicos, Marco Aurelio, en sus *Meditaciones*, sería un precursor de esta síntesis. Asimismo, los primeros críticos de la pena de muerte quisieron ver ya en algunas fuentes republicanas los antecedentes de su postura. Ver Cic., *Cat., Orat. Quarta*, IV, 7: (...) *alteram C. Caesaris, qui mortis poenam removet (...) intellegit mortem a dis immortalibus non esse supplicii causa constitutam, sed aut necessitatem naturae aut laborum ac miseriarum quietem.* (Ed. Francisco Campos Rodríguez, Gredos, Madrid, 1982). Cf. Cic, *Lig., IV*, 11: *Non habet eam vim ista accusatio ut Q. Ligarius condemnnetur, sed ut necetur. Hoc egit civis Romanus ante te nemo: externi sunt isti mores aut levium Graecorum aut immanium barbarorum.* (Ed. Antonio Fontán Pérez, Gredos, Madrid, 1989).

²³Altick 1974, 143.

of Christ, en el cual Cristo era despojado de muchos de los aspectos judíos que le habían caracterizado en la Iglesia romana y era presentado como el modelo de esta nueva sociedad de atletas cristianos.

En un mundo aparentemente inestable, se produce una alteración esencial entre la forma de entender la vida del siglo XVIII y la del XIX, así como entre la visión de los países que no han entrado todavía de forma plena en la revolución industrial e Inglaterra. Como muy bien hace notar Altick,²⁴ en la época anterior a la industrialización la estabilidad y la satisfacción social y nacional derivaba de mantener a toda costa el “status quo”. Una vez entrados en la era industrial, los británicos encuentran su estabilidad en la absoluta ausencia de cualquier “status quo”, pues el universo cambiante de una sociedad lanzada a la explotación de todas sus posibilidades, en la cual todo fluye y se altera sin límite, en la más pura metáfora heracliteana, es la mejor garantía de supervivencia.

²⁴Altick 1974, 107-8.

3. LA HISTORIOGRAFÍA DE ROMA EN LAS UNIVERSIDADES BRITÁNICAS

3.1. INGLATERRA Y ESCOCIA

En el último tercio del siglo XVIII y, sobre todo, durante el periodo romántico la historiografía antigua en Inglaterra estuvo mediatizada por dos realidades, una académica y la otra política.

Por un lado, las universidades, centros oficiales del saber y de buena parte de la simbología imperial inglesa, estaban absolutamente dominadas por los filólogos en cuanto a lo que se refiere al estudio del mundo clásico. Por otra parte, en la sociedad exterior a las aulas, se vivía una pugna entre los principios románticos y democráticos, defendidos por buena parte de los poetas y escritores, y la cúpula política y económica de Inglaterra que encontraba grandes dificultades en modelar las ideas parlamentarias de una sociedad que las esgrimía tradicionalmente a la realidad de un imperio ultramarino y expansionista y una monarquía rígidamente instituida.

Hacia 1800, con la experiencia de las revoluciones norteamericana y francesa en el horizonte, los historiadores y filólogos alemanes fueron los primeros en establecer analogías entre las guerras napoleónicas sobre Europa y los intentos de aplastamiento de las nacionalidades por parte del Imperio Romano y entre el espectacular crecimiento de la Macedonia de Alejandro y la ascendente estrella de Prusia debido, sobre todo, a la influencia del pensamiento de Droysen.

En Inglaterra tampoco escaparon a disputas dialécticas semejantes. Lord Byron,¹ el joven Macaulay y muchos de los llamados filósofos radicales, dirigieron sus invectivas contra los escritos de historiadores que, como Gillies o Mitford, atacaban la idea de una Grecia democrática y “federal” y defendían el derecho de los principios monárquicos de

¹Ver Lord Byron, *Don Juan*, XII, 19.

gobierno² y un nacionalismo más basado en la expansión y el colonialismo imperial que en la autodeterminación nacional. Para estos escritores y filósofos, Grecia y no Roma en ninguno de sus periodos, constituía el punto referencial y no sólo de sus estudios y obras literarias sino también de sus viajes y realizaciones vitales. Lord Byron no fue el único aunque sí el más famoso de los románticos ingleses que encontraron en la guerra de independencia de Grecia frente a los turcos el símbolo inequívoco de sus aspiraciones: abandonaron Gran Bretaña para luchar en favor de los griegos y en algunos casos, como Lord Byron, murieron allí.

Paradójicamente, Grecia constituyó también en el ámbito universitario el objetivo esencial de estudio e incorporación a la educación de las clases altas inglesas, aunque sería por razones distintas a las esgrimidas por los románticos.

La filología griega se desarrolló en las universidades británicas antes y de forma más completa que la latina. El anglicanismo se hallaba ligado al idioma griego de forma militante, por cuanto el latín constituía la lengua oficial de la Iglesia Romana y el estudio de la filología latina era considerado políticamente sospechoso.

Estudiosos católicos de origen escocés o irlandés eran generalmente los encargados de la filología latina y estos especialistas en pocas ocasiones se encontraban ligados a universidades ajenas a Escocia e Irlanda. Esta situación influyó también sobre los ensayos de contenido histórico, profundamente ligados durante el S. XVIII y aún a lo largo del XIX a los filólogos. De esta forma, el mundo romano siempre ocupó un lugar subordinado en los intereses de las universidades inglesas. Ello no quiere decir que en algunas ocasiones no fueran los mismos filólogos e historiadores universitarios los que publicasen algunas de las traducciones y estudios más importantes sobre el mundo romano pero casi siempre de una forma paralela a su dedicación principal al griego.

Entre los filólogos que prestaron una especial atención a los autores latinos cabe destacar a James Tate (1771-1843), del Sidney Sussex College de Cambridge. Enseñó en

²Momigliano 1979, "Grote...", 217.

la célebre Richmond School entre 1790 y 1833. Poderosamente influido por las ideas de Bentley sobre Horacio, tradujo y propuso una completa ordenación cronológica de la obra del poeta en su libro *Horatius Restitutus*.

John Martyn (1699-1768) es un claro ejemplo de magnífico aficionado a la filología latina, ya que sus enseñanzas oficiales en Cambridge se dirigían a un campo tan ajeno como el de la botánica. Ya en 1741 editó las *Georgicas* de Virgilio y en 1749 las *Bucólicas*. Las ediciones de Martyn constituyeron una referencia durante las restantes décadas del siglo XVIII.³

Entre 1846 y 1848, Thomas Keightley (1789-1872) utilizó todavía la mayor parte del aparato crítico de las ediciones de John Martyn para traducciones y también para sus historias de Grecia y de Roma, obras de divulgación histórica que gozaron de una gran predicamento entre las clases altas y medias inglesas.⁴

Thomas Hewitt Key (1799-1875) enseñó en St. John y en el Trinity, de Cambridge. Había estudiado medicina en Londres y se había dedicado esencialmente a las matemáticas durante una larga estancia en Virginia. Fue, tal vez, el más conocido de los profesores de latín y de gramática latina comparada con la inglesa en el University College de Londres.

En ESCOCIA, no podemos olvidar a James Pillans (1778-1864). Fue rector de la High School de Edinburgo y profesor de humanidades entre 1820 y 1863. Anotó y editó extensas selecciones de fuentes tan esenciales para gramáticos e historiadores como Tácito y Livio.

Hacer que Cicerón se convirtiese en una fuente fiable y de fácil acceso fue obra de A. R. Carson (1780-1850), que también realizó las más perfectas ediciones hasta entonces de Plauto. En estrecha relación con la obra de Carson se encuentra el también escocés

³Sandys 1967, vol. III, p. 429.

⁴Ibid.

William Ramsay (1806-1865), que revisó las ediciones de Plauto y que fue profesor de humanidades en Glasgow durante treinta y cinco años. En su persona se une el filólogo, el historiador y el divulgador de la arqueología. Entre 1841 y 1842 aportó extensos artículos sobre la historia y la arqueología romana al célebre *Diccionario* de William Smith y en 1851, publicó un importante manual de antigüedades romanas.

3.2. IRLANDA

Pese a la enorme influencia de Gran Bretaña sobre la educación superior irlandesa sobre todo durante la segunda mitad del siglo XVIII y, en menor medida a lo largo de la época romántica, en Irlanda, la presencia del catolicismo y la oposición política a la Corona británica y a las élites dominantes anglicanas favoreció la penetración de los estudios sobre Roma y de las traducciones de autores latinos.

No solo en las tertulias de la escasa burguesía irlandesa de origen católico sino incluso en las aulas de las universidades comenzó a observarse, especialmente en las décadas románticas, una desvinculación del ideario educativo inglés, basado en el modelo griego y en la sobriedad protestante. El centro más importante de florecimiento de la filología y la historiografía latinas fue el Trinity College de Dublin. En sus aulas se formaron y también enseñaron filólogos de gran talla como James Henry y Arthur Palmer y filósofos como Henry Ellis Allen. Entre los historiadores propiamente dichos, Connop Thirlwall gozó de una especial relevancia.

James Henry (1796-1876) editó una *Eneida* en cuatro volúmenes (1873-89) que constituyó la obra crítica más extensa e importante del siglo XIX sobre Virgilio. Resumía cuanto se había estudiado sobre las fuentes virgilianas durante todo el Romanticismo.

Arthur Palmer (1841-1897) que, en realidad, no era irlandés sino canadiense pero que se educó y dedicó casi la totalidad de su carrera docente a los centros irlandeses y británicos, cultivó también, sobre todo en Inglaterra, el estudio de los poetas griegos y de la historia ateniense pero se interesó muy especialmente por Ovidio y Horacio y por las comedias de Plauto. Le preocupaba sobre todo la restauración de los textos originales y mantuvo correspondencia, desde su puesto de profesor de latín en el Trinity College de Dublin, con la mayoría de los latinistas de su época.

Gran parte de los textos neoplatónicos y de la oratoria de Cicerón fueron editados y

anotados en Dublin entre 1836 y 1856, por el profesor de latín, orador y filósofo Henry Ellis Allen (1808-1874), quien escribía bajo el nombre latinizado de Henricus Alanus.⁵

Connop Thirlwall (1797-1875) representa en su persona el ideal romántico de la educación clásica. A los cuatro años conocía perfectamente el latín y el griego y tenía más fluidez de lectura en estos idiomas que en su propia lengua. Se educó en Charterhouse, en donde tuvo por compañeros de estudios a Julius Charles Hare y a George Grote. Después, se trasladó a Cambridge y, por fin, al Trinity. Cumplió el peregrinaje romántico de juventud a Roma, en donde tuvo contacto, por vez primera, con la obra de Bunsen. Más tarde, colaboró intensamente con Hare en la traducción al inglés de la obra histórica sobre Roma de Niebuhr. En 1834, Lord Melbourne, él mismo un ejemplo de vida y de política clásica, le nombró rector del Kirby Underdale, en Yorkshire, puesto en el que permaneció hasta 1840 en que se trasladó a St David hasta su muerte. Junto a su amigo Hare fundó la publicación *Philological Museum*, en donde aparecieron la mayoría de sus ensayos históricos y filológicos. Entre 1835 y 1844, escribió su monumental *History of Greece*, una de las obras de más perfecto estilo del siglo XIX.⁶

⁵Puede verse en los números de *Church of England Quarterly Review*, corespondientes al año 1838.

⁶Sandys 1967, vol. III, p. 437.

4. LA IMPRONTA DE GIBBON

En el cambio del siglo XVIII al XIX, la obra *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Gibbon, con su racionalismo ilustrado pero también con su enorme carga de fresco histórico reconstruido, preludia el Romanticismo y las grandes sagas de la literatura histórica inglesa.

Al igual que los hombres del “Sturm und Drang” alemán, Edward Gibbon (1737-1794)¹ buscó en la peregrinación a Roma el contexto inspirador de su obra y describió tal

¹La obra esencial de Gibbon para el tema que nos interesa es, como apuntábamos al inicio de este capítulo, E. Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, London, 1933 y un buen complemento a la misma lo constituyen *The letters of Edward Gibbon* (J. E. Norton, ed.), London, 1956, 3 vols. y G. R. de Beer; G. A. Bonnar y L. Junod (ed), *Miscellanea Gibboniana*, Lausanne, 1952. Para acercarse a la vida y la obra de Gibbon sigue siendo de gran utilidad la clásica biografía de D. M. Low, *Edward Gibbon, 1737-1794*, London, 1937 y el libro de P. Fuglum, *E. G. His view of life and conception of history*, Oslo, 1953. Datos sintéticos pueden consultarse en R. Pfeiffer, *History of classical scholarship*, Oxford, 1989; J. E. Sandys, *A history of classical scholarship*, N. Y. and London, 1967; J. M. Levine, *Humanism and history: origins of modern english historiography*, London, 1987; M. L. Clarke, *Greek Studies in England, 1700-1830*, Cambridge, 1945 y Ch. Dawson, “Edward Gibbon”, *Dynamics of World History*, 1957. Una amplia bibliografía, hasta mediados de los ochenta, sobre la docencia de la historia y la filología antigua en Inglaterra en el siglo XIX, en la que se encuentran bastantes estudios sobre la influencia de Gibbon es la de W. M. Calder, *An introductory bibliography to the history of classical scholarship chiefly in the XIXth and XXth*, Oxford, 1989. Los problemas historiográficos derivados de la herencia de Gibbon, sobre todo en relación con la irrupción en el método de las premisas marxistas, han llenado buena parte del s. XX. Al respecto, son de especial interés el artículo de G. Bravo, “Revolución y ‘Spätantike’ . Problemas del Método en el Análisis Histórico de la Sociedad Tardorromana”, *Zephyrus*, XXVI-XXVII, 1976, pp. 443-54 y la obra de K. Christ, *Von Gibbon zu Rostovtzeff: Leben und Werk führender Althistoriker der Neuzeit*, Darmstadt, 1972. Sobre la visión del propio Christ es relevante el artículo de A. Momigliano, “Karl Christ, Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft, 1982”, *American Historical Review*, 89, 1984, pp. 106-8; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 407-9 y el punto de vista de Momigliano sobre la figura de Gibbon se encuentra en A. Momigliano, “Gibbon’s Contribution to Historical Method”, *Historia*, 2, 1954, pp. 450-63; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 195-211 y A. Momigliano, “Note marginali di Storia della Filologia Classica: 1. Il contributo dell’ autobiografia alla valutazione del Gibbon”, *Rivista Storica Italiana*, 5, vol. 2, 1937, fasc. 4, pp. 70-8; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 378-87. Sobre la interrelación de Gibbon con su época y la influencia de su propia cultura en su pensamiento es muy interesante el conocido estudio de G. E. Giarrizzo, *E. Gibbon e la cultura europea del Settecento*, Napoli, 1954 y sobre los aspectos más políticos de su obra, el artículo de P. Bahners, “Wenig glorreiche Revolutionen: Staatsstreich und Staatsphilosophie bei Edward Gibbon”, *Festschrift K. Christ*, 1998, pp. 19-40. Por fin, en la actualidad, Gibbon y su conciencia del mundo romano en múltiples temas y aspectos no ha dejado de producir polémica y, por tanto, bibliografía. Baste reseñar lo más esencial a nuestro parecer: J. G. A. Pocock, *Barbarism and religion, vol I: The enlightenment of Edward Gibbon, 1737-1764*, N. Y., 1999; M. Chambers, “The reception of Gibbon in the New World”, *Festschrift K. Christ*, 1998, pp. 83-92; *Études Edward Gibbon and empire* (R. McKitterick and R. Quinault, ed.), Cambridge Univ. Press, N. Y., 1997; J. B. Barnish, “Casiódorus, Gibbon and Rome’s stupendous fabrics”, *LCM*, 1994, 19 (5-6), pp. 84-92, sobre su visión del declive de Roma; B. Baldwin, “Gibbon and Livy: history of a reading”, *Aclass*, 38, 1995, pp. 92-3; P. Cartledge, “Vindicating Gibbon’s Good Faith”, *Hermathena*, 158, 1995, pp. 133-147; Chr. Kelly, “A gran tour: Reading Gibbon’s ‘Decline and Fall’ ”, *G & R*, 44.1, 1997, pp. 39-58; R. Hamilton, “Notes Toward the Nachleben of the ‘Historian of Rome’: Gibbon at Bloomsbury”, *CML*, 14.3, 1994, pp. 207-239 y *Imperium Romanum: Studien zur Geschichte und Rezeption: Festschrift für Karl Christ zum 75. Geburtstag* (hrsg. Von P. Kneissl und V. Losemann), Stuttgart, 1998.

impulso a la manera romántica: el 15 de octubre de 1764, junto a las ruinas del Capitolio, sintió el imperativo de escribir la historia del declive y la caída del Imperio Romano.²

Gibbon representa una fusión entre el mundo de los historiadores filósofos y el de los anticuarios eruditos irrepetible. La vieja polémica entre los estudiosos del “Método”, los herederos del Enciclopedismo francés y los eruditos epigrafistas se resuelve en él de forma natural. Su historia de Roma debe mucho, sin duda, a D’Alambert, Voltaire y Montesquieu pero también a Bayle, a Leclerc y a Leibniz. El historiador que a menudo ha sido citado como modelo de escritor filósofo, incluso de escritor “artista” dentro del contexto de los pensadores ingleses educados en modelos clásicos, no dudaba lamentar que el ambiente de París, cuando él lo conoció, fuese extremadamente hostil a los estudios epigráficos y que el panorama en Inglaterra no fuera excesivamente mejor: “El estudio de las lenguas de Grecia y de Roma ha sido abandonado en esta era filosófica”, dijo.³

Combinando, de forma a menudo inconsciente, la filosofía y la erudición, Gibbon llevó hasta el siglo XIX inglés la dispersa y amplia herencia del siglo XVIII continental.⁴ En Gibbon, por otra parte, se diluyen en favor del análisis de causas internas dos conceptos hasta entonces intrínsecamente ligados a la historiografía sobre Roma: la idea de la caída del Imperio a causa del acoso y ataque continuo de sus enemigos exteriores⁵ y la noción filosófica de sustitución de las civilizaciones en virtud al plan providencialista

²Gibbon, *Decline...*, 160. “It was at Rome, on the 15th of October, 1764, as I sat musing amidst the ruins of the Capitol, while the barefooted friars were singing vespers in the Temple of Jupiter, that the idea of writing the decline and fall of the city first started to my mind”.

³Gibbon citado en Momigliano 1979, “Gibbon’s...”, 196-7.

⁴Momigliano 1979, “Gibbon’s...”, 211.

⁵Bravo 1976, “Revolución...”, 447.

de raíz divina, heredada de la historiografía alemana de raíz hegeliana.

La obra de Gibbon es esencial a la hora de comprender cómo se han desarrollado algunos aspectos de la historiografía hasta nuestros días. Son especialmente deudores de su contribución los autores dedicados al estudio de la romanización en Gran Bretaña y de las culturas autóctonas de Inglaterra, Escocia e Irlanda, casi todos ellos historiadores británicos. El extremo clasicismo de la personalidad de Gibbon, que vertió en sus escritos, ha influido durante decenios en una consideración a menudo excesiva del papel de Roma en las islas, una sobrevaloración del interés de los romanos por la conquista y una infravaloración y desconocimiento de las culturas indígenas.

Aunque en el siglo XX la pregunta de si los romanos estaban realmente interesados en incorporar de alguna forma las islas británicas al Imperio está latente en casi todos los autores, la idea de una cultura clásica superior, únicamente válida y únicamente valorada, intentando sobreponerse a unos individuos tan poco civilizados que sólo los irlandeses podían ser peores que ellos, está genuinamente presente en la historiografía manejada por los ingleses contemporáneos.⁶

Tanto Gibbon como los autores modernos han utilizado y diseccionado intensamente las pocas fuentes latinas que hablan de los britanos y de la presencia romana en las islas. El *Agrícola* de Tácito se encuentra a la cabeza de estas fuentes. De él se ha pretendido obtener, supuestamente, hasta la procedencia racial de ingleses y escoceses. Tácito infería los orígenes germanos de los escoceses del hecho de que tenían, en su mayoría, el cabello rojizo.⁷ Estas teorías conservaron un fuerte peso en el siglo XX, por ejemplo, cuando los nacionalsocialistas de Hitler intentaban no enfrentarse con Inglaterra promocionando la noción de una hipotética hermandad aria de ambas naciones, noción

⁶Ver, por ejemplo, Balsdon 1979, 66.

⁷Tac., *Agr.*, 11, 2. Ver también Juv., 13, 164; Manil., 4, 715; Sen., *De ira*, 3, 26, 3, sobre germanos y Diod., 5, 28, 1 sobre galos. En Balsdon 1979, 215, se encuentra también claramente recogida esta idea de Tácito.

que no era rechazada en absoluto por los ingleses partidarios del no intervencionismo.

Tácito, sin embargo, también vertió en la historiografía inglesa la idea de degeneración de la cultura indígena por obra de la superposición romana. Después de la llegada de Roma a cualquier territorio poblado por bárbaros, Tácito consideraba que se producían dos estadios de sujeción. El primero era una fórmula de obediencia (*obsequium*) en la cual podían conservarse las formas de vida de la población y lo que él llamaba las buenas cualidades naturales de los bárbaros. El segundo era un proceso impuesto por Roma (*servitium*), durante el cual los pueblos se romanizaban adquiriendo todas las lacras sociales de una civilización vieja y maleada. Los galos pasaron al segundo estadio más deprisa que los britanos y los britanos del sur de la isla antes que los escoceses e irlandeses, que quedaron preservados en mayor medida. Esta fue la consecuencia de la llegada de la “*longa pax*” romana a territorios acostumbrados a la guerra incluso entre tribus cercanas. El “*otium*” y la sensación de seguridad significaron el final de muchas de estas culturas ancestrales.⁸

Especialmente caros a la mentalidad universitaria inglesa de finales del XVIII y comienzos del XIX fueron los pasajes de Tácito en que habla de la enseñanza del latín a los jóvenes britanos bajo el gobierno de Agrícola. La posibilidad de interpretar las palabras de Tácito en el sentido de una auténtica política de escuelas en Galia y en las islas y de asentar, de esta forma, la tradición británica de educación en los clásicos en tiempos tan tempranos e inaugurada por los mismos herederos de la cultura griega, los romanos, era especialmente grata a su mundo figurativo. De esta fuente y de algunos escasos fragmentos latinos más podía inferirse, con buena voluntad, que no sólo el latín sino también el griego llegó a enseñarse de forma reglada en la actual zona de York.⁹

⁸Tac., *Agr.*, 11, 4 - 5; 13, 1; 21, 3.
Balsdon 1979, 166.

⁹Tac., *Agr.*, 21, 2.
Juv., 15, III.

Gibbon dedica gran parte del volumen primero de su *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* a trazar una imagen bastante acabada de la presencia de Agrícola en las islas y de cómo se desarrollaron los contactos con los indígenas durante la época de los Antoninos. Sus numerosas alusiones a los acontecimientos de la Galia establecen, de forma casi constante, una comparación entre ambas conquistas.¹⁰ Los grupos que él llama los “bárbaros celtas” serían los responsables de la población y civilización indígena, tanto de las islas como de la Galia conquistada por César y las naciones medievales habrían surgido, en ambas zonas, de las mismas instituciones tribales de los celtas, incluida la división estamental de la sociedad feudal.

De esta forma y, siguiendo la crónica de Froissart,¹¹ los campesinos sublevados en Francia y en Inglaterra en el siglo XIV serían en todo semejantes a los bagaudas galos que Maximiano exterminó en el 287 d.C. En estos bagaudas ya habitaría el germen del sistema feudal y aún antes, pues cuando César sojuzgó la Galia, estaba ya aquella sociedad --que Gibbon no duda en calificar de “grandiosa nación”, con la carga ideológica y política que el término representa en la Europa de las revoluciones-- dividida en los estamentos de clero, nobleza y plebe. La servidumbre habría nacido del desamparo de la plebe frente a la fuerza del clero y las armas de la nobleza. La plebe habría buscado, cada vez en mayor medida, la protección de algún caudillo poderoso. La sujeción, en principio, habría revestido un carácter semejante al de la clientela romana, degenerando después, indefectiblemente, en un señorío absoluto y en una sociedad esclavista.¹²

La frontera de la provincia romana en las islas en época de los Antoninos estaría situada frente a las modernas ciudades escocesas de Glasgow y Edimburgo, zona en que se extendió la muralla de Antonino. Al norte de ella, los caledonios habrían seguido defendiendo ferozmente una independencia que Gibbon no atribuye a estructuras

¹⁰Gibbon 1984, vol. I, capítulos I-XIII.

¹¹Froissart, vol. I, c. 182, II, 73 y 79.

¹²Gibbon 1984, vol. I, XIII, 378.

nacionalistas desarrolladas sino al primitivismo de sus habitantes y a la dureza del clima, que tampoco haría demasiado atractiva la conquista para ninguna civilización externa.¹³

¹³Gibbon 1984, vol. I, I, 22: “Los caledonios siguieron conservando el extremo septentrional de la isla, su desaforada independencia, que estribaba no menos en sus escaseces que en su denuedo. Rechazáronse con repetidos escarmientos sus correrías, más nunca vino a quedar el país sojuzgado. Los dueños de climas amenos y colmados daban con menosprecio la espalda a serranías lóbregas azotadas por aguaceros tempestuosos, a lagos encapotados con cerrazón pardusca, y a unos yermos helados y yertos sobre los cuales huían acosadas las alimañas del bosque por una cuadrilla de bárbaros desnudos”.

Siguiendo algunas ideas sólo esbozadas en las escasas fuentes, sobre todo en Aurelio Victor y en Eutropio, Gibbon relata la momentánea pérdida de Bretaña, en el 287 d.C., poco menos que como una tragedia para el Imperio. Los “ventajosos fondeaderos”, a buen seguro menos visitados por la flota de altura romana de lo que Gibbon imagina y “el suelo pingüe”, sobre el que se ejercieron los métodos de cultivo romano en poca medida, habrían hecho que Roma lamentase severamente su menoscabo territorial¹⁴ y se sintiese de enhorabuena al recuperarla en el 296 d.C.

Al narrar la llegada de Constancio a Bretaña, Gibbon nos presenta un cuadro de alegría generalizada de la población indígena, aparentemente muy romanizada, que no pudo por menos que parecer sospechoso a las mentalidades posteriores a 1787, máxime cuando, de nuevo, pone de manifiesto un resentimiento hacia los escoceses y los irlandeses que más parece responder a la mentalidad del S. XVIII que a los problemas reales que sus correrías pudieran causar en el siglo III de nuestra era.¹⁵

La noción de las ideas directrices, arraigada en la mentalidad ilustrada francesa, que tanta influencia tendrá sobre los británicos del último tercio del siglo XVIII y que también se manifiesta en el pensamiento providencialista alemán, de corte hegeliano, encuentra en Gibbon uno de sus máximos exponentes: existen una serie de ideas históricas y vitales comunes a todas las civilizaciones, en las cuales se sustenta el devenir histórico de los pueblos y que aparecen, una y otra vez, en el concepto que cada nación

¹⁴Gibbon 1984, vol. I, XIII, 379.

¹⁵Gibbon 1984, vol. I, XIII, 381: “... Y al asomar Constancio por las playas de Kent, corre el gentío desaladamente, le vitorea en coro, y las prendas del conquistador nos inclinan a creer que todos se regocijaron con una revolución que, tras una separación de diez años, reincorporó la Bretaña con el Imperio Romano. Sólo tenía que temer la Bretaña enemigos internos, pues con gobernadores leales y tropas disciplinadas, las correrías de los montaraces desnudos de Escocia e Irlanda leve era la mella que le pudieran causar contra su resguardo”.

construye de su propia identidad: el honor, el patriotismo o virtud pública y la religión son algunas de los más evidentes, y no siempre se evidencian de forma simultánea en la concepción que los contemporáneos tienen de su momento histórico; a veces, unas ideas directrices sustituyen a otras, imposibles de sustentar, para seguir manteniendo la perdurabilidad del grupo:

“La virtud pública, que los antiguos llamaron patriotismo, nace del entrañable concepto con que ciframos nuestro sumo interés en el arraigo y prosperidad del gobierno libre que nos cupo. Este despertador incesante del incontrolable denuedo de las legiones republicanas alcanzaba ya escasamente a mover el ánimo en los sirvientes mercenarios de un déspota; y se hizo forzoso acudir a aquella quiebra con otros impulsos de igual trascendencia, a saber, el honor y la religión”.¹⁶

La influencia francesa y, en general, de los conceptos políticos del despotismo ilustrado se manifiestan en Gibbon, también, a través de la tensión constante entre la asunción consciente de los principios capitalistas parlamentarios, propios de los inicios de la revolución industrial inglesa, y la vuelta a una especie de simbiosis con las ideas de la monarquía absoluta de corte humanista del iluminismo ilustrado cuyos caracteres, a menudo, traslada a los emperadores romanos que gozaban de una mayor estima tradicional:

“El verdadero interés de un monarca absoluto suele hermanarse con el de su pueblo. Su número, riqueza, arreglo y seguridad son los principales y únicos cimientos de la mayor grandeza, y cuando está destituido de toda virtud, la cordura haría sus veces y le iría delineando el mismo rumbo. Conceptuaba Severo como propiedad suya el imperio romano, y no bien tuvo afianzada su posesión, trató de mejorar y beneficiar tan envidiable triunfo. Leyes acertadas y cumplidas con entereza reprimieron pronto los muchos abusos que desde la muerte de Marco

¹⁶Gibbon 1984, vol. I, I, 25.

estaban emponzoñando todas las ramas del gobierno”.¹⁷

¹⁷Gibbon 1984, vol. I, V, 142. Es interesante observar cómo, inminente el romanticismo y las revoluciones burguesas, Gibbon obvia aquellos aspectos de la asunción de la monarquía en el final de la república romana, que los revolucionarios norteamericanos consideraron como precedentes de las monarquías parlamentarias europeas, insuficientes para ellos pero, paradójicamente, preferibles al iluminismo, aunque éste fuera su inspiración en otros aspectos: “Para mi gusto, en ese Estado debe haber cierta supremacía del elemento regio y que otro tanto sea concedido al prestigio y autoridad de los más eminentes; y que ciertos asuntos, por fin, se reserven al criterio y voluntad de la multitud” (Cic., *Rep.* I, XLV, 69, ed. Juan María Núñez Gonzalez, Akal, Madrid, 1989).

La tensión entre la Inglaterra reformada y el Papado se encuentra presente en Gibbon con intensidad. Quizá en ningún autor continental o inglés se aprecia una animadversión más patente hacia las formas y costumbres que el culto cristiano fue adoptando en los últimos tiempos del Imperio occidental y en toda la zona oriental del mundo romano. Aunque existe cierta condescendencia hacia San Agustín, San Pablo o Sinesio, el cristianismo primitivo, cada vez más dependiente, en teoría, del obispo de Roma y, en realidad, cada vez más incontrolable y herético, se contempla en conjunto como una doctrina cruel y sectaria y episodios como la muerte de la sabia pagana Hypatia a manos de fanáticos cristianos se convierten para Gibbon y la mayoría de los ingleses en el símbolo de la destrucción de lo mejor de la filosofía y la ciencia paganas de raíz helénica por las hordas cristianas, oscurantistas e ignorantes.¹⁸

Estos paradigmas, de gran fuerza popular, ilustran una polémica más honda de la filosofía y la teología inglesas del siglo XVIII: la relación y las diferencias entre platonismo y cristianismo. Mientras los escritores católicos, en el continente y en Escocia e Irlanda tienden a poner de relieve la ausencia de una ruptura absoluta entre las ideas platónicas y la Revelación y resaltan la influencia platónica sobre autores como Agustín y después Santo Tomás, los ingleses y Gibbon en especial, que querría ver conciliadas razón y fe, evidencia, sin embargo, la existencia de una clara cesura entre platonismo y cristianismo, cesura que estaría representada por el “logos”, imposible de incorporar a la filosofía de la Revelación.

La Verdad revelada es una norma de fe y su aceptación condición sin la cual no puede existir la Salvación. Por lo tanto, en el cristianismo no hay cabida para la libertad de investigación que las antiguas filosofías, incluido el platonismo, consideraban el instrumento imprescindible del conocimiento.¹⁹

¹⁸Ver García Gual 1995, *La Antigüedad...*, p. 141.

¹⁹Falco 1988, *La Polemica...*, 263.

La omnipresencia de la Revelación en la conciencia individual del cristiano acabaría impregnando irremisiblemente el Estado y el gobierno formado por fieles y la Iglesia terminaría por ser el instrumento esencial de ese Estado. La Iglesia, dentro de la República habría devenido, irremisiblemente, un organismo político de enorme potencia y aquí residiría la causa final del triunfo del cristianismo. Se conformaría así un Estado confesional opuesto a cualquier fórmula institucional diferente, que quisiera prescindir de la Verdad revelada y secularizarse. Esta situación sería especialmente patente en la formación de la Inglaterra moderna y en la definitiva separación de la Iglesia anglicana de Roma.²⁰

Gibbon tiende también a desmentir el panorama de un ejército de mártires cristianos y a contemplar con enorme suspicacia las fuentes que hablan de gran cantidad de milagros durante los siglos II y III. La propia polémica entre cristianos y paganos en los primeros siglos le sirve de apoyo y utiliza intencionadamente fuentes y episodios en las que ésta se manifieste, como el reto lanzado a Teofilo de Antioquía por parte de un amigo griego prometiéndole convertirse en el momento en que conociera a una sola persona que hubiese sido realmente resucitada de la muerte.²¹

La sociedad ilustrada inglesa era, en términos generales, profundamente antisemita y en la concepción de la civilización hebraica que plantea Gibbon se encuentran presentes estos prejuicios, sobre todo en cuanto se refiere a la religión que, según él, contendría prescripciones repugnantes al espíritu occidental y habría mediatizado el desarrollo espiritual de la nación hebrea al separarla celosamente del sincretismo con otras religiones

²⁰Sobre el deísmo de Gibbon y acerca de la naciente Iglesia Cristiana que llega a convertirse en lo que él denomina “república cristiana”, ver Falco 1988, *La polémica...*, pp. 245-6.

²¹Falco 1988, 244-5.

y culturas.²²

En el centro de esta amalgama de ideas y polémicas podría decirse, en resumen del pensamiento gibboniano, que incorpora dos ideales claros: la defensa de la Iglesia primitiva, antes de que se constituyese en organismo político, en Papado, en definitiva, como paradigma del más perfecto sistema moral conocido y, por otra parte, el mundo clásico previo a la conquista romana, como símbolo de una civilización basada en la libre especulación del pensamiento y en la contemplación de la belleza. Su profundo deísmo, de ética reformista, contempla en el protestantismo la voluntad de liberación del cristianismo de toda la manipulación y corrupción de los siglos medievales y de la Iglesia de Roma, que habrían separado estos dos ideales que debieron caminar unidos a través de la historia europea.

El final de estos siglos de panorama desolador vendría a estar representado, en tierras católicas, por el Renacimiento pero éste sería esencialmente un movimiento literario y de civilización dejando a la Reforma, según Gibbon, el papel de la renovación filosófica y moral de Occidente.

²²Ver Falco 1988, 240 para el antisemitismo gibboniano y 245-6 para los prejuicios anticatólicos.

“Antes del resurgimiento de la literatura clásica, los bárbaros en Europa se hallaban inmersos en la ignorancia y sus lenguas vulgares adolecían de la pobreza de sus costumbres. Los estudiosos de los más perfectos idiomas de Roma y de Grecia se introdujeron en un nuevo mundo de luz y de ciencia, en la sociedad de las libres y civilizadas naciones de la Antigüedad, en las costumbres diarias de aquellos hombres inmortales que hablaban el sublime lenguaje de la elocuencia y de la razón. Así fue como se establecieron las premisas que hicieron posible el milagro de la nueva civilización occidental”.²³

²³Gibbon citado en Falco 1988, *La polémica...*, 295.

5. EL UNIVERSO ROMANO EN LA LITERATURA ROMÁNTICA INGLESA

5.1. DE WALTER SCOTT A PATER

Cuando la literatura inglesa se introduce en el mundo romano pagano, su antecedente natural y su esencial referente no son las fuentes y tampoco los libros de los filólogos e historiadores, no al menos como componente principal. Shakespeare tiene todos los triunfos en la mano a la hora de competir con los clásicos propiamente dichos. El mundo romano transmitido por Shakespeare, un universo irreal en términos históricos pero genialmente coherente en sí mismo, es de tal potencia en la literatura inglesa y aún universal que muy pocos han podido escapar a su influencia hasta la actualidad. Decenas de personajes configuran la Roma y el Oriente de Shakespeare pero cinco caracteres humanos centran y resumen lo mejor de lo dicho por Shakespeare en cuanto a Roma: Julio César, el genio cuyo encanto y grandeza es solo comparable a su peligrosidad; Bruto, su antagonista, la virtud llevada hasta el extremo de la implacabilidad¹; Augusto,² astuto, cruel pero el único que lleva en sí el germen del triunfo y del futuro; Marco Antonio, una fuerza de la naturaleza y al mismo tiempo un espíritu mucho más

¹La virtud de Bruto y el ideal republicano unido a su nombre son un mito esencialmente romántico del que ya hemos hablado más extensamente al referirnos a la Alemania enfrentada y al mismo tiempo fascinada por Napoleón y al tratar la figura del compositor Beethoven y sin embargo es un tema recurrente que nos seguirá dando motivo de reflexión tanto al hablar de literatura inglesa como de aspectos más ideológicos y políticos como la constitución de la república norteamericana. Pese a ser esencialmente una invención romántica, tiene sus antecedentes en Plutarco y en algunos pasajes menos conocidos como varias cartas de Cicerón (*Ad Brut.*, 2, 5 (7), *Ad Brut.*, 1, 2 y *Ad Brut.*, 1, 3), Tácito, *Diálogo sobre los oradores*, 25, 6-7 y encuentra su máxima expresión prerromántica en el magnífico personaje shakesperiano.

Una versión mucho más escéptica pero de enorme relevancia puede encontrarse en Apiano, *Hist., Guerras civiles*, II, 112. La influencia de los discursos de Bruto y de Antonio (Ap. II, 137; Ap. II, 144-146) sobre los célebres del *Julio César* de Shakespeare, incluso sobre el movimiento escénico con el que tradicionalmente se han representado hasta llegar a la versión cinematográfica de Joseph L. Mankewicz, no parece en absoluto casual.

²Las fuentes a favor de Augusto son tantas y tan extensas en la historiografía latina que Shakespeare tuvo que leer entre líneas las pocas que estuvieron a su alcance y, sin duda, poner a concurso lo mejor de su equilibrio e imaginación para ofrecernos un Augusto mucho más humano e imperfecto que, si bien tiene algunos antecedentes clásicos (véase por ej. Cic., *Att.* 15, 4) constituye, al igual que Bruto, una creación romántica basada en Shakespeare que extiende su influencia al menos hasta el final de la segunda guerra mundial: es interesante comprobar cuánto del despiadado y al tiempo impenetrable, sensible y sorprendente Augusto Shakesperiano resta en novelas esenciales del siglo XX como *La muerte de Virgilio* del alemán Hermann Broch.

complicado de lo que han sido capaces de transmitir las escasas y mediatizadas fuentes³ y finalmente Cleopatra, cuya mejor definición es el enigma.

No hay la menor duda de que, sin Shakespeare, Julio César sería para nosotros menos digno, Bruto sería más despreciable, Augusto más grande, Antonio más grosero y Cleopatra no tan misteriosa. La aquiescencia o la rebelión hacia esta visión llena las páginas de los literatos británicos y americanos, desde Walter Scott a Pater y Bernard Shaw y desde Walt Whitman a Lewis Wallace.

En el siglo XIX propiamente dicho se produce una curiosa reacción doble ante el ideal de mundo grecolatino transmitido hasta entonces por eruditos e ilustrados. Por una parte, el Romanticismo renuncia en gran medida a los temas clásicos en su literatura: el máximo exponente de esta tendencia es Walter Scott (1771-1832), de perdurable influencia sobre el Romanticismo continental. Scott se aparta de la temática antigua y recupera los mitos de Escocia en sus novelas *Waverley* (1814), *Old Mortality* (1816), *Rob Roy* (1818), *Quentin Durward* (1823) y *Redgauntlet* (1824). Todas ellas poseen un fuerte contenido nacionalista, al tiempo que son empleadas para reinventar una Edad Media tan idealizada como el mundo griego y romano del que se alimentan algunos de sus contemporáneos. Los caracteres clásicos de tradición shakesperiana, sin embargo, subyacen en muchos de sus personajes medievales. Por otro lado, los autores que sí ambientan sus obras en la Antigüedad aportan su parte de reacción anticlásica subconsciente romantizando profundamente el mundo griego y, sobre todo, el romano de

³Si bien es casi seguro que Shakespeare conocía la semblanza de Marco Antonio que trazó Plutarco y muchos de los rasgos del personaje nos recuerdan las apreciaciones del biógrafo clásico, el Antonio de Shakespeare sobrepasa en detalles y profundidad a todo lo transmitido por Plutarco y por las escasas referencias posteriores a la “*damnatio memoriae*” sufrida por el Antonio histórico. Asimismo se separa, en nuestra opinión, radicalmente, del personaje transmitido por las negativas referencias ciceronianas. Para otra versión, especialmente negativa de Marco Antonio, bajo el principado de Adriano y a pesar del filohelenismo, casi orientalismo, que se infiltra ya claramente en la cultura de las clases privilegiadas, ver Flor., II, XX-XXI.

los inicios del Cristianismo. Para ello, tanto Shakespeare como la época isabelina en sí y el creciente éxito de la literatura de Walter Scott les aportan los elementos esenciales.

A esta romantización del mundo antiguo no escapan --como hemos visto tanto en el caso alemán como en el inglés-- los filólogos y profesores universitarios pero esencialmente impregna la literatura, la poesía, la correspondencia y los diarios, pinturas y dibujos de viajes, materiales favoritos de las reuniones musicales y tertulias de la burguesía culta inglesa.⁴

La percepción literaria inglesa es esencialmente una recreación plástica. La cultura material de Grecia y de Roma, su arquitectura, su escultura son los referentes insustituibles de su idea del mundo antiguo. Desde la contemplación de estas maravillas, es fácil para ellos hablar apasionadamente de una especie de raza de superhombres, representantes de una edad de oro de la humanidad irrepetible. Los restos de esta civilización coexisten en poco conflicto con el cristianismo ascendente del mundo latino en una amalgama impenetrable y a veces irritante para el pensamiento contemporáneo.

Entre las obras características de este periodo debemos recordar:

Valerius. A Roman Story (1821), de J. G. Lockart.

The Epicurean (1827), de Th. Moore, que pone de manifiesto por vez primera la fascinación británica por el epicureísmo en contra de la mala imagen que rodea a esta filosofía en el mundo católico. Esta temática, como comentaremos, tendrá un exponente más perdurable y de mayor calidad en *Marius, the Epicurean* (1885) de Walter Pater.

Las tragedias de Herculano y Pompeya y sus excavaciones inspiraron considerablemente la imaginación romántica. La novela por excelencia de cuantas se

⁴Lady Mary Wortley Montagu, *Cartas*, en García Gual, C. *La Antigüedad novelada*, Barcelona, 1995, p. 61: “Es imposible imaginar algo más agradable que haber podido realizar este viaje hace dos mil o tres mil años, cuando, tras tomar una taza de té con Safo, podría haber acudido esa misma tarde a visitar el templo de Homero en Ceos, e ir trazando planos de los magníficos templos, delineando las maravillas escultóricas o conversando con los más educados y galantes hombres de toda la raza humana”.

escribieron sobre este tema fue *The last Days of Pompeii* (1835) del inglés Edward Bulwer-Lytton (1803-1883).

El coqueteo romántico con el paganismo como fórmula vital conoció uno de sus títulos más populares en el siglo XIX de mano de W. S. Landor, que publicó en 1836 *Pericles and Aspasia*.

Charles Kingsley publicó en Londres, en 1853, *Hypatia or New Foes with an Old Face*, que fue uno de los pocos títulos traducidos al español con cierta rapidez. La versión castellana se puso a la venta en 1857, editada por la Librería de Salvador Sánchez Rubio de Madrid.

El ejemplo de novela católica más importante del siglo diecinueve inglés fue, sin lugar a dudas, *Fabiola*, una recreación del mundo de las catacumbas sin concesiones para los enemigos del cristianismo ascendente, escrita por el prelado de Westminster, N. P. S. Wiseman, en 1854.

J. H. Newman, que fue cabeza del llamado “movimiento de Oxford” y era un erudito de gran prestigio universitario, sobre todo por su estudio en torno a la herejía arriana *The Arrians of the Fourth Century* (1833), publicó en 1856 una novela titulada *A Tale of the Third Century*.

Pero, como apuntábamos momentos antes, la novela británica que puede considerarse resumen y culminación de toda una época de literatura sobre la Antigüedad es *Marius, the Epicurean*, de Walter Pater. Contiene la quintaesencia del Romanticismo ya desaparecido y el germen de una nueva forma de contemplar la agonía del mundo romano y las polémicas entre paganismo y cristianismo.

Walter Horatio Pater nació en 1839 y murió en 1894. Fue ensayista y crítico y su colección de artículos, publicada en 1889 bajo el título de *Appreciations*, conoció una gran difusión. *Marius, the Epicurean* constituye una amplia reflexión sobre el proceso de conversión al cristianismo de un joven romano todavía apasionado por el mundo filosófico y estético del paganismo. La obra está desprovista de los tintes propagandísticos que caracterizaron a la mayoría de las novelas románticas sobre las conversiones y retrata el tiempo de los Antoninos y a la figura del emperador Marco

Aurelio⁵, de poderosa influencia sobre el joven Marius, como los últimos representantes de la edad de oro de la humanidad, una etapa de esplendor sin igual cuya virtud --en el extenso sentido latino del término-- no merecía ser completamente barrida por la nueva religión. Esta novela ejerció su influencia especialmente sobre el poeta Yeats y sobre la obra dramática de Oscar Wilde.

⁵De especial relevancia para entender esta obra son, no sólo las llamadas *Meditaciones* del emperador sino, sobre todo, la correspondencia entre Marco Aurelio, su maestro, el estoico Frontón y el emperador Antonino. La edición más asequible es la traducción de Ángela Palacios Martín, que aparece bajo el título, Frontón, *Epistolario*, en editorial Gredos, Madrid, 1992.

Sobre el sentimiento romántico de pérdida, casi personal, de una edad de oro del pensamiento humano, el paganismo tardío pero aún espléndido que iría de los Flavios a los Antoninos. Ver nota 14 al capítulo 5.3. “La influencia en Estados Unidos”.

5.2. LOS POETAS

Si las obras de los prosistas románticos ingleses recogen una visión del mundo antiguo más estética que filosófica o histórica, este hecho se acentúa al tratar de poesía.

Cuando los poetas manifiestan ideas filosóficas o un pensamiento historiográfico, procede más de los principios, nunca totalmente enunciados, del movimiento romántico que de un análisis de la filosofía antigua y se explica casi siempre a través de la descripción o la evocación de los lugares y las ruinas clásicas, reales o inventadas. El viaje iniciático, el esplendor y la caída, la muerte sin resurrección y el sentimiento de un ciclo pesimista de la historia, incluso de una involución de la humanidad, temas obsesivos del romanticismo inglés, encuentran su plena expresión en la poesía.⁶

Percy Bysshe Shelley (1792-1822) es, junto con Byron, el poeta más emblemático del romanticismo inglés. Vivió y tocó todos los temas esenciales de su época y tuvo especial pasión por las fantasías griegas y orientales, como la anterior. Gran amante del platonismo, publicó en 1820 *Prometheus Unbound*, en donde se define como un pagano del siglo diecinueve. En 1821 apareció la colección de poemas *Adonais* y en 1824, de forma póstuma, *The Triumph of Life*. En prosa escribió *Defence of Poetry*, que no se

⁶Shelley 1989, "Ozymandias", *Poetas...*, 143, trad. Leopoldo Panero: "Encontré un viajero de comarcas remotas, que me dijo: `Dos piernas de granito, sin tronco, / yacen en el desierto. Cerca, en la arena, rotas, / las facciones de un rostro duermen...el ceño bronco, / el labio contraído por el desdén, el gesto / imperativo y tenso, del escultor conservan / la penetrante fuerza que al esculpir ha puesto / en su mano la burla del alma que preservan. / Estas palabras solas el pedestal conmina: / *Me llamo Ozymandias, rey de reyes. ¡Aprende / en mi obra, oh poderoso, y al verla desespera!*' // Nada más permanece. Y en torno a la ruina / del colosal naufragio, sin límites, se extiende / la arena lisa y sola que en el principio era".

publicaría hasta 1840.

Al igual que el alemán Goethe, Shelley se acercó en varias ocasiones al tema recurrente de los sepulcros clásicos. El ejemplo más elocuente de esta contemplación iniciática se encuentra en la *Oda a Nápoles*:

“(…)En torno a mí brillaban muchos sepulcros fúlgidos
cuya pura belleza el Tiempo, complacido
en ahorrar la Muerte nunca había borrado;
pero cada viviente trazo estaba tan claro
como en el pensamiento del escultor, y allí
las guirnaldas en piedra de mirto, hiedra y pino,
como hojas invernales moldeadas por la nieve,
parecían no sólo moverse y crecer porque
el silencio en cristal del aire estaba encima
de su vida: tal cuando el divino Poder
que arrulló entonces todo, se cernía en lo mío”.⁷

John Keats (1795-1821), al igual que Shelley, tuvo una vida breve e intensa. Sus poemas más conocidos fueron compuestos en el reducido periodo de 1818 a 1819. Publicó *Poems* en 1817 y poco después, en 1820, *Lamia, Isabella y The Eve of Saint Agnes and Other Poems*, su mejor colección. Otras obras suyas bastante conocidas son *La Belle Dame sans Merci, Bright Star y Soneto*. Hizo algunas incursiones en el teatro y llegó a terminar el drama *Otho the Great*.

⁷Shelley 1989, “Oda a Nápoles”, epodo I a, *Poetas...*, 172, trad. J. M. Valverde.

De la misma forma que en algunos poetas alemanes del cambio de siglo --Friedrich Hölderlin en especial-- en Keats se produce un cierto rechazo a la historia de hechos y a la historiografía de erudición. La poesía de la historia, término que a menudo hacen suyo los llamados historiadores filósofos, es más importante para los escritores de la generación de Keats que la historia como tal en sí misma y la idea de la historia concebida por cada nación es una fuerza generatriz que a menudo se ve frenada por la verdad histórica.⁸

La contemplación de las piezas traídas por Elgin y el casi inmediato auge del interés por la arqueología en Inglaterra influye poderosamente en que la estética antigua adquiera un carácter místico, casi religioso y los filósofos historiadores y muchos buenos poetas, en la máxima romántica de Goethe de que la belleza es verdad,⁹ tratan de adaptar los recientes descubrimientos a su visión de un pensamiento en que la historia, la poesía y la estética formen una concepción del mundo indisoluble. Años más tarde, el compositor alemán Richard Wagner defendería postulados semejantes tratando de integrar música,

⁸Keats 1989, "Endymion...", Libro II, *Poetas...*, 203-4, trad. J. M. Valverde: "¡Fuera, historia en escenas; fuera, dorada trampa! / ¡Negro planeta en vuestro universo de acciones! / ¡Ancho mar que da un solo continuado murmullo / en la memoria, orilla de guijarros rodados! / Muchas barcas de viejas tablas podridas hay / en tu seno de niebla, engrandecidas como / espléndidos bajeles: muchas velas ufanas, / con áurea quilla, quedan en seco, sin botar. / Pero ¿por qué? ¿Qué importa el que volara el búho / junto al mástil del gran almirante ateniense? / ¿Qué importa si Alejandro cruzó con raudos pasos / el Indus con sus huestes macedonias? / (...) / ¿qué más nos da? Julieta, / asomada entre flores al balcón, suspirando, / sacando tiernamente su infantil fantasía / de su virginal nieve, nos importa más que eso: / el plateado río de las lágrimas de Hero, / el desmayo de Imogen, la bella Pastorella / presa por el bandido en su cueva, son cosas / que meditar con más ardor que el día de la muerte / de los Imperios. Esta convicción, con temor, / debe invadir a aquel que, descontento, hasta hoy, / se ha atrevido a pisar, sin que le sonriera / ni una Musa, ni el éxito, la senda del amor / y de la poesía (...)"

⁹Keats 1989, "Oda sobre un ánfora griega", *Poetas...*, 208, trad. J. M. Valverde: I. "Tú, novia intacta aún del silencio, adoptiva / hija del lento tiempo y de la paz en calma, / silvestre historiadora, que así puedes contar / un relato florido más dulce que mis versos (...). // IV. ¿Quiénes son los que vienen al sacrificio? ¿A cuál / verde altar, sacerdote misterioso, conduces / la ternera que muge hacia el cielo, adornados / con guiraldas sus flancos sedeños? (...) // V. ¡Ática forma! ¡Hermosas actitudes! De raza / marmórea, de doncellas y de hombres rebosante, / con sus ramas del bosque y sus juncos hollados; / tú, forma silenciosa, del pensar nos arrancas, / como la eternidad: ¡oh fría pastoral! / Cuando la vejez gaste esta generación / tú quedarás entre otros dolores que los nuestros, / amiga de los hombres, diciéndoles: *Belleza / es verdad, y verdad es belleza*: tan sólo / sabéis eso en la tierra, sin necesitar más".

plástica, historia, mito y religión en lo que él llamaría la “obra de arte total”.¹⁰

¹⁰Keats 1989, “Al ver los mármoles Elgin”, *Poetas...*, 190, trad. J. M. Valverde: “Mi espíritu es muy débil, pues la mortalidad / pesa y me oprime como sueño no deseado, / y cada imaginado pináculo escabroso, / de dificultad digna de algún dios, me recuerda / que he de morir como águila enferma cara al cielo. / Sin embargo, es un lujo amable, el de llorar / sin haber de guardar los vientos con sus nubes, / prestos para el abrirse de los ojos del alba. / Tales glorias, a medias captadas, del cerebro, / al corazón someten un feudo indescriptible; / también estos prodigios dan un dolor de vértigo, / que mezcla la grandeza griega y el desperdicio / tosco del viejo Tiempo; con un mar ondulado, / con un sol --una sombra de una enorme grandeza”.

Las lecturas de las fuentes poéticas --más que históricas-- de Grecia y de Roma y el viaje iniciático, para los alemanes Goethe y Herder y también para los ingleses Shelley, Byron y para Keats, se encuentran en el principio de todo conocimiento.¹¹

A pesar del aparente divorcio entre las dos generaciones de escritores románticos ingleses y los estudiosos de Grecia y de Roma sobre la forma de comprender el mundo clásico, algunos poetas no solo estaban al tanto de cuanto se escribía en las aulas y círculos eruditos sino que aportaron opiniones sagaces sobre las obras fundamentales del momento. Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), perteneciente a la primera generación romántica y uno de los iniciadores del movimiento en Inglaterra, fue uno de los primeros críticos en poner de manifiesto la originalidad del *Decline and Fall* de Gibbon y del humanitarismo de Crabbe, Cowper y algunos anticuarios historiadores como Joseph Strutt, a la hora de conducir la interpretación histórica al terreno de la cotidianidad y de la civilización ordinaria y generalizada de una sociedad.

Coleridge obtuvo, asimismo, notables conclusiones, desde la polémica entre protestantes y católicos, respecto a los orígenes del cristianismo y en su obra *Confessions of an Enquiring Spirit*, publicada de forma póstuma en 1840, manifiesta algo que flota en el ambiente universitario romántico pero que nunca ha sido dicho con tanta valentía: que la Biblia --indiscutible como texto de autoridad del cristianismo-- no resiste el más mínimo escrutinio histórico y científico y que su utilización como fuente histórica debe

¹¹Keats 1989, “Al asomarse por primera vez al Homero de Chapman”, *Poetas...*, trad. J. M. Valverde: “Mucho he viajado yo por las tierras del oro, / y he visto muchos reinos y espléndidos imperios; / en torno a muchas islas del Occidente he estado, / que los bardos conservan como feudos de Apolo./ Mucho he oído hablar de la vasta extensión / que rigió como suya Homero, el de honda frente, / mas nunca respiré su serenidad pura / hasta que escuché a Chapman hablar fuerte y sonoro: / noté, entonces, lo mismo que el que observa los cielos / cuando un nuevo planeta, flotando, entra en su vista, / o el robusto Cortés cuando, con ojos de águila, / se asomó hasta el Pacífico, pasmado, y sus soldados / entre sí se miraron, preguntándose atónitos, / silenciosos, en lo alto de un pico del Darién”.

concluir. Su conclusión tiene un paralelo claro en la obra del alemán David Friedrich Strauss, que en 1835 publicará su *Das Leben Jesu*, traducida al inglés en 1846 no por historiadores sino por Mary Ann Evans, quien pronto adoptará el seudónimo de George Eliot.

Los literatos y poetas, especialmente Coleridge y Robert Browning (1812-89), en su poema dramático *Christmas-Eve and Easter-Day* (1850), son quienes en Inglaterra despojan a la Biblia de su carácter de fuente y, al mismo tiempo, huyendo de la destructora crítica alemana, le confieren un significado en sí misma, aparte del estrictamente religioso: el del más completo compendio de símbolos y mitos de la humanidad, que contiene en sí los universales de las aspiraciones de progreso y conocimiento humanos.¹² Sin estos primeros pasos es difícil que pudiera haberse escrito en 1859, con el mismo contenido, *On the Origin of Species* de Darwin. En 1862, se publicaría también, en una línea más crítica, en consonancia con *La Vie de Jésus* de Renan (1860), *The Pentateuch...Critically Examined* de Colenso.

¹²Altick 1974, 220-1.

5.3. LA INFLUENCIA EN ESTADOS UNIDOS

La influencia de los temas clásicos, especialmente los ambientes de la decadencia de Roma y el ascenso del cristianismo, son evidentes en Estados Unidos desde comienzos del siglo XIX, a través de los literatos ingleses y de sus poetas.

Edgar Allan Poe (1809-49) evidenció un notable influjo de su contemporáneo Keats en sus poemas y sus cuentos. Respecto a la Antigüedad, quizá sean Byron y especialmente Shelley, con su visión de la ruina de la edad de oro¹³, quien más nos acerca al Poe del llanto por la Roma pagana:

“Here, where a hero fell, a column falls!
Here, where a mimic eagle glared in gold
a midnight vigil hold the swarthy bat!
Here, where the dames of Rome their gilded hair
waved to the wind, now wave the reed and thistle!

¹³Casi todos los historiadores posteriores a los Antoninos participan de esta idea que tendrá tanta influencia sobre los románticos y el principio mítico de esta ruina será, por supuesto, la figura de Cómodo. Ver el distinto tratamiento que da la *Historia Augusta* --del primer tercio del s. IV, polémicas aparte y sea de varios o de un solo autor como se ha venido discutiendo-- a las vidas de Adriano, Antonino Pio y Marco Antonino, frente a las de Cómodo Antonino e, incluso, a la de Vero, como si ya en el reinado de Marco Aurelio se atisbasen los presagios de la ruina, simbolismo muy caro a los ingleses y también a los norteamericanos del Romanticismo. Compárese ampliamente esta versión de la *Historia Augusta* con la del autor anterior Herodiano (180-238), *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio*, en su libro I, y se observarán las múltiples coincidencias respecto a la transición entre la época de Marco Aurelio y la de sus sucesores.

Here, where on golden throne the monarch lolled,
glides, spectre-like, unto on marble home,
lit by the wan light of the horned moon,
the swift and silent lizard of the stones!...”

En Estados Unidos, el movimiento romántico tiene caracteres propios y también una periodización distinta, en general más tardía que la europea y, sin embargo, la sensación de herencia y perpetuidad del mundo grecolatino en la conciencia literaria e incluso nacional norteamericana es especialmente intensa. La seguridad de que existía un vínculo de unión entre la creación de su fórmula de vida republicana y la Antigüedad y, en el caso específico de la literatura, una continuidad absoluta desde los inicios de la escritura hasta los autores americanos contemporáneos se patentiza en los poetas y en su afán de universalidad, frente al extremo nacionalismo de algunos autores europeos. Walt Whitman definió y evidenció esta idea mejor que nadie, exponiendo una línea sin solución de continuidad desde los trágicos griegos, pasando por Roma, la literatura medieval alemana y el romanticismo inglés hasta Tennysson y hasta él mismo en un nuevo mundo literario, moral y político que serían los Estados Unidos.¹⁴

El ejemplo en prosa de la influencia tardía de los temas de ambiente romano del romanticismo inglés que se ha hecho más célebre es, sin duda, la novela *Ben-Hur* de

¹⁴Whitman 1981, “Cantos antiguos”, *Hojas de hierba*, 691. Esta fórmula literaria, que se expresa en el sentimiento de vinculación universal, todavía continua siendo recurrente en las imágenes del periodismo norteamericano actual. Es interesante observar la forma de expresarse, con frecuencia, de algunos diarios y revistas de gran tradición, que prestan especial atención a temas literarios y políticos, como *The Washington Post*, *The Newyorker*, *Newsweek*, *George* o *Times*, concretamente Morrow, “A Boy Dies...”, *Time*, November 17, 1997, en referencia a la cita de Terencio “Nada de lo humano me es ajeno”.

Lewis Wallace, escrita entre 1879 y 1880, que combina la decadencia del mundo pagano con los principios del cristianismo y un tema no demasiado atendido por los británicos: el judaísmo, mucho más presente en la sociedad americana y puesto de manifiesto, de forma incluso más profunda que en la novela, en las versiones cinematográficas.¹⁵

Ben-Hur fue la obra más importante de Lewis Wallace y constituyó una catarsis a una vida tan llena de aventuras como la del voluntarioso príncipe de la casa de Hur, ya que la compuso en una época de reflexión y apartamiento de la acción directa, cuando era gobernador del estado de Nuevo México. Antes, el general Wallace había estudiado leyes, se había ganado la vida como periodista y participado en la guerra de México y en la contienda civil norteamericana, defendiendo, con el grado de mayor de caballería, a la ciudad de Washington de uno de los ataques confederados más violentos de la guerra de secesión. Cuando abandonó su cargo de gobernador, en 1881, aún tuvo suficiente amor a lo desconocido como para aceptar el cargo de embajador de los Estados Unidos en Turquía, lo cual, a finales del siglo XIX, todavía revestía considerable exotismo y sorpresa.

¹⁵Un tema sugerente de reflexión sería de qué modo la presencia del dinero y la producción judía en las grandes productoras de Hollywood ha influido poderosamente en la ideología del “peplum” (nombre con el que se designa habitualmente a la película de romanos) y sobre la interpretación de las novelas románticas de ambiente romano llevadas a la pantalla, lo cual tiene bastante que ver con la visión popular del mundo romano hasta los años sesenta de nuestro siglo.

6. HÄNDEL: LA ARCADIA MUSICAL

El siglo XIX inglés, respecto a la temática musical, difiere bastante del alemán. Excepto en Irlanda, no existe la marcada obsesión germánica hacia la búsqueda de unas raíces antiguas y de una mitología propia que oponer a la música italiana. Por otra parte, en Inglaterra, la Iglesia anglicana mantuvo su propia música durante siglos perfectamente apartada de la influencia de la música católica. La separación de Roma, por una parte, y la no utilización consciente de las raíces indígenas británicas por otra hacen que acepten más que fabriquen la ópera, el drama y la música de temática antigua, tanto cuando ésta se remite a Roma, en el ámbito italiano, francés o austriaco como cuando evoca una imaginaria antigüedad germánica, pretensión que comienza con Mozart y alcanza su culminación con el drama escénico de Wagner. Cuando en Inglaterra se escribe drama de temática romana casi siempre es a cargo de maestros extranjeros, aunque existe una excepción notable: Georg Friedrich Händel (1685-1759).¹

¹Casi no existen biografías completas de Händel, aunque sí estudios amplios sobre su época inglesa, su etapa irlandesa y aspectos concretos. Como biografía completa citaremos por tanto, únicamente, la de Ch. Hogwood, *Haendel*, London, 1988, que puede contrastarse con los numerosos documentos personales editados por H. Mueller von Asow (ed.), *George Friedrich Händel: Briefe und Schriften*, Lindau, 1949. Como estudios y artículos de investigación sobre la estética haendeliana, especialmente sobre su concepción de la ópera de tema antiguo en el fecundo ambiente de la historiografía y la arqueología británica del siglo XVIII, ver Ch. Cudworth, "Mythistoria Händeliana", *Festschrift Jens Peter Larsen*, Copenhagen, 1972, pp. 160ss.; W. Dean, *Händel and the Opera Seria*, London, 1970; Ph. Hamilton, "Händel in the papers of the Edinburgh Musical Society (1728-1798)", *Brio*, I, 1964, pp. 19ss.; E. Harris, *Händel and the Pastoral Tradition*, London, 1980; D. Burrows, "Händel and 'Alexander's Feast'", *Musical Times*, CXXIII, 1982; M. Kelly, *Reminiscences...of the King's Theatre*, London, 1826, 2 vols. y R. Strohm, "Händel in Italia: nuovi contributi", *Rivista italiana di musicología*,

IX, 1974, pp. 152ss. Sobre su influencia en la naciente sociedad musical norteamericana, véase M. E. Johnson, *Hallelujah, Amen! The Story of the Händel and Haydn Society of Boston*, Boston, 1965 y como estudios de conjunto que nos ayudan a situar a Händel entre sus contemporáneos, Ch. Hogwood and R. Lockett, (eds), *Music in Eighteenth-Century England*, Cambridge, 1983 y P. Le Huray and J. Day (eds.), *Music and Aesthetics in the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries*, Cambridge, 1981.

Aunque Händel es alemán de nacimiento y, temporalmente, podría hablarse de él como de un “preilustrado”, su vinculación a la música inglesa y su perdurabilidad en el siglo XIX es tan patente que este autor --que vivió en Inglaterra e Irlanda la mayor parte de su carrera y se nacionalizó inglés en 1726-- llegó a convertirse en la bandera del nacionalismo musical británico.

Escribió cuarenta óperas en italiano, la mayoría compuestas, editadas y estrenadas en las Islas Británicas y la mayor parte sobre temas de la antigüedad romana, una afición que no se debía sólo a las tendencias de la época sino a una elección personal. Pudiendo dedicarse, como Juan Sebastián Bach, a la cantata y el oratorio protestante, en donde sus incursiones fueron realmente importantes y algunas --como *El Mesías*-- geniales, escogió desde muy temprano la ópera en italiano y de temática clásica como su expresión natural en música vocal.

Händel viajó extensamente por Italia y en Roma entró en contacto, muchos años antes de que Goethe la hiciera célebre en Alemania, con la Sociedad de los Arcades de Roma, que acababa de salir de la órbita del príncipe Giustiniani para ser dirigida por Ruspoli. En la Sociedad de los Arcades conoció a los mejores compositores italianos, especialmente adictos a recrear los ambientes latinos, Scarlatti, Pasquini y Corelli y compuso para la sociedad varias obras, de las cuales es remarcable una cantata profana² de excepcional calidad para dos sopranos y orquesta de cámara: *Arresta il passo*. Muchas de las obras escénicas inspiradas en la época de Alejandro de Macedonia y en los momentos de esplendor de Roma que escribió Händel, se gestaron en las experiencias de lectura y convivencia en las ruinas romanas con los hermanos arcades. Entre ellas se encuentran:

Nero (1705)

Agripina (1709-10)

²En terminología musical, se tiende a considerar, posiblemente por influencia de la ingente obra vocal sacra de Bach, que la cantata es por definición religiosa y por eso se llama cantata profana a aquella que tiene una temática no religiosa, entendiéndose el término “religioso” como cristiano y protestante. Serían profanas, por tanto, todas las cantatas mitológicas de Händel, las obras no escénicas pastoriles italianas y las mismas cantatas de temática popular escritas por Bach.

Alessandro
Alessandro Severo (pasticcio)
Muzio Scevola (1720)
Flavio (1724)
Giulio Cesare in Egitto (1724)
Giustino
Lucius Verus (pasticcio)
Roxana o Alexandre in India (pasticcio)
*Scipione*³
Silla
Alexander's Feast

En el Londres de 1720 tuvo gran éxito *Muzio Scevola*, escrita por tres compositores, considerados los mejores de la llamada Academia de la música inglesa. Ninguno de ellos había nacido en las islas y la composición conjunta pronto se convertiría en un hecho impensable en el individualismo de finales de siglo, previo al movimiento

³Escipión se encuentra en los orígenes del culto a la personalidad en Roma. Händel era consciente de ello y este culto incipiente aparece en los momentos cumbres del drama. De la misma forma, Händel subraya otro aspecto muy querido por la sociedad burguesa británica desde la primera mitad del XVIII hasta bien entrado el Romanticismo: Escipión como modelo de educación en los clásicos: *Atque idem ego hoc contendo, cum ad naturam eximiam et inlustrem accesserit ratio quaedam conformatioque doctrinae, tum illud nescio quid praeclarum ac singulare solere existere. Ex hoc esse hunc numero quem patres nostri viderunt divinum hominem, Africanum, (...)*. (Cic., *Arq.*, VII, 15, ed. Antonio Fontán Pérez, Gredos, Madrid, 1989). A los romanos les gustaba pensar que no sólo los Escipiones sino el mismo Aníbal estaba educado en los clásicos griegos y escribía en griego convirtiéndose así en el enemigo ideal de Escipión (Nep., *Hann.*, XIII, 2). Este drama de grandes caracteres, de almas en gran medida hermanas, enfrentadas por el patriotismo y la guerra está detrás en todo momento del drama de Händel y será sustancial, más tarde, en la épica romántica inglesa y continental.

romántico. Filippo Amadei, violonchelo solista de la temporada de ópera londinense, compuso el acto I; Bononcini el II y Händel se encargó del acto final, que conoció especialmente el favor del público.

En la temporada de 1723-24 no sólo se estrenó *Flavio* de Händel, una ópera “cómica, sentimental, irónica y políticamente satírica”⁴, sino que los otros autores pusieron en escena obras semejantes; en concreto, se representó por vez primera *Coriolano* de Ariosti y *Erminia* de Bononcini.

⁴Hogwood 1988, 78.

También en 1724, el día 20 de febrero, se estrenó *Julio César* de Händel, quizá el más puro ejemplo de drama de tema romano del siglo XVIII y el que más ha perdurado. Händel escribió la ópera en poco más de un año e impresionó entonces y ahora su magnificencia instrumental, considerándose el ejemplo más perfecto del ideal heroico en el siglo XVIII británico.⁵

El norteamericano James Ralph fue uno de los primeros críticos de ópera reconocidos por su labor y definió, en su momento, de forma algo satírica lo que consideraba los ideales sobre el mundo antiguo de los compositores de la Academia londinense y de qué forma se plasmaban en sus obras. Para él, Händel sería un hombre de pasión y de dirección política: sus obras mostrarían descarnadamente la furia de los tiranos, el esplendor y la amargura del heroísmo y la intensa soledad de los amantes. La Antigüedad de Bononcini, en cambio, estaría representada por la Arcadia feliz de “pastores melancólicos, rebaños que balan, pájaros cantarines y murmuradores arroyos”. Ariosti, en suma, demostraría su más completa indiferencia por la profundidad del mito heroico e incluso por la poesía idílica antigua, componiendo mezclas impensables en donde se pasaba de truculentas escenas en ergástulas a marchas militares dignas del estado prusiano bien aderezadas con los mejores minués cortesanos.⁶

⁵Ibid.

⁶James, R., *The Touchtone or Essays on the Reigning Diversions of the Town*, 1728.

La cotidianidad del mundo pagano en la ópera en Inglaterra constituyó una realidad durante todo el siglo XVIII pero fueron los críticos del XIX quienes apreciaron realmente de qué forma se había infiltrado el mundo antiguo, especialmente el romano, en el arte y la sociedad inglesa. La mitología, asimismo, constituía un universo al que acudir en busca de temas y de símbolos y los exóticos dioses grecorromanos habían perdido su matiz de lejanía para convertirse en algo absolutamente contemporáneo. Edward Fitzgerald, en 1847, hacía notar que, al igual que Homero había conseguido que los dioses descendieran del Olimpo para penetrar en la vida común y compartir con los mortales las batallas y las pasiones, Händel había logrado traer a esos dioses al siglo XVIII inglés y convertirlos en personajes de todos los días cuya “sublimidad nunca se elevaba por encima de las nubes”.⁷

Para Addison⁸, en cambio, no había que buscar valores filosóficos o excesivamente culturales en la ópera de la época. Se trataba únicamente de un evento social, de una exquisita diversión y, por lo general, su poesía y su comprensión de la romanidad era tan mala como buena era la música. Los temas romanos serían sólo pretexto para la música de los grandes compositores porque, ¿quién podía evocar la dignidad de Roma escuchando chillar a un viejo romano por la boca de un eunuco?.⁹

Los libretos de las óperas de Händel no eran, en realidad, tan deleznable como pensaba Addison. El cardenal Vincenzo Grimani, veneciano de nacimiento y virrey de Nápoles, escribió un excelente drama para la *Agrippina* de Händel, con personajes magníficamente caracterizados y una amoral Agripina interpretada en Venecia, unas noches por Margarita Durastante y otras por Elena Croce. La obra de Grimani extendía, en cambio, una mirada tierna sobre el adolescente Nerón, que aún no se había convertido en el monstruo del que hablan las fuentes. Las representaciones venecianas, en las que no

⁷Fitzgerald, E., *Letters*, 1847. Ver también Hogwood, Ch., *Haendel*, Madrid, 1988, p. 45.

⁸Joseph Addison (1672-1719), dramaturgo y ensayista inglés que trató con profundidad la temática y los personajes de la República romana. Obtuvo gran éxito en su tiempo con la tragedia *Cato* (1713) y consiguió la estimación del público como crítico a través de dos revistas de sorprendente modernidad: *The Tatler* y *The Spectator*. Ver Hogwood 1988, 44.

⁹Hogwood 1988, 45.

había “castrati” alcanzaron una gran calidad y la obra se mantuvo en cartel veintisiete noches, lo que no tenía precedentes en el devorador teatro veneciano.

El problema de las representaciones inglesas, como hacía notar Addison, no era la música (la orquesta era excelente) sino el que no acababan de asimilar una tradición de representación de ópera latina que no les pertenecía en absoluto, por más que fuera la favorita del público y, al mismo tiempo, no tenían nada nacional que oponer. La necesidad de independizar una ópera inglesa completamente separada del tema antiguo, feudo de los italianos, era una preocupación constante de compositores y críticos británicos como Aaron Hill, el célebre Arne, compositor de tanta música que luego ha servido de afirmación nacional, John Christopher Smith, Carey, Congreve, John Hughes y el mismo Addison, pero nunca consiguieron el favor del público para sus ideas, entre otras cosas porque la Academia y, especialmente, Händel seguían componiendo ópera de temática romana y en italiano con gran éxito.

A menudo se ha afirmado que Händel sirvió a los intereses del nacionalismo británico mejor que ningún otro compositor nacido en suelo inglés y esto, aunque cierto, merece una matización por cuanto el Händel del que hasta ahora hemos hablado, compositor escénico de temática antigua, no es propiamente el Händel de los nacionalistas, quienes siempre fueron conscientes que la ópera romana de Händel no sólo no sirvió al desarrollo de la ópera nacional¹⁰ sino que impidió que en Inglaterra se diesen las circunstancias favorables para una ópera en inglés, como sí ocurrió con el alemán, de la

¹⁰Nunca tuvo la tentación de tratar temas míticos del nacionalismo británico frente a Roma, como por ejemplo la teatral figura de Budvica, en el 61 d.C. (D. C., *Epit.*, LXII, 3-5), y era, además, demasiado pronto para el desarrollo de una ópera británica en inglés.

mano de Mozart y, más tarde, con Weber y Wagner.¹¹

¹¹La secuencia temporal del nacionalismo escénico alemán suele comenzarse con *Die Zauberflöte* (La flauta mágica, 1791), de Mozart, para continuar con *Der Freischütz* (El cazador furtivo, 1820), de Karl María von Weber, culminar con Wagner, especialmente *Tristan und Isolde*, 1865, los cuatro dramas de la tetralogía *El Anillo del Nibelungo*, 1869-76 y *Parsifal*, 1882 y concluir con *Elektra*, 1908 y *Der Rosenkavalier* (El caballero de la rosa, 1909-11), de Richard Strauss..

El Händel que despertó la adhesión nacionalista fue el compositor de ingente música de cámara e instrumental, basada en la música popular inglesa y, sobre todo, el autor del *Messiah* que, para el reverendo Robert Hall, quien pudo escuchar la obra en 1784 en la Abadía de Westminster, constituía “una gran acto nacional de afirmación de las verdades fundamentales de la religión” (de la confesión anglicana, por supuesto).¹² Händel pasó a convertirse, aun en nuestros días, en pieza clave del orgullo nacional y del fervor religioso protestante, lo cual no deja de ser paradójico si pensamos que el compositor abandonó finalmente Inglaterra, acosado por este “nacionalismo piadoso” que le presionaba para escribir música religiosa y se trasladó a Irlanda, en donde se encontraba más apartado de la rígida sociedad británica, y que la concepción ideológica e incluso técnica de su música sacra se encuentra, realmente, más cerca de la música católica que del gran oratorio protestante.

Richard Wagner, en 1855, haría notar de nuevo el elemento teatral y nacional del oratorio inglés, que vendría a sustituir a la ópera inglesa pagana que no existía. Entre ellos, el más dramático seguía siendo *El Mesías*, no porque Händel lo hubiera concebido así, sino porque, con el tiempo, la que Inglaterra ha querido que sea su obra magna, se fue romantizando y nacionalizando, fue ampliando su orquestación, el número de voces y el dramatismo de su interpretación al tiempo que se llenaba de aspectos rituales, como el hecho de que el público escuchase la obra siguiendo cuidadosamente la partitura sobre las rodillas. Cuando Wagner pensó en un teatro propio y en una obra que se constituyese en el drama sacro nacional del pueblo alemán, lo que sería el teatro de Bayreuth y su *Parsifal*, tuvo presente siempre el recuerdo de lo que *El Mesías* representaba para los ingleses y los aspectos místicos de que se rodeaban sus audiciones.

¹²Hogwood 1988, 242.

PARTE III

LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

“Don’t tell me I am grown old and peevish and supercilious -- name the geniuses of 1774, and I submit. The next Augustan age will dawn on the other side of the Atlantic. There will, perhaps, be a Thucydides at Boston, a Xenophon at New York, and, in time, a Virgil at Mexico, and a Newton at Peru. At last, some curious traveller from Lima will visit England and give a description of the ruins of St. Paul’s like the editions of Balbec and Palmyra: but am I not prophesying, contrary to my consummate prudence, and casting horoscopes of empires like Rousseau? Yes: well, I will go and dream of my visions”.

*HORACE WALPOLE, to SIR HORACE MANN,
24 NOVEMBER 1774.*

1. ASPECTOS HISTORIOGRÁFICOS Y PRIMERAS CUESTIONES

Los Estados Unidos, en el último tercio del siglo XVIII, se encontraron ante lo que podía haber sido el sueño del Iluminismo europeo, algo que la humanidad creía no conocer. Todas las naciones del viejo mundo habían crecido, trazado y revisado sus fronteras a partir de naciones o realidades estatales inmemoriales y al compás de los vientos impuestos por la historia y las guerras, de forma más forzada que voluntarista.

Ahora, se trataba de algo que los americanos veían como muy diferente: la tarea consciente, surgida del acto de voluntad de un pueblo, de hacer surgir una nación nueva en un territorio virgen de historia y en donde no existía una cultura occidental antigua, creando todas sus estructuras políticas, fórmulas de gobierno, constitución, cámaras, ejército y capital. Para ello, echarán mano de cuantas armas estén a su alcance: las políticas, las militares, las sociales y también, con una intensidad difícil de encontrar en las naciones europeas, las ideológicas.

¿Cuál era el nivel de conocimiento de los terratenientes, profesionales burgueses, militares y políticos que formaron las primeras cámaras independientes acerca del mundo romano, de su historia, sus fuentes, su arqueología? Salvo excepciones, podríamos decir que escaso cuando no inexistente. Sin embargo, utilizaron su interpretación de la Antigüedad con una agilidad que cualquier filólogo inglés o historiador alemán de la época habría denominado atrevida, cuando no pasmosa.

Los primeros presidentes, senadores y congresistas volcaron todo su peso al servicio de una idea que, a menudo, se concretaba en una curiosa mezcla de pureza republicana con anhelo imperial.

Originales concepciones de lo que debía ser el ideal cosmopolita de la Antigüedad dirigieron a los arquitectos que se importaban de Europa y a los mismos americanos, en una nación en la que la arquitectura pública y privada tuvo una enorme importancia y en la que el mismo Jefferson, notable arquitecto, hacía de muchos conceptos estrictamente estéticos, filosofía y ética política.

Maravillosas prefiguraciones sobre la contraposición al cosmopolitismo, el ideal rural de los latinos, llenaban las mentes de los diseñadores de jardines y de los mismos burgueses en una cultura intensamente volcada en el huerto, como ámbito vital y productivo y no sólo como ornamento. Así, surgieron espacios como los jardines de Mount Vernon en la residencia de George Washington, a 16 millas al sur de la capital federal.

La antigüedad latina, al contrario que en Inglaterra, tuvo más fuerza atractiva para la naciente sociedad que el mundo griego. El diseño de su capital, creada como una auténtica “caput mundi”, y los elementos de protocolo externo que rodearon a la Cámara de Representantes, al Senado y sobre todo al Presidente, concebido como un auténtico “primero entre iguales”, representan sólo lo más visible de la influencia de la república y el primer imperio romanos y, como veremos, se han fijado en la psicología del pueblo americano, hasta la actualidad, trascendiendo por completo el nivel ceremonial.

Cuestiones más profundas, como la preeminencia, en aspectos esenciales de la política americana, del Senado sobre la cámara baja, como la conquista del oeste o como la curiosa síntesis de protestantismo e interpretaciones sobre la antigua Roma, que justificaron el orden de producción esclavista en los estados confederados hasta la guerra civil, son menos evidentes y requieren una reflexión específica.

Sobre cómo los estadistas de la independencia y el federalismo y no los historiadores --en una nación en donde el estudio del latín o de la antigua Roma no figuraba entre las prioridades universitarias y era, realmente, la ocupación de unos pocos-- consiguieron sintetizar éste cúmulo de ideas antiguas e ilustradas, más creadas al socaire de la necesidad que aprendidas, y presentarlas como un todo coherente a una nación ávida de raíces y sobre todo de símbolos tratará la tercera parte de este estudio.

**2. NACIMIENTO Y DESARROLLO
DEL ESTUDIO DE LA ANTIGÜEDAD
EN LOS ESTADOS UNIDOS**

Antes de la intensa actividad de las universidades americanas, especialmente de Harvard, Yale y Columbia, la primera traducción de una obra latina, las *Metamorfosis* de Ovidio, fue realizada en 1623 en Virginia por George Sandys (1577-1643), pero se publicó en Londres en 1626.

La costumbre de escribir poemas y estrenar comedias versificadas modernas en latín se instauró en las colonias de forma bastante temprana: el primer poema en latín impreso en América fue *Muscipula* de Edward Holdworth, traducido y publicado también en versión inglesa por R. Lewis, en Annapolis, en 1728.¹

Los textos literarios favoritos de los filólogos y las obras filosóficas fueron objeto de atención en el Nuevo Mundo de forma mucho más temprana que las fuentes históricas y las colecciones de inscripciones. Los libros morales de Catón vieron la luz, en la versión comentada de James Logan y editados por Benjamín Franklin, en 1735.² *Catón el Mayor*, de Cicerón, fue también editado por Franklin en 1744, en la traducción y edición crítica de James Logan y bastante más tarde, en 1788, se registra en Philadelphia la primera edición inglesa de la lírica de Horacio por John Parke (1754-89), militar del ejército de George Washington a quien dedicó la obra,³ que surgió además, por vez primera, con la intención de ser una edición popular.

Sin embargo, la mayor parte de las ediciones y estudios históricos y, sobre todo, filológicos, acerca de la antigüedad griega y latina y sus fuentes fueron obras estrictamen-

¹*Muscipula: the Mouse Trap, or the Battle of the Cambrians and the Mice*. A Poem by Edward Holdworth, translated into English by R. Lewis. Annapolis, 1728.

²Wilson, J. G. and Fiske, J., *Appleton's Cyclopaedia of American Biography*, 1886-9.

³Sandys 1967, III, 451.

te universitarias. Las sedes primeras y principales de esta actividad fueron, y continúan siendo, las universidades de Harvard y de Yale.

El Harvard College fue fundado en 1636, esencialmente por voluntad de John Harvard (1607-38), un hombre de gran formación y que gozaba de la estimación de la colonia de puritanos establecida en Newtown, Massachusetts. Harvard donó para la constitución del centro la mitad de su fortuna y su enorme biblioteca de coleccionista, que incluía las mejores ediciones europeas de principios del siglo XVIII de Plutarco, Horacio y las comedias de Terencio, cuidadosamente conservadas hasta ahora. La institución nacida en Newtown tomó el nombre de Cambridge, “alma mater” en Inglaterra, de muchos de aquellos “padres fundadores” americanos y tras la muerte de Harvard, empezó a ser conocida por su nombre actual.

El Yale College debe también su nombre a su mecenas, en este caso Elihu Yale. Se le llamó, al principio, “Collegiate school of Connecticut” y abrió sus puertas en Saybrook, en 1701, para trasladarse en 1716 a New Haven.

Después de estas dos universidades pioneras, pronto surgieron otros centros en todo el este: Princeton en 1746; la Universidad de Pennsylvania, nacida casi por completo del empeño personal de Benjamín Franklin, en 1741 y, de la iniciativa del rey Jorge II, el King’s College de Nueva York en 1754, que cambió su nombre por el de Columbia College en 1787, tras la revolución.

En HARVARD enseñó español y francés George Ticknor (1791-1871), que se había educado en Alemania y viajado por los lugares clásicos y por toda Europa, trabando contacto con los primeros románticos, tanto en el ámbito de la historia y la filología como en el literario: Schaefer, Halle, Goethe, Thiersch, Creuzer, Welcker, Cassel, Voss, Byron y con Bunsen y Niebuhr en la misma Roma.⁴

Uno de sus mejores amigos, Edward Everett (1794-1865), enseñó griego en Harvard de 1815 a 1826, año en que inició una carrera diplomática y política. Él

⁴Sandys 1967, III, 453.

introdujo, realizando la versión inglesa, la *Gramática griega* de 1822, de Buttmann.

Gotinga fue el lugar preferido de perfeccionamiento filológico e histórico de muchos de los profesores americanos en Harvard. Después de Everett, se trasladó a la ciudad alemana George Bancroft (1800-1891). Allí, estudió junto a Heeren y llevó a los Estados Unidos, traducido al inglés en 1824, la obra de Heeren *Reflexiones sobre la política de la Antigua Grecia*.⁵

Cornelius Conway Felton (1807-62) realizó una edición crítica pero también dirigida a la burguesía de la *Iliada* en 1834 y, en un ámbito más selecto y con un menor número de ejemplares, editó *Los pájaros* y *Las nubes* de Aristófanes, el *Agamenón* de Esquilo y el *Panegírico* de Isócrates.

Con bastante frecuencia, hijos de la emigración europea se quedaban en la joven nación para desarrollar parte o la totalidad de su carrera docente. Uno de los casos más notables fue el de Evangelinus Apostolides Sophocles (1807-83), griego nativo que emigró a los Estados Unidos en 1828. Enseñó griego tanto en Yale como en Harvard, en esta última facultad durante muchos años, de 1840 a 1883. Publicó una *Gramática griega* en 1838 y otra obra de gran influencia entre los filólogos americanos: *Greek Lexicon of the Roman and Byzantine periods*.⁶

En la enseñanza del latín en Harvard, destacaron especialmente:

Entre 1832 y 1851, Carl Beck (1798-1866), que había residido y se había educado en Alemania durante veinticinco años.

George Martin Lane (1823-97), discípulo de Beck y autor de una magnífica *Gramática latina* de 1898 y de numerosas colaboraciones en el completo diccionario de

⁵Oxford, D. C. L., *Harvard Quinquennial Catalogue 1849*.

⁶Ibid.

latín que preparaban Lewis and Short.⁷

James Bradstreet Greenough (1833-1901), que enseñó entre 1833 y 1901 y fue especialista en gramática comparativa y autor de *Analysis of the Latin Subjunctive*, 1870 y *Latin Grammar founded on Comparative Grammar*, 1872.⁸

⁷Morgan, M. H., *Harvard Studies*, IX, 1-12.

⁸Sandys 1967, III, 458.

Los hermanos Joseph Henry (1820-98) y William Francis Allen (1830-89). El primero, graduado en Harvard, fue teólogo, pastor y profesor especializado en la enseñanza elemental e infantil del latín. Su hermano menor, también educado en Harvard, enseñó lenguas e historia antigua en Madison, Wisconsin. Escribió, en colaboración con su hermano mayor, un *Latin Reader*, de gran difusión.⁹

Finalmente, se creó en Harvard una cátedra de filología clásica que reuniera las enseñanzas del latín y el griego y de sus fuentes. Su primer titular fue Frederic de Forest Allen (1844-97), discípulo, entre 1868 y 1870, del profesor Georg Curtius, de Leipzig, con quien colaboró en una extensa *Grammatische Gesellschaft*. En 1880, Allen redactaría el manual *Remnants of Early Latin*.¹⁰

Minton Warren (1850-1907) fue uno de los más brillantes graduados que tuvo Harvard. Se dedicó a la enseñanza del latín entre 1879 y 1899 en la *Johns Hopkins University*; fue director del Colegio Americano de Roma, entre 1896 y 1907 y regresó en la última etapa de su vida a Harvard. Se interesó especialmente por un campo algo desplazado en el estudio de Roma, especialmente entre los filólogos: el de las inscripciones. Uno de sus últimos artículos, muy influyente entre los estudiantes de Harvard, fue precisamente sobre este tema: “Stele in the Roman Forum”.¹¹

El antes nombrado William Francis Allen también desarrolló una original labor en el ámbito estrictamente historiográfico. En realidad, al contrario que su hermano mayor, Joseph, un filólogo vocacional, William estaba más interesado en las fuentes históricas que en las literarias y en la utilización de los documentos originales en la historiografía. Comprometido en los movimientos liberales y abolicionistas de su época, buscó profundamente durante toda su vida la vinculación de los ideales democráticos con la

⁹*National Cyclopaedia of American Biography*, New York, 1882-, Allen...

¹⁰Sandys 1967, III, 460.

¹¹Sandys 1967, III, 461.

antigüedad griega y la transmisión romana. Dedicó varios años a visitar Grecia y Roma y a estudiar historia y arqueología en Berlín y en Göttingen, escribiendo a su regreso agudos artículos y notas en las *Allen and Greenough's Latin Series*. Asimismo, editó los *Anales*, la *Germania* y el *Agrícola* de Tácito en los Estados Unidos.

Entre las actividades paralelas desarrolladas en Harvard, no hay que olvidar las representaciones teatrales en lengua original de clásicos griegos y latinos, que se convirtieron en tradicionales en la universidad desde sus primeros tiempos. Sus montajes no sólo contribuyeron al desarrollo del estudio de la posible pronunciación de las lenguas antiguas sino que influyeron poderosamente sobre la escena teatral americana y no sólo en el género clásico.

En la universidad de YALE, se celebró en 1830 un importante congreso de estudios filológicos y literarios que reunió a lo mejor del profesorado norteamericano. En aquella convención estuvieron presentes Francis Lieber, amigo personal de Niebuhr y ex-combatiente de la guerra de liberación griega y Theodore Dwight Woolsey, claro ejemplo de que Yale no podía considerarse en absoluto subsidiaria de lo que se estaba investigando y enseñando en Harvard.

Woolsey (1801-89), había asistido a las conferencias de Boeckh en Bonn y en Yale fue editor de varias tragedias de Sófocles, algunas fundamentales como *Antígona* y *Electra*.

Lewis Richard Packard (1836-84), apasionado visitante de todo el Mediterráneo de influencia helena, fue profesor de griego en Yale entre 1863 y 1884 y ocupó el cargo de director del Colegio Americano de Roma, ciudad en la que murió.¹²

En cuanto a los latinistas, hay que recordar a Luce Kingsley (1778-1852), especialista en estilo y oratoria, editor de Cicerón y --lo que tiene más importancia la historigrafía-- de Tácito. Ejerció su docencia entre 1831 y 1851. William Seymour Tyler

¹²*National Cyclopaedia of American Biography*, New York, 1882-, Packard...

(1810-97), también incidió sobre las ediciones de Tácito y su utilización como fuente histórica, mientras Thomas Tacher (1815-86) editó *De Officiis*, de Cicerón.

Martin Kellogs (1828-1903) enseñó latín en Yale hasta que se trasladó a California, de cuya universidad fue rector de 1893 a 1899. Su edición de *Brutus* de Cicerón aún se utiliza con cierta asiduidad entre los estudiantes y profesionales de la filología clásica.

Cabría hacer referencia, por último, a James Hadley (1821-72) que, entre sus varias especialidades, se dedicó con profundidad a enseñar legislación política romana y evolución de las magistraturas.

3. ROMA Y LA IDEOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN AMERICANA

3.1. LA NACIÓN DE LOS PIONEROS: UNA IDEA DE PUREZA

Los movimientos románticos alemán y francés pusieron de manifiesto, incluso antes de que tuviese un contenido real en la propaganda norteamericana y en los símbolos nacionales del nuevo Estado, lo que definimos como una idea de pureza histórica: aquellos pueblos vírgenes de historia, no maleados por la larga agonía de un Estado poderoso en lucha con los sojuzgados y con su propia corrupción y decadencia interna, son los portadores del progreso y la evolución. Poseen en sí una fuerza que Schopenhauer llamaría después “voluntad” y que les conduce inexorablemente -- a través de la necesidad de que habla a menudo el mismo Schopenhauer-- hacia su “destino manifiesto”, idea muy cara al siglo XIX americano y que se plasma en la doctrina Monroe.¹

Para estos románticos es una ley que los pueblos puros, los grupos humanos libres de historia, son los principales responsables de la caída de los grandes imperios y, al cumplir su destino, dan origen a las naciones sucesivas y a formas jóvenes y renovadas de gobierno y de contrato social. Es así, a menudo de forma traumática, como la humanidad se reinventa a sí misma. El caso más utilizado para ejemplificar esta cuestión es el de la superposición de los bárbaros del norte sobre el Imperio Romano, impotente, en su decadente sofisticación, siquiera para comprender la naturaleza de la amenaza.

¹James Monroe (1758-1831), presidente entre 1817 y 1825. Dio apoyo y reconocimiento a las nuevas repúblicas hispanoamericanas y declaró todo el hemisferio libre de colonialismo europeo aunque, de hecho, siguió consintiendo la presencia de algunos protectorados británicos. Su doctrina “América para los americanos” contenía el germen del llamado “destino manifiesto”, que proporcionó a los norteamericanos el arma ideológica para acompañar su expansión hacia el oeste y hacia México y la colonización económica del continente. *National Cyclopaedia of American Biography*, New York, 1882-, Monroe...

“Curioso será observar que casi todos aquellos pueblos llamados *bárbaros*, que conquistaron el Imperio Romano, y a los que deben su origen las naciones modernas, habitaban en la parte allende de los límites del mundo conocido por Plinio y Estrabón, es decir, en los países cuya existencia ni aun se sospechaba”.²

Francois-René de Chateaubriand (1768-1848) publicó una descripción de sus viajes por América en 1827. Casi al principio, escribe estas líneas a manera de metáfora. Durante toda la obra es posible encontrar, meridianamente expuesto o de forma velada, la trasposición constante entre lo que los bárbaros fueron para el Imperio Romano y lo que la nación de los pioneros, surgida en la tierra de la que el viejo continente no tenía noción pocos siglos antes, será en un futuro cercano. Para él, no existe la menor duda de que la nueva república, nacida en un contexto de pureza histórica y en el territorio virgen tan querido a los románticos, sustituirá a los viejos imperios europeos en el dominio del globo, igual que los pueblos germánicos sustituyeron al Imperio Romano, ya inútil para hacer progresar la historia de Occidente.

En su afán por revestir estas ideas de alguna suerte de improbable vinculación entre los burgueses del naciente continente nórdico y aquellos pueblos bárbaros de la Antigüedad, afanados en crear una realidad nueva sobre el mapa romano, los románticos - y en particular Chateaubriand-- son los primeros que defienden la idea de una presencia bárbara en América del Norte, mucho antes del descubrimiento del continente por parte de Cristóbal Colón.

²Chateaubriand, F.R. de, *Viaje a América*, Buenos Aires, 1944, p. 19.

Esta posibilidad, junto a la realidad de la inmigración, de una sociedad erigida en crisol de razas --como lo fue la Europa bárbara y también, antes, el imperio romano-- colma las aspiraciones poéticas de Chateaubriand,³ de alguna manera extasiado ante lo que considera como el nacimiento y consolidación de la nación de naciones, ideal vital y literario que recogerá después, con perfección conmovedora, Walt Whitman.⁴

³La misma idea de la nación de pioneros, planteada por Chateaubriand, está en profunda conexión con su noción del mito de Ítaca y su visión de América como tierra de libertad se relaciona para él, muy probablemente, con la visión literaria del surgimiento de Roma para los desterrados de Troya, durante el principado de Augusto: *Roma si vestrum est opus Iliaque / litus Etruscum tenere turmae, / iussa pars mutare Lares et urbem / sospite cursu, / cui per ardentem sine fraude Troiam / castus Aeneas patriae superstes / liberum munivit iter, daturus / plura relictis:* / (Hor., *Carm.*, *Carmen Saeculare*, 37-44, ed. Jaume Juan, Bosch, Barcelona, 1987).

⁴Walt Whitman, considerado el más importante poeta norteamericano del siglo XIX y definidor de algunos de los grandes mitos del llamado “sueño americano”, nació en West Hills, Long Island (Brooklyn), el 31 de mayo de 1819 y murió en New Jersey, el 26 de marzo de 1892.

Leaves of Grass, un extenso volumen que reúne lo fundamental de su poesía, de signo rebelde y

La leyenda de que un irlandés o navegantes irlandeses fueran los descubridores de América ⁵ aún perdura en algunos cuentos populares de Massachusetts y en baladas irlandesas. Massachusetts no sólo es la colonia de los padres fundadores sino la tierra que, durante todo el siglo diecinueve, conocerá una inmigración irlandesa sin tregua y en donde se asienta, hasta la actualidad, el poder político y social de la población irlandesa de Estados Unidos.

panteísta y de una sorprendente modernidad formal, fue publicado por vez primera en 1855. Walt Whitman, *Hojas de hierba*, ed. Francisco Alexander, Mayor Pujol, Barcelona, 1981, p.4 ss.

⁵Chateaubriand 1944, 33-4, trad., Manuel M. Flamant (1854): “Desde la caída del Imperio Romano y la reconstrucción de la sociedad por los bárbaros, ¿no habrá tocado en las costas de América alguna otra nave anterior a la de Cristóbal Colón? Respecto a este punto parece indudable que los rudos exploradores de los puertos de la Noruega y del Báltico encontraron la América septentrional en el primer año del siglo XI. Descubiertas por ellos las islas Feroë hacia el 861, la Islandia de 860 a 872, y la Groenlandia en 982 o tal vez cincuenta años después, en 1001 un irlandés llamado Biorn fue arrojado por una tempestad al Sud-Oeste cuando pasaba a la Groenlandia, y cayó en una tierra cubierta de bosques. Vuelto a la Groenlandia, contó su aventura, y Leif, hijo de Erico Randa, fundador de la colonia noruega de Groenlandia, se embarcó con Biorn; a fuerza de trabajos encontraron la isla vista por éste, y del aspecto agreste que presentaba la intitularon Helleland, isla rocallosa, y Mareland, ribera arenosa. Arrastrados a una segunda costa, siguieron mar arriba una ribera, e invernaron en la orilla de un lago. En aquel sitio el sol permanece ocho horas en el horizonte en el día más corto, y un marinero alemán al servicio de los dos jefes les mostró algunas vides silvestres: Biorn y Leif, al abandonar aquella tierra, la bautizaron con el nombre de Vinland.

Desde esta época, el Vinland ha sido frecuentado por los groenlandeses, que mantienen con los salvajes el comercio de peletería, y en 1121 pasó de Groenlandia a este país el obispo Erico, para predicar el evangelio a los naturales.

Imposible es desconocer que estos detalles se refieren a alguna parte de la América septentrional, situada hacia los 49° de latitud, puesto que allí en el día más corto, según las observaciones de los viajeros, el sol permanece ocho horas en el horizonte Terranova”.

En un contexto en donde la simbología romana jugará un importante papel, sobre todo entre los estadistas, paradójicamente, se utiliza también el rechazo de esta herencia a nivel propagandístico. Aquí es donde entra directamente la idea de pureza de la que hemos hablado y surge la pregunta: ¿es posible que sea precisamente la falta de raíces históricas lo que da a los Estados Unidos su especial potencia?; ¿tal vez la peculiar democracia americana, su surgimiento casi de la nada, provenga de hallarse menos lastrados que Francia, Alemania e Italia con la idea de la herencia grecorromana y con sus largos siglos de desvirtuación de los principios esenciales?. De esta forma, mientras se busca en Estados Unidos, desesperadamente, alguna suerte de raíz histórica, a menudo se presume justamente de lo contrario.

En los inicios de la nación y, sobre todo, durante su expansión hacia el oeste, se configura un mito esencial hasta nuestros días: el del patriotismo, única fórmula por la que puede sobrevivir una nación que se constituye en federación de forma muy temprana. La tensión entre el poder central y los poderes estatales se salva sólo por la consideración de pertenencia y fidelidad a una unidad mayor: la de la Unión, que exige un patriotismo sin concesiones y una exagerada concepción de la virtud del valor como base de todas las demás. Incluso hoy día, la mayor parte de los americanos continúan admirando el valor de forma fundamental y, si trasladamos el valor a la esfera del servicio público, nos encontramos quizá ante la gran constante de la mitología americana contemporánea.

Esta “virtus”, entendida en el sentido republicano romano y en la más pura tradición de Tácito⁶, constituyó una fórmula esencial de pervivencia, que retardó en lo

⁶Christ 1970, 3; Tác., *An.*, III, 40, 1-2; IV, 38 ; Liv., XXVI, 13, 15-19; 14, 1-5; 19, 1-9; XXX, 29, 10-15, 23.

La virtud pública y el valor militar se encuentran intrínsecamente unidos en la tradición norteamericana más que en ninguna otra civilización occidental. Asentada en la trasmisión norteamericana de los episodios de la guerra del Peloponeso (Tuc., I, 84 y II, 43) es fundamental para una nación que publicita la idea de la búsqueda de la felicidad como un derecho inalienable. Esta felicidad sólo se obtendría a partir de la libertad y ésta sería inalcanzable sin el valor: “(..) En la consideración de que la felicidad se basa en la libertad y la libertad en el valor.” (Tuc. II, 43, ed. Francisco Romero Cruz, Cátedra, Madrid, 1988). Estos principios serían de especial relevancia en las enseñanzas medias y en las prestigiosas academias militares hasta bien entrado el siglo XX. La tradición se continuaría a través de un enfoque parecido de la historiografía sobre Roma. No sólo Tácito sino, esencialmente, Catón y Plutarco incidieron sobre la consolidación ideológica de esta noción, en primer lugar entre los padres fundadores y después en la educación burguesa. Ver Plut. *Cor.*, XIV, 219F-220A; cf. Plut., *Mor.*, 276C; 317C-E; 320B-F y Alejandro, paradigma de la unión entre Virtud y Fortuna, 344B-D-E.

posible la disolución del Imperio Romano, y así funcionó ideológicamente en los inicios de la república americana, que se contempló a sí misma en el futuro como la patria inmortal, la nación universal con la que soñó Alejandro⁷ de Macedonia.

Pronto unirían todos los recursos de una economía que se hacía independiente y de una original forma de entender la Ilustración y los comienzos de un Romanticismo autóctono para dar a aquella unión de Estados una capital que, como una nueva Roma, debía constituirse en la ciudad eterna del mundo moderno: Washington, D.C.

La idea, muy arraigada en las primeras décadas de la república americana y profundamente ligada a la figura del “pionero”, de que la salvaguarda del Estado descansaba, no tanto en las instituciones como en las acciones individuales que, en definitiva e incluso inconscientemente, tienden al bien común, proviene de esta concepción romana de virtud y, también, de la utilización, como libros de enseñanza de oratoria, de textos griegos. Es idéntica, por ejemplo, referida a las batallas de Maratón (490 a. C.) y de Salamina (480 a. C.) y Platea (479 a. C.), en Demóstenes, *Discurso fúnebre*, 10 (ed. A. López Eire), *Discursos Políticos*, vol. III, Gredos, Madrid, 1985: “Aquellos hombres, solos, rechazaron dos veces, por tierra y por mar, la expedición que había llegado reclutada de Asia entera, y mediante sus peligros, afrontados individualmente, se convirtieron en causantes de la común salvación de todos los griegos”.

⁷Thierry 1836, 19.

3.2. GEORGE WASHINGTON: EL IDEAL COSMOPOLITA Y EL IDEAL RURAL

La idea de una república romana que debió de ser incorrupta y austera, de una inimitable simplicidad es una directriz en la ideología de la revolución. La imaginiería latina penetró las vidas, las mentes y los discursos de los revolucionarios americanos.⁸

En un país en donde las obras clásicas y mucho más los estudios superiores y el conocimiento del latín estaban a disposición de pocos, no por casualidad, los principales propagandistas de las ideas de revolución, independencia y república eran especialistas en latín y en la antigüedad romana, mucho de ellos sacados directamente de las universidades para penetrar en el mundo político y militar de la naciente Unión. La mayoría firmaban sus libros políticos e incluso sus proclamas y panfletos populares con seudónimos en latín y de fuerte resonancia romana.

Cuando las colonias del Este decidieron el boicot contra las importaciones inglesas y los bienes de consumo, especialmente los objetos de lujo, empezaron a escasear, los dirigentes justificaron el sacrificio necesario de la burguesía con altisonantes frases y escritos acerca de la frugalidad y la abstinencia de los primeros romanos empeñados en

⁸Elkins-McKittrick 1993, 48.

crear una nación.⁹

El carácter de la Presidencia, la existencia de un Senado de gran fortaleza frente a la tradición europea que optaría por una mayor dejación de poderes en la Cámara Baja, incluso la arquitectura de la capital, pronto transmitirían una iconografía y una ideología marcadamente romanas.

⁹Ibid. También intervino en gran medida, entre los mitos en torno al estallido de la guerra de independencia, la cuestión del *senatus consultum ultimum*, que entendieron, al menos en lo que se refiere a los inicios de la República, más que como un decreto de la República oligárquica, apoyado en la *auctoritas senatus*, como la idea del “pueblo en armas” llamado por sus dirigentes en momentos de enorme gravedad para el bien común (Caes., *B.C.*, I,V, 3-5 y I,VII, 5: *Quotiescumque sit decretum darent magistratus operam ne quid respublica detrimenti caperet, qua voce et quo senatus consulto populus Romanus ad arma sit vocatus (...)*, ed. Julio Calonge Ruiz, Gredos, Madrid, 1979). Cf. Cic., *Cat.*, *Orat. Prima*, II, 4 : *Decrevit quondam senatus ut L. Opimius consul videret ne quid res publica detrimenti caperet (...)* y *Orat. Quarta*, VI, 13 (ed. Francisco Campos Rodríguez, Gredos, Madrid, 1982). Igualmente se encuentra, para ellos, en relación con la idea de la superioridad del ejército de ciudadanos que defienden su patria sobre los mercenarios enviados a combatir en suelo extranjero. Ver Arr., *Anáb.*, II, 7, 4-5. Para el tema, también muy debatido, del *senatus consultum ultimum* en relación con el encubrimiento de golpes militares personales ver R. G., I y Suet., *Aug.*, 26.

En este ambiente en que los dirigentes de la nación, en sus vidas, en el campo de batalla y, especialmente, en el momento en que traspasaban las puertas del Congreso trataban de comportarse como auténticos romanos, George Washington¹⁰ representó la quintaesencia del ciudadano republicano, austero, sabio e incorruptible. En multitud de escritos nacionales y extranjeros se le comparó con los héroes de los albores de Roma y en los Estados Unidos se le conocía, entre otros sobrenombres, por el de “Fabio”¹¹, mientras que James Madison gozó del título extraoficial de “Censor de la República”.

Uno de los libros de cabecera de Washington, sobre todo durante su juventud, fue el *Catón* de Addison. Años más tarde hizo representar la obra a sus tropas acantonadas en Walley Forge. Fue “Catón” para ellos mientras los condujo a la batalla y, cuando se hizo

¹⁰Nacido en 1732 en una familia de propietarios, fue uno de los principales terratenientes del estado de Virginia y se opuso a la política colonial desde muy joven. Magnífico militar, se le nombró comandante en jefe del ejército revolucionario y sus ideas estratégicas y políticas penetraron la guerra de independencia (1775-83) de principio a fin. Fue elegido primer presidente de los Estados Unidos en 1789 y reelegido en 1793. Durante su segundo mandato fue menos “revolucionario”. Preocupado por la consolidación de las nacientes instituciones políticas y económicas, forzó al Congreso a adoptar postulados proteccionistas de corte hamiltoniano y, en busca de la integración en el contexto internacional, llegó a acuerdos con Inglaterra y a la firma de un tratado de múltiples ramificaciones que no gustó a todos los políticos y menos todavía a los ciudadanos americanos que habían participado en la guerra. La represión de la llamada “revuelta del whisky”, en 1794, constituyó otro golpe a su popularidad y, aunque en aquella época no existía la enmienda constitucional que impide al Presidente optar a un tercer mandato, Washington decidió retirarse a la vida privada y al cultivo de sus jardines y tierras al finalizar el segundo, en 1797. Murió dos años más tarde, en 1799. *National Cyclopaedia of American Biography*, New York, 1882-, Washington...

Los escritos de Washington se encuentran publicados en la ingente edición crítica de Fitzpatrick (*The Writing of George Washington*, John C. Fitzpatrick, ed., Washington, D. C., 1931-41, 39 vols.). De esta enorme cantidad de información, lo más interesante para nuestro estudio son sus diarios, de los que también existe una edición separada más manejable: *The Diaries of George Washington* (Donald Jackson and Dorothy Twohig, eds.), Charlottesville, 1976-79. Una fuente fundamental para comprender el papel de Washington para los románticos y su simbolismo como paradigma del ideal romano republicano es el libro de F. R. Chateaubriand, *Travels in America 1827*, N. Y., 1969. A este respecto, ver también G. Wills, *Cincinnatus: George Washington and the Enlightenment*, Garden City, N. Y., 1982; A. Matthews, “Some Sobriquets Applied to Washington”, *Publications of the Colonial Society of Massachusetts*, VIII, 1906, pp. 275-87 y Ch. F. Mullet, “Classical Influences on the American Revolution”, *Classical Journal*, XXXV, Nov. 1939, pp. 92-104. Su relevancia como paradigma de estos ideales en el seno de la revolución se encuentra presente, también, en los estudios de J. Th. Flexner, *George Washington in the American Revolution, 1775-1783*, Boston, 1968 y B. Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Mass., 1967, siendo también de interés la plasmación de estas ideas a nivel documental: L. G. DePauw et Al., eds., *Documentary History of the First Federal Congress of the United States of America*, Baltimore, 1972.

¹¹Flor., I, XXII, 27. Precisamente, a partir de las fórmulas estratégicas que utilizó Washington en las batallas contra los británicos y por el epíteto con el que se le nombraba, se creó, en el idioma inglés, el adjetivo de uso militar “*fabian*” (fabiano o de tácticas fabianas). El otro gran referente estratégico de Washington, así como de Bonaparte y, curiosamente, de sus principales enemigos, los generales del zar era, al menos a nivel teórico, César, especialmente el César del primer libro de la guerra civil (Caes., *B.C.*, I, LXXIX-LXXX).

la paz, se le llamó constantemente “Cincinato”.¹²

“La comparación con Cincinato es acertada --escribía en 1788 Brissot de Warville, después de una visita a George Washington-- porque este famoso general es ahora un sencillo hombre de campo enteramente dedicado al cuidado de su granja”¹³ y, tres años más tarde, Chateaubriand se refería a él en términos semejantes: “Cuando me vi ante él, con mi carta de presentación, reconocí la sobriedad de un romano de la vieja época”.¹⁴

Washington resumió en su persona una contraposición de su siglo americano: el ideal cosmopolita y el ideal rural. Ambas nociones constituían las dos mitades de un todo, aparentemente opuestas pero que no podían existir la una sin la otra. Los norteamericanos del momento creían que en la antigua Roma ambos ideales coexistieron también durante la República. Por un lado, el buen gobierno y la expansión de los derechos ciudadanos debían representar y lograr la misma expansión de una nación que, con sus fórmulas racionalistas, se veía llamada a convertirse en una “caput mundi”; por otro lado, esta nación no debía perder en el camino el principio en que se basaba su concepción del hombre y del ciudadano: su vinculación a la tierra, su conexión con las cosas primigenias y simples en donde se asentaba toda virtud.¹⁵

¹²D. H., X, 5, 1; X, 17-19; X, 23-25.

¹³Brissot de Warville, citado en Elkins-McKittrick 1993, 49.

¹⁴Chateaubriand, *ibid.*

¹⁵Puede leerse el que tal vez sea el más lúcido análisis del simbolismo de Cincinato y de los ideales cosmopolita y rural ligados a la figura de Washington en Wills, G., *Cincinnatus: George Washington and the Enlightenment*, Garden City, N.Y., 1982. Todo ello nos retrotrae, de nuevo, al viejo ideal anglosajón de la Arcadia feliz y a unas aspiraciones revolucionarias muy propias del siglo de las luces y más relacionadas con la vuelta a los orígenes puros de las sociedades que con una auténtica sustitución de lo gastado por lo original o novedoso. La idea subyacente, auténticamente romana, no sería tanto la de una sociedad equivocada desde sus planteamientos sino la de una decadencia imparable que nos lleva desde las lamentaciones de Tácito y su admiración por las razas incontaminadas germánicas hasta el buen salvaje de Rousseau: “Estoy convencido de que los germanos son indígenas y que de ningún modo están mezclados con otros pueblos (...). Han logrado mantener una raza peculiar, pura y semejante solo a sí misma (...). Ojos fieros y azules, cabellos rubios, cuerpos grandes (...) Y tienen algo que es el principal incentivo de su valentía: (...) la familia y el parentesco. Tienen a su lado a sus seres queridos y pueden oír el ulular de sus mujeres y los llantos de sus niños” (Tac., *Ger.*, 4, 1-3; 7, 3-4, ed. J. M. Requejo, Gredos, Madrid, 1999). La añoranza por la época en que supuestamente Roma se parecía a aquella sociedad y a aquel ejército de hermanos, que nos trae a la memoria de inmediato el ejército de hermanos, “the band of brothers” del Enrique V de Shakespeare e, incluso, “the band of brothers” de la Nueva Frontera de Kennedy, es una constante en Tácito: Tac., *Agr.*, 15, 4; 21,2; 30, 2-3; *Dial. de Orat.*, 12, 3-4 y el extenso y explícito pasaje de la misma obra sobre la educación en Roma, Tac., *Dial. de Orat.*, 28, 4-7 y 29, 1-3.

No sólo para estas fuentes latinas, Roma, en algún tiempo habría sido un pueblo joven y emergente (Flor., XVII, 22) como los bárbaros sino que era difícil imaginar cómo la libertad y la soberanía podían

realmente pertenecer al pueblo si no era en el seno de estas sociedades incontaminadas y en gran medida inocentes que iniciaban su historia (Flor., I, XVII, 25, 5-7). Los Estados Unidos, en el comienzo de su Independencia y aún mucho tiempo después, aproximadamente hasta el *New Deal*, se identificaban plenamente con esta situación y este contexto.

Ambas necesidades unían la revolución americana a la República romana¹⁶ con más fuerza que a cualquier otro movimiento o momento histórico de tipo parlamentarista, porque, ¿en donde podían buscar su espejo estos pioneros del parlamentarismo americano sino en Roma?¹⁷ La evolución legislativa de Roma era más próxima y más conocida para ellos que la de las ciudades estado de Grecia, pero Roma, en última instancia, los vinculaba a la democracia ideal griega y a la democracia de base espiritual y filosófica más que práctica, por cuanto la misma Roma había acudido a Grecia para importar gran parte de sus leyes iniciales a fin de que los decenviros las fusionaran con sus tradiciones consuetudinarias¹⁸ y dotaran a éstas de una base apoyada en la razón como bien superior del género humano. El renacimiento italiano, más cercano en el tiempo y aparentemente vinculado también a la Antigüedad, no les servía. Para ellos, sus repúblicas devinieron en tiranías dinásticas antes de crecer y, además, estaban demasiado mezcladas con el cesarismo papista. La experiencia de Cromwell era poco estimable: se convirtió también en una forma de dictadura cesarista y no podía ser admirada en un país que consagró a Catón como héroe de la libertad frente a César, símbolo de la destrucción de la República.¹⁹ Además, el parlamentarismo británico era exactamente eso: británico, en un

¹⁶Los dos estudios más interesantes sobre la influencia clásica, especialmente romana en la cultura norteamericana de la revolución son, sin duda, y a pesar de su relativa antigüedad, el libro de Gummere, R. M., *The American Colonial Mind and the Classical Tradition: Essays in Comparative Culture*, Cambridge, Massachusetts, 1963, especialmente en sus capítulos 1, 10 y 11 y el artículo de Mullet, Ch. F., "Classical Influences on the American Revolution", *Classical Journal*, XXXV, Nov. 1939, pp. 95-102.

¹⁷Los primeros estadistas independientes concibieron la Unión como una federación de estados unidos por decisión de sus ciudadanos, en libertad e igualdad, pero los estados del sur, paulatinamente, fueron viendo a la Unión como el imperio del gobierno central, crecientemente tomado por los intereses del norte, sobre sus estados federados, a la manera de la república romana, para su daño, y cuando se produjo la guerra civil y la llamada reconstrucción del sur, los estados vencedores nunca reconocieron que el sur hubiera tenido alguna vez la libertad legal de abandonar la Unión y los perdedores se contemplaban a sí mismos tratados con la dureza y la pretendida condescendencia que pensaban Roma había ejercido sobre las ciudades federadas que intentaban separarse: (...) *sed pleraque eorum, quo debuerint recidisse, foederumque ruptorum ipsos ab se graviores multo quam populus Romanus voluerit, poenas exegisse*. (Liv., XXV, XXXI, 4, ed. Áurea María Martín Tordesillas, Gredos, Madrid, 1977). Cf. Tuc., I, 97, para la misma cuestión, con Atenas como referente.

¹⁸D. H., X, 51, 5; X, 52, 4; X, 57, 5.

¹⁹Séneca, *Epístolas*,..., 24; 6-10 (ed. Ismael Roca Meliá), Gredos, Madrid, 1994, sobre Catón de Útica, como paradigma de la virtud estoica y *Epístolas*, 71, 8-17, como héroe de la República. La idealización subsiguiente de la figura de Bruto en la sociedad norteamericana del siglo XIX procede, en primera instancia, de Shakespeare, a través de la tradición escénica británica, especialmente exaltada en el primer Romanticismo y

momento en que era necesario deshacerse de la metrópoli y del “padre” histórico a toda costa. La revolución francesa, que se inició en plena afirmación de sus propias instituciones, constituyó un importante apoyo en principio. Sus ideales se veían asistidos, de alguna forma, desde Francia, y florecieron las “sociedades democráticas” americanas pero el golpe de Estado de Bonaparte vino a dar al traste con esta coalición sentimental y trajo de nuevo a las mentes americanas el fantasma del cesarismo.

Con el profundo convencimiento de que Europa, en su conjunto, por sus lastres históricos, se hallaba incapacitada para la democracia, los ideólogos y estadistas americanos se encontraron, a finales del siglo XVIII, convencidos de que, por el momento, estaban solos con su obra y con Roma.²⁰

El ideal rural, en las fuentes romanas, no solo se encuentra unido a la noción de virtud pública antigua e incluso de virtud privada sino que también está conectado al mito de la Arcadia y, al recoger esta tradición, los americanos se encuentran al final de una larga línea literaria que va desde el Renacimiento en Italia hasta el Iluminismo francés sin

sólo, en segunda instancia, de las fuentes: de Tac., *Dial. de Orat.*, 25, 6-7 (ed. J.M. Requejo), Gredos, Madrid, 1999: “Bruto fue el único que no exteriorizó sus opiniones con envidia ni malevolencia, sino con sencillez y sinceridad. ¿Sentía hostilidad hacia Cicerón alguien que ni siquiera, en mi opinión, la sintió hacia César?” y, esencialmente, de Plutarco, en donde Bruto está tratado con mayor ambigüedad: Plut., *Dion and Brutus*, X, 1-4; XIII, 1-5; XIX, 1-3; *Comparison of Dion and Brutus*, IV. cf. Cic., *Del supremo bien...*, III, 2, 6.

²⁰La idea de que la democracia era imposible en Europa estaba vinculada, en nuestra opinión, a la adhesión a un principio de purismo que podríamos llamar casi un “integrismo”. Partía no sólo del análisis de los sucesos históricos en el viejo continente sino del convencimiento de que no podía existir democracia mientras Europa no se liberase de su clase nobiliaria y de sus instituciones monárquicas, lo que no parecía muy probable a corto plazo. No sólo la nobleza de sangre se prohibía en Estados Unidos sino que no concebían que ninguna constitución nacional pudiera albergar en su seno los artículos democráticos y la monarquía simultáneamente, sin autoanularse como tal constitución.

olvidar a sus inmediatos antecedentes, los poetas británicos del siglo XVI y XVII.

En los poemas pastoriles ingleses de finales del siglo XVI, ya encontramos el “ethos” de la Arcadia. No podemos olvidar la “Arcadia” de Sir Philip Sidney (1590-93) y “La reina de las hadas” de Spencer, especialmente su libro VI. La propia idea de América como nuevo paraíso, América como mito de una arcadia feliz, simple y en donde se hiciera posible un nuevo comienzo de la raza humana, se encuentra en la descripción de la isla de Próspero en “La Tempestad” (1611) y, en 1637, todavía pleno periodo colonial, Thomas Morton llamaba a América la “nueva Canaan inglesa”.²¹

En Estados Unidos, el ideal cosmopolita y de progreso tenía que verse contrarrestado, armonizado en definitiva, por toda una imaginería agraria de prosperidad y entraron a formar parte de esta iconografía los mitos de la república romana de que hemos hablado: Catón, Cincinato y aun la Roma más antigua, aquella de las Sabinas, aquella que fue fundada con la línea de un arado.²²

Esta concepción rodeó especialmente a la figura de Thomas Jefferson que fue quien armonizó, de forma más teórica, ambos mundos pero ya anteriormente George Washington reunió, como hemos visto, esta doble imaginería: su servicio como militar y estadista y su final retirada a sus tierras representaba este ideal siempre anhelado: los hermosos huertos y jardines de su residencia en Mount Vernon fueron cuidadosamente diseñados por Washington para conjugar la idea del hombre ilustrado y nórdico, que no renunció a la tradición del jardín inglés, con la granja de producción en que se basaba el mundo agrario antiguo y, aun hoy día, siguen representando la culminación de estos conceptos para los visitantes que los contemplan.

En el viejo continente fue, sin duda, Chateaubriand quien consagró la imagen romántica de George Washington enfrentado a la figura de Napoleón, como un trasunto

²¹*Historia de la literatura...*1991, 48.

²²Elkins-Mckitrick 1993, 193.

de la vieja república romana ante la ascendente estrella de César, sólo que en esta ocasión no sería la República la derrotada:

“Cuando llegué a Filadelfia, no estaba en ella el gran Washington, y me vi obligado a esperarle quince días, al cabo de los cuales volvió. Vile pasar en un coche que arrastraban con rapidez cuatro caballos vigorosos guiados por grandes riendas. Washington, según mis ideas de entonces, debía ser necesariamente un Cincinato; pero Cincinato en carroza trastornaba un poco mi república del año 296 de Roma. ¿El dictador Washington podía ser otra cosa que un labriego, que ocupado en las tareas de la labranza, pasaba su vida picando sus bueyes con el aguijón y conduciendo la timonera del arado? Cuando fui a llevar mi carta de recomendación a aquel gran hombre, hallé sin embargo en su casa la sencillez del viejo romano.

(...)

Tal fue mi encuentro con aquel hombre que ha emancipado todo un mundo. Washington descendió a la tumba cuando mi nombre era aún oscuro, y yo he pasado a sus ojos como el ser más desconocido; él estaba en todo su esplendor y yo en toda mi oscuridad. Tal vez mi nombre no haya quedado impreso en su memoria ni un solo día; pero ¡dichoso al menos con que sus miradas se hayan fijado en mí!, pues la virtud que encierran las miradas de un gran hombre se inoculó en mí, y me sentí inspirado por ellas el resto de mi vida.

Después he visto a Bonaparte; la Providencia ha querido mostrarme los dos personajes a quienes plugo colocar a la cabeza de los destinos de sus siglos.

Si se comparan Washington y Bonaparte, aun considerándolos simplemente como hombres, se observará que el genio del primero se remonta a menos altura que el del segundo. Washington no pertenecía como Bonaparte a aquella raza de los Alejandro y los Césares, que sobrepuja a la estatura de la especie humana.

(...)

La república de Washington subsiste, el imperio de Bonaparte está destruido:²³ no

ha vivido más que el tiempo transcurrido el primero y segundo viaje de un francés que ha hallado una nación reconocida, allí donde había combatido por algunos colonos oprimidos.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república, y ambos fueron hijos de la libertad; pero el primero la ha sido fiel y el segundo la ha hecho traición (...) El nombre de Washington volará con la libertad, de edad en edad: marcará el principio de una nueva era para el género humano.

El nombre de Bonaparte será repetido también por las generaciones futuras; pero no irá unido a él ninguna bendición, y servirá frecuentemente de autoridad a todos los tiranos.

Washington ha sido el representante legítimo de las necesidades, de las ideas, de las luces, de las opiniones de su época; ha secundado en lugar de contrariar el movimiento de los espíritus.

(...)

Bonaparte podía también haber enriquecido el dominio público, porque trabajaba en la nación más civilizada, inteligente, bizarra y brillante de la tierra. ¡Cuál sería hoy el rango que ocuparía en el universo si hubiese unido la magnanimidad a lo que tenía de heroico, si, Washington y Bonaparte a la vez, hubiera nombrado a la libertad por heredera de su gloria! Pero aquel desmesurado gigante no enlazó sus destinos con los de sus contemporáneos; su genio pertenecía a la edad moderna, su ambición era de los antiguos días;²⁴ no comprendió que los milagros de su vida superaban con mucho al valor de una diadema, y que aquel adorno le sentaría mal”.²⁵

3.3. WASHINGTON, D.C., LA CIUDAD IDEAL

Cuando los hombres de la revolución necesitaron una capital en donde dar cabida a los órganos legislativos y ejecutivos y que representara a la nueva nación, eligieron crear un nuevo lugar urbanístico que se declarase no perteneciente a ningún estado y que diese, con ello, testimonio de la imparcialidad del Gobierno Federal. Varios estados cedieron emplazamientos para la capital federal y, finalmente, se eligieron las marismas de Virginia en torno a la desembocadura del río Potomac.

Inspirados por una curiosa amalgama de ideas, que incluía desde un cosmopolitismo de corte ilustrado y progresista hasta su noción de lo que debió ser Roma, la antigua capital del mundo conocido, y una teología muy personal, de fuerte influencia francmasónica, desecaron los poco saludables terrenos y, bajo la presidencia de Washington, el Congreso pidió al francés Charles L'Enfant que dibujara unos primeros planos.²⁶

L'Enfant tomó como modelo a varias ciudades europeas: Milán, Frankfurt, Amsterdam y Burdeos pero, esencialmente, concibió la ciudad y los primeros edificios públicos como pertenecientes a una Roma ideal, sobre cuya iconografía se reinventarían las construcciones modernas. Tenía, además, un ejemplo cercano en la ciudad de Williamsburg, capital de Virginia, que se había diseñado, ya en época colonial, con una fuerte carga de imagería romana y en torno al cruce de dos grandes avenidas, que hicieran las veces de cardo y decumano.

Sobre esta idea, L'Enfant pensó en una gran extensión longitudinal que sería el "Mall" y que se cerraría por el Potomac en uno de sus extremos y por el Capitolio, sede de las cámaras legislativas, en el otro. Este brazo sería cruzado por otro menor, en uno de cuyos extremos se construiría la sede del poder ejecutivo, la residencia del Presidente. El resto de la ciudad se extendería en cuadrícula, con calles identificadas con letras y números para rendir tributo a la diosa de su siglo: la razón, y para significar que la nueva

nación no reconocía culto a ninguno de los héroes del viejo mundo, de cuya paternidad renegaba. Sólo las grandes avenidas diagonales serían dedicadas con nombres: los de los estados de la Union.

L'Enfant quiso que aquella capital del nuevo mundo tuviese las avenidas más impresionantes conocidas hasta entonces y diseñó calles normales de noventa pies de ancho y grandes calzadas de ciento sesenta pies, bordeadas por caminos en forma de árbol. Las grandes avenidas europeas, entonces, no excedían de cincuenta pies de ancho.

El 18 de septiembre de 1793, sobre el proyecto del arquitecto preferido por George Washington, William Thornton y las muchas variantes propuestas por Stephan Hallet, el elegido por L'Enfant, se puso la primera piedra del Capitolio, en una ceremonia absolutamente francmasónica.

A las diez de la mañana, George Washington, encabezó una gran procesión que cruzó el Potomac entre salvas de artillería. Fue recibido por el Maryland Lodge 9 y el Virginia Lodge 22. Los hermanos se unieron a aquella parada que incluía al ejército, representantes de todos los oficios, agrimensores, arquitectos y obreros y autoridades civiles. Washington colocó la piedra fundacional y un monumento con una placa conmemorativa sobre ella.²⁷ Inmediatamente después de la celebración, se celebró un banquete ritual en torno a un buey, que se estaba asando al aire libre.

Mientras se discutían los planes de L'Enfant, Jefferson asumió la Presidencia en 1801 y, arquitecto él mismo, se mostró en desacuerdo con sus ideas y proclive a aceptar los planes de Andrew Ellicot, con algunas variaciones ideadas por él, pero Ellicot había sido despedido en 1792 porque L'Enfant pensaba que simplemente copiaba sus planos disminuyendo su grandeza y Jefferson no podía obtener del Congreso la reconsideración de aquellos proyectos, por lo que, retirado Jefferson, el Congreso dio vía libre a la mayor parte de los planes de L'Enfant.

El año 1800 era la fecha establecida para trasladar la sede del Gobierno de Filadelfia a la nueva capital y prácticamente estaba todo por hacer, incluido el Capitolio y el palacio presidencial. En 1795, el arquitecto de Londres, George Hadfield sustituyó a Hallet en las obras del Capitolio y la construcción de la residencia presidencial se otorgó

al irlandés James Hoban, con un proyecto menos “romano” y más inspirado en la arquitectura colonial americana y en las residencias campestres de las Islas Británicas. Estas fueron las primeras ocasiones en que se produjo lo que sería normal en el urbanismo de la capital durante el siglo XIX: el alejamiento creciente de la influencia de los todopoderosos arquitectos de origen francés y también de la idea primigenia de “nueva Roma”, con el predominio absoluto de los edificios de inspiración latina.

4. THOMAS JEFFERSON

4.1. EL “HEROÍSMO LEGISLATIVO”

Thomas Jefferson¹ fue uno de los principales artífices y propagandistas del magma ideológico en que se apoyó la Declaración de Independencia y la Constitución, y la influencia de su pensamiento y sus escritos continúa siendo clave en los Estados Unidos de hoy.

Basándose en Montesquieu, en Bacon, en Rousseau y, sobre todo, en Hume, Jefferson transmitió a la nueva nación una forma de pensamiento y de acción que desplazó los antiguos conceptos del heroísmo grecorromano, de base mística y profundamente ligados a la cultura de la guerra estacional, a una concepción basada primordialmente en la necesidad de paz y del consenso necesario para ella. En su nuevo concepto de heroísmo, el legislador, el servidor público que genera las leyes precisas, sin importarle la oposición o las presiones de su entorno, sustituye como héroe del pueblo al guerrero² y el valor moral se impone --al menos a nivel teórico-- sobre el valor físico, como mito de la civilización moderna y en una sociedad, como la americana, excesivamente volcada en el valor físico como base del individualismo. El mundo romano, que les sirve para las facetas de su ideología en que es necesaria una fuerte presencia del héroe guerrero, casi de inspiración divina, no les abandona tampoco a la hora de definir a este nuevo héroe de una legislación en desarrollo.

Los padres fundadores habían accedido a los mitos del heroísmo esencialmente a través de Plutarco.³ Teseo y Rómulo pero también Licurgo y Solón formaban parte de su acerbo cultural,⁴ reafirmado a través de las lecturas de los ilustrados franceses, de Bacon y de Hume.⁵

Thomas Jefferson, por su parte, perpetuó en los Estados Unidos la creencia de que el sistema de leyes y libertades civiles de la república romana había sido el más ajustado

al principio de justicia natural de todos los creados por el hombre y que era necesario considerar e incorporar a la legislación americana todo cuanto de él pudiese adaptarse a la nación en desarrollo.⁶

4.2. ROMA ANTIGUA, CRISTIANISMO E IDEOLOGÍA DE LA ESCLAVITUD EN AMÉRICA

Las grandes tensiones entre federales y confederados acerca del tema de la esclavitud, que serían una de las causas --aunque no la única ni la principal-- de la guerra civil, no eran tan fuertes en los inicios de la Unión.⁷ Los federalistas, más que argumentar en contra del modo de producción de los estados agrícolas --cuando la agricultura era esencial incluso en el norte-- trataron de limar asperezas, contrarrestar la voz de los abolicionistas y conjugar la esclavitud con su nuevo Estado. Pero, ¿cómo podía convivir la esclavitud con el cristianismo que abanderaba su nacimiento como Estado y, sobre todo, con los principios de igualdad, libertad personal y búsqueda de la felicidad que proclamaba su Declaración de Independencia y su Constitución? La forma en que interpretaban el mundo esclavista romano y la pervivencia de fórmulas de esclavitud durante el Imperio cristiano, tuvo mucho que ver en la conservación de esta contradicción americana que, finalmente, se haría demasiado insoportable.

Aunque es evidente que el argumento principal de los abolicionistas era moral,⁸ fuera de sus círculos no es fácil encontrar oposición, ni siquiera juicios morales sobre la legitimidad de la esclavitud antigua. Los norteamericanos estaban seguros de que la esclavitud no tenía contenido moral para los antiguos romanos y ellos tampoco le daban, a finales del siglo XVIII, tal contenido. Por el contrario, les parecía condición sin la cual nunca se podría haber producido la expansión política y comercial de Roma. Esta visión, junto con la ética protestante --según las confesiones de mayor o menor influencia calvinista--, proclive a primar el beneficio económico como base de la prosperidad y la felicidad; una muy interesada interpretación de la Biblia, que llegaba a justificar como orden divino la separación de las razas y la superioridad de la raza blanca,⁹ y la influencia de los principios del utilitarismo,¹⁰ crearon el ambiente adecuado para que el orden social

y económico de base esclavista se perpetuara, durante décadas, como necesario y justo en la nación de la libertad.

Jefferson, uno de los grandes héroes de la ética nacional, defendía, desde un agudo paternalismo, el orden esclavista con argumentos que evidenciaban -- por debajo del miedo a romper un modo de producción aparentemente insustituible y una fórmula de vida secular, sobre todo en los estados del sur-- el eterno temor de la sociedad americana a la mezcla de razas. Sus argumentos dejan escapar grandes dosis de autojustificación, por comparación con la antigüedad romana.

Para Jefferson,¹¹ los esclavos antiguos, especialmente los de Roma, estaban, en cualquier época, mucho peor tratados que los negros. A pesar de ello, surgieron, de entre sus filas, artistas y filósofos de relieve, como Epicteto, Terencio y Fedro, pero todos ellos eran blancos.¹² Su discurso se dirige a la demostración de la teoría de que los negros, y también los indios, son razas inferiores, no comparables a aquellos esclavos de los que surgieron tan preclaros ejemplos. Por tanto, la educación de los negros o de los indios o cualquier situación social diferente a la que tenían en aquel momento, sería, cuando menos, una pérdida de tiempo y de recursos vitales para la nación. La diferencia de color y de facultades --concluye Jefferson, en 1782-- constituye, lamentablemente, el peor obstáculo para la emancipación y el disfrute de las libertades de las razas no blancas en América.

Fue partir de las primeras décadas del siglo XIX cuando el conflicto comenzó a agudizarse entre los estados del norte y los del sur, de la forma en que lo contempló Chateaubriand, desde una clara visión romántica. Para él, Grecia y Roma representaban sólo la infancia de la libertad y los Estados Unidos podían llevar la esencia de esa libertad individual y de la grandeza estatal a una madurez plena, preservada por los principios del cristianismo, pero esas perspectivas podían verse frustradas por la división nacional a causa del problema de la esclavitud. ¿Cómo podía una nación convertirse en ejemplo del mundo mientras los representantes de Virginia defendían la libertad que iniciaron griegos y romanos sin superar la vergüenza que limitó la grandeza de los antiguos, la esclavitud,

mientras los representantes de Massachusetts trataban de imponer, sin éxito, un sistema de libertad moderna y cristiana, que aboliese la esclavitud y prescindiese de aquellos mitos de Roma, que no eran dignos de imitación?¹³

Alguno de estos mitos romanos, que románticos y federalistas consideraban indignos de imitación y constituían un legado ambiguo y un arma de doble filo, fueron ampliamente explotados; así, la idea de una expansión de finalidad civilizadora, a fin de imponer una especie de nueva *pax romana*, que permitiese la *prosperidad*, arrojó la conquista del oeste y la imposición de los valores y cultura anglosajones hacia el sur, especialmente en México.

“...En ningún lugar está más viva Roma en el presente que en América. Mi patria, actualmente, se ve expoliada por la prosperidad, estupidizada por el afán de lucro, asolada por el crimen en su desesperado intento de preservar la esclavitud, avergonzada por una guerra injusta¹⁴, con sus nobles sentimientos olvidados por la mayoría de los individuos, con el espíritu de sus políticos egoísta o incompetente, con su literatura frívola y vanalizada”¹⁵

En 1871, con la emancipación consolidándose, penosamente, estado por estado, el drama de la esclavitud y sus consecuencias y la tragedia de la expansión con la aniquilación de razas enteras, parecían a los hombres que escribieron sobre ello dos escollos insalvables, en los que había naufragado la esperanzada visión de los padres fundadores de una república perfecta, universal, justa y civilizadora¹⁶: el sentimiento de pérdida de grandeza y de agonía del sueño americano, que se ha convertido en la pesadilla de la nación durante el siglo XX, comenzaba a fraguarse de forma hiriente en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil.¹⁷

Los norteamericanos estaban contemplando lo que ya calificaban como su propia decadencia en términos muy semejantes a los que los autores romanos habían utilizado para intuir la ruina de su sociedad durante el fin de la República y aún en las épocas de apogeo del principado.

4.3. LA DICTADURA ROMANA Y NAPOLEÓN, “EL ANTIHÉROE”

El ambiguo legado de Roma no sólo se pone de manifiesto, para los americanos, en el tema de la esclavitud, sino también en la facilidad de la corrupción moral de los Estados.

Si los hombres de la revolución se inspiraron en su propia *prefiguración* de lo que debió ser la honestidad pública y la grandeza de la Roma republicana, se sentían, en cambio, asombrados ante la desintegración y la decadencia que se apoderó de Roma desde la época de Sila pero, sobre todo, desde la dictadura de César, acentuándose, de forma imparable, con los Césares. Los conceptos de dictadura personal y de monarquía estaban en el principio de la explicación que ellos daban a este fenómeno:

“Hay tres épocas en la historia estigmatizadas por la total extinción de la moral nacional. La primera fue la de los sucesores de Alejandro, sin omitirle a él mismo. La siguiente fue la de los sucesores del primer César. La tercera es nuestra propia época (...). Los excesos de Bonaparte han dividido la tierra a su voluntad y ahora tenemos esa conspiración de los reyes, sucesores de Bonaparte, que se llaman a sí mismos, blasfemamente, la *Santa Alianza*.”¹⁸

Aunque la alianza de las monarquías europeas no salga mejor parada, la interpretación específica de la figura de Napoleón que hace Jefferson es fundamental para entender el pensamiento de su tiempo y, a su vez, sus escritos fueron claves a la hora de que Bonaparte se convirtiese en el “antihéroe” de la cultura republicana de los Estados Unidos.¹⁹

El tema de la figura del dictador, directamente concebido a la manera del dictador romano, designado por el Senado, constituyó una petición varias veces debatida durante la guerra de independencia y en el Congreso de los años inmediatamente posteriores. Fue una cuestión que dio muchos quebraderos de cabeza a los políticos y, en concreto, a Jefferson, quien se extendió considerablemente sobre la dictadura romana y la posible dictadura americana en los momentos en que la tentación aún era fuerte, los años de 1781 y 1782, cuando redactó sus *Notes on the state of Virginia*.

En diciembre de 1776, la Cámara de Delegados propuso designar un dictador investido de todos los poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, civil y militar, con decisión de vida y de muerte sobre todos los ciudadanos y sobre sus propiedades y, en junio de 1781, en momentos de difícil acuerdo y de violencia, se llegó a la misma propuesta.

Jefferson pensaba que los defensores de tal medida se habían sentido seducidos por la figura del dictador, surgido de la República Romana, sin darse cuenta de que tanto las circunstancias como las constituciones eran diametralmente distintas. Por otra parte, la dictadura había sido fatal para Roma, al conducir, inexorablemente, a la monarquía. Su opinión se vería reafirmada para él, posteriormente, en Francia, con la figura de Napoleón.

Jefferson mantenía que, la situación en Estados Unidos no requería una actuación tan drástica, aunque hubiera sido constitucionalmente posible, que siempre mantuvo lo contrario. Roma estaba dividida por tumultuosas facciones irreconciliables y el gobierno constituido por una oligarquía de origen aristocrático, enfrentada a las masas violentas y a menudo hambrientas de la plebe, prácticamente indefensas a la hora de arañar del Senado el mínimo privilegio. Al mantener esta teoría, Jefferson fue una de las primeras personas en América en hacer notar que la democracia romana era sólo un mito y la representación del pueblo en el por todos los estadistas americanos respetado Senado romano, una quimera.²⁰

Además, la propia constitución romana preveía la designación de un dictador, de forma temporal. El “tirano”, según la terminología de Jefferson, devendría, de forma inevitable, en perpetuo al tener en sus manos todos los poderes para hacerlo y encontrarse

el Senado anulado por su propia decisión.

Jefferson mantiene el acuerdo fundamental de todos los americanos en unas libertades comunes, por debajo de sus problemas de interpretación y, sobre todo la imposibilidad legal de que una constitución, concebida en términos democráticos, alumbre en su interior la bomba de relojería que puede hacerla estallar. Esta era la situación de Roma, que preveía la posibilidad de un tirano, nacido de sus propias instituciones.

Una de las cosas que más le preocupaba a Jefferson dejar claro, era precisamente ésta: que bajo ningún concepto, el Senado de los Estados Unidos debía consentir enmienda constitucional alguna que pudiese colocar, en algún momento de la historia, al propio senado bajo la voluntad de hombre alguno, y de la misma forma debían protegerse las otras ramas del Gobierno: la Cámara de Representantes, el Presidente y el poder judicial.²¹

La propaganda de herencia romana, que servía a los fines de la revolución y al institucionalismo posterior, y que el mismo Jefferson había propagado desde la Declaración de Independencia, se le antojaba ahora un arma de doble filo y cada vez más peligrosa: existía la posibilidad de que el precedente de la democracia se tornase en el precedente aceptable de la opresión.

“Nuestra situación es peligrosa, y espero que mis compatriotas sean conscientes de ello y sepan aplicar a nuestra época nuestros propios remedios, como es una convención para fijar definitivamente la Constitución, para enmendar sus defectos y limitar los poderes de cada rama del Gobierno por ciertas leyes, de forma que cuando transgredan sus atribuciones,²² los actos resultantes de este abuso puedan ser anulados, para que sea innecesaria la llamada al pueblo, en otras palabras, la rebelión cada vez que se produzca una infracción de sus derechos antes de consentir que su aquiescencia se interprete como la intención de renunciar a esos derechos.”²³

4.4. FILOSOFÍA ANTIGUA Y REPÚBLICA AMERICANA

Desde los inicios de la república americana, ésta pretendió alzarse en paradigma del estado moderno y en nación modelo, al igual que Roma se vio avocada a convertirse en el centro político, económico e ideológico de su tiempo. Los Estados Unidos lograron transmitir esta imagen no sólo a sus propios ciudadanos sino a gran parte del mundo, especialmente a los intelectuales descontentos con las instituciones europeas y con la incapacidad de las monarquías del siglo XIX para llevar un consenso social a las naciones en pleno desarrollo capitalista. Incluso en la Inglaterra victoriana, se alzaron voces respetadas para señalar a los Estados Unidos como esa república modelo que podía marcar el camino del futuro: “De las varias repúblicas que hemos visto ensayarse en Francia y que todavía están ensayándose --escribía Thomas Carlyle en 1850-- no es necesario decir nada pero existe un moderno ejemplo de democracia casi perfecta, la República de los Estados Unidos (...). Constituye todavía un signo de esperanza para todas las naciones, y una *república modelo*”.²⁴

Una nación de naciones, un estado en expansión, debe tener una lengua común. Roma tuvo el latín y lo impuso a todos los pueblos que sojuzgó, al menos en el ámbito jurídico e institucional: ésta fue una de las claves de su éxito y su universalidad, también de la perdurabilidad de su legado, incluso cuando Roma, como tal entidad, ya no existía. Este pensamiento del siglo XIX americano fue esencial a la hora de que el inglés se fijara como lengua común e irrenunciable²⁵ en un estado que iba recibiendo paulatinamente inmigrantes de todas las lenguas, a los que, a nivel legal y laboral, se intentaba despojar de sus idiomas maternos. La expansión de los Estados Unidos conoció, de forma aguda, los problemas políticos de la imposición lingüística, que continúa siendo caballo de batalla de los sectores más conservadores de la sociedad americana en nuestros días,

cuando contemplan el español como una progresiva amenaza.

Una moneda común es la siguiente condición para la universalidad de esta nueva Roma, esta república imperial de la modernidad: el dolar, el “Altísimo dolar”, como Poe decía, con sarcasmo, al que Estados Unidos adoraba como Roma a su águila.²⁶

La nación de destino manifiesto, con una misión que cumplir, patria de todas las patrias, que en Estados Unidos se observaba con una mezcla de ilusión, desencanto e ironía; que, entre muchos europeos, se veía como la superación de siglos y siglos de historia caduca y de frustración;²⁷ que en Inglaterra --no muy aficionados a utilizar terminología republicana-- saludaban como a una nueva era de Augusto²⁸ y que en México se observaba con creciente desconfianza,²⁹ siempre discutió profusamente, en todos sus foros, sobre su relación con la política y la filosofía latinas.

El principal estadista que desarrolló el vínculo de unión latente entre la filosofía política, filosofía pagana y pensamiento cristiano de Roma y la sociedad americana fue, como en tantas otras cuestiones, Thomas Jefferson.

Para él, si alguna influencia ideológica cabe reconocer respecto al legado de los antiguos, ésta sería la de un republicanismo intensamente probado en el campo de la política real, principalmente en Roma. Las viejas disquisiciones filosóficas respecto al origen y la esencia del Estado perfecto y lo que él considera los sueños del platonismo, le dejan frío cuando no los considera perjudiciales. “Es una fortuna para nosotros que el republicanismo platónico no tenga la misma tradición que el cristianismo platónico -- escribe Jefferson a su amigo John Adams-- porque de ser así estaríamos todos, hombres, mujeres y niños, viviendo como bestias del campo o del bosque”.³⁰ Platón es un gran filósofo, pero su pensamiento político es irrealizable, de una oscuridad impenetrable y lleno de sofismas.³¹

La razón y el libre uso de la palabra y de la opinión es la única filosofía fáctica que cabe en política. La razón, como medio político, confiere a la democracia ideal tanto sus más firmes bases como su creciente secularización. En el centro de esa razón está el hombre como ser social pero también y sobre todo como individuo. Es la razón la que

confiere a la democracia la superación de los partidismos y la lucha de los vencedores por todos los individuos de la sociedad, incluidos aquellos que han votado o se manifiestan en contra y creían que esta esencia se encontraba, de forma ideal en el mundo heleno y de manera más fáctica en Roma.³² La libertad de expresión es el único medio por el cual la razón puede abandonar el ámbito del pensamiento y empezar a actuar sobre la realidad. Si Roma no hubiera permitido la libre expresión³³ y, aunque de forma imperfecta en comparación con los Estados Unidos, alguna aspiración de búsqueda de la libertad y la felicidad personal, el cristianismo nunca hubiera sido introducido y mucho menos habría ganado adeptos con tanta rapidez. Si el cristianismo no hubiese, después, erradicado de su seno los principios del libre uso de la razón, heredados del paganismo, no hubiera caído en la corrupción y la Reforma no se habría hecho necesaria.³⁴

En varias ocasiones y en fechas distintas, Jefferson se declara un epicúreo y manifiesta que tal filosofía, enormemente sana para el individuo, es también el mejor legado que los antiguos dejaron para el bien público. Epícteto, a su vez, legó a América lo que era bueno de los estoicos pero hizo un flaco servicio al presentar el pensamiento de Epicuro disminuido y caricaturizado, en lo cual Cicerón le sirvió como perfecto cómplice.³⁵

El problema es que, a pesar de sus magníficos principios, toda filosofía pagana es insuficiente para desarrollar una nación duradera, que sólo puede estar basada en el mayor bien posible para la mayor cantidad de hombres posible. Esta república compasiva no podía ser concebida en toda su profundidad por los antiguos y queda a los Estados Unidos la misión de conseguir su creación y su eficacia con la fusión de los principios antiguos -- sobre todo las experiencias fácticas de los romanos-- y el cristianismo.

El mundo pagano desarrolló los más nobles elementos para dominar el propio yo y conseguir la perfección del individuo. En eso, Grecia y Roma fueron grandes pero les faltó lo que para Jefferson es lo esencial: la capacidad de hacer que esa perfección personal sea útil para mejorar la vida de los demás y para transmitirse y comunicarse.³⁶ La virtud pública romana desarrolló la idea de deber pero las nociones de empatía y de compasión sólo aparecieron en el espíritu pagano, tal vez, con Marco Aurelio³⁷ y únicamente el cristianismo las perfeccionó. Sin embargo, ni siquiera el cristianismo, supo

elevantas del plano moral y social al político, al estatal: faltaba la democracia, último peldaño que añadir a esta larga escalera de formas de entender la moral que van perfeccionándose progresivamente.

Jefferson recibió de Charles Thomson una completa serie de apuntes acerca de sus opiniones sobre los cuatro evangelistas y una sinopsis de sus textos en su relación con el platonismo, que se les atribuía durante el último Imperio Romano y en la patrística. Él, a su vez, siguió escribiendo, de forma dispersa, durante años, sobre la “filosofía de Jesús”, tratando de despojarla de su platonismo. La cruzada por rescatar a Epicuro de su “mala fama” le ocupó también de forma intensa: “Si tuviera tiempo --escribía en 1816-- añadiría a mi pequeño libro los textos en griego, latín y francés, de forma comparativa, en columnas. Me gustaría hacer una traducción del *Syntagma* de Gosindi sobre las doctrinas de Epicuro. El epicureísmo, no obstante las calumnias de los estoicos y las caricaturas de Cicerón, es el más racional sistema que nos queda de la filosofía de los antiguos”.³⁸

Sus opiniones sobre el judaísmo, en cambio, reflejan el profundo antisemitismo de su época y de su nación:

“Su sistema era el deísmo, es decir, la creencia en su solo Dios; pero sus ideas sobre él y sobre sus atributos eran degradantes e injuriosas. Su ética era, no sólo imperfecta sino, a menudo, irreconciliable con los profundos dictados de la razón y de la moralidad, en lo que respecta a los que nos rodean y repulsiva y antisocial, en lo que respecta a otras naciones. Necesitaba una reforma, de manera inminente”.³⁹

En los últimos años de su vida, Jefferson luchó conmovedoramente por buscar el nexo de unión entre cristianismo y democracia y por encontrar una justificación moral al destino de los Estados Unidos; algo que, en cierto modo, constituyese un fin tan grande que pudiese obviar los cada vez más dolorosos medios.

4.5. LA EDUCACIÓN EN LOS CLÁSICOS

Una de las principales preocupaciones de Jefferson respecto a la educación de los norteamericanos era la institucionalización de los idiomas clásicos, tanto en universidades --incluso en especialidades no filológicas-- como en los primeros estadios de la enseñanza, porque los idiomas clásicos constituían la base sobre la que se afirmaba la educación en todos los campos: “...Puede decirse, con seguridad, que las lenguas clásicas son la sólida base de todas las demás, y el mejor ornamento para todas las ciencias”.⁴⁰

El abandono en que se encontraban los escolares en este aspecto hacía que, posteriormente, no se decidieran por estudios superiores de esa índole o estuviesen peor preparados para afrontarlos que los estudiantes europeos. Dado que muchos universitarios optaban por seguir o completar estudios en centros ingleses, franceses o alemanes, el problema se hacía patente.

Jefferson abogó por el latín y el griego obligatorios desde la infancia, sobre todo en el estado de Virginia, cuya universidad era la más cercana a sus anhelos y en la que gozaba de mayor influencia.⁴¹ Todo ello era necesario para la perfección en el estudio de la lengua inglesa, que sí constituía una de las asignaturas básicas en todos los niveles de enseñanza. Constantemente trataba en sus cartas de la pureza del idioma inglés y de la métrica, que debían adoptar los poetas americanos, en relación con la métrica de los clásicos romanos y griegos.⁴²

La educación en los clásicos, conociendo sus lenguas, incluía también la posibilidad, para él absolutamente necesaria en historiografía, de acceder a las fuentes en su idioma original. En una carta, escrita durante sus años de París, a su amigo Peter Carr, Jefferson realiza una extensa enumeración de fuentes y libros, que nos dan idea de qué consideraban esencial los norteamericanos del último tercio del siglo XVIII para abordar la escritura histórica sobre el mundo antiguo: leer primero la *Historia de Grecia* de Goldsmith; después, y a ser posible en este orden, Herodoto, Tucídides, las *Helénicas* y la

Anábasis de Jenofonte, Arriano, Quinto Curcio, Diodoro Sículo y Justino. Más tarde, sería el momento de abordar a los grandes romanos: Salustio, César, la correspondencia de Cicerón, Suetonio, Tácito y, todo ello, alternado con las interpretaciones de Gibbon.

En cuanto a poesía griega y latina, Jefferson recomienda a Carr, considerando, además, que deberían enseñarse durante la infancia y adolescencia a Virgilio, Terencio, Horacio, Anacreonte, Teócrito, Homero, Eurípides y Sófocles. Estos inicios conducirían sin problemas a poder entender y valorar en su justa medida a los mejores clásicos modernos y a los maestros de la lengua inglesa: el *Paraíso perdido* de Milton, Shakespeare, Ossian, Pope, y Swift.

En filosofía, casi lo único digno de leerse sería la moral: Epicteto, los *Memorabilia* de Jenofonte, los *Diálogos* de Platón, los textos de ética de Cicerón,⁴³ Séneca y Marco Aurelio.⁴⁴

Jefferson fue también una de las escasas personas de su tiempo en ser consciente del grado de prefiguración que incluía todo conocimiento histórico, especialmente cuando se trataba del mundo romano. No sólo se daba plena cuenta del aspecto propagandístico que en la formación del país había conllevado toda información sobre Roma --un asunto que él había manejado como nadie y utilizado para sus fines--, sino que criticó tanto a los historiadores contemporáneos, por revestir a los personajes y sucesos antiguos de caracteres que pertenecían a su propia época, como a las fuentes latinas, por transmitir imágenes irreales, a menudo interesadas, y que, en ocasiones, serían ridículas si no estuvieran “santificadas” por la tradición.⁴⁵

Las artes plásticas, para Jefferson, ocuparían el último lugar en cuanto a la educación en el conocimiento de la antigüedad griega y romana. Siendo él mismo arquitecto y habiendo visitado extensamente Italia, se sentía admirado por los lugares clásicos pero no pensaba que hubiera mucho en ellos aplicable al mundo del otro lado del Atlántico. Es más, durante su época como embajador en París, en la corte de Luis XVI, se

mostraba asombrado ante la megalomanía de las construcciones francesas y, después, seguiría estando en contra de los delirios de imitación romana de la arquitectura napoleónica. Por ello, desconfió también de los planes de L'Enfant para construir Washington en los mismos términos grandiosos y poco funcionales.

En Estados Unidos, la población se duplicaba prácticamente cada veinte años y Jefferson estaba mucho más preocupado por la arquitectura de viviendas y granjas y por lo perecedero de sus materiales que por el sentido estético.⁴⁶ Esta urgencia le llevó a aconsejar invertir los máximos esfuerzos y gran cantidad de recursos en la enseñanza de la arquitectura, mientras que pensaba que la pintura y escultura eran demasiado costosas para una nación que tenía problemas más perentorios: “Por consiguiente, sería inútil y escandaloso que nos hiciéramos conocedores de esas artes. Merecen verse, pero no estudiarse.”⁴⁷

Otro tanto pensaba de la música, lo que no impidió que bajo su presidencia se desarrollase, en su mismo estado de Virginia pero, sobre todo, en Nueva York un enorme interés por la ópera italiana de tema romano y también por la naciente escuela nacional alemana. La presencia en Nueva York de Lorenzo da Ponte, libretista y amigo de Mozart, en los primeros años del siglo XIX fue crucial. Lorenzo da Ponte, que terminó su vida como profesor de italiano en el Columbia College, puso en escena bastantes óperas italianas de tema clásico, cuyas representaciones se convirtieron en habituales en los años veinte del siglo XIX.⁴⁸ Por su parte, Daniel Schlesinger, pianista y alumno de un discípulo de Beethoven, fundaría, en 1842, la *Philharmonic Society* de Nueva York. La calidad de la orquesta de esta sociedad, formada en gran parte por músicos alemanes,⁴⁹ terminó desplazando el interés del público, tanto en música sinfónica y de cámara como en ópera, hacia el campo alemán.

5. STUART MILL: UTILITARISMO Y CONSTITUCIÓN

Entre 1859 y 1861, el filósofo inglés John Stuart Mill¹ hizo balance de lo que había representado la Constitución americana para la nueva nación y también para Europa. Reflexionó sobre aquellos supuestos vínculos con la democracia griega y la república de Roma, de los que tanto se había hablado, y acerca de hasta qué punto el utilitarismo y el principio de la mayor felicidad individual posible, en ocasiones a cualquier coste político, habían influido y a veces subvertido las primeras intenciones constitucionales.

Al contrario de lo que mantenía Jefferson, quien pensaba que las constituciones antiguas carecían de elementos que protegiesen al Gobierno de sus propios errores y de ahí la facilidad de implantación de las dictaduras, Stuart Mill creía que ya en la constitución ateniense se contemplaban estas provisiones, entre las cuales es fundamental una efectiva división de poderes, y la enlaza directamente con la de los Estados Unidos.²

Lo que distinguiría a las constituciones antiguas de las modernas: la americana, la francesa y también la británica sería, esencialmente, la incorporación política y filosófica del cristianismo y el desarrollo de los conceptos de libertad y de individualismo, desconocidos a las antiguas ordenaciones, fundamentadas en la supremacía del estado sobre el individuo.

Para Mill es lamentable que la fusión entre los principios democráticos iniciados por los antiguos y el cristianismo se produjera a costa de la destrucción de la Roma pagana. Si la incorporación del cristianismo al Estado se hubiese dado bajo un reinado todavía fuerte, como el de Marco Aurelio, en vez de bajo Constantino, el viejo mito de la necesidad de la destrucción del paganismo para la imposición de la nueva fe no se hubiese instaurado en la cultura europea y la Iglesia no se habría convertido posteriormente, aprovechando la debilidad de Roma, en un superestado enfrentado al individualismo en mayor medida que la Roma de la “virtus” pública como máximo valor.³

La prueba de que esta fusión no hubiera sido imposible es que Roma nunca estuvo realmente interesada en extirpar el cristianismo por completo porque, de haberlo querido,

tenía en sus manos los elementos coactivos necesarios para conseguirlo. Desmintiendo una vez más el panorama de las persecuciones incesantes, Mill admite que existieron pero sólo de forma ocasional, en periodos breves de tiempo, y separadas por largos espacios durante los cuales los cristianos gozaron de absoluta indiferencia por parte del Estado y pudieron dedicarse a la propaganda, sin mayores problemas.

Fue el mundo contemporáneo quien se encargó de añadir a las estructuras democráticas los principios de la Ilustración y del utilitarismo, ajenos tanto a los paganos como al cristianismo pero que, ideológicamente, reclamaban sus orígenes a ambos sistemas filosóficos.

El principio de la mayor felicidad posible de los individuos, como fin a proteger por las constituciones democráticas, sostenía que las acciones políticas debían estar dirigidas hacia la felicidad de los ciudadanos y se justificaban, a veces de forma abusiva, por ella. Por la felicidad se entendía el placer y la ausencia de dolor. Los norteamericanos basaban generalmente estos principios en el epicureísmo pero era evidente que necesitaban incluir algunos elementos estoicos y cristianos y lo hicieron de forma variada y atrevida.

En lo que sí fueron pioneros los norteamericanos --y Stuart Mill lo hace notar-- fue en dar publicidad a una forma de epicureísmo que quedaba despojada de toda la mala imagen y desfiguración, heredada de la época medieval y de los excesos de la Contrarreforma: un epicureísmo que elevaría los placeres del intelecto, de la imaginación y de la moral por encima de los obtenidos de las puras sensaciones. Sin embargo, el lado “malo” del epicureísmo también era real,⁴ por más que los primeros utilitaristas trataran de obviarlo y, en una sociedad en expansión económica constante, y con el valor monetario elevado a su máxima expresión ideológica, pronto se subvertirían los valores filosóficos del utilitarismo en aras de una sociedad de creciente signo consumista y de imparable confusión moral.

6. FORMAS ROMANAS DE LA PRESIDENCIA AMERICANA

Ninguna institución como la Presidencia simboliza en la cultura americana, tanto en su iconografía como en su fondo, el afán de voluntarismo como nación y de pervivencia de los valores heredados de los padres fundadores.

La Presidencia colmó, desde sus orígenes, las anula aspiraciones de una cultura profundamente basada en la idea de liderazgo, a pesar de su aparente republicanism. Esta paradoja ha hecho que a menudo se llame a los Estados Unidos, con cierta ironía, la *república imperial*. La idea de liderazgo ha conseguido que el Presidente asuma, no sólo la jefatura del Estado y del Ejecutivo, sino muchos principios que traspasan el ámbito político, para entrar en los presupuestos éticos, estéticos e incluso poéticos de la nación.

Los americanos han exigido a sus presidentes, durante más de dos siglos, pulcritud política, valor, visión, grandeza y una vida personal y familiar ejemplar, y se han sentido, en general, indignados, cuando han fallado en alguna de estas facetas, aunque sus errores perteneciesen a la esfera privada y no tuvieran repercusión política real: una actitud difícil de entender para los europeos pero comprensible en un contexto en que el Presidente debe representar el sueño americano y la majestad de los Estados Unidos, como los “emperadores buenos” eran considerados la misma Roma

No sólo el ceremonial unido al cargo, el águila heráldica y el lema del guión presidencial: *e pluribus unum*; no sólo su concepción como *primero entre iguales*, o su especial relación de moderador y opositor a las Cámaras, sobre todo al Senado, recuerdan la iconografía y la visión decimonónica de los primeros emperadores romanos, que aún guardaban una fuerte relación con la concepción republicana de Roma, sino que la propia persona del Presidente garantiza un auténtico vínculo mítico con la idea del héroe, íntimamente ligada a su supervivencia como nación.

En una cultura que honra la tragedia y el heroísmo como una de sus grandes constantes míticas; en la que el cementerio nacional de Arlington, concebido como un auténtico lugar de culto a esta noción, es uno de los dos puntos referenciales de una capital que tiene el otro en un único eje constituido por la avenida que une el Capitolio

con la Casa Blanca, la idea de identidad y también la de universalidad tienen su perfecto paradigma en el Presidente y no son pocas las Administraciones que han utilizado en sus discursos y en su forma de comunicación con el pueblo el recuerdo y la vinculación a los momentos de esplendor más patentes del mundo antiguo.

Los presidentes más aficionados a asumir en su persona este tipo de recuerdo son, seguramente no por casualidad, los que el pueblo americano recuerda como más míticos; en definitiva, más perfectos ejemplos del ideal de liderazgo y heroísmo heredado de esos tiempos casi ancestrales: Washington, Jefferson, Lincoln, Franklin D. Roosevelt, Kennedy.

Si para colmo, algunos de ellos, como Lincoln en el siglo XIX, o Kennedy, en los años sesenta, murieron asesinados, el círculo que conduce del heroísmo a la tragedia, en el sentido absolutamente clásico del término, se cierra con una perfección tan absoluta que, a pesar del desgaste lógico de todo mito, los americanos aún no pueden superar la adicción a sus figuras.

Muchos estudiosos y sociólogos han puesto de manifiesto estos fenómenos y bastantes han estudiado en concreto los casos de Lincoln y Kennedy. En algunas ocasiones, se ha llegado a interpretaciones realmente originales del asesinato del Presidente, en relación al sacrificio ritual de los reyes en culturas antiguas o a la tendencia al asesinato del padre. Otras veces, se ha puesto en relación con los sacrificios relacionados con los ciclos agrarios y las cosechas de Otoño: Juana de Arco, quizá el único mito que en la cultura europea puede compararse en intensidad con los asesinatos de los presidentes americanos, murió el 21 de noviembre de 1430, en una época y una cultura de fuerte permanencia subconsciente de los rituales agrarios latinos; Kennedy fue asesinado el 22 de noviembre de 1963, en Dallas, Texas, un estado de enorme peso agrícola y de tradiciones inasequibles y misteriosas.¹

Kennedy, además, mientras vivió, tal vez fuera el ejemplo más destacado de esta *Presidencial imperial* --cada vez más *imperial*, porque su peso era cada vez más fuerte, en detrimento del Senado, la Cámara de Representantes y los gobernadores de los estados-- que siempre ha colmado las expectativas, precisamente de la América más liberal. El discurso de universalidad de su *Nueva Frontera*², formulado, al mismo tiempo, para que

los Estados Unidos conservaran y, a poder ser, aumentarán su posición de liderazgo en el contexto de la guerra fría, fue saludado --y no sólo en América-- como la culminación moderna de la idea de imperio civilizador occidental, de nación de naciones y como una nueva edad de oro, lanzada al futuro, en donde se pretendía conferir mayor fuerza ideológica a la lucha por las esperanzas³ que al estado de conflicto constante de los años cincuenta. Entre los escritores de su década y en los mismos discursos del presidente Kennedy no faltan referencias a esa misión integradora, que comenzó en Roma, y que nunca pudo ser cumplida hasta la consumación de las democracias occidentales y, concretamente, de los Estados Unidos.⁴

Theodor Sorensen, asesor especial de Kennedy, relata una anécdota en referencia a la conclusión de la crisis de los misiles cubanos, durante la cual, un conocido estadista europeo le dijo que la postura del Presidente en los tensos días podía compararse a la de los griegos enfrentándose a los persas en Salamina, en el año 480 a. C.: no sólo un momento decisivo en la historia sino el real comienzo de una “edad de oro”.⁵ En otra ocasión, refiriéndose a la crisis de Berlín, que acabó con la edificación, por parte del bloque del este, del famoso muro, Sorensen comenta que, al igual que dos mil años atrás, la frase que más enorgullecía a quien la pronunciaba era *Civis romanus sum*, en el mundo libre actual, había pasado a ser *Ich bin ein Berliner*.⁶

El asesinato del Presidente fue el ingrediente que faltaba a este ciclo épico nacional, creado en pleno siglo XX, en un país que carece de las sagas épicas antiguas, y cuyas raíces inconscientes más profundas --aparte, claro está, de otras causas más políticas o realistas-- han sido buscadas incluso en las leyendas y rituales de recolección y sacrificio del mundo mediterráneo y en los mitos del eterno retorno:

“En el siglo XX, esta leyenda no es más que un vestigio. Pero nadie que esté familiarizado con las diversas religiones del mundo dudará de esta explicación; habrá que reconocer su carácter ancestral si se quiere comprender lo que sucedió con el recuerdo de John Kennedy después de su entierro. Los héroes populares, por ejemplo, tienen tan poco que ver con la democracia como los caballos sin jinete

con las pompas fúnebres.⁷ Los orígenes de su atractivo están en el pasado, en una época que no registra la historia escrita, antes del nacimiento de los Estados Nacionales. Pero una cosa parece evidente, y es que ninguna sociedad ha logrado sin ellos la cohesión. Hasta tal punto es importante el anhelo que satisfacen. Los Estados Unidos (...) sintieron su necesidad desde el primer momento. El espectacular asesinato de Abraham Lincoln fue el primer sacrificio para satisfacerla --sugería una generación atrás Lloyd Lewis en su brillante obra *Los mitos en torno a Lincoln*--(...) John Kennedy fue el segundo (...) Y si alguien desdeña esa transformación [del hombre en mito] tendrá un imperfecto conocimiento de la verdad”.⁸

APÉNDICE

ROMA EN LOS PAÍSES LATINOS

1. FRANCIA

En Francia¹, el peso de su poderosa Ilustración es durante mucho tiempo mayor que el del Romanticismo. La segunda mitad del siglo XVIII y, prácticamente, toda la historiografía sobre Roma del siglo XIX francés, está poderosamente influida por la obra histórica y filosófica de Rousseau y de Voltaire.

La idea introducida por Voltaire de que la época de Augusto y el primer imperio constituía una de las edades de oro de la humanidad y también la noción de que los orígenes de la república antigua marcaban, de alguna manera, los primeros testimonios reales de la constitución del contrato social estuvieron presentes, durante decenios, en la mente de los historiadores, que pretendían ver en la Francia del Iluminismo y, de forma aún más pertinente, tras el revulsivo laico de la revolución, el nacimiento de una cultura vital y política imbricada en un nuevo paganismo.

El dominio historiográfico perteneció, al igual que en Alemania, hasta el último tercio del siglo XVIII a los filósofos y los “hombres universales” de la Ilustración. Sólo algunos nombres, como el de Hénault o el de Fantin des Odoards pueden considerarse como historiadores profesionales. Los autores inmediatamente anteriores a la revolución eran, esencialmente, biógrafos e historiadores del momento contemporáneo de Francia, como Condorcet o Mayer. Fueron la revolución de 1789 y la etapa napoleónica las que dieron un importante giro a la forma en que los franceses contemplaban su historia y las que les hicieron preguntarse por su vinculación con la antigua Roma y con los principios que se suponía --y que se pretendía-- habían guiado la constitución de Roma en una sociedad civil desarrollada y, finalmente, en un imperio.

Al principio, la revolución se contempló como un vuelco definitivo a la historia de la humanidad y la plasmación de una nueva edad de oro, que hundía sus raíces en las más irrenunciables aspiraciones del hombre, surgidas en Atenas, transmitidas por Roma y sumergidas, durante siglos, por el oscurantismo y la tiranía del antiguo régimen, pero la

llegada de la etapa del terror refrenó este triunfalismo inicial y el cambio histórico se asumió como un proceso largo, desde la antigüedad romana hasta el siglo XIX francés, cuyo final ya no estaba tan claro ni tan próximo.

Oponiéndose a la corriente de los historiadores que veían la revolución el injustificable capricho de la incultura popular, el revolucionario Rabaut Saint-Étienne, ya en 1792, defendía esta idea del proceso histórico continuado desde la Antigüedad, en busca de la libertad, del cual la revolución sería el último y más pleno argumento, fruto de un desarrollo intelectual depurado, en el cual Bacon, Bayle, Montaigne y otros muchos habrían funcionado como catalizadores de las aspiraciones europeas.²

Madame de Staël, en sus *Considérations sur les principaux événements de la révolution française*, publicadas en Londres, en 1818 y el conde de Montlosier, en su extensa obra *De la monarchie française depuis son établissement jusqu'à nos jours*, París, 1814, contemplaban la revolución como el final de una edad media, que había impedido el normal desarrollo de la historia occidental desde Roma hasta el siglo XIX y, por tanto, como la restauración del hilo lógico del devenir de los siglos hacia el progreso.³

Las más agudas comparaciones respecto a las múltiples formas de la tiranía, tanto en la Antigüedad como en el antiguo régimen se encuentran, probablemente, en la obra de Droz, *Histoire du règne de Louis XVI pendant les années ou l'on pouvait prévenir ou diriger la révolution française*, publicada en París entre 1839 y 1842, y es que son, esencialmente, los románticos los que, introduciendo un matiz profundamente personalista en la historiografía francesa, acuñan por completo los conceptos de democracia y libertad, referidos al mundo clásico, y la imagen del héroe como motor de la historia aunque, paradójicamente, serán también ellos quienes den importancia al pueblo al tratar las causas de la caída del antiguo régimen⁴ y de la revolución.⁵ Thomas Carlyle es uno de los más claros representantes de la primera fórmula historiográfica, mientras que Jules Michelet, muy nacionalista, en su libro *Le Peuple*, publicado en 1846, en las puertas de la revolución del cuarenta y ocho, proclama su absoluta fe en el pueblo como promotor del progreso, desde los atenienses, pasando por las revueltas agrarias de la república y del final del occidente romano, hasta las revoluciones de Francia en el siglo XVIII y XIX.

La tendencia a comparar la caída de la monarquía francesa con la destrucción del Imperio Romano de occidente es también una constante del romanticismo francés, hasta la instauración del Segundo Imperio. Para Loménie de Brienne,⁶ la revolución no sería el resultado de la determinación de un pueblo o de una clase social por cambiar la historia, sino la consecuencia de una depravación de los individuos de la clase dirigente, la nobleza, sin precedentes desde la época de Tiberio o de Cómodo, que, a la larga, igual que en Roma, tenía que conducir a un cataclismo político y social, capaz de acabar con un orden que se había mantenido durante siglos.

Junto con Michelet y Carlyle, Alexis de Tocqueville, es el tercer historiador de gran influencia, que escribe en los mediados del siglo XIX, entre la revolución de 1830 y el golpe de estado de 1851. Su obra *L'Ancien Régime et la révolution*, de 1856, más que una historia de la revolución en sí, es un amargo resumen de los sentimientos de una generación que ha visto naufragar sus sueños de continuidad y de perfeccionamiento de las democracias occidentales antiguas en las turbulentas corrientes del siglo burgués que, una vez más, ha recurrido a la dictadura y, finalmente, a la monarquía, por miedo a la libertad.

2. ITALIA

Puede parecer sorprendente que en Italia¹, escenario geográfico de los grandes dramas romanos, surgieran los primeros síntomas de recuperación de la Edad Media e, incluso, de anticlasicismo, pero esto no es tan extraño si pensamos que Italia, también, era la cuna de la ortodoxia católica, que se desarrolló, sobre todo, durante la extensa época entendida como medieval.

Los primeros intentos de reivindicación de estos siglos, tan vilipendiados por la oratoria renacentista --sobre todo por los humanistas protestantes-- vendrían de la mano de un historiador que no entra, estrictamente, en el ámbito cronológico que nos interesa pero que casi lo roza y a cuya influencia no escapan los autores de la segunda mitad del siglo XVIII y tampoco los románticos de la Italia nacionalista, en busca de su unidad. Nos referimos a L. A. Muratori, que nace en Vignola, cerca de Módena, en octubre de 1672, y que publica en 1717, una obra clave, el primer volumen de la *Antichità estensi*, cuyo segunda parte no verá la luz hasta 1740.²

En su detallado estudio de la genealogía de la casa d'Este, uno de los temas fundamentales de la *Antichità estensi*, Muratori desmonta los mitos en alza de que las grandes familias italianas hundían sus raíces, no sólo en las casas patricias de Roma sino en los mitos griegos y latinos de la constitución de la República, como se venía manteniendo, por servilismo hacia las todavía poderosas dinastías y, también, por obsesión cultural con la anticuaria clásica.³

Por el contrario, las casas nobles italianas, incluso las más antiguas procedían de la época medieval, verdadera etapa de nacimiento y consolidación de Italia, existiendo una irreparable fractura entre la Roma antigua y la Italia moderna, representada por la cultura política, religiosa y social resultante del desarrollo del Papado y de los reinos medievales.

Con Giovanni Battista Vico (1668-1744) y con Pietro Giannone (1676-1748), empezamos a encontrar ya plenamente los caracteres y las contradicciones del Iluminismo italiano: desde la nunca oculta religiosidad de Vico, en el cual la historia adquiere una

metodología clara pero, a su vez se ve penetrada del providencialismo de la “historia eterna”, de designio divino, en la cual las épocas y hechos serían sólo manifestaciones temporales encaminadas a un fin pleno, hasta el anticlericalismo de Giannone, que, en su obra *Istoria civile del Regno di Napoli*, trata de hacer una historia de Italia despojada del pretendido protagonismo del Papado, al que considera usurpador de los derechos seculares del reino de Nápoles.

En el cambio del siglo XVIII al XIX, comienzan a plantearse en la historiografía otros problemas, no estrictamente metodológicos, que anuncian la impregnación romántica que, en Italia, igual que en el resto de Europa, está a punto de producirse. Grandes preguntas sobre la utilidad de la historia y su trasfondo casi metafísico para el hombre empiezan a surgir en las obras sobre Roma que, a menudo, eran de tipo narrativo o intensamente heroico. Los estudios sobre la Italia contemporánea, aunque no disponen de tantos “grandes hechos” sobre los que verter su filosofía vital, tampoco escapan a estas cuestiones, que convierten a la historiografía, no tanto en historia escrita en sí como en educación sentimental.

Ningún ejemplo de esta situación es tan claro como el del napolitano Vincenzo Cuoco (1770-1823), quien, en su *Saggio storico sulla Rivoluzione napoletana del 1799*, considera a la historia más como ciencia de la sustancia que de los hechos y cree que la principal finalidad de la historia es liberar a la humanidad de la insoportable sensación de soledad que le invadiría de no tener noticia de los hombres y de los pueblos que le precedieron: en una palabra, mostrarle que no está sólo en el espacio ni en el tiempo: “Los pueblos no están aislados sobre la tierra. Se apoyan los unos sobre los otros, en un desarrollo natural que, en ocasiones se acelera, en ocasiones se retarda y se conmueve por acciones y reacciones insuperables.”⁴

3. ESPAÑA

La historiografía española¹ sobre el mundo antiguo en las etapas que nos ocupan, alcanza, sin lugar a dudas, su máxima expresión durante la segunda mitad del siglo XVIII, con algunos ilustres antecedentes en el siglo XVII y en la primera mitad del XVIII. De entre ellos, cabría destacar, por su originalidad y la amplitud de temas que trató, a Luis José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores (1722-1772), quien publicó en 1759, sus *Anales de la nación española*, que retrocedían en su cronología hasta Tartessos y, aún antes, a los tiempos míticos y desconocidos. El marqués de Valdeflores, uno de los primeros intelectuales de la Ilustración española, realizó su obra en la tradición analítica y cronográfica inglesa, desarrollada específicamente por Isaac Newton (1642-1727).²

A menudo, se ha estudiado el siglo XVIII español como una época en la que pervive una fórmula historiográfica retrógrada, de índole fantástica y poco cuidadosa con las escasas fuentes, continuación del S. XVII. En este ambiente, poco halagüeño, surge, oponiéndose a esta corriente, una “historiografía ilustrada, moderna y casi científica. Esta visión corre el riesgo de ser demasiado simplista, por cuanto lo que se observa -- instaurada ya plenamente la Ilustración-- es que ésta, lejos de surgir de la nada, como una especie de despertar, reproduce, en términos generales, los parámetros que constituyen la esencia del pensamiento de los escritores anteriores.³ Lo que sí cabría distinguir, según Wulff Alonso,⁴ son tres etapas desde los inicios del siglo XVIII y los primeros años del XIX, que, lejos de excluirse mutuamente, se entrelazan y complementan: la de la historiografía crítica; la propiamente ilustrada y la que ya no puede considerarse como tal pero que tampoco penetra todavía en los presupuestos netamente románticos.

En la etapa del criticismo, caracterizada por la exploración y minuciosa utilización de las fuentes, frente al exceso de inventiva del siglo XVII, cabe destacar --además de al ya citado marqués de Valdeflores-- a Juan de Ferreras, autor de una *Synopsis histórico-chronológica de España*, de larga elaboración: entre 1700 y 1720. En ella se niega toda posibilidad de conocimiento y cronología de los tiempos anteriores a la colonización

fenicia y se desmiente a Annio y a los tradicionales cronicones. En la ciudad de Lima, se publicó en 1730, otro de los libros fundamentales en el uso de las fuentes en la historiografía en lengua castellana, la *Historia de España vindicada*, de Pedro de Peralta y Barnuevo y, como ejemplo de la historiografía que rechaza los ya nacientes aspectos ilustrados y se mantiene en las tradiciones mitográficas del S. XVII, podemos citar la publicación, a mediados de los años treinta del siglo XVIII, de la *Historia de España primitiva*, de R. De la Huerta y Vega.

En época plenamente ilustrada, no podemos olvidar la aportación de los hermanos cordobeses Rodríguez Mohedano, autores de una *Historia Literaria de España*, que empezó a publicarse en 1766, en la que se da una visión positiva, hasta entonces no muy común, de las diversas invasiones de la península en la Antigüedad y de los sincretismos que se produjeron.⁵ La positiva imagen que dan de las presencias fenicia y cartaginesa contrasta, por vez primera, con el modelo de superioridad de las culturas clásicas, defendido hasta entonces, sobre todo por franceses e italianos. El catalán J. F. Masdeu, enlaza, casi al final del siglo, con los prerrománticos, al escribir una *Historia crítica de la Cultura Española*, publicada en 1784, y en la que se defiende, a veces desde posiciones poco razonables y ya extrañas a la Ilustración, un nacionalismo hispano a ultranza, llevado hasta la vindicación absoluta de lo autóctono, frente al desprecio de todo lo foráneo, incluido lo griego y lo romano.

El periodo de enlace entre la Ilustración y el siglo XIX, se encuentra dominado por una historiografía crítica con la excesiva atención prestada al mundo clásico y más proclive a asentar y a valorar los antecedentes reales de la historia española en la Edad Media y en los años inmediatamente anteriores al siglo XVIII. El *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España*, de J. P: Forner, publicado en 1788, desplaza el interés por Roma hacia los problemas medievales del feudalismo,⁶ las relaciones Iglesia-Estado y la constitución de los reinos hispanos. Cuando F. Martínez Marina, en 1813, después del trauma histórico de la guerra de independencia, publica su *Discurso sobre el origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del Gobierno español*, puede

decirse que los componentes esenciales de nuestro romanticismo: el nacionalismo y la temática medieval están plenamente asentados en la historiografía española.

Mención aparte merece la situación de la arqueología durante la segunda mitad del siglo XVIII español, ya que, fue precisamente en estos años cuando recibió un cierto impulso oficial por parte de una realeza que consideraba la recuperación de las piezas de la antigüedad española, como una forma de propaganda y prestigio de la propia institución monárquica.

En el reinado de Fernando VI (1746-59) se planteó el problema del Patronato Regio, tras el Concordato firmado por Felipe V en 1737, en el que se dirimía el derecho del rey a nombrar cargos eclesiásticos y a percibir sus beneficios. La Santa Sede, a pesar del Concordato, no terminaba de admitir el regalismo y, para defender sus derechos, Fernando VI, ordenó una profunda investigación en todos los archivos del reino, en busca de precedentes. Muchos de los documentos rescatados tenían que ver con la arqueología: eran epígrafes, monedas y estudios ilustrados de hallazgos antiguos.

La Academia de la Historia delegó al marqués de Valdeflores para buscar en los archivos y tratar de encontrar sobre el terreno los lugares dibujados e imperfectamente localizados en los antiguos documentos. Se inició, así, una serie de peregrinajes por el territorio en busca de antigüedades y de informes sobre las mismas: Antonio Ponz publicó entre 1792 y 1794, su *Viaje de España* y José Ortiz el *Viaje arquitectónico-anticuario de España*.

Las excavaciones como tales, sin embargo, eran casi inexistentes y cuando se realizaban, se trataba únicamente de la exhumación de las piezas para trasladarlas a Madrid, a la Academia de la Historia, no planteándose, en absoluto el concepto moderno de estudio de un yacimiento. A veces, cuando las piezas de determinado periodo no se encontraban, simplemente se aceptaban y se integraban en las colecciones falsificaciones, muy corrientes en España desde el S. XVI.⁷

A pesar de la experiencia, de gran peso en Europa, de las excavaciones de Pompeya y de Herculano y de la presencia en España de Carlos III, el reinado del rey ilustrado por excelencia (1759-88), en contra de lo que a menudo se ha mantenido, no

cambió demasiado el panorama y no supuso una época de esplendor en los fines ni en los métodos de la incipiente arqueología española.

A pesar de que el rey regaló a las Academias los dieciocho volúmenes de *Le Antichità di Ercolano* (1757-92), la indiferencia de los eruditos continuó invariable, en parte por el desconocimiento en España de las grandes corrientes europeas pero, sobre todo, porque les interesaba especialmente la localización y propaganda de las ciudades que se suponía habían hecho la grandeza de España: Numancia, Sagunto, Munda, pero no el encuentro con la realidad arqueológica o histórica que, quizá les habría enfrentado al dilema de tener que desechar gran parte de los mitos imperantes. Aunque es indiscutible que en el siglo XVIII se sientan las bases para la arqueología española posterior, la mitología nacional llenaba los debates de las Academias, en donde se discutía con mayor interés sobre las fantasías de Anio de Viterbo que sobre los esfuerzos de Winckelmann.⁸

Durante la primera mitad del siglo XIX, se produce una creciente institucionalización de la historia antigua y sus disciplinas afines y, al mismo tiempo, se asiste a la popularización de la historia entre una población que, paulatinamente, va adquiriendo los caracteres económicos, sociales y culturales de una naciente burguesía.

Hasta mediados de siglo, la universidad no disponía de medios ni de estructuras para acoger a la historiografía, y la erudición sobre la Antigüedad era, en gran medida, la labor de unos pocos aficionados y sus fundaciones. Así, Francisco Bermúdez Sotomayor y Basilio Sebastián Castellano de Losada, fundaron la *Sociedad Numismática Matritense*, en 1837; la *Sociedad Arqueológica*, en 1840 y, en 1844, la *Academia Española de Arqueología*, germen de la futura *Academia de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso*. La labor oficial, siguió encomendada a la *Real Academia de la Historia*, pero no tendría unas directrices claras hasta después de su reorganización, en 1856.⁹

El año de 1856 fue crucial para la historiografía antigua, ya que, en octubre, se firmaría el decreto para la fundación de la *Escuela de Diplomática*, bajo la dirección de Modesto Lafuente. Allí se enseñarían, durante el resto del siglo, las disciplinas de Paleografía, Numismática, Epigrafía y Arqueología. Se abría, así, el camino para la institucionalización de las ciencias instrumentales tan importantes en la metodología de la

historia antigua. A partir de las primeras promociones, surgidas de esta escuela, comenzó a advertirse una penetración cada vez más profunda en la cultura de los saberes de la Antigüedad y la iniciativa privada se extendió, durante la segunda mitad del siglo, a las provincias,¹⁰ proliferando en ella las sociedades de aficionados a la arqueología, los ateneos, y la pasión por la bibliografía sobre Roma y las civilizaciones presentes en España, antes de la romanización.

CONCLUSIONES

Hacia 1770, la “Aufklärung”¹ era una forma de organización política y social y una manera de entender la historia que se debilitaba con rapidez.

Su concepto de despotismo ilustrado empezaba a chocar con las realidades de la época. Es cierto que, en Alemania, la pervivencia del Antiguo Régimen era más fuerte que en otras naciones, ligada a las estructuras casi feudales de la división en principados y obispados que actuaban como auténticos señoríos medievales pero, aun así, Alemania se hacía permeable a las ideas que procedían de Francia esencialmente y que, naciendo del seno de la Ilustración, acabarían poniendo punto final a sus presupuestos ideológicos.

En el último tercio del S. XVIII, la corriente del “Sturm und Drang”² que se hizo patente, al principio, en la literatura, la música y artes plásticas y la filosofía, pero que no era más que el reflejo de un fermento social, se opondría al mundo ordenado y sereno del absolutismo ilustrado.

Coincidió, en gran medida, con la revolución norteamericana de 1776 y la francesa de 1789. En Alemania eran pocas las noticias que se recibían del otro lado del Atlántico, a no ser en círculos muy reducidos. Esta desconexión propició, probablemente, que el modelo de república democrática no fuese comprendido ni adoptado como forma de pensamiento político en Alemania. Por el contrario, el esquema francés ejerció una gran influencia, tanto hacia el progreso como hacia el intento de preservación, en tierras alemanas. Desde allí, Francia se vio pronto como un caso de revolución fallida, ya que cayó en el régimen del terror y acogió, de buena gana, la solución napoleónica.

Napoleón, más que la revolución en sí, constituyó el punto de referencia del “Sturm und Drang” alemán y del primer romanticismo y su figura tiene mucho que ver con la forma en que los alemanes contemplaban y prefiguraban, en la distancia de los siglos, a la República y al Imperio Romano.

Entendemos por el concepto de que los románticos “prefiguraban” a Roma, la idea de que construían una forma de estudiar la antigüedad latina y obtenían unos resultados no objetivos en el grado que ahora entendemos por tal, aun contando con la subjetividad de

cada época. En el caso del “Sturm und Drang”, el Romanticismo inglés y las primeras décadas de la nación norteamericana, su subjetividad era tan grande y abarcaba tantos ámbitos que hemos dado en llamarla prefiguración.

Era, a grandes rasgos, la adecuación de un modelo de mundo romano que ellos tenían consigo a la Antigüedad que supuestamente intentaban clarificar.

La situación política, social, artística de su entorno y el especial fermento de ideas y de pasión del “Sturm und Drang”, hicieron que se inventara una idea, una imagen de Roma que muy poco tenía que ver con la realidad. Después, la revistieron de todos los ropajes que la erudición, el arte y la literatura podían otorgarle y la convirtieron en la “verdad”, transmitiéndola a Occidente hasta nuestros días.

Esto no quiere decir, por supuesto, que no hubiera verdaderos estudios de penetración objetiva en el mundo de la Antigüedad; es más, prácticamente la mayor parte del método y el contenido de la historiografía antigua contemporánea se formaron durante esos años que median de 1770 a 1848 y, en gran medida, en Alemania; pero sí queremos decir que, al margen de los historiadores, emergió una idea de Roma paralela, que se infiltró en la sociedad, alcanzó todos los ámbitos, se popularizó e influyó sobre Occidente en mayor medida que los estudios, de difusión reducida, de los historiadores. A la postre, ellos mismos no pudieron sustraerse a su influencia.

La forma en que alguna clase de prefiguración o de necesidad existencial se proyectó sobre la imagen de Roma abarca todos los aspectos de la sociedad, especialmente en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos pero también --como hemos señalado en este estudio-- en los países latinos. De estos aspectos, destacaremos los siguientes:

1. En lo *político*, las primeras constituciones nacionales se creyeron vinculadas, de alguna manera, a la herencia democrática griega, a través de la transmisión romana. En realidad, nada hay tan original y propio de la era de las revoluciones como las constituciones nacionales, sobre todo en los que se refiere a la configuración de los derechos civiles.

Por otra parte, tanto el estado ilustrado, como el imperialista de la segunda mitad del S. XIX, buscaron en Roma parangón para la figura imperial y para la forma militar

pero “civilizadora” de imponerse a otros estados o poblaciones. El etnocentrismo occidental, fuertemente apoyado en la idea de superioridad de las civilizaciones clásicas, contribuyó a este imperialismo. Además, a través de la interpretación muy libre de algunas fuentes antiguas, como Tácito o los poemas medievales germánicos, se llegó a extraer la idea de la absoluta continuidad desde el mundo indoeuropeo a las civilizaciones germánicas, concluyéndose la pureza de la raza germana, lo que serviría para las manipulaciones del nacionalsocialismo.

En el ámbito italiano, la idea de un imperio romano, entendido como espacio vital, sustentó las pretensiones del fascismo de época de Mussolini, de recuperar parte del antiguo Imperio de África.

La noción de Roma como Estado universal sirvió bien a los intereses de Napoleón de unificar Europa bajo el signo de una nacionalidad fuerte y, al mismo tiempo, los nacionalismos emergentes quisieron ver formas de nacionalidad establecidas y semejantes a las suyas en la resistencia de las poblaciones antiguas a la romanización.

La expansión del Imperio romano se contemplaría, en Inglaterra, como un ejemplo y paralelo de su propia expansión comercial, creciente desde los inicios de su revolución industrial e imparable tras su victoria sobre Napoleón, símbolo del cesarismo frente a los principios constitucionales ingleses.

Los ingleses eran especialmente adictos a la idea de orden romano, entendido como una sociedad basada en una constitución civil y, al mismo tiempo, en una infiltración de lo militar en todos los ámbitos de la vida. Ésta visión mediatizaría la educación de las clases altas inglesas, desde la infancia hasta la universidad y elevaría, en el centro de su concepción del patriotismo, el concepto de súbdito inglés de la misma manera que los romanos utilizaban, para su identidad, el de ciudadano romano.

Los historiadores ingleses defendieron especialmente la idea de que la extensión de la ciudadanía romana, a través de la conquista, proporcionó cohesión al Imperio pero también fue el germen de su disolución, por cuanto en poco tiempo dejó de tener su prístino significado de privilegio y permitió la formación de grandes fortunas al margen de la clase fundadora del Estado. El equilibrio entre Senado, caballeros y ciudadanos, que

existía en la República se fue, así, deteriorando en favor de la nueva clase rica emergente y, como golpe final, la invasión de elementos foráneos en el ejército romano acabó por desvincularlo de la sociedad romana. La expansión imperial sería, así, peligrosa para una nación de pequeño tamaño y escasos recursos demográficos, como era Inglaterra y lo único que la haría sobrevivir sería la no concesión de los privilegios inherentes al hecho de ser inglés a las poblaciones sometidas. Se crearía de esta forma una corriente ideológica, nunca formulada pero claramente identificable en la acción política de los estadistas victorianos, que defendía trasponer los principios básicos que hicieron grande a Roma pero sin imitar los que consideraban causas de su caída. Estas ideas, por otra parte, chocaban con los defensores del empirismo como motor del progreso humano, socialistas y capitalistas que se ponían de acuerdo, por vez primera, para desvincularse de cualquier relación con los presupuestos de la Antigüedad y con los principios de Platón, defendidos por el estamento eclesiástico y por algunos humanistas sociales, como Henry Wallon o Thomas Arnold.

Estados Unidos tenía unos problemas políticos y sociales distintos a los del continente europeo, cuando accedió a su independencia y, por ello, utilizó su propia prefiguración del mundo romano de forma distinta a como lo habían hecho los alemanes y los ingleses.

En los países mediterráneos, la idea de Roma en el siglo XVIII prestó apoyo a las monarquías y también a los ilustrados. Carlos III utilizó el predicamento de esta estética y el auge de las primeras excavaciones, tanto en sus años de Nápoles como en su reinado en España. En Italia, la interpretación de los mejores tiempos del Imperio Romano alumbró a los nacionalistas que trataban de emanciparse de Austria y conseguir la unidad. En Alemania, Roma supuso, también, una fórmula de propaganda política en beneficio del emergente nacionalismo y de la futura unidad bajo la corona de Prusia y en Gran Bretaña estaba más bien al servicio de un creciente imperio ultramarino, extendido hasta los confines del mundo de Alejandro, y profundamente imbricado en la forma de vida de la clase educada inglesa, en Estados Unidos, se trataba, en gran parte, de crear una historia antigua propia, unas raíces de las que carecían para la configuración de un país que había

de partir institucionalmente casi de la nada; que había de conseguir su expansión territorial por la fuerza y, que además, quería, conscientemente, convertirse en modelo de democracias, en estado universal, en cabeza del continente y en algo esencialmente distinto a lo que había tenido tan malos resultados en Europa: la monarquía.

En Inglaterra, el referente del mundo antiguo era la Grecia clásica. La pugna protestante con el Papado y la educación en griego en los colegios de las clases altas había separado en gran medida a la sociedad inglesa de la ética y la estética romanas. Roma siempre fue, en términos generales, una mera transmisora --a menudo muy torpe-- de los logros filosóficos y políticos de Grecia y su civilización se entendía como una cierta degeneración del mundo helénico. Estados Unidos, en cambio, adoptó como referente esencial a Roma, porque fue capaz de llevar al terreno de los hechos y de la acción política lo que para Grecia era mera especulación filosófica y, según ellos --como en el caso de Platón-- de baja calidad y de total inutilidad práctica. El Imperio Romano, devenido en dictaduras personales, sólo aportó a la cultura política americana componentes importantes si lo referimos a los primeros momentos, cuando el *princeps* aún no había perdido la vinculación ideológica con la estructura republicana y el cargo no era hereditario. Estos primeros emperadores, sobre todo Augusto, suministraron abundante material propagandístico para revestir la figura del Presidente, que tomó, sin embargo, sus características esenciales del cónsul republicano. La República, especialmente en sus tiempos iniciales, cuando Roma era interpretada como una arcadia agraria de hombre libres e iguales, creando una nación, fue componente cultural insustituible de la Revolución y de la guerra de independencia americanas.

Paradójicamente, mientras la nación y la misma Presidencia se iban haciendo cada vez más imperiales; mientras el gobierno federal ganaba puntos frente a la primera idea republicana de la federación de iguales, los federalistas americanos, los padres de la revolución y los legisladores de la Cámara de Representantes y del Senado, que eran las mismas personas que leían y escribían sobre Roma, y los primeros interesados en la institucionalización del latín y la historia antigua, emprendieron una auténtica campaña contra la idea de Cesarismo en la que, peligrosamente, había degenerado la revolución francesa y los primeros pasos republicanos de Bonaparte. Julio César y Napoleón se

convirtieron en las dos caras de una misma moneda acuñada por la injusticia, la corrupción política y las oligarquías del viejo continente, en una línea histórica que no se rompe desde que César trató de ceñirse la corona hasta que Bonaparte lo consigue. En esta larga lucha del bien contra el mal, de la democracia contra la tiranía, Bruto, el héroe que Shakespeare y Beethoven saludaron en iguales términos, se convierte en el primer símbolo de la libertad frente a César y Estados Unidos en el definitivo, frente a la alianza de las monarquías europeas, que sólo vencen a Napoleón, para volver a instaurar su propia histórica tiranía.

Thomas Jefferson fue, sin lugar a dudas, el estadista que influyó más poderosamente en su tiempo y hasta la actualidad. Desde la Declaración de Independencia hasta su fuerte presidencia y desde su retiro en Monticello hasta la segunda guerra mundial tal vez no haya existido una figura política más estudiada, leída y citada en los Estados Unidos. Sus extensos escritos y su casi inabordable volumen de correspondencia, marcaron y reflejaron la pauta del pensamiento americano en las décadas de su asentamiento institucional y de la expansión territorial.

Jefferson se extendió profusamente sobre el tema del cesarismo y atacó, sin piedad, a las figuras de César y Napoleón hasta convertirlos en los “demonios” de la mentalidad liberal. Profundizó como ningún político hasta entonces en el estudio comparado de la figura del dictador en Roma y la posibilidad, pedida por muchos, de su repetición en los Estados Unidos. La finalidad de sus escritos era, más que el conocimiento de las causas de la agonía de la República Romana, convencer a los legisladores --en una época en que la Constitución americana aún estaba afirmándose, entre las luchas de federalistas y antifederalistas-- de la necesidad de dotar a la Carta Magna de las armas necesarias para impedir su violación. Para ello, no le importó destruir un edificio mítico, que él mismo había ayudado a crear y utilizado profusamente para sus fines durante la guerra de independencia: el de Grecia y Roma, como patria espiritual de las democracias occidentales.

Jefferson, hablando de las dictaduras, plantea, por vez primera, la absoluta originalidad de la democracia americana y la novedad de sus presupuestos, que deben ser

creados prescindiendo de cualquier vinculación a la constitución romana. Roma no era una democracia, sino una oligarquía estructurada de forma tal que el pueblo no pudiera tener jamás peso alguno en las decisiones del Senado. Es más, ni siquiera el Senado, podía garantizar un orden constitucional, por cuanto éste estaba abortado de la misma constitución republicana, la cual contenía en su seno, la posibilidad de ser completamente anulada, al permitir el nombramiento, en circunstancias extraordinarias, de un dictador en cuya persona convergían todos los poderes. Para Jefferson, impedir esta situación y garantizar la estricta división de poderes es la causa principal, y tal vez la única, de la adopción de una Constitución por un pueblo.

Leyendo los modernos postulados de Jefferson sobre práctica constitucional y progreso social, asombran al lector que se acerca inocentemente a sus escritos, sus opiniones sobre la esclavitud. Bien es cierto que casi todo lo que se conserva procede de sus primeros años, como embajador en París o de los tiempos inmediatamente posteriores a la guerra de independencia y que carecemos de fuentes suficientes para calibrar cómo evolucionaron sus ideas durante su presidencia y ante los primeros movimientos abolicionistas, pero precisamente esta tendencia a obviar el tema, no de forma absoluta, pero sí pronunciada, da idea de su posible desconcierto ante lo que se estaba produciendo en su patria. Sus tempranas opiniones, fuertemente apoyadas en la comparación con la esclavitud romana, tienen tal aire de autojustificación e insinceridad que proporcionan una dramática imagen de la lucha interior de aquellos leales protestantes por mantener un modo de producción y de vida que parecía imprescindible en muchos estados, pero tan evidentemente injusto que constituía el mayor choque con los principios por los que pretendían luchar.

El argumento más sorprendente esgrimido por Jefferson, un hombre que se jactaba de adorar a la razón, era el de la manifiesta inferioridad de los negros y, de paso de los indios, respecto a la raza blanca; una inferioridad establecida por un principio creacionista de Dios y no superable por la buena voluntad de ellos ni de sus señores.³

Los romanos habían institucionalizado una esclavitud más injusta que la de los americanos; en primer lugar porque el trato que se dispensaba a los esclavos romanos era mucho peor que el dado a los negros y, en segundo, porque habían esclavizado a hombres

blancos, en su mayoría, es decir, a sus iguales. La demostración era el hecho de que habían surgido grandes filósofos, poetas e historiadores, de entre las filas de esclavos y libertos de Roma, porque el hombre blanco --se infiere de las cartas de Jefferson-- seguirá siendo receptivo a la superación, cualquiera que sea su suerte, mientras que las otras razas no lo son. Nadie comparable a Epícteto, Terencio o Fedro se ha visto entre los esclavos americanos, a pesar de que algunos ilustrados y religiosos han pretendido educar a negros e indios. De ello, se concluye que, aunque es necesario proteger físicamente a los esclavos y nativos de abusos contrarios a la compasión del cristianismo, los recursos estatales empleados en mejorar la situación espiritual o legal de estas gentes, son inútiles y más necesarios en otras causas.

George Washington fue el hombre que representó el paradigma del hombre de campo romano, republicano y honesto, que se suponía había sido el ideal de estadista en los primeros tiempos de Roma. Comparado con Cincinato y con otros romanos casi legendarios, en su labor como militar y político, y en sus primeras decisiones acerca de una capital para las instituciones de la nación que surgía, Washington concretaba el futuro universalista de los Estados Unidos. Cuando se retiró, terminada su labor, a una vida apacible en su granja y sus fincas, que diseñó cuidadosamente como una arcadía feliz, el círculo mítico que encierra --estrechamente unidos en la mentalidad americana-- el ideal rural de la Roma primigenia, con el ideal cosmopolita de su expansión civilizadora quedó cerrado.

2. En lo *filosófico*, el Idealismo Transcendental de Kant y la filosofía de la historia de Hegel, contribuyeron a proyectar sobre Roma las necesidades político-filosóficas de sus siglos.

Hegel mantuvo la idea de una historia progresiva y providencialista, en la cual se irían sucediendo los estados más fuertes en el dominio de la historia: Roma sería el caso más patente de estado elegido para cumplir el orden divino y, a través de la cristianización y del Sacro Imperio, el relevo habría pasado a los estados germanos que conocían, precisamente, en la época de Hegel su momento de elección histórica, su plenitud. Ni que decir tiene que esta visión influyó poderosamente en la idea de unificación que Prusia

defendía y, posteriormente, en la necesidad de imperio de Alemania, hasta el S. XX.

Droysen planteó de forma profunda la oposición al método “a priori” de Hegel para la comprensión del proceso histórico.

Fijó su atención no en un designio previo, al cual se ajusta la historia, sino en una serie de ideas conductoras que se aprecian en el movimiento histórico de la mayoría de las civilizaciones y que serían claves en el comportamiento de los hombres.

Son ideas como libertad, honor, familia e individualidad, que dan continuidad a la historia y han de ser descubiertas en el trasfondo de las acciones.

Droysen, un hombre político y un federalista, fue uno de los primeros en llamar la atención sobre la utilización política de las obras historiográficas pero no pudo sustraerse a la propaganda que, especialmente el estado prusiano --en su aspiración al cesarismo centralista--, llevaba a cabo con cualquier obra sobre el mundo antiguo.

3. En el aspecto *historiográfico*, los historiadores del mundo antiguo se alinearon, inconscientemente en algunos casos, de forma militante en otros, a favor o en contra de la línea hegeliana.

En Alemania, Niebuhr plantea en 1811 su teoría de los “Carmina”. Todas las sociedades, incluida la romana, tenían una poética épica anterior a la historiografía. En la latina --para cuya existencia se apoyaba en algunos textos dudosos y muy discutidos hasta nuestros días-- se expondría el punto de vista plebeyo respecto a los orígenes de Roma frente al patricio, que estaría representado por los analistas oficiales, especialmente por Livio.

En contra de la teoría de Niebuhr se alegó, principalmente, que aun en el caso de haber existido, tales poemas habrían sido, como en el resto de la épica de transmisión oral, de carácter esencialmente aristocrático.

Su teoría quizá no aclare mucho acerca de los orígenes de Roma pero tuvo gran importancia a la hora de mostrar la tendencia romántica a establecer pautas antropológicas y estadios invariables de las culturas por los que todas han de pasar, en una época en que el evolucionismo estaba a punto de infiltrarse poderosamente en el concepto de historia.

Ranke y Mommsen serían, posteriormente, los historiadores del ámbito germánico más leídos en Occidente.

Su hábil crítica de las fuentes pero también su concepto a veces fuertemente heroico de la historia fue reflejo de las inquietudes esenciales del mundo literario y político del XIX, transido por una obsesión a la que, a menudo, no se le ha proporcionado la atención que requiere en sus orígenes: el heroísmo y el culto a la personalidad.

Napoleón fue el vértice de este anhelo. En él se concentraron los deseos románticos de universalidad de la cultura occidental; en él se dibujó, primero el ideal republicano y después el modelo imperial. Se le llamó el Alejandro y el César de la modernidad y sus acciones modelaron el entusiasta pensamiento de los historiadores y artistas alemanes del XIX, a pesar de ser, en teoría, adversarios de Francia y de Bonaparte.

El último tercio del S. XVIII y la primera mitad del XIX se vieron invadidos por la polémica entre anticuarios --que a menudo eran los que acudían a las excavaciones y coleccionaban las obras antiguas-- y eruditos, partidarios de conocer la Antigüedad a través de los textos. Mientras los primeros hacían una historia esencialmente de catalogación, los segundos se hallaban demasiado ligados al mundo de los filólogos y, a veces, colocaban el texto por encima de la evidencia arqueológica.

Frente a ellos, se dibujaban también los intereses de los filósofos de la historia, historiadores que entendían el proceso de los tiempos no como la búsqueda particular de conocimiento sobre las civilizaciones sino como el encuentro con las leyes universales que caracterizaban el hacer de las épocas y de los hombres.

En Inglaterra, existía un panorama universitario en donde la atención histórica se centraba esencialmente en Grecia y en donde el saber era fundamentalmente filológico. Debido a ello, los historiadores de Roma y aún los latinistas debían escribir sus libros al margen de sus cátedras, de forma casi subrepticia y, lo que es más grave, debían buscar sus fuentes en ediciones extranjeras y tenían dificultades a la hora de acceder a los libros escritos por los historiadores alemanes, tanto por el desconocimiento del idioma como por

la casi total ausencia de estas obras en las bibliotecas universitarias. Tal vez, el historiador que pudo acceder con mayor profundidad a cuanto se escribía en el continente sobre Roma en su época fue Edward Gibbon (1737-1794), cuya obra *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* es insustituible en Inglaterra y en Europa y que constituye un raro ejemplo en las islas de fusión entre el historiador filósofo y el anticuario y la superación evidente de la polémica entre los historiadores del “Método” --muy dependientes de la Ilustración francesa y del Enciclopedismo--

y los eruditos epigrafistas, mucho más modernos en su consideración del acercamiento a las fuentes y la arqueología pero carentes, en general, de la capacidad de síntesis de los escritores formados en las escuelas filosóficas.

Gibbon llevó también a la historiografía inglesa dos conceptos clave en el nacionalismo del siglo XIX: la existencia de naciones indígenas como tales, anteriores a la superposición romana, especialmente en la Galia y, a través de una personal interpretación de las fuentes, sobre todo de Tácito, la idea de decadencia de las culturas indígenas por contacto con una civilización material y políticamente más desarrollada, que sería el caso de lo sucedido en Inglaterra frente a la preservación de las instituciones tribales en zonas menos romanizadas, como Irlanda.

Frente al naciente empirismo británico, Gibbon, por sus contactos con las obras providencialistas alemanas, de influencia hegeliana, es el máximo exponente en Inglaterra de la teoría de las ideas directrices de la historia, por las cuales las civilizaciones sobreviven y se perpetúan y también de la defensa de la Iglesia primitiva antes de que se constituyera en organismo político y propagandístico a través de la idea del ejército de mártires cristianos, cuya existencia Gibbon es uno de los primeros en desmentir.

4. En el plano *educativo*, la idea de Herder, en Alemania, acerca de una sociedad en la que Roma y Grecia, como trasuntos de una forma de vida superior, más valiente y más bella, fueran algo cotidiano, parte integral en la educación del hombre se puso de moda y las traducciones y adaptaciones de obras clásicas fueron claves para entender el “Sturm und Drang” y el romanticismo alemán, pero también el inglés, el francés, el norteamericano e, incluso, el italiano y el español.

Por su parte, en la Inglaterra del último tercio del siglo XVIII, más que en ningún otro lugar, la percepción del mundo romano y, sobre todo, del Imperio romano tardío, en donde se imponía paulatinamente el cristianismo, estaba profundamente influida por su condición de nación reformada e ideológicamente beligerante respecto a Roma.

El hecho de que Inglaterra mantuviese un conflicto abierto con la Irlanda de mayoría católica, conflicto que se agudizaría en el siglo XIX, tuvo también un peso más importante del que a menudo se ha resaltado a la hora de juzgar al Papado y su papel en la configuración de los reinos cristianos durante la agonía de los imperios de Occidente y Oriente. Por otra parte, la percepción negativa de todo cuanto en historiografía estuviese ligado al mundo católico tuvo como consecuencia concreta el rechazo en los ámbitos universitarios de disciplinas claves para el desarrollo de un conocimiento más científico de Roma, como la etruscología, por el simple hecho de que sus estudiosos eran italianos y católicos. Esto conduciría a una consideración de Roma, casi exclusivamente, en su dimensión de heredera del helenismo y difusora por el mundo mediterráneo de sus principios políticos, filosóficos y religiosos, ignorando su dimensión de cultura indígena itálica.

Por las mismas causas, el latín no era el idioma favorito de las aulas, ni siquiera de los estudiosos autónomos. El griego reinaba sin discusiones en Oxford, en Cambridge y entre los filólogos protestantes y el griego era también el idioma culto, en el cual se discutía la Biblia y se aprendía la oratoria que luego se derramaría, en inglés, desde los púlpitos de la Iglesia anglicana.

Para la Iglesia reformada, Grecia representaría una edad de oro de la humanidad y su paganismo sería admirado y aceptado en los círculos de teólogos, filósofos y escritores de Gran Bretaña. El cristianismo primitivo recogería muchos de los postulados del platonismo y del estoicismo romano de época de los Antoninos pero, con la jerarquización de la Iglesia y el surgimiento del Papado, el cristianismo entraría en una época creciente de oscuridad, abuso y fanatismo que sería el precio a pagar por la estatalización de la religión, por el surgimiento de la Iglesia-Estado; esta situación duraría prácticamente hasta que la Reforma protestante viniera a realizar una segunda evangelización de la humanidad, restableciendo los principios del cristianismo primitivo.

Por otra parte y a pesar de la preponderancia de los estudios griegos sobre los latinos, la educación de los internados británicos, especialmente en las enseñanzas medias, postuló por la formación de una clase burguesa educada en una concepción viril y militar de la vida, que pretendía hundir sus raíces en el concepto de *virtus* romana como mejor garantía para la consecución de unas generaciones conscientes no sólo de la necesidad de su patriotismo sino de la “misión” del Imperio británico. Esta idea de *virtus*, que tampoco era ajena a la concepción de educación formulada por Herder, en Alemania, fue parte esencial de la ideología de los Estados Unidos en su formación, se desarrolló íntimamente unida a la propaganda de los estados confederados durante la guerra civil y permanece hasta la actualidad, sobre todo en las elitistas academias militares del sur pero también en el corazón de toda la sociedad norteamericana.

Otro aspecto a tener en cuenta es que, en los Estados Unidos, el peso de las opiniones y escritos de Thomas Jefferson y su círculo sobre la necesidad de la educación en los clásicos fue determinante en la enseñanza superior e incluso en las escuelas medias. La enorme influencia de Jefferson en la universidad de Virginia --en cuyos proyectos de construcción también dejaron especial huella sus originales ideas como arquitecto-- ayudó a institucionalizar la enseñanza del latín y de la historia de Roma, aunque serían las universidades de Harvard y Yale --las de mayor tradición en casi todas las disciplinas-- las encargadas de pugnar entre ellas, como en tantas otras cosas, por la primacía en este terreno.

5. En el sector de la *intelectualidad*, el mundo “grecolatino” se convirtió, desde finales del XVIII, en parte de la vida social de los salones y las tertulias, sobre todo en Alemania e Inglaterra. Asimismo, los viajes espirituales a los lugares clásicos eran esenciales para la imagen del mundo antiguo que se transmitía a la sociedad alemana, ya que estos viajeros --como Herder y Goethe-- volvían cargados de notas, con las que elaboraban extensos diarios de viaje que excitaban la imaginación de sus conciudadanos.

Los grabadores y pintores regresaban igualmente llenos de imágenes que se distribuían por toda Europa.

Goethe entendió el viaje a Roma como una necesidad vital sobre la que se edificó

todo su concepto del arte y la literatura y sobre la que se abrieron paso dos nociones de capital importancia para el futuro romántico: latinidad y germanismo.

Mientras Hölderlin construía un mundo poético sobre la figuración de una edad de oro griega, paradigma de la pureza esencial de la poesía, primordial forma de conocimiento, autores como Hoffmann y Heine empezaban a dirigir su literatura hacia la antigüedad germánica y a crear una mitología, en parte real, en parte invención, que se contraponía a los mitos ideológicos grecolatinos, aunque poseía muchos rasgos incorporados de éstos.

El énfasis en lo germánico, de forma definitiva, a cargo de los músicos, que cultivaban una forma de expresión poética esencial para definir el romanticismo alemán.

Dentro de la lucha por escapar a lo que podríamos llamar los orígenes “coloniales” de Alemania; es decir, dentro de los anhelos de identificación y personalidad respecto al Imperio Romano y al Sacro Imperio, se enclavan todos los intentos por construir una música plenamente alemana frente al italianismo reinante, sobre todo en la ópera.

Mozart y José II de Austria trabajaron juntos por un drama nacional que dejase a un lado los temas históricos romanos y mitológicos griegos pero el intento estaba, quizá, fallido de antemano en el seno de una sociedad como la austrohúngara, desgarrado por los nacionalismos de raíz eslava y dependiente del catolicismo de Roma.

Beethoven, enemigo inconsciente de todo lo provinciano y nacional, soñó con una república civilizadora y democrática que se simbolizó, alternativamente, en la insurgencia antimonárquica de Bruto, en la resistencia a la tiranía de Egmont y, finalmente, en el Napoleón hijo de la revolución. No aceptó el paso del Estado europeo republicano al Estado europeo cesarista que representó el Napoleón posterior y se separó de su admiración primera, sintiendo fortalecidos sus lazos vitales con la Roma republicana y dejando la huella de su evolución en sus obras: “Las ruinas de Atenas”, “Coriolano”, la tercera sinfonía, “Egmont” y la novena sinfonía.

En la segunda mitad de siglo, eran ya pocos los compositores que escribían óperas de temática antigua y las que se representaban eran de muy escasa calidad. El nacionalismo tomaba carta de naturaleza en todos los ámbitos artísticos y la vieja polémica entre

italianistas y germanistas se agudizó en torno a dos grandes figuras: Verdi en Italia y Wagner en Alemania.

Richard Wagner, después de establecerse definitivamente en Baviera gracias a la ayuda de Luis II, llevó a cabo la construcción de su teatro de Bayreuth y allí estrenó la tetralogía *El anillo del nibelungo* y *Parsifal*, las obras en las que se acusa un énfasis mayor en el elemento de la antigüedad y la mitología teutónicas.

Nietzsche jugó un importante papel, tanto en la idea de mundo antiguo de fin de siglo como en la comprensión de la obra wagneriana. Nietzsche pretendía una resurrección del mundo clásico pagano, que estuviera desnuda de todas las interferencias del elemento judío y cristiano que lo aquejaban.

Al mismo tiempo, quería que este genio clásico, que él creía presente en la tragedia griega, se musicalizara y se convirtiera en la obra de arte total que Wagner anhelaba, una creación que incluyera la filosofía, la música, la literatura, la plástica y el genio dionisiaco que él identificaba con lo alemán.

Puso de manifiesto estas ideas en su libro *El nacimiento de la Tragedia*, en el que presentaba a Wagner como el héroe que llevaría a cabo esta empresa. Así parecía en obras como *Lohengrin* y *El oro del Rin* (primera parte de *El anillo del nibelungo*) pero en *El ocaso de los dioses* (último drama de la *Tetralogía*) y sobre todo en *Parsifal* quedó claro que Wagner no dejaría fuera de su obra la fusión de lo germánico --una muy personal fusión-- con el mundo de lo judío, lo oriental y lo cristiano en elementos como la renuncia y la redención por la compasión. Esta definición de su obra, junto con incomprensiones puramente personales, hizo que Nietzsche abandonara el campo wagneriano y siguiera en solitario su particular “cruzada” contra lo judeo-cristiano y el hombre industrializado.

A partir de la ideología contenida en las obras wagnerianas y de sus extraordinarias innovaciones técnicas, surgió una música orquestal y dramática nueva al principio del S. XX. En ella, especialmente en la de Mahler y Richard Strauss (*Elektra*, *Salomé*), se contempla un retorno a los temas antiguos pero se ha producido la superación de la polémica entre italianos y germanistas, propia del Romanticismo. Nos encontramos ante un género renovado técnica e ideológicamente, en el que se ha fusionado la historia antigua mediterránea y la mitología germana y del cual han desaparecido los últimos

vestigios del mundo romano y griego grande, sereno e inmutable de la “Aufklärung”. Es un universo en el que lo oscuro, lo inexplicable, lo dionisiaco de que hablaba Nietzsche, se desenvuelve en plenitud en un drama musical tocado por la muerte del Romanticismo, la alienación del maquinismo y la incógnita del psicoanálisis.

Mientras, en Inglaterra, la literatura romántica inglesa respecto a la Antigüedad y, concretamente, a Roma tiene dos posiciones. Por un lado, se produce un rechazo de los temas antiguos en beneficio de un nacionalismo inglés, de corte imaginario, que suele ambientar sus historias en la Edad Media: el ejemplo perdurable de esta tendencia es Sir Walter Scott (1771-1832). Por otra parte, una gran mayoría de autores románticos siguen utilizando los escenarios y caracteres clásicos para su literatura. El mundo y los personajes que los literatos ingleses perpetúan no provienen, en su mayoría, de las fuentes sino del universo romano de William Shakespeare, cuya espléndida coherencia, a pesar de su discutible relación con la realidad histórica, determina no sólo la literatura sino la opinión de no pocos historiadores ingleses. Los poetas, por su parte, reciben una mayor influencia del viaje iniciático a Roma, que todos realizan, y de la percepción esencialmente plástica, a través de la cultura material, del mundo antiguo.

Los escritores no escapan tampoco a la polémica entre cristianismo y platonismo ni entre fórmulas protestantes y católicas para explicar la caída del mundo pagano y la insurgencia del cristianismo en todos los ámbitos del último Imperio. Novelas como *Marius, the Epicurean* (1885) de Walter Pater constituyen el resumen final de esta lucha de opiniones y experiencias vitales que impregna a los últimos ilustrados y a las dos generaciones de románticos ingleses.

A través de las lecturas, críticas y traducciones de algunos escritores y poetas que disponían de una mayor libertad de opinión, al no encontrarse vinculados a las aulas en temas de la Antigüedad, se llegó a la popularización en Inglaterra de libros y opiniones continentales que, de otra forma, nunca se habrían conocido. Un caso paradigmático es el de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) que no sólo interesó a la burguesía culta en el *Decline and Fall* de Gibbon sino que vertió en su obra *Confessions of an Enquiring Spirit* (1840) tal cantidad de críticas sobre la Biblia como fuente histórica --hecho impensable

entre los filólogos vinculados a las cátedras-- que nunca más volvieron a contemplarse las Sagradas Escrituras de la misma forma. Los literatos introdujeron en las islas obras claves para el cambio de mentalidad que propició las teorías del evolucionismo, como *Das Leben Jesu* (1835), del alemán David Friedrich Strauss, que fue traducida al inglés por la poetisa Mary Ann Evans (George Eliot).

Finalmente, en el terreno escénico, el siglo XVIII inglés marca la presencia de una auténtica “arcadia musical” de temas mitológicos e históricos, helenísticos y romanos, pero la ingente cantidad de óperas y ballets compuestos y estrenados en Londres se debieron a la pluma de autores extranjeros, casi siempre italianos.

George Friedrich Händel (1685-1759), súbdito británico desde 1726, y que aprendió el gusto por los temas romanos en la Sociedad de los Arcades de Roma, representó, en cambio, la bandera de un nacionalismo musical que se veía impotente a la hora de desarrollar una ópera nacional propia en inglés, como pronto conseguirían los alemanes.

El nacionalismo musical británico sufrió considerables altibajos de producción hasta los últimos años de la época victoriana, etapa en que sufrió una auténtica renovación técnica y temática y en la que compondrían autores tan internacionales como Edward Elgar. De todas formas, el nacionalismo inglés fue, principalmente, de índole instrumental y de cámara, explotando los temas populares del rico folklore galés y escocés y de la fecunda época isabelina. La música militar alcanzó también una acusada personalidad pero la escena siguió adoleciendo de una profunda debilidad en cuanto a la calidad y originalidad de sus producciones. Así, la apropiación de la figura de Händel se produjo a despecho de que Händel fuese el mejor compositor de óperas de tema romano y mitológico que conoció Inglaterra y a que escribió sus cuarenta obras de este estilo sobre libretos en italiano y escritos por italianos. El nacionalismo del diecinueve, en torno a Händel, se formó apoyado en su oratorio *El Mesías*, la obra más amada de la Iglesia reformada inglesa y, al mismo tiempo, el sustituto ideal del drama nacional en inglés, que no habían conseguido desarrollar los autores británicos del Romanticismo, como muy bien puso de manifiesto Richard Wagner, en su momento, cuando pudo escuchar *El Mesías* en

Londres y presenciar la gran cantidad de detalles religiosos, rituales, políticos y nacionales de que se revestía su montaje e interpretación. Esta experiencia inglesa fue determinante cuando Wagner realizó su peculiar fusión del mundo pagano antiguo, de la mitología germana y del cristianismo primitivo (la tetralogía *El anillo del nibelungo* y *Parsifal* esencialmente) para construir un drama sacro alemán, que se representase en un contexto ritual (Bayreuth) y que culminase su concepción de la obra de arte total y del nacionalismo alemán.

FUENTES ANTIGUAS

- Apiano, *Historia romana. Guerras civiles* (ed. Antonio Sancho Royo), Gredos, Madrid, 1985.
- Aristóteles, *Politics* (ed. H. Rackham), The Loeb Classical Library, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1959.
- Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno* (ed. Antonio Guzmán Guerra; introd. Antonio Bravo García), Gredos, Madrid, 1982.
- César, *C. Iuli Caesaris commentariorum* (ed. R. du Pontet), Oxford Univ. Press, New York, 1989.
- Guerra civil* (ed. Julio Calonge Ruiz), Gredos, Madrid, 1979.
- Guerra de las Galias*, Gredos, Madrid, 1982.
- Cicerón, *Cartas políticas* (ed. José Guillén Cabañero), Akal, Madrid, 1992.
- Catilinarias* (ed. Francisco Campos Rodríguez), Gredos, Madrid, 1982.
- Defensa de Ligario* (ed. Antonio Fontán Pérez), Gredos, Madrid, 1989.
- Defensa del poeta Arquías* (ed. Antonio Fontán Pérez), Gredos, Madrid, 1989.
- Del supremo bien y del supremo mal* (ed. Víctor José Herrero Llorente), Gredos, Madrid, 1987.
- La república y las leyes* (ed. Juan M. Núñez González), Akal clásica, Madrid, 1989.
- Cornelio Nepote, *The Book of Cornelius Nepos on the Great Generals of Foreign Nations* (ed. John C. Rolfe, Lit. D.), William Heinemann Ltd., London, 1929.
- Demóstenes, *Discursos políticos* (ed. A. López Eire), Gredos, Madrid, 1985.
- Olythiacs, Philippics...* (ed. J. H. Vince, M. A.), The Loeb Classical Library, London, 1930.
- Private Orations* (ed. A. T. Murray), The Loeb Classical Library, London, 1939.
- Diodoro Sículo, *The Library of History* (ed. C. H. Oldfather), William Heinemann Ltd., London, 1939.
- Dión Casio, *Dio's Roman History* (ed. Earnest Cary, Ph.D.), William Heinemann Ltd., London, 1925.

- Dionisio de Halicarnaso, *Historia Antigua de Roma* (ed. Elvira Jiménez y Ester Sánchez), Gredos, Madrid, 1988.
- Floro, *Epitome of Roman History* (ed. Edward Seymour Forster, M. A.), William Heinemann Ltd., London, 1929.
- Frontón, *Epistolario* (ed. Ángela Palacios Martín), Gredos, Madrid, 1992.
- Herodiano, *Historias* (ed. Eustaquio Sánchez Salor), Gredos, Madrid, 1982.
- Horacio, *Carmina*, (ed. Jaume Juan), Bosch, Barcelona, 1987.
- Marco Aurelio, *Meditaciones* (ed. Bartolomé Segura Ramos), Alianza, Madrid, 1985.
- Orosio, *Historias* (ed. Eustaquio Sánchez Salor), Gredos, Madrid, 1982.
- Ovidio, *Fastos*, Gredos, Madrid, 1984.
- Platón, *The Republic* (ed. Paul Shorey), The Loeb Classical Library, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1963 (2 vols.).
- Plinio, *Historia natural*, Libros I-II (ed. A. Fontán y A. Moure Casas), Gredos, Madrid, 1995.
- Plutarco, *Dion and Brutus* (ed. Bernadotte Perrin), The Loeb Classical Library, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1961.
- Obras morales y de costumbres* (ed. Mercedes López Salvá), Gredos, Madrid, 1989.
- Polibio, *Historias* (ed. Manuel Balasch Recort), Gredos, Madrid, 1981.
- Res Gestae diui Augusti* (ed. Juan Manuel Cortés), Bibliotheca Latina, Ediciones Clásicas, Madrid, 1994.
- Salustio, *Guerra de Jugurta* (ed. Joaquín García Álvarez), Gredos, 1980.
- Santa Biblia*, ed. Paulinas, Madrid, 1964.
- Séneca, *Epístolas morales a Lucilio* (ed. Ismael Roca Meliá), Gredos, Madrid, 1994.
- Suetonio, *Los doce césares*, Globus, Madrid, 1995.
- Tácito, *Agrícola* (ed. J. M. Requejo), Gredos, Madrid, 1999.
- Anales* (ed. José L. Moralejo), Gredos, Madrid, 1991.
- Diálogo sobre los oradores* (ed. J. M. Requejo), Gredos, Madrid, 1999.
- Germania* (ed. J. M. Requejo), Gredos, Madrid, 1999.

- Tito Livio, *Ab urbe condita*, (ed. Áurea María Martín Tordesillas), Gredos, Madrid, 1977.
Historia de Roma desde su fundación (ed. José Antonio Villar Vidal), Gredos, Madrid, 1993.
- Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* (ed. Francisco Romero Cruz), Cátedra, Madrid, 1988.
- Virgilio, *Bucólicas* (ed. Vicente Cristóbal), Cátedra, Madrid, 1996.
Eneida (ed. Víctor José Herrero), Gredos, Madrid, 1982-1985.

**FUENTES LITERARIAS
MODERNAS**

- Adams, J., *The Adams Papers: Adams Family Correspondence* (Lyman H. Butterfield, ed.), Cambridge, Mass., 1963.
- The Adams Papers: Diaries and Autobiography of John Adams* (Lyman H. Butterfield, ed.), Cambridge, Mass., 1961, 4 vols.
- Addison, J., *Remarks on Several Parts of Italy in the Years 1701, 1702, 1703*, London, 1705.
- Berlioz, H., *Memorias*, Madrid, 1972.
- Berlioz, H., *The Memoirs of Hector Berlioz*, London, 1969.
- Blainville, Monsieur de, *Travels through Holland, Germany, Switzerland and other parts of Europe; but specially Italy*, London, 1743-4, 3 vols.
- Brissot de Warville, J. P., *New Travels in the United States of America, 1788*, Cambridge, Mass., 1964.
- Broch, H., *Der Tod des Vergil*, Zürich, 1958.
- La muerte de Virgilio*, Alianza ed., Madrid, 1994.
- Byron, G. G. Lord, *Obras Completas*, Madrid, 1930-31.
- Cantar de los Nibelungos*, Madrid, 1994.
- Coleridge, *Coleridge: poemas, pensamiento poético*, Madrid, 1975.
- Chateaubriand, F. R. de, *Travels in America 1827*, Richard Switzer, New York, 1969.
- Viaje a América*, Buenos Aires, 1944.
- Fitzgerald, E., *Letters and Literary Remains*, ed. William Aldis Wright, London, 1902, 2 vols.
- Froissart, J., *The Chronicles of England, France, Spain, etc.*, J. M. Dent & Co, London, 1906.
- Gast, P., *Friedrich Nietzsches Briefe an Peter Gast*, Leipzig, 1924.
- Georg Friedrich Händel: Briefe und Schriften* (H. Mueller von Asow, ed.), Lindau, 1949.
- Goethe, J. W., *César*, Ed. Aguilar, Madrid, 1992.
- Plan del 'Sócrates' en Obras Completas*, Ed. Aguilar, Madrid, 1992.

- “The United States”, poema 1827 (trad. inglesa de Robert Bly, 1966, Ch. Ricks and W. L. Vance, ed.), *The Faber Book of America*, London, 1994, p. 404.
- Viajes italianos*, en *Obras Completas*, vol. III, Ed. Aguilar, Madrid, 1992.
- Goethe, J. W.- Schiller, F., *Goethe-Schiller, correspondence 1794-1805* (ed. L. Herr), Paris, 1994.
- Heine, H., *Espíritus elementales*, Ed. Aguilar, Madrid, 1960.
- Libro de canciones*, Ed. Aguilar, Madrid, 1960.
- Herder, J. G., *Diario de mi viaje del año 1769*, en *Obra selecta*, Alfaguara, Madrid, 1982.
- Hoffmann, E. T. A., *Fantasiestücke in Callots Manier*, Bamberg, 1815.
- Fantasías a la manera de Callot*, Ed. Anaya, Madrid, 1986.
- Hölderlin, F., *Diótima*, en *Obra poética completa*, vol. I, ed. bilingüe, Ed. RIO, Barcelona, 1986, 2 vols.
- La muerte de Empédocles*, Ed. Hiperión, Madrid, 1983.
- Las grandes elegías (1800-1801)*, en *Obra poética completa*, vol. II, ed. bilingüe, Ed. RIO, Barcelona, 1986, 2 vols.
- Los últimos himnos (1800-1803)*, en *Obra...*, vol. II.
- Odas e himnos (1799-1802)*, en *Obra...*, vol. I.
- Poemas de madurez (1798-1800)*, en *Obra...*, vol. I.
- Jefferson, Th., *Autobiography*, New York, 1984.
- “Notas de viaje para Mr. Rutledge y Mr. Shippen, 3 de junio de 1788”, *Autobiografía y otros escritos*, Madrid, 1987.
- Miscellany*, New York, 1984.
- Keats, *Obra completa en poesía* (ed. bil. y trad. Arturo Sánchez), Barcelona, 1975, 2 vols.
- Las mil mejores poesías de la literatura universal*, ed. F. González, Ediciones Ibéricas, Madrid, 2 vols.
- Memoirs of Lorenzo da Ponte* (ed. Arthur Livingston), New York, 1959.
- O’Henry (William Sidney Porter), *100 Selected Stories*, Hertfordshire, 1995.
- Poe, E. A., “The Almighty Dollar”, *Southern Literary Messenger*, June 1849.
- Poetas románticos ingleses* (trad. José María Valverde y Leopoldo Panero), Barcelona,

1989.

Riedesel, J. G. von, *Viajes por Sicilia y Grecia*, 1771.

Schiller, F., *Über naive und sentimentale Dichtung*, Leipzig, 1991.

Shakespeare, W., *Antonio y Cleopatra*, en *Obras Completas*, Ed. Aguilar, Madrid, 1989, vol. II, trad. Luis Astrana Marín.

Antony and Cleopatra, en *The Complete Works* (ed. of the Shakespeare Head Press Oxford), Magna Books, Leicester.

Julio César, en *Obras Completas*, Ed. Aguilar, Madrid, 1989, vol. II, trad. Luis Astrana Marín.

Julius Caesar, en *The Complete Works* (ed. of the Shakespeare Head Press Oxford), Magna Books, Leicester.

Shelley, P., *Lírica de Shelley* (selección Carlos Obligado), Buenos Aires, 1942.

Stäel, Mme. de, *Corina en Italia*, Cabrerizo, Valencia, 1830, 4 vols., Palau, n° 321886-97.

Taylor, J., *Record in my Life*, London, 1832, 2 vols.

Tennyson, A. Lord, *The Works of Alfred Lord Tennyson*, Hertfordsire, 1994.

The Heath Anthology of American Literature, Vols. I y II, Boston, 1990, 3 vols.

Thierbach (ed.), *Die Briefe Cosima Wagners an Friedrich Nietzsche*, Weimar, 1940.

Wagner, R., *Mein Leben*, München, 1963.

Mi vida, Ed. Turner, Madrid, 1989.

Wagner, S., *Erinnerungen*, Stuttgart, 1913.

Walpole, H., Letter to Sir Horace Mann, 24 November 1774, Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, Washington, D.C.

Washington, G., *The Diaries of George Washington* (Donald Jackson and Dorothy Twohig, eds), Charlottesville, 1976-79.

Whitman, W., *An American Primer, 1855-60*, Washington, D.C., 1904.

Democratic Vistas, Washington, 1871.

Hojas de Hierba, Ed. RIO, Barcelona, 1981.

Winckelmann, J. J., *Winckelmanns Briefe am seine Freunde*, Dresde, 1777-80.

Wittelsbacher Ausgleichfonds und Winifred Wagner, *König Ludwig II und Richard*

Wagner, Briefwechsel, ed. Otto Strobel, Karlsruhe, 1936-1937.

Wordsworth, *Poemas de Wordsworth* (ed. bilingüe. Trad. Jaime Siles), Madrid, 1976.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA
POR PAÍSES

ALEMANIA

Adorno, T. W., *La ideología como lenguaje*, Taurus, Madrid, 1971.

Tres estudios sobre Hegel, Taurus, Madrid, 1991.

Alföldi, A., *Die monarchische Repräsentation im römischen Kaiserreiche*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1970.

Álvarez Domínguez, I., *La filosofía kantiana de la historia* (tesis, Univ. Complutense, 1985).

Aschbach, J. von, *Die Wiener Universität und ihre Humanisten*, Wien, 1877.

Aufklärung und Skepsis: Internationaler Heine-Kongress 1997 zum 2000 Geburtstag (Hrsg. J. A. Kruse, B. Witte und K. Füllner), Stuttgart, 1999.

Balsdon, D., *Romans and Aliens*, London, 1979.

Bauer, O., *Leopold von Ranke, Auswahl aus seinem Werken*, Bielefeld, 1920.

Becker, *Gallus oder römische Scenen aus der Zeit August*, Leipzig, 1838.

Beloch, J. von, "Der Verfall der antiken Kultur", *Der Untergang des Römischen Reiches*, herausgegeben von Karl Christ, Darmstadt, 1970.

Berkhof, H. *Die Theologie Eusebius von Caesarea*, Amsterdam, 1939.

Bernhardt, T., *Politische Geschichte des römischen Reichs von Valerian bis zu Diokletians Regierungsantritt*, Berlin, 1867.

Bertalot, L., *Studien zum italienischen und deutschen Humanismus*, herausgegeben von Paul Oskar Kristeller, 2 vols., Roma, 1975.

Beutler, E., *Essays um Goethe*, Leipzig, 1995.

Bischoff, B., *Anecdota novissima. Texte des vierten bis sechzehnten Jahrhunderts*, Stuttgart, 1984.

Blessin, S., *Goethe Romane Aufbruch in die Moderne*, Paderborn, Schöningh, 1996.

Bonacina, G., *Hegel, il mondo romano, e la Storiografia: rapporti agrari, diritto*,

- Cristianesimo, e tardo antico*, Firenze, 1991.
- Bonjour, E., “Die Universität Basel”, *Schweiz Zeitschrift für Geschichte*, 10, Basel, 1960, pp. 288-9.
- Bötticher, W., *R. Schumann. Einführung in Persönlichkeit und Werk*, Berlin, 1942.
- Bravo, G., “La otra cara de la crisis: el cambio social”, *Ciudad y Comunidad cívica en Hispania: S. II y III d.C.*, Casa de Velázquez, Madrid, 1993, pp. 153-60.
- “Puntualizaciones sobre la ‘transición’”, *Gerión*, nº 12, Madrid, 1994, pp. 315-26.
- “Revolución y ‘Spätantike’: Problemas del Método en el Análisis Histórico de la Sociedad Tardorromana”, *Zephyrus*, XXVI-XXVII, 1976, pp. 443-54.
- Brion, M., *Schumann y el alma romántica*, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1970.
- Burnham S.-Steinberg, P. (eds.), *Beethoven and his world*, Princeton, New Jersey, 2000.
- Capelle, W., *Das alte Germanien. Die Nachrichten des griechischen und römischen Schriftsteller*, Jena, 1937.
- Carlyle, Th., “The Present Time”, *Latter Day Pamphlets*, 1850
- Christ, K., “Der Untergang der römischen Reiches”, *Wissenschaftliche Buchgesellschaft*, VI, 1970.
- Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft*, München, 1982.
- Von Gibbon zu Rostovtzeff: Leben und Werk führender Althistoriker der Neuzeit*, Darmstadt, 1972.
- Clarke, M. L., *Greek Studies in England, 1700-1830*, Cambridge, 1945.
- Collingwood, R. G., *Idea de la historia*, F.C.E., México, 1965.
- Comparetti, D., *Virgilio nel Medioevo*, Roma, 1972.
- Cooper, B., *Beethoven and the creative process*, Oxford, 1992.
- Creuzer, F., *Symbolik und Mythologie der alte Völker*, Heidelberg, 1810-12.
- Cunliffe, B., *Greek, Romans and Barbarians: spheres of interaction*, London, 1988.
- Dahms, W., *Die Offenbarung der Musik. Eine Apotheose Friedrich Nietzsches*, Berlin, 1926.
- Demant, A., *Der Fall Roms: die Auflösung des römischen Reiches im Urteil der*

- Nachwelt*, München, 1984.
- Dennis, D. B., *Beethoven in German politics, 1870-1989*, London, 1996
- Diether, O., *Leopold von Ranke als Politiker*, Leipzig, 1911.
- Dilthey, W., *Introducción a las ciencias del espíritu: ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, Madrid, 1980.
- Teoría de las concepciones del mundo*, Madrid, 1988.
- Droysen, G., *J.G. Droysen, I. Teil, bis zum Beginn der Frankfurter Tätigkeit*, Berlin, 1910.
- Droysen, J. G., *Briefwechsel*, I-II, Berlin, 1929.
- Geschichte Alexanders des Grossen*, Hamburg, 1833.
- Einstein, A., *La música en la época romántica*, Alianza Ed., Madrid, 1991.
- Elster, A., *Musik und Eros*, Berlin, 1925.
- Erdmann, C., *The origin of the idea of crusade*, Princeton, 1977.
- Falco, G., *La polémica sul Medioevo*, Torino, 1933.
- Fischer-Dieskau, D., *Wagner und Nietzsche. Der Mystagoge und seine Abtrünniger*, Stuttgart, 1974.
- Wagner y Nietzsche. El mistagogo y el apóstata*, Madrid, 1982.
- Franck, L., *Der junge Goethe in zwei Stunden*, Barcelona, 1958.
- Frede, D. (et al.), *Die Wissenschaftliche von Altertum am Ende des 2. Jahrtausends nach Chr.: 6. Vorträge gehalten auf der Tagung von der Mommsen-Gesellschaft 1995 in Marburg* (Herausgegeben von E. R. Schwinge), Stuttgart, 1995.
- Friedlander, *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis zum Ausgang der Antonine*, Leipzig, 1921 (11 ed.).
- Fuglum, P., *E.G. His view of life and conception of history*, Oslo, 1953.
- García-Mauriño, J. M. y Fernández Revuelta, J. A., *Hegel. Dialéctica e Historia*, Madrid, 1992.
- Giarrizzo, G., *E. Gibbon e la cultura europea del Settecento*, Napoli, 1954.
- Gibbon, G., *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, London, 1933.
- Goffart, W., *Barbarians and Romans, A.D. 418-584: the techniques of accommodation*, Princeton, 1980.

- Goldoni, D., *Filosofia e paradosso: il pensiero de Hölderlin e il problema del linguaggio da Herder a Hegel*, Napoli, 1990.
- Gossman, L., *Orpheus philologus: Bachofen versus Mommsen on the study of antiquity*, Philadelphia, 1983.
- Gregor-Dellin, M., *Richard Wagner*, Alianza Ed., Madrid, 1983, 2 vols.
Richard Wagner, München, 1980.
- Grosse, R., *Römische Militärgeschichte von Gallienus bis zum Beginn der byzantinischen Themenverfassung*, Berlin, 1920.
- Guglia, E., *Leopold von Rankes Leben und Werke*, Leipzig, 1893.
- Gundolf, F., *Caesar in neunzehnten Jahrhundert*, Berlin, 1926.
- Haller, R., *Die Romantik in der Zeit der Umkehr*, Bonn, 1941.
- Hammond, M., *The Antonine Monarchy*, Roma, 1959.
The Augustan Principate, Cambridge, Massachusetts, 1933.
- Hardy, S., *Eastern monachism, an account of the order of mendicants founded by Gotama Budha*, London, 1850.
- Hare, J. C., *A Vindication or Nieburh's History of Rome from the Charges of the Quarterly Review*, Cambridge, 1829.
- Harrison, R. B., *Hölderlin and Greek literature*, Oxford, 1975.
- Hegel, G. W. F., *Lecciones sobre la estética*, Akal, Madrid, 1989.
Lecciones sobre la filosofía de la historia universal, Akal, Madrid, 1989.
- Helmont, H. F., *Leopold von Rankes Leben und Wirken*, Leipzig, 1921.
Ranke-Bibliographie, 1910.
- Herder, J. G., *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad*, en *Obra selecta*, Alfaguara, Madrid, 1982.
Werke. Herder und die Anthropologie del Aufklärung (Hrsg. W. Pross), München, 1987.
- Hintze, O., "J. G. Droysen", *Allgem. Deutsche Biographie* 48 B., 1903.
- Hoffman, M., *Geschichtsbilder aus Rankes Werken*, München und Leipzig, 1911.
- Hübinger, P. E., *Zur Frage der Periodengrenzen zwischen Altertum und Mittelalter*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1969.

- Jansen, G., *Die Davidsbündler*, Leipzig, 1883.
- Jasper, K., *Nietzsche und das Christentum*, Hameln, 1947.
- Jefferson, Th., "Letter to the President of the United States (James Monroe), Monticello, October 24, 1823", Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, Washington, D.C.
- Just, L., *Die Alte Universität Mainz von 1477 bis 1798*, Wiesbaden, 1957.
- KAISER UND REICH. Klassische Texte zur Verfassungsgeschichte des Heiligen Römischen Reiches Deutscher Nation vom Beginn des 12. Jahrhunderts bis zum Jahre 1806*, edit. A. Buschmann, München, 1984.
- Kant, E., *Crítica de la razón pura*, Alfaguara, Madrid, 1994..
- Filosofía de la historia*, F.C.E., México, 1978.
- Kapp, J., und E. Kastnet (ed.), *Richard Wagners gesammelte Briefe*, Leipzig 1914, 2 vols.
- Keferstein, H., *Historisch-bibliographische Charakter und Zeitbilder aus Rankes Werken*, Berlin, 1864.
- Kelley, D. R., *Faces of history: historical inquiry from Herodotus to Herder*, London, 1998.
- Kerman, J., *Opera as Drama*, New York, 1956.
- Khäler, H., *Hadrian und seine villa bei Tivoli*, Berlin, 1950.
- Kirn, P., *Das Bild des Menschen in der Geschichtsschreibung von Polibius bis Ranke*, Göttingen, 1955.
- Koepke, W. (ed.), *Johann Gottfried Herder: academic disciplines and the pursuit of knowledge*, Columbia, S. C., 1996.
- Korf, H. A., *Humanismus und Romantik*, Leipzig, 1924.
- Kostrzewski, J., *Die ostgermanische Kultur der Spätlatenezeit*, Leipzig, 1919.
- Le Huray, P.- J. Day (eds.), *Music and Aesthetics in the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries*, Cambridge, 1981.
- Lewis, G. C., *An Enquiry into the Credibility or Early Roman History*, 1855.
- Letters*, 1854.
- Lieberman, A., *Wagner, el visitante del crepúsculo*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1990.
- Lenz, M., "Bismarck und Ranke", *Die woche*, Agosto y Septiembre, 1901.

- Lorenz, O., "Leopold von Ranke", *Die Geschichtswissenschaft*, II, Berlin, 1891.
- Losemann's, V., *Nationalsozialismus und Antike*, 1977.
- Lutz, H., *Reforma y Contrarreforma*, Alianza Ed., Madrid, 1992.
- Magnani, L., *Beethovens Konversationshefte*, München, 1967.
- Maier, F. G., *Las transformaciones del mundo mediterráneo: siglos III-VIII*, Siglo XXI de España, Madrid, 1972.
- Maier, A., *Studien zur Naturphilosophie der Spätscholastik*, Orma, 1966-68.
- Mann, Th., *Richard Wagner y la música*, Plaza & Janés Eds., Barcelona, 1986.
- Wagner und unsere Zeit*, Frankfurt am Main, 1986.
- Marquardt, *Das Privatleben der Römer*, Leipzig, 1886.
- Martin, P. M., *L'Idée de royauté à Rome, I: De la Rome royale au consensus républicain*, Clermont-Ferrand, 1982.
- Masiello, T., *Mommsen e il diritto penale romano*, Bari, 1997.
- Maurer, K., *Goethe und die romanische Welt: Studien zur Goethezeit und ihrer europäischen Vorgeschichte*, Paderborn, Schöningh, 1997.
- Mazzarino, S., *Il pensiero storico classico*, Roma, 1983.
- Meinecke, F., *Die Entstehung des Historismus*, Berlin, 1936.
- Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte*, München und Berlin, 1924.
- Mögels, E., *Natur als Revolution: Hölderlins Empedokles-Tragödie*, Weimar, 1994.
- Momigliano, A., "A hundred Years after Ranke", *Diogenes* 7, 1954; *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1979, pp. 367-73.
- "Ancient History and the Antiquarian", *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 13, 1950, pp. 285-315; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 67-106.
- "Athens in the Third Century B.C. and the Discovery of Rome in the Histories of Timaeus of Tauromenium", *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, 1977, pp. 37-66.
- "Classical Scholarship for a Classical Country", *The American Scholar*, Spring, 1987; *Ottavo contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1987, pp. 73-89.
- "Considerations on History in an Age of Ideologies" (First George Lurcy Lecture in the University of Chicago, 4 May 1982), *The American Scholar*, 51, 4, 1982, pp.

495-507; *Settimo contributo alla storia degli studi classici*, pp. 481-8.

Contributo alla storia degli studi classici, Roma, 1979.

Essays in Ancient and Modern Historiography, Oxford, 1977.

“Friedrich Creuzer and greek Historiography”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 9, 1946, pp. 152-63; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 233-48.

“G. C. Lewis, Niebuhr e la crítica delle fonti”, *Rivista Storica Italiana*, 64, 1952, pp. 208-21; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 249-62.

“German Romanticism and Italian Classical Studies”, *Storia della Storiografia*, 1986, 9, pp. 62-74; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 59-72.

“George Grote and the Study of Greek History” (comunicación leída en el University College de Londres, 19 febrero 1952, publicada Collegio da H.K. Lewis and Co., Londres, 1952); *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 213-31.

“Gibbon’s Contribution to Historical Method”, *Historia*, 2, 1954, pp. 450-63; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 195-211.

“Historicism in Contemporary Thought”, *Studies in Historiography*, London, 1966, pp. 221-38.

“Historiography of Religion: The Western Tradition”, *The Encyclopedia of Religion*, vol. 6, New York, 1987, pp. 383-90; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 27-44.

“Historiography on written Tradition and Historiography on oral Tradition”, *Studies in Historiography*, London, 1966, pp. 211-20.

“Johann Jakob Bachofen: From Roman History to Matriarchy”; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 91-107.

“Karl Christ, Römische Geschichte und deutsche Geschichtswissenschaft, 1982”, *American Historical Review*, 89, 1984, pp. 105-6; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 407-9.

“La formazione della moderna storiografia sull’impero romano”, *Rivista Storica Italiana*, 5, vol. 1, 1936, fasc. 1, pp. 35-60, fasc. 2, pp. 19-48; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 107-64.

“Lionel Gossman, Orpheus Philologus: Bachofen versus Mommsen on the Study of

Antiquity, 1983", *Journal of Modern History*, 57, 2, 1985, pp. 328-30; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 409-13.

“Max Weber di fronte agli storici dell’antichità”, prefazione a Max Weber, *Storia economica e sociale dell’antichità*, Roma, 1981; *Settimo contributo...*, pp. 245-51. *New Paths of Classicism in the Nineteenth Century, History and Theory*, XXI, 4, 1982.

“Note marginali di Storia della Filologia Classica: 1. Il contributo dell’autobiografia alla valutazione del Gibbon”, *Rivista Storica Italiana*, 5, vol. 2, 1937, fasc. 4, pp. 70-8; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 378-87.

“Note sulla leggenda del Cristianesimo di Seneca”, *Rivista Storica Italiana*, 62, 1950, pp. 325-54; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 13-32.

Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, Storia e letteratura, Raccolta de studi e testi, 169, Roma, 1987.

“Pagan and Christian Historiography in the Fourth Century A.D.”, *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, 1977.

“Paul M. Martin, L’Idée de royauté á Rome, I: De la Rome royale au consensus républicain, 1982”, *Rivista Storica Italiana*, 95, fasc. 3, 1983, pp. 521-3; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987.

“Per il centenario dell’ ‘Alessandro Magno’ di J. G. Droysen. Un contributo”, *Leonardo*, 4, 1933, pp. 510-6; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 263-74.

“Perizonius, Niebuhr and the Character of Early Roman Tradition”, *Essays in Ancient...*, Oxford, 1977, pp. 231-52.

“Persian Empire and Greek Freedom. The Idea of Freedom”, *Essays in Honour of Isaiah Berlin*, Oxford, 1979, pp. 139-51.

“Polybius’ Reappearance in Western Europe”, *Essays in Ancient...*, Oxford, 1977.

“Recensione a A. Heuss, Barthol Georg Niebuhrs wissenschaftliche Anfänge, Abhandl. Akad. Wissenschaften, Göttingen, Phil.-hist. Klasse III, 114, 1981”, *Rivista Storica Italiana*, XCIV, fasc., 2, 1982, pp. 554-7; *Settimo contributo...*, pp. 167-70.

“Recensione a L. Canfora, Ideologie del Classicismo, Torino, Einaudi, 1980”,

Rivista Storica Italiana, XCIII, fasc. 1, 1981, pp. 252-8; *Settimo contributo...*, pp. 513-9.

“Recensione di M. L. Clarke, *Greek Studies in England, 1700-1830*”, *Rivista Storica Italiana*, 61, 1949, pp. 132-4; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 390-3.

“Ronald Syme, *Historia Augusta Papers, 1983 and Roman Papers*, vol. III (ed. by A. R. Birley), 1984”, *Times Literary Supplement*, 12 October 1984, pp. 1147-8; *Ottavo contributo...*, 1987, pp. 392-8.

Settimo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, Raccolta di Studi e Test, Edizioni di Storia e letteratura, Roma.

“Some Observations on Causes of War in Ancient Historiography”, *Studies in Historiography*, London, 1966, pp. 112-26.

Studies in Historiography, London, 1966.

“The Consequences of Trends in the History of Ancient Law”, *Studies...*, London, 1966, pp. 239-56.

“The Disadvantages of Monotheism for a Universal State”, *Classical Philology*, 81, 4, 1986, pp. 285-97; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 313-28.

“The Historian’s Skin”, *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Oxford, 1977.

“The Introduction of History as an Academic Subject and its Implications”, *The Golden and the Brazen World: Papers in Literature and History, 1650-1800*, Univ. of California Press, 1985, pp. 187-204; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 161-78.

“The Place of Ancient Historiography in Modern Historiography”, *Les études classiques aux XIX et XX siècles: leur place dans l’histoire des idées - Entretiens*, tome XXVI, 1979, Genève, 1980, pp. 305-25; *Settimo contributo...*, pp. 37-47.

“The place of Herodotus in the History of Historiography”, *Studies in Historiography*, London, 1966, pp. 127-42.

“The Rediscovery of Greek History in the Eighteenth Century: The Case of Sicily”, *Studies in Eighteenth-Century Culture*, vol. 9, Univ. of Wisconsin Press, 1979, pp. 167-87.

- “Un ‘ritorno’ alla etruscheria settecentesca: K.O.Müller”, *L’Etá dei Lumi. Studi storici sul Settecento europeo in onore di Franco Venturi*, Napoli, 1985, vol. II, pp. 653-68; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 45-58.
- “Un storico liberale fautore del Sacro Imperio Romano: E. A. Freeman”, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, serie III, vol. XI, fasc. 2, 1981-82, pp. 309-22.
- Mommsen, Th., *Historia de Roma*, Ed.Turner, Madrid, 1983, 8 vols.
- Mühlpfordt, G., *Heine-Bibliography 1983-1995*, Stuttgart, 1998.
- Mullenhopf, K., *Deutsche Altertumskunde*, Berlin, 1911-1929.
- Nietzsche, F., *Nietzsche Werke*, Berlin, New York, 1967.
- Nylen, E., *Probleme der ältesten Eisenzeit im Norden Studien aus Alteuropa*, Vol. II, Beihefte d. Bonner Jahrb. 10, 1965.
- Olmos, R., “Lecturas del arte antiguo en la literatura española del S. XIX”, *Historiografía del arte español en los siglos XIX y XX*, VII Jornadas de Arte. Actas. Dpto. Historia del Arte “Diego Velázquez”, Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C., Madrid, 1995.
- Ortega y Gasset, J., *Una interpretación de la historia universal: en torno a Toynbee*, en *Obras completas*, Alianza Ed.: Revista de Occidente, Madrid, 1989.
- Osborne, Ch., *The completes operas of Mozart: a critical guide*, London, 1997.
- Parks, G. B., *The English Traveler to Italy*, Roma, 1954.
- Paumgartner, B., *Mozart*, Alianza Ed., Madrid, 1991.
- Paw, C. von, *Recherches sur les Grecs*, Berlin, 1787.
- Philonenko, A., *La théorie kanntienne de l’histoire*, Paris, 1986.
- Plácido, D., *Introducción al mundo antiguo: problemas teóricos y metodológicos*, Madrid, 1993.
- Randers-Pehrson, J. D., *Barbarians and Romans: the birth struggle of Europe, A.D. 400-700*, London, 1983.
- Ranke, L. von, *Geschichte der Römischen und Germanischen*, Duncker und Humblot, Leipzig, 1874.
- Grandes figuras de la historia* (selección de semblanzas), Grijalbo, Barcelona,

- 1966.
- Historia universal*, Grijalbo, Barcelona, 1966. 4 vols.
- Weltgeschichte*. Bd.3: *Die Römische Republik und Ihre Weltherrschaft*; Bd.4: *Das Altrömische Kaisertum* y Bd.5: *Kaiser Justinian und die Definitive Festsetzung Germanischer Völker...*, Gutenberg-Verlag Christensen, Hamburg, 19--.
- Ricks, Ch. and Vance, W. L. (recopil.), *The Faber Book of America*, London, 1994.
- Ritter, G., *Die Heidelberger Universität*, Heidelberg, 1936.
- Ritter, M., *Die Entwicklung der Geschichtswissenschaft*, 1919.
- Röckl, S., *Ludwig II und Richard Wagner*, München, 1913-1920.
- Rosencranz, K., *Georg Wilhelm Friedrich Hegel Leben*, Darmstadt, 1977.
- Schering, A., *Musikalische Symbolkunde*, Leipzig, 1935.
- Schlegel, A. W., *Werke*, ed. Böcking II, 1846.
- Schlegel, F., *Die Griechen und Römer*, en *Prosaische Jugendschriften*, ed. Minor, I, 1906.
- Schmidt, A., *Goethe herrlich leuchtende Natur: Philologische Studie zur deutschen Spätaufklärung*, Wien, 1984.
- Schneider, H., *Germanische Altertumskunde*, München, 1951.
- Schopenhauer, A., *El mundo como voluntad y representación*, F.C.E., México, 1983.
- Sherwin-White, A. N., *Roman Society and Roman Law in the New Testament*, Oxford, 1963.
- Solomon, M., *Mozart: a life*, N.Y., 1996.
- Srbik, H. von, *Geist und Geschichte vom deutschen Humanismus*, 1950.
- Ste. Croix, G. E. M. de, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Ed. Crítica, Barcelona, 1988.
- Steenstrup, J. C. H., *The Medieval Popular Ballad*, Boston, 1914.
- Stein, L., *The Racial Thinking of Richard Wagner*, New York, 1950.
- Strauss, D. F., *Das Leben Jesu, Kritisch bearbeitet*, Berlin, 1836.
- Stromberg, R. N., *Historia intelectual europea desde 1789*, Ed. Debate, Madrid, 1990.
- Thierry, A., *Introduction á l'histoire universelle*, Bruxelles, 1836.
- Tornel y Mendivil, J. M., *The Mexican side or the Texas Revolution (1835)*, trad. inglesa de Carlos E. Castaneda, 1956.

- Trevelian, H., *Goethe & the greeks*, Cambridge, 1981.
- Tuck, R., *The right of war and peace: political thought and the international order from Grotius to Kant*, N.Y., 1999.
- Uekermann, G., “Mith and Psychoanalysis in Hermannsthals ‘Elektra’”, Introducción a “Elektra”, grabaciones DECCA, RFA.
- Vermeil, E., *Das Problem der Dekadenz und der Regeneration*, Stuttgart, 1954.
- Vogt, J., *Die Römische Geschichte*, vol. I: *Die Zeit der Republik*, Stuttgart, 1964.
- Wachsmut, W., *Entwurf einer Theorie der Geschichte*, Halle, 1820.
- Weber, M., *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, F.C.E., México, 1944, 2 vols.
- Wetzl, F.; Schmidt, E. y Mallwitz, A., “Das Babylon der Spätzeit”, 62, *Wissenschaftl. Veröff. d. Deutschen Orient Gesellsch.*, Berlin, 1957.
- Whitman, J., “From Philology to Anthropology in Mid-Nineteenth-Century Germany”, *History of Antropology*, 2, 1984, pp. 214-29.
- Winckler, A., *Leopold von Ranke, Lichtstrahlen aus seinen Werken*, Berlin, 1855.
- Winkler, M., *Mythisches Denken zwischen Romantik und Realismus: Zur Erfahrung kultureller Fremdheit im Werk Heinrich Heines*, Tübingen, 1995.
- Yovel, Y., *Kant and the philosophy of history*, Princeton, New Jersey, 1980.
- Zanker, P., *Augusto y el poder de las imágenes*, Alianza Ed., Madrid, 1992.

INGLATERRA

- Altick, R. D., *Victorian People and Ideas*, London, 1974.
- Arbizu, J. M., *Res publica oppressa. Política popular en la crisis de la República (133-44 a.C.)*, Editorial Complutense, Madrid, 2000.
- Bahners, P., “Wenig glorreiche Revolutionen: Staatsstreiche und Staatsphilosophie bei Edward Gibbon”, *Festschrift K. Christ*, 1998, pp. 19-40.
- Baldwin, B., “Gibbon and Livy: history of a reading”, *Aclass*, 38, 1995, pp. 92-3.
- Balsdon, D., *Romans and aliens*, London, 1979.
- Barnish, J.B., “Casiodorus, Gibbon and Rome’s stupendous fabrics”, *Liverpool Classical Monthly*, 1994, 19 (5-6), pp. 84-92.
- Beer, G. R. de; Bonnar, G. A.; Junod, L. (edición), *Miscellanea Gibboniana*, Lausanne, 1952.
- Ben-Israel, H., “Carlyle and the French Revolution”, *The Historical Journal*, 1958.
- Black, J. B., *The Art of History: a study of four great historians of the 18th century*, London, 1926.
- Briggs, A., *Historia social de Inglaterra*, Alianza Ed., Madrid, 1994.
- Burrows, D., “Handel and ‘Alexander’s Feast’”, *Musical Times*, CXXIII, 1982.
- Calder, W. M., *An introductory bibliography to the history of classical scholarship chiefly in the XIXth and XX th*, Oxford, 1989.
- Cartledge, P., “Vindicating Gibbon’s Good Faith”, *Hermathena*, 158, 1995, pp. 133-47.
- Carlyle, Th., “The Present Time”, *Latter Day Pamphlets*, 1850.
- Chambers, M., “The reception of Gibbon in the New World”, *Festschrift K. Christ* 1998, pp. 83-92.
- Christ, K., *Von Gibbon zu Rostovtzeff: Leben und Werk fhrender Althistoriker der Neuzeit*, Darmstadt, 1972.
- Clarke, M. L., *Greek Studies in England, 1700-1830*, Cambridge University Press, 1945.

- Collingwood, R. G., *The Roman inscriptions of Britain*, Oxford, 1965.
- Constantine, D., *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico*, México, 1989.
- Cudworth, Ch., “Mythistoria Handeliiana”, *Festschrift Jens Peter Larsen*, Copenhagen, 1972, pp. 160 ss.
- Dahl, C., “Bulwer-Lytton and the School of Catastrophe”, *Philological Quarterly*, 32, 1953.
- Dawson, Ch., “Edward Gibbon”, *Dinamics of World History*, 1957.
- Dean, W., *Handel and the Opera Seria*, London, 1970.
- Dessau, H., “Ein Freund Plutarchs in England”, *Hermes* 46, 1911, pp. 156-60.
- Dihle, A., “The conception of India in Hellenistic and roman literature”, *Proc. Cambr. Phil. Soc.* 190, 1964, 15-23.
- Dorris, G., *Paoli Rolli and the Italian Circle in London*, La Haya, 1967.
- Douglas, D. C., *English Scholars 1660-1730*, London, 1951.
- Droysen, J. G., *Geschichte Alexanders des Grossen*, Hamburg, 1833.
- Dumézil, G., *Los dioses de los indoeuropeos*, Seix Barral, Barcelona, 1970.
- Einstein, A., *La música en la época romántica*, Alianza Ed., Madrid, 1991.
- Eisener, R., *Travelers to an Antique Land. The History and Literature of travel to Greece*, Univ. Michigan Press, 1991.
- Elster, A., *Musik und Eros*, Berlin, 1925.
- English Historical Scholarship in the 16th and 17th Centuries*, Ed. L. Fox, London, 1956.
- Erdmann, C., *The origin of the idea of crusade*, Princeton Univ. Press, 1977.
- “Esos horribles anglosajones”, *Newsweek*, ed. española, 29-octubre-1997.
- Etudes Edward Gibbon and empire* (R. McKitterick and R. Quinault, eds.), Cambridge Univ. Press, N.Y., 1997.
- Falco, G., *La polemica sul Medioevo*, Napoli, 1988.
- Fiske, R., *English Theatre Music in the Eighteenth Century*, London, 1973.
- Forbes, D., *The Liberal Anglican idea of History*, New York and Cambridge (England), 1939.
- Foss, M., *The Age of Patronage*, London, 1971.

- Frazer, J. G., *La rama dorada*, F.C.E., México, 1944.
- Fuglum, R., *E.G. His view of life and conception of history*, Oslo, 1953.
- Fuller, M., *Writings*, London, 1941.
- García Gual, C., *La Antigüedad novelada*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1995.
- Giarrizzo, G., *E. Gibbon e la cultura europea del Settecento*, Napoli, 1954.
- Gibbon, E., *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Ed. Turner, Madrid, 1984.
- Gooch, G. P., *History and Historians in the Nineteenth Century*, Boston, 1959.
- Groth, A., “Der Argeerkultus”, *Klio* XXII, 1929, pp. 303 ss.
- Haller, R., *Die Romantik in der Zeit der Umkehr*, Bonn, 1941.
- Hamilton, Ph., “Handel in the papers of the Edinburgh Musical Society (1728-1798)”, *Brio*, I, 1964, pp. 19 ss.
- Hamilton, R., “Notes Toward the Nachleben of the ‘Historian of Rome’: Gibbon at Bloomsbury”, *Liverpool Classical Monthly*, 14.3, 1994, pp. 207-239.
- Hardy, S., *Eastern monachism, an account of the order of mendicants founded by Gotama Budha*, London, 1850.
- Hare, J. C., *A Vindication of Niebuhr’s History of Rome from the Charges of the Quarterly Review*, Cambridge, 1829.
- Harris, E., *Händel and the Pastoral Tradition*, London, 1980.
- Harris, J., *The Palladians*, London, 1981.
- Hogwood, Ch., *Haendel*, Alianza Ed., Madrid, 1988.
- Hunt, R. N., *The Political Ideas of Marx and Engels, I. Marxism and Totalitarian Democracy, 1818-1850*, Pittsburgh, 1974, London, 1975.
- Jackson, K., *Language and History in Early Britain*, Edinburgh, 1953.
- Kelly, Chr., “A gran tour: Reading Gibbon’s ‘Decline and Fall’”, *Greece & Rome*, 44.1, 1997, pp. 39-58.
- Kelly, M., *Reminiscences... of the King’s Theatre*, London, 1826, 2 vols.
- Kerman, J., *Opera as Drama*, New York, 1956.
- Levine, J. M., *Humanism and history: origins of modern english historiography*, London, 1987.

Lewis, G. C., *An Enquiry into the Credibility of the Early Roman History*, 1855.

Letters, 1854.

Manuel, F. E., *Isaac Newton, Historian*, Cambridge, 1963.

Marrou, H. I., *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, Paris, 1965.

Mazzarino, S., *El fin del mundo antiguo*, Ed. Eudeba, México, 1961.

Momigliano, A., *Alien Wisdom: the Limits of the Hellenisation*, Cambridge, 1975.

“Ancient History and the Antiquarian”, *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, 13, 1950, pp. 285-315; *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1979, pp. 67-106.

Contributo alla storia degli studi classici, Edizioni di storia e letteratura, Roma, 1979.

Essays in Ancient and Modern Historiography, Oxford, 1977.

“Gibbon’s Contribution to Historical Method”, *Historia*, 2, 1954, 450-63; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 195-211.

New Paths of Classicism in the Nineteenth Century. History and Theory, XXI, 4, 1982.

“Note Marginali di storia della Filologia Classica: 1. Il contributo dell’autobiografia alla valutazione del Gibbon”, *Rivista Storica Italiana*, S. 5, vol. 2, 1937, fasc. 4, 70-78; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 379-87.

Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, Edizioni di Storia e letteratura, Roma, 1987.

“Paul M. Martin, L’Idée de royauté á Roma, I: De la Rome royale au consensus républicain, 1982”, *Rivista Storica Italiana*, 95, fasc. 3, 1983, pp. 521-3; *Ottavo...*, Roma, 1987, pp. 285-7.

“Per il centenario dell’ ‘Alessandro Magno’ di J. G. Droysen. Un contributo”, *Leonardo*, 4, 1933, pp. 510-6; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 263-74.

“Polybius’ Reappearance in Western Europe”, *Essays in Ancient...* Oxford, 1977, pp. 79-98.

“Recensione di M. L. Clarke ‘Greek Studies in England, 1700-1830’”, *Rivista Storica Italiana*, 61, 1949, pp. 132-4; *Contributo...*, Roma, 1979, pp. 390-3.

- “Some Observations on Causes of War in Ancient Historiography”, *Studies in Historiography*, London, 1966, pp. 112-26.
- Studies in Historiography*, London, 1966.
- “The Introduction of History as an Academic Subject and its Implications”, *The golden and the Brazen World: Papers in Literature and History, 1650-1800*, Univ. of California Press, pp. 187-204; *Ottavo...*, Roma, 1987, pp. 161-78
- Morrow, L., “A Boy Dies in the ‘90s. Nothing human is foreign? Nothing foreign is human? Choose one”, *Time*, November 17, 1997.
- Mueller von Asow, H., *George Friedrich Händel: Briefe und Schriften*, Lindau, 1949.
- Music and Aesthetics in the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries* (P. Le Huray and J. Day, eds.), Cambridge, 1981.
- Music in Eighteenth-Century England* (Ch. Hogwood and R. Lockett, eds.), Cambridge, 1983.
- Oral History. An annotated bibliography* (compiled by Robert Perks), London, 1990.
- Padgug, R. A., “Bibliografía selecta sobre el marxismo y los estudios clásicos”, *El marxismo y los estudios clásicos*, Madrid, 1981, pp. 173-93.
- Parks, G. B., *The English Traveler to Italy*, Roma, 1954.
- Payne, C., *Toil and Plenty: Images of the Agricultural Landscape, 1780-1890*, 1993.
- Peardon, T. P., *The Transition in English Historical Writing 1760-1830*, Harvard, 1933.
- Pédech, R., *La Méthode historique de Polybe*, Paris, 1964.
- Pfeiffer, R., *History of classical scholarship*, Oxford, 1989,
- Pocock, J. G. A., *Barbarism and religion, vol. I: The enlightenment of Edward Gibbon, 1737-1764*, N.Y., 1999.
- Ralph, J., *The Touchtone or Essays on the Reigning Diversions of the Town*, 1728.
- Randers-Pehrson, J. D., *Barbarians and Romans: the birth struggle of Europe, A.D. 400-700*, London, 1983.
- Raumer, Fr. von, *England in 1835*, Filadelfia, 1836.
- Rule, J., *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*, Crítica, Barcelona.

- Sandys, J. E., *A history of classical scholarship*, vol. III, New York and London, 1967.
- Schuyler, R. L., "Macaulay and His History: One Hundred Years After", *Political Science Quarterly*, 1948.
- Sherwin-White, A. N., *Racial Prejudice in Imperial Rome*, Cambridge, 1967.
- Smith Fussner, F., *The Historical Revolution. English Historical Writing and Thought 1580-1640*, New York, 1962.
- Strohm, R., "Händel in Italia: nuovi contributi", *Rivista italiana di musicología*, IX, 1974, PP. 152 ss.
- Taylor, A. J., ed., *The Standard of Living in Britain in the industrial Revolution*, Mathuen, 1975.
- Thompson, E. P., *The Making of the English Class*, Penguin, 1978.
La formación de la clase obrera en Inglaterra, Barcelona, 1989.
- Tsigakou, F. M., *Redescubrimiento de Grecia. Viajeros y pintores del Romanticismo*, Barcelona, 1985.
- Stromberg, R. N., *Historia intelectual europea desde 1789*, Ed. Debate, Madrid, 1990.
- The Evolution of British Historiography. From Bacon to Namier* (ed. J. R. Hale). London, 1964.
- Wirszubski, C., *Libertas as a Political Idea at Rome in the late Republic and early Principate*, Cambridge, 1950.

ESTADOS UNIDOS

Adams, J., *The Writings of John Quincy Adams*, New York, 1913-17, 7 vols.

Adams, W. P., *Los Estados Unidos de América*, Ed. Siglo XXI de España, Madrid, 1987.

American State Papers, Chicago, 1982.

Ames, F., *The Works of Fisher Ames* (Seth Ames, ed.), Boston, 1854, 2 vols.

“Articles of Confederation”, *American State Papers*, Chicago, 1982, pp. 5-10.

Baylin, B., *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Mass., 1967.

Berger, F. R., *Happiness, justice and freedom: the moral and political philosophy of John Stuart Mill*, Berkeley, 1984.

Brant, I., *James Madison*, Indianapolis, 1941-61, 6 vols.

Brooks, van W., *The flowering of New England, 1815-1865*, Boston, 1981.

Brown, R. D., *Knowledge is power. The difusion of information in early America*, New York, 1991.

Burr, A., *The Political Correspondence and Public Papers of Aaron Burr* (Mary Jo Kline, ed.), Princeton, 1983, 2 vols.

Casterás, R., *La independencia de los Estados Unidos de Norteamérica*, Ariel, Barcelona, 1990.

Charlesworth, M. P., “The Virtues of a Roman emperor: propaganda and the creation of belief”, *Proceeding of the British Academy*, 23, 1937, pp. 3-31.

Chinard, G., “Polybius and the American Constitution”, *Journal of the History of Ideas*, I, enero 1940, pp. 38-58.

“Declarations of Independence”, *American State Papers*, Chicago, 1982, pp. 1-4.

Dictionary of Quotations, 21st Century ed., New York, 1993.

Dilthey, W., *Teoría de las concepciones del mundo*, Alianza Ed., Madrid, 1988.

Documentary History of the First Federal Congress of the United States of America (Linda G. DePauw et al., eds.), Baltimore, 1972.

- Dumézil, G., *Idées romaines*, Paris, 1969.
- Duncan, G., *Marx and Mill: two views of social conflict and social harmony*, Cambridge, 1978.
- Elkins, S. y McKittrick, E., *The age of Federalism*, New York, 1933.
- Finley, M. I., *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Ed. Crítica, Barcelona, 1982.
- Fitzhugh, G., *Sociology for the South, or the Faiture of Free Society*, Richmond, Virginia, 1854.
- Flexner, J. Th., *George Washington in the American Revolution, 1775-1783*, Boston, 1968.
- Freeman, D. S., *George Washington: A Biography*, New York, 1948-57, 7 vols.
- Gilmore, M. T., *American romanticism and the marketplace*, Chicago, 1985.
- Gummere, R. M., *The American Colonial Mind and the Classical Tradition: Essays in Comparative Culture*, Cambridge, Mass., 1963.
- Hamilton, A., *The Papers of Alexander Hamilton* (Harold C. Syrett et al., eds), New York, 1961-81, 27 vols.
- Hamilton, A.; Madison, J.; Jay, J., *The Federalist*, Chicago, 1982.
- Hammond, M., *The Antonine Monarchy*, Roma, 1959.
- The Augustan Principate*, Cambridge, Mass., 1933.
- Harris, B., *U.S.A. A Picture Memory*, Surrey, 1990.
- Hingley, R. (ed.), *Images of Rome. Perceptions of ancient Rome in Europe and the United States in the modern age*, Journal of Roman Archaeology Supplementary Series, 44, Nov. 2001.
- Historia de la literatura norteamericana*, Cátedra, Madrid, 1991.
- Hofstadter, R., *The American Political Tradition, and the Men Who Made it*, New York, 1948.
- Jay, J., *The Correspondence and Public Papers of John Jay* (Henry P. Johnston, ed.), New York, 1890-93, 4 vols.
- Jefferson, Th., *Autobiografía y otros escritos*, Madrid, 1987.
- Correspondence the republic of letters: the correspondence between Thomas*

- Jefferson and James Madison, 1776-1826*, New York, 1995, 3 vols.
Letters, New York, 1984.
Notes on the state of Virginia, New York, 1984.
Public Papers, New York, 1984.
Writings, New York, 1984.
- Johnson, M. E., *Hallelujah, Amen! The Story of the Haendel and Haydn Society of Boston*, Boston, 1965.
- Khäler, H., *Hadrian und seine villa sei Tivoli*, Berlin, 1950.
- King, R., *The Life and Correspondence of Rufus King* (Charles R. King, ed), New York, 1894-1900, 6 vols.
- Krehbiel, H. E., *Chapters of Opera: Being Historical and Critical Observations and Record Concerning the Lyric Drama in New York from Its Earliest Days down to the Present Time*, New York, 1909, 1980.
- Litto, F. M., "Addison's Cato in the Colonies", *William and Mary Quarterly*, XXIII, July 1966, pp. 431-49.
- Madison, J., *The Papers of James Madison* (William T. Hutchinson et al., eds.), Chicago, 1962- .
- Malone, D., *Jefferson and His Time*, Boston, 1948-80, 6 vols.
- Manchester, W., *Muerte de un Presidente*, Ed. Globus, Madrid, 1994, 2 vols.
- Marshall, J., *The Papers of John Marshall* (Herbert A. Johnson et al., eds.), Chapel Hill, 1974.
- Martin, P. M., *L'Idée de royauté á Rome, I: De la Rome royale au consensus républicain*, Adosa, Clermont-Ferrand, 1982.
- Mason, H. J., "Greek Term for Roman Institution. A Lexicon and Analysis". *American Studies in Papyrology*, 13, Toronto, 1974.
- Matthews, A., "Some Sobriquets Applied to Washington", *Publications of the Colonial Society of Massachusetts*, VIII, 1906, pp. 275-87.
- Matthews, R. O., *Washington, la capital de la nación*, Llinás del Vallés, Barcelona, 1995.
- Mill, J. S., *On Liberty*, The University of Chicago, 1982.
Representative Government, The University of Chicago, 1982.

- Utilitarianism*, The University of Chicago, 1982.
- Momigliano, A., "Persian Empire and Greek Freedom, the Idea of Freedom", *Essays in Honour of Isaiah Berlin*, Oxford University Press, 1979.
- "The Disadvantages of Monoteism for a Universal State", *Classical Philology*, 81, 4, 1986, pp. 285-97; *Ottavo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Storia e letteratura, Raccolta de studi e testi, Roma, 1987.
- Monroe, J., *The Writings of James Monroe* (Stanislaus M. Hamilton, ed), New York, 1898-1903, 7 vols.
- Mullet, Ch. F., "Classical Influences on the American Revolution", *Classical Journal*, XXXV, November 1939, pp. 92-104.
- National Cyclopaedia of American Biography*, New York, 1882-
- Neff, E., *Carlyle and Mill. An introduction to Victorian thought*, N.Y., 1926.
- The Poetry of History*, New York, 1961.
- Ostwald, M., *Nomos and the Beginnings of the Athenian Democracy*, 1969.
- Oxford, D. C. L., *Harvard Quinquennial Catalogue*, 1849.
- Peterson, M. D., *Thomas Jefferson and the New Nation*, New York, 1970.
- Ramage, E. S., *Urbanitas: Ancient Sophistication and Refinement*, Oklahoma, 1973.
- Richard, M. B., *Documentos fundamentales de la historia de los Estados Unidos de América*, Libreros Mexicanos Unidos, México, 1986.
- Ross Taylor, L., "The Divinity of the Roman Emperors", *Philol. Monographs*, publ.by the American Philol. Assoc, I, Middletown, Massachusetts, 1931.
- Sandys, J. E., *A history of classical scholarship*, vol. III, New York and London, 1967.
- Schechter, F. J., "The early history of the Tradition of the Constitution", *American Political Science Review*, 9, 1915, p. 733.
- Semmel, B., *John Stuart Mill and the pursuit of virtue*, New Haven, 1984.
- Sidey, H., *John F. Kennedy, Presidente*, Ed. Juventud, Barcelona, 1964.
- Smelser, M., "The Federalist Period as an Age of Passion", *American Quarterly*, X, Winter 1958, pp. 391-419.
- Sorensen, Th. C., *Kennedy, el hombre, el presidente*. Grijalbo, Barcelona, 1966, 2 vols.
- Steenstrup, J. C. H., *The Medieval Popular Ballad*, Boston, 1914.

- Tassel, D. D. van, *Recording America's past: an interpretation of the development of historical studies in America 1607-1884*, Chicago, 1960.
- "The Constitution", *American State Papers*, The University of Chicago, 1982, pp. 11-21.
- The Faber Book of America* (ed. Ch. Ricks and W. L. Vance), London, 1994.
- The Jeffersonian Encyclopedia* (John C. Foley, ed), New York, 1900.
- The Writings of Thomas Jefferson* (Andrew A. Lipscomb and Albert E. Bergh, eds), The Thomas Jefferson Memorial Association, Washington, D.C., 1905, 20 vols.
- Tornel y Mendivil, J., *The Mexican Side of the Texas Revolution* (trad. inglesa de Carlos E. Castaneda), 1956 (prim. ed. 1835).
- Walbank, F. W., "Nationality, as a factor in Roman history", *Harvard Studies in Classical Philology*, 76, 1972, pp. 145-68.
- Washington, D.C.*, Clermont-Ferrand, 1991.
- Washington, G., *The Writing of George Washington* (John C. Fitzpatrick, ed.), Washington, D.C., 1931-41, 39 vols.
- Westermann, W. C., *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity*, Memoirs of the American Philosophical Society, 40, Filadelfia, 1955.
- White, K. D., "Roman agricultural writers, I. Varro and his predecessors", *Aufstieg und Niedergang der römische Welt*, I, 4, 1973, pp. 439-97.
- Wickert, L., "Der Prinzipat und die Freiheit", *Symbola Coloniensia Iosepho Kroll Sexagenario... oblata*, Colonia, 1949, pp. 111-41.
- Wills, G., *Cincinnatus: George Washington and the Enlightenment*, Garden City, N.Y., 1982.
- Wilson, C. N., *American historians, 1607-1865*, Detroit, 1984.
- Wilson Lyon, E., "The Directory and the United States", *American Historical Review*, XLIII, April, 1938.
- Wilson, J. G. and Fiske, J., *Appleton's Cyclopaedia of American Biography*, 6 vols.
- Wirszubski, Ch., *Libertas as a Political Idea at Rome during the Late Republic and Early Principate*, Cambridge, 1950.
- Wright, G., "Prosperity, progress and American slavery", *Reckoning With Slavery* (P. A. David et al., eds), 1976.

LOS PAÍSES LATINOS

- Álvarez Martí-Aguilar, M., *La antigüedad en la historiografía española del S. XVIII: el marqués de Valdeflores*, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Málaga, 1996.
- Anderson, M. S., *Historians and eighteenth-century Europe, 1715-1789*, Oxford, 1979.
- Ballesteros Beretta, A. y Ballesteros, P., *Cuestiones históricas (edades antigua y media)*, Establecimiento Tipográfico de Juan Pérez Torres, Madrid, 1913.
- Bertalot, L., *Studien zum italienischen und deutschen Humanismus* (Herausgegeben von Paul Oskar Kristeller), Roma, 1975, 2 vols.
- Blainville, Monsieur de, *Travels through Holland, Germany, Switzerland and others parts of Europe; but specially Italy*, London, 1743-44, 3 vols.
- Brumfitt, H., *Voltaire Historian*, Oxford, 1958.
- Canfora, L., *Ideologie del Classicismo*, Torino, 1980.
- Cedronio, M - Diaz, F.- Russo, C., *Storiografia francese di ieri e di oggi*, Napoli, 1977.
- Croce, B., *Storia della storiografia italiana nel secolo XIX*, Bari, 1930.
- Gabba, E., *Cultura classica e storiografia moderna*, Bologna, 1995.
- Gooch, G. P., *History and Historian in the Nineteenth Century*, Londra, 1961.
- Hemmerdinger, B., "Parallele entre Montesquieu et Gibbon", *QS*, 1977, 23, N° 45, pp. 186 ss.
- Hingley, R. (ed.), *Images of Rome. Perceptions of ancient Rome in Europe and the United States in the modern age*, Journal of Roman Archaeology Supplementary Series, 44, Nov. 2001.
- Jacoviello, M., *Storia e storiografia. Dall'antichità classica all'età moderna*, Napoli, 1994.
- Mainer, J. C., "De historiografía literaria española: el fundamento liberal", *Homenaje a*

- M. Tuñón de Lara. *Estudios de Historia de España, II*, UIMP, Madrid, 1981, pp. 439-72.
- Milhaud, G., “Michelet, philosophe de l’histoire”, *Europe*, LI, 1973.
- Momigliano, A., “German Romanticism and Italian Classical Studies”, *Storia della Storiografia*, 1986, pp. 62-74; *Ottavo contributo...*, Roma, 1987, pp. 59-72.
- Mora, G., “Arqueología y poder en la España del siglo XVIII”, *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (Siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, pp. 31-32..
- Moravia, S., “Vichismo e ideologia nella filosofia italiana dell’età napoleonica”, *Filosofia e scienze umane nell’età dei lumi*, Firenze, 1982.
- Mostra bibliografica e documentaria su “Gli hegeliani di Napoli e la costruzione dello Stato unitario*, Venecia-Roma, 1989.
- Olmos, R., “Lecturas del arte antiguo en la literatura española del S. XIX”, *Historiografía del arte español en los siglos XIX y XX*. VII Jornadas de Arte. Actas. Dpto. Historia del Arte “Diego Velázquez”, Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C., Madrid, 1995.
- Pasamar Alzuria, G. y Peiró Martín, I., *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, 1987.
- “Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre la Prehistoria y la Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)”, *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (Siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, pp. 73-77..
- Pascuali, G., *Storia della tradizione e critica del testo*, Firenze, 1952.
- Timpanaro, S., *Classicismo e Illuminismo nell’Ottocento italiano*, Pisa, 1969.
- Venturi, F., *Illuministi italiani*, Milano- Napoli, 1958-65.
- L’antichità svelata e l’idea del progresso in N. A. Boulanger*, Bari, 1947.
- Settecento riformatore*, 4 vols., Torino, 1969-84.
- Westfall Thompson, J., *A History of historical Writings*, New York, 1942.
- Wulff Alonso, F., “Historiografía ilustrada en España e Historia antigua. De los orígenes al ocaso”, *La Antigüedad como argumento II*, (Gascó, F.- Beltrán, J., eds.), pp.

134-43.